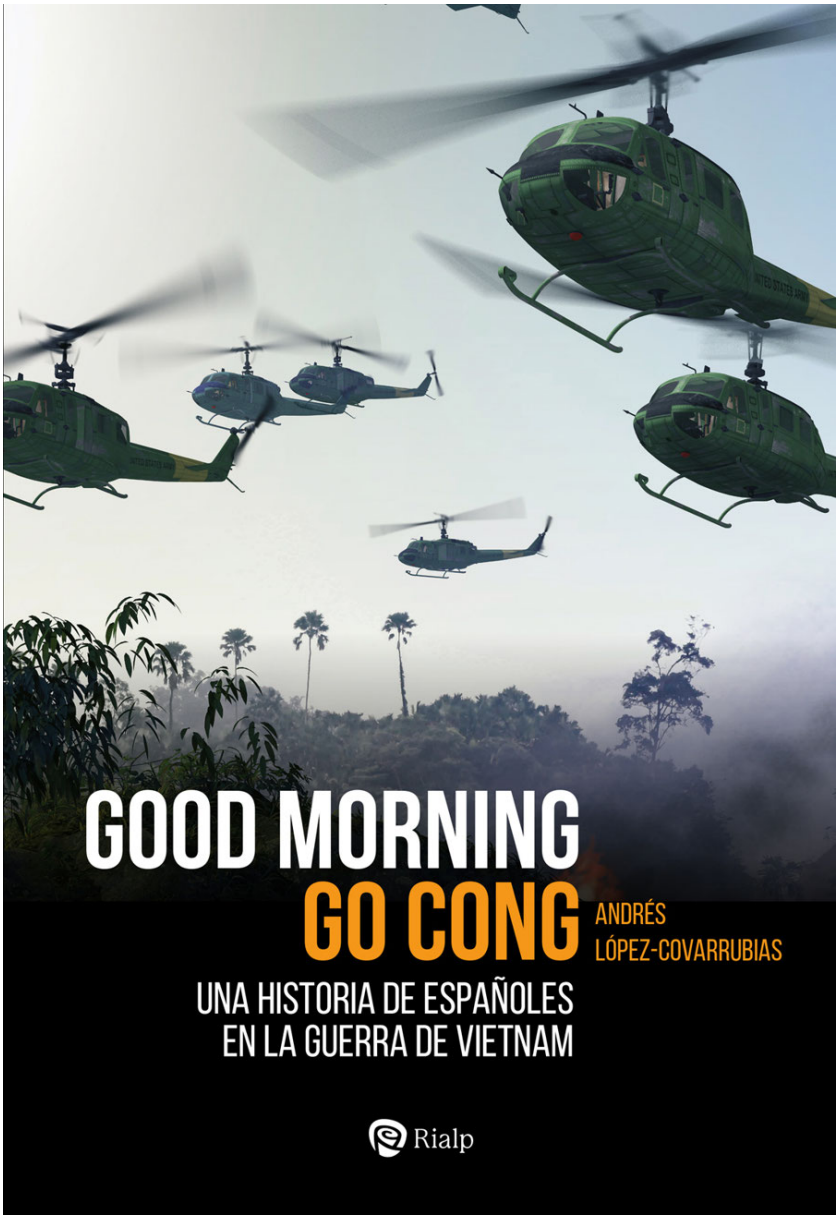
GOOD MORNING GO CONG

ANDRÉS LÓPEZ-COVARRUBIAS

UNA HISTORIA DE ESPAÑOLES EN LA GUERRA DE VIETNAM

Rialp



GOOD MORNING GO CONG

ANDRÉS LÓPEZ-COVARRUBIAS

UNA HISTORIA DE ESPAÑOLES EN LA GUERRA DE VIETNAM

Rialp

ANDRÉS LÓPEZ-COVARRUBIAS

Good Morning Go Cong

Una historia de españoles en la guerra de Vietnam

EDICIONES RIALP

MADRID

© 2022 by ANDRÉS LÓPEZ-COVARRUBIAS

© 2022 by EDICIONES RIALP, S. A.,

Manuel Uribe, 13-15, 28033 Madrid

(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Preimpresión y realización eBook: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-6193-3

ISBN (versión digital): 978-84-321-6194-0

A los miembros de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur, y en particular a “Los Doce de la Fama”, que abrieron el camino.

A Ramón Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes.

A Carlos y Alicia.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

PRÓLOGO

1. Apocalipsis

2. Así están las cosas

3. Padres e hijos

4. Un largo camino

5. Una decisión trascendente

6. Voluntarios

7. Destino: Vietnam del Sur

8. Bienvenidos al caos

9. La otra guerra de Vietnam

10. Una incómoda realidad

11. Doce hombres con piedad

12. Una visita inesperada

13. Regreso a la Cochinchina

14. Rutina en tiempos de guerra

15. Réquiem por el capitán Bernie Plaza

16. Protestas made in USA

17. No solo civiles

18. Medicina ambulante

19. Estrellas de Hollywood

20. Corresponsales de guerra

21. Napalm, herbicidas y otros regalos

22. Fin de semana en Saigón

23. «Los Doce de la Fama»

24. La ofensiva del Tet

25. Un viaje de ida y vuelta

26. Retirada y ¿olvido?

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO FOTOGRÁFICO

AUTOR

PRÓLOGO

Una historia, cualquier historia, comienza mucho antes de ser escrita. Esta lo hizo en una época convulsa, en plena Guerra Fría, bien mediado el siglo XX.

APENAS FALTABAN UNOS DÍAS para que la Navidad del año 2018 —fría, seca y luminosa— inundara hogares, comercios y espacios de radio y televisión con su habitual sobrecarga consumista, cuando inicié las gestiones para contactar por primera vez con el veterano capitán Ramón Gutiérrez de Terán, al que hasta entonces solo había visto en un par de fotografías recientes y en alguna otra obtenida varias décadas atrás. Sabía que contaba con una edad avanzada, pero desconocía aspectos sustanciales de su personalidad, principalmente aquellos que no dejan translucir las imágenes inanimadas: su carácter, por ejemplo; su disposición al diálogo; su estado de salud. Sobre todo su estado de salud. También sabía que medio siglo antes, en 1966, había formado parte del primer contingente de sanitarios del ejército español en ser enviados a Vietnam en misión de ayuda humanitaria (sí, realmente la primera de nuestras misiones a la que podría concederse tal denominación), siendo a la postre uno de los expedicionarios que más tiempo permaneció en aquel país. En aquella extraña y desconcertante guerra de Vietnam. Los llamaron los «Doce de la Fama», pero no serían los únicos integrantes de la misión. Después, y durante cinco años, los relevos no dejarían de sucederse, hasta completar el medio centenar de hombres.

No resultó fácil conseguir ese primer contacto —un lacónico y a la vez esperanzador número de teléfono—, pero un artículo publicado a doble página en el periódico La Vanguardia el verano anterior me concedió algunas claves y me puso sobre su pista. Su título: Vietnam. Los veteranos de guerra españoles. No era la primera vez que un medio de comunicación español abordaba este asunto —desde la década de los noventa, incluso antes, diferentes

medios se habían hecho eco de ello—, pero sin duda era la publicación más reciente. Las claves estaban, por un lado, en que dos veteranos españoles de la guerra de Vietnam habían concedido una entrevista a un periódico hacía tan solo unos meses[1] (es decir, con algo de suerte aún podría localizarlos); y por otro se daba la circunstancia de que uno de ellos residía en una pequeña localidad de Toledo, a escasos kilómetros de mi domicilio. En aquel momento, con ese punto extra de motivación que suelen suscitar los viejos relatos que aspiran a convertirse en grandes historias, más que claves se me antojaba la conjunción de los planetas.

El reportaje estaba firmado por el periodista Enrique Figueredo, y a ese nombre resolví confiar una suerte que, a decir verdad, tampoco había tenido ocasión de mostrarse esquiva hasta el momento.

Cuando me puse en contacto con la redacción, conjeturando preguntas y respuestas que quizá nunca llegara a formular, la segunda voz que escuché fue la suya. La impresión no pudo ser más favorable. Gracias a él, a su generosidad, conseguí en pocos minutos —supuse que los necesarios para obtener el consentimiento del protagonista— un número de teléfono que aún entonces se antojaba repleto de importantes incógnitas.

En cualquier caso, pensar que contaba con la anuencia implícita del viejo militar transmitía inmejorables sensaciones, como más tarde confirmaría. Aquel incipiente interés por escribir esta historia adoptaba de pronto formas colosales.

Por supuesto, hice la llamada. Al otro lado de la línea telefónica se encontraba un hombre que viajó a un país donde el horror y la sinrazón campaban a sus anchas y se cebaban con los más débiles, algo propio del ser humano, como viene sucediendo en nuestras particulares cuitas desde el principio de los tiempos. Aunque privativa del ser humano es también la facultad para el amor y la compasión. Así, todo ello estará presente en estas páginas: el horror y la humanidad, el miedo y el heroísmo, la muerte y la supervivencia. La aventura. La vida llevada al límite.

Después de un intercambio formal de saludos, de una mínima exposición de intereses y objetivos, concertamos un primer

encuentro. Terreno equidistante y neutral: una cafetería a la entrada de Torrijos, próspera localidad situada al noroeste de Toledo, a tan solo treinta kilómetros de la capital y bien comunicada por autovía. Sería después de Año Nuevo, hacia el tres o el cuatro, sobre las diez de la mañana.

Me presenté unos minutos antes que él —ambiente cálido y aroma a café— y ocupé una mesa vacía. Apenas entró Ramón en el local echó un vistazo a su alrededor algo desconcertado, intentando vanamente identificar a alguien cuyo aspecto le era totalmente desconocido. En eso le llevaba cierta ventaja, por aquel par de fotografías recientes. Distinguí su pelo corto y escarchado, su tez extremadamente bronceada, la apariencia de haber vivido tiempos mucho mejores. Me levanté y acudí a su encuentro.

—¿Don Ramón?

—Sí, soy yo, pero llámame Ramón—. Lo invité a sentarse y nos dispusimos a iniciar una conversación que tendría continuidad en los próximos meses, y que con el tiempo se convertiría en una sincera amistad.

El primer intercambio de palabras no tuvo otro objeto que el de romper un hielo que pronto se evaporaría. Aquel veterano de Vietnam estaba dispuesto a compartir su historia y yo aspiraba a conocerla. Todo se reducía a eso.

Su voz era nítida, intrépida, y por momentos las palabras le fluían desbocadas, sin orden, perseverando, tal vez, en aquellas ideas, impresiones o recuerdos tantas veces antes evocados. Poco a poco, mientras los minutos declinaban y las tazas dejaban de humear, la conversación, sin guion establecido, fue derivando hacia aspectos más íntimos de su vida. Me habló de su primera esposa; y de sus hijos; y de Victoria, su actual compañera de viaje. Tirando de algunos hilos también recordó su infancia complicada, y fue entonces cuando mencionó por primera vez a su padre, su héroe desconocido, capitán de Infantería en la reserva, fusilado cerca de Madrid, en Paracuellos del Jarama, en noviembre de 1936, a los cuarenta y dos años de edad. Un buen padre, cariñoso y atento, orgulloso de su familia, aunque a Ramón, con apenas dos años, le arrebataron la ocasión de descubrirlo. Fue una de las primeras

víctimas mortales de la Guerra Civil. Después vendrían cientos de miles más, de ambos bandos. O de ninguno de ellos, gente corriente a quien la guerra pilla a contrapié. También me habló de su madre, mujer austera y afable; hija, nieta y esposa de militares, que se vio en la coyuntura de sacar adelante —a veces con la ayuda de un par de hermanas solteras— a una prole de seis hijos (cuatro niñas y dos varones) sin apenas exteriorizar una queja a lo largo de su vida. Los llantos quedaban reservados para esas noches yermas y oscuras que ignoran el desconsuelo. Era sorprendente escuchar a aquel hombre hablar con semejante serenidad de unos hechos tan horribles. Sorprendente y conmovedor. Sabemos que el tiempo se encarga de marcar distancias, de atenuar emociones. Sus palabras, pero sobre todo el tono y la cadencia con que las pronunciaba, revelaban que nunca sintió rencor hacia quienes cometieron tal crueldad. Estábamos de acuerdo en que nuestros padres y abuelos fueron víctimas del tiempo que les tocó vivir, de sus excesos y contradicciones; y en tales circunstancias no son las ideas las que ganan o pierden sino quienes las enarbolan y las sufren, de uno y otro lado; quienes padecen en carne propia, o en la carne de su carne, las trágicas consecuencias de la sinrazón humana.

Por fin hablamos de Vietnam. Y de la misión española de ayuda humanitaria que lo condujo hasta allí. Con voz ligeramente entrecortada, pequeñas pausas y miradas extraviadas, pero también con la determinación de quien se enfrenta al pasado con la necesaria paz de espíritu, rememoró lugares remotos, circunstancias dramáticas, largas y calurosas jornadas de hospital. Me habló de enfermedades tropicales, de desnutrición, de odio, de bombardeos, de amputaciones, de incomprensión, de falta de medios. Del peligro acechando en cada aldea, en cada rincón. Y de muerte. Muerte de todas las edades.

Afortunadamente también me habló de la vida abriéndose paso entre el caos; de amistad, compañerismo, exótica belleza y de algo parecido a la pasión.

Alcancé a vislumbrar que a pesar de los años transcurridos su mente seguía irremediablemente ligada a Vietnam. Ramón vio con sus propios ojos, y soportó en su propia piel, la guerra que dinamitó las normas establecidas.

La decisión estaba tomada. Escribiría esta historia y así se lo hice saber. Me dijo que podía contar con él y concertamos nuevos encuentros, a los que siempre acudí provisto de una pequeña grabadora y enormes dosis de curiosidad e interés.

Sería la historia de un tiempo no muy lejano pero tremendamente convulso; la historia del entonces suboficial —hoy veterano capitán— Ramón Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, presente en uno de los escenarios más desquiciantes del siglo XX. Y, por ende, la de sus abnegados compañeros, y la de la propia Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur; e, ineludiblemente, la historia de un conflicto que marcó el devenir de la sociedad contemporánea. Como marcó la forma de concebir el mundo, y hasta la propia guerra.

[1] Se trataba del capitán Ramón Gutiérrez de Terán y del general Antonio Velázquez Rivera (subteniente y teniente respectivamente durante su etapa en Vietnam).

1.

Apocalipsis

«Estábamos convencidos de que llegaríamos allí con un mazo, lo derribaríamos todo a nuestro paso y se acabó».

General Samuel V. Wilson

¿QUÉ DIABLOS HACÍAN APENAS una docena de militares españoles en la guerra de Vietnam?

Aquello ya suponía un colosal avispero a mediados de la década de los sesenta del siglo XX —un siglo convulso que para entonces ya había conocido dos cruentas guerras mundiales—; una de esas locuras capaces de hacer temblar el orden establecido, de plantear miles de interrogantes, de remover millones de conciencias. Un monumental y confuso cataclismo en el que perderían la vida alrededor de dos millones de personas.

Vietnam llegó a cambiar la ética y hasta la estética de la guerra. Ya nada sería igual a partir de entonces. O dicho de otra manera: sobre las decisiones estratégicas que tuvieran que adoptar cualquier potencia inmersa en un conflicto armado siempre planearía la sombra de Vietnam.

Joseph Conrad y El corazón de las tinieblas. Wagner y su Guerra de las Valkirias. Gigantescos bombarderos B-52 arrojando un torbellino de muerte y destrucción; helicópteros vomitando proyectiles sobre una selva atestada de vietcong, o sobre una población civil que huye despavorida del infierno (alguien dijo alguna vez que el infierno es la imposibilidad de la razón). La fascinación y el horror atrapados en el hastiado semblante de un viejo, en la inocente y desconcertada mirada de un niño, en el

mancillado rostro de una joven, en las pétreas facciones de un guerrero enloquecido. Apocalypse Now en estado puro. Para muchos norteamericanos, «un conflicto que se prolongaría durante diez largos años y llegaría a estar tan cerca de destruir América como lo estuvo de destruir Vietnam»[1].

Recuerdo que la guerra de Vietnam se coló en las adolescentes vidas de los chavales de mi generación —allá a finales de los setenta, apenas unos años después de que aquella finalizara—, como si de una enorme y delirante aventura se tratara, principalmente a través de la gran pantalla. Como posteriormente penetraría en la vida y conciencia de otras generaciones. Habíamos nacido en plena Guerra Fría —aquella no guerra que amenazaba con estallar en cualquier momento—, una época que parecía deslizarse —y deslizarnos— por la cuerda floja (amenaza nuclear, política de bloques, Corea, muro de Berlín, primavera de Praga, crisis de los misiles, conflictos raciales, mayo del 68…) y donde la disparatada guerra de Vietnam vino a marcar un punto de inflexión.

El cine y la televisión desafiaban nuestro juicio y ponían a prueba nuestros escrúpulos, descubriéndonos un conflicto, unas imágenes, unos acontecimientos que transitaban entre el dramatismo y la locura, entre la fascinación y la perplejidad. La industria cinematográfica de finales de los setenta gestó con estos y otros ingredientes la espectacular Apocalypse Now, o la psicológicamente desquiciante El Cazador, pero una década antes ya había llegado a los cines la propagandística Boinas verdes (exacerbada y poco convincente aportación de John Wayne en favor de las políticas intervencionistas de su país; un guiño a las heroicas y para entonces desvanecidas hazañas bélicas logradas por los norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial). Luego vendrían Platoon, La chaqueta metálica, Good Morning Vietnam, La colina de la hamburguesa, Forrest Gump, Nacido el 4 de julio, Cuando éramos soldados y un largo etcétera de producciones más o menos convincentes, más o menos fieles a la realidad. Cada una de ellas poniendo el foco de atención en cualquiera de los múltiples y tremendamente complejos aspectos de ese laberinto. Aunque Hollywood parecía obviar un importante detalle: no se trataba solo de un choque entre estadounidenses y vietnamitas, por mucho que la industria del celuloide tendiera a esa mera reducción, sino que

existía una feroz guerra civil entre vietnamitas del norte y del sur, entre capitalismo y comunismo, reunificación e independencia, libertad y opresión; entre dos maneras antagónicas e irreconciliables de manejar un país, de concebir el mundo.

Antes, las imágenes de televisión —Vietnam tuvo el dudoso honor de convertirse en la primera guerra televisada de la historia —, sin la brutalidad impostada del cine pero con la crudeza sin paliativos que suele exhibir la desgarradora realidad, abrumaban los corazones de unos espectadores enajenados.

En paralelo una extensa creación literaria inundaba los escaparates de las librerías de medio mundo: novelas, ensayos, biografías, cuentos; obras escritas en no pocas ocasiones por reporteros que habían cubierto la guerra sobre el terreno o por los propios veteranos estadounidenses o vietnamitas. Todos aportaban una visión amplia del conflicto, sin duda, pero también un punto de vista enriquecedor, particular y único. Pocas guerras han generado una literatura tan fecunda, absorbente, valiosa, crítica y descorazonadora a la vez.

La magia del lenguaje. El poder de la palabra.

Y por último, la música. Porque Vietnam también se convirtió —y perdón por la frivolidad— en una banda sonora. O mejor aún, una multitud de bandas sonoras. Canciones ligadas a una época de grandes transformaciones políticas y sociales —una época en cierto sentido maravillosa—, una auténtica explosión de creatividad. Movimientos pacifistas, feministas, contraculturales; democracia, derechos civiles, lucha contra la discriminación racial. Nuevos estilos de vida, ruptura generacional. Y allí estaba la música: provocando, estimulando, perturbando, acompañando (séquito de honor de los enormes cambios que se estaban produciendo). En medio de este maremágnum las escenas de Vietnam adquieren connotaciones grandiosas, casi épicas.

Dos creaciones destacan por encima del resto (por supuesto es solo una opinión personal, infinidad de temas asaltan mi mente en este momento, como otros miles de ellos residen en nuestra memoria colectiva), tan diferentes y contrapuestas entre sí que parece imposible que puedan llegar a sugerir las mismas imágenes,

fruto de una idéntica realidad, aunque encontrados sentimientos (presiento además que mi propio imaginario haya podido convertirlas en la banda sonora de este libro, reminiscencias armónicas que una y otra vez se repiten en algún lugar oculto del cerebro). Se trata de Paint it Black, grabada originalmente en Los Ángeles el 8 de marzo de 1966 por The Rolling Stones; una metáfora de la soledad, de la desolación interior a la que nos aboca el mundo en que vivimos («Miro dentro de mí y veo que mi corazón está negro / No más colores, quiero que se vuelvan negro. / Quizás entonces me desvaneceré y no tendré que afrontar los hechos. / No es fácil plantar cara cuando todo tu mundo es negro»). Sublime la melodía que acompaña a esta desalentadora letra. Por el contrario What a Wonderful World, interpretada magistralmente por Louis Armstrong en 1967, es un esperanzador canto a la paz y a la armonía, una visión optimista del planeta que compartimos y que choca frontalmente con el clima político y racial que enfrenta a la sociedad («Veo cielos azules y nubes blancas / el día brillante y bendito, la noche sagrada y oscura / y pienso para mí qué maravilloso mundo»)[2].

Cine, música, televisión. Información y entretenimiento a raudales. Pero han sido algunas de aquellas suculentas creaciones literarias —junto a las inalienables vivencias de Ramón Gutiérrez de Terán— mis auténticas fuentes de inspiración. Testimonios convertidos en vasos comunicantes que vertebran y dan sentido a estas páginas. Hurgar en tan vasta bibliografía requiere cierta pericia, apartar, como de costumbre, el grano de la paja. Puedes leer Vietnam desde fuera o desde dentro, esa es la cuestión. «Si quieres saber de una jodida vez —parecía susurrarme la belicosa voz de la sabiduría— lo que fue la guerra de Vietnam, no pierdas de vista Despachos de guerra, de Michael Herr[3]; o Un médico en Vietnam, de John Parrish».

La guerra desde dentro.

De acuerdo, dije, por algún sitio hay que empezar. Son libros que ayudan a situarse, a discernir, a comprender, a saber a lo que te enfrentas. Después vendrían muchos más. Leer es parte fundamental de cualquier proceso de investigación, pero también llega a convertirse en una necesidad vital. Leer por necesidad de leer y leer

por necesidad de conocer (¿no es acaso el conocimiento la facultad del ser humano para comprender por medio de la razón la naturaleza de las cosas?).

Libros —como todos los concernientes a esta guerra— que dejan el alma un tanto contrariada; y el temor, en un sentido más mundano, a no estar a la altura como narrador. Pero al temor no hay que tomárselo mucho más en serio que a cualquiera otra pasión de nuestro ánimo. Solo cuando te enfrentas al miedo intentando contrarrestar sus fantasmas estás en disposición de neutralizarlo. Supongo que en la guerra algo así puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Ahora solo se trataba de escribir. Como antes lo hicieron otros.

Michael Herr, corresponsal de guerra, cubrió el conflicto vietnamita a lo largo de un año crucial. Tras publicar varios artículos en la prensa norteamericana sobre su experiencia en Vietnam, escribió Despachos de guerra, donde muestra «…sin las trabas del periodismo ortodoxo, prescindiendo de explicaciones oficiales y de debates moralizantes sobre la participación norteamericana, con fuerza y a la vez ternura inigualables, a los hombres mismos (negros, blancos, oficiales, soldados, corresponsales, civiles) y la atmósfera pavorosa, alucinante casi, de sus vidas»[4]. John Parrish, médico de la Armada de Estados Unidos, estuvo destinado en Vietnam entre 1967 y 1968. Un breve pero intenso periodo que le bastó, sin embargo, para descubrir la inutilidad de la intervención americana en el sudeste asiático y reflejar sus vivencias en Un médico en Vietnam.

Ambos libros se cimientan en sus propias experiencias y en las de aquellos con quienes las compartieron. La guerra les había cambiado la vida, su particular concepción del mundo.

Algo que no les ocurriría solo a ellos.

Para el antiguo profesor de la Universidad de Massachussets Christian G. Appy, autor de un excelente ensayo publicado en 2003 en el que reúne los testimonios de más de un centenar de protagonistas de ambos bandos, aquella fue una época «en la que millones de personas en varios países sentían que la guerra se había convertido en una condición casi permanente. En la que a diario,

durante más de una década, los padres decían adiós a unos hijos que jamás volverían a ver, en la que los adolescentes aprendían a matar como un deber patriótico […] en la que las familias discutían sobre la naturaleza de la guerra y cómo reaccionar ante ella; los campesinos veían arder sus casas, los ciudadanos se levantaban en actitud desafiante en oposición al gobierno, los prisioneros padecían formas inimaginables de interrogatorio y tortura; los comandantes movían a las tropas sobre mapas militares, médicos y enfermeras atendían cuerpos llenos de metal, los líderes insistían en que los combates debían continuar y los periodistas enviaban reportajes de batallas que nadie recordaría excepto los supervivientes»[5].

Magnífica manera de glosar una época, un conflicto grabado a sangre y fuego en la retina de millones de personas.

Quizá uno de los análisis más certeros con los que me he topado a lo largo de este trabajo —por simple que pueda parecer— sea el del general estadounidense Samuel V. Wilson[6], quien a lo largo de su carrera militar llegó a prestar valiosos servicios a su país tanto en el ámbito de las operaciones especiales como en tareas de inteligencia. Solo alguien con su experiencia y autoridad podía expresar de una forma tan rotuna lo que por otra parte conforma el imaginario colectivo de la sociedad norteamericana: «Tendemos a librar una guerra del mismo modo que hicimos durante la Segunda Guerra Mundial. Somos prisioneros de nuestra propia experiencia, y muchas de las cosas que funcionaron entonces no eran aplicables a la guerra de Vietnam. Estábamos convencidos de que llegaríamos allí con un mazo, lo derribaríamos todo a nuestro paso y se acabó; fue una simplificación excesiva del problema que, combinada con nuestro exceso de confianza, nos hizo pecar de arrogantes, y es muy, muy difícil, disipar la ignorancia cuando se tiene arrogancia».

No menos demoledora resulta la argumentación de Chester Cooper, quien trabajó para la CIA en el sudeste asiático entre 1953 y 1963 y posteriormente ejerció como ayudante del consejero de Seguridad Nacional McGeorge Bundy entre 1966 y 1968. Hizo numerosos viajes a Vietnam, alguno de ellos acompañando al secretario de Defensa Robert McNamara. De uno de esos viajes dijo lo siguiente, con sorprendente conclusión: «Hice escala en Honolulú y pasé una noche recabando información. Aquellas escalas me

convencieron de que no nos esperaba nada bueno en Vietnam. Mientras desayunaba en el porche de la residencia de oficiales, con vistas al puerto, vi entre el zumo de naranja y el café tres enormes buques de guerra, cinco cruceros y diez submarinos nucleares. Ocho o nueve horas después estaba en Saigón, donde nos teníamos que enfrentar a unos tipos con armas anticuadas, estacas de bambú aguzadas y una especie de pijama negro por todo uniforme, a los que no podíamos vencer con todo nuestro potencial armamentístico, capaz de acabar con el mundo en una hora. La gente pensaba que íbamos a la guerra contra un pequeño país de mierda y que sería una victoria fácil, pan comido. Pero ellos sabían cómo luchar y nosotros no»[7].

Para entonces la guerra no había hecho más que empezar.

Me pregunto si nosotros, meros lectores, podríamos extraer de estos párrafos —y de algunos cientos de reflexiones, análisis y testimonios similares— las mismas o parecidas conclusiones. Muchos norteamericanos así lo hicieron. Porque precisamente de ellos (de sus políticos, de sus analistas, de sus veteranos, de sus periodistas, de la mayoría de quienes han hablado o escrito sobre estos hechos) he leído o escuchado las críticas más feroces acerca de la participación de su país en la guerra de Vietnam.

De los vietnamitas, ni que decir tiene.

Por eso, de pronto, el panorama se tornó desolador. Necesitaba tomar distancias, olvidarme de los intereses políticos y estratégicos que desorganizan el mundo y siembran el caos, de las crueldades que derivan de todo ello, del tufo a sangre y napalm que dejan ciertas lecturas en el alma, aunque las sombras son alargadas. Quizá sintieran algo parecido, en algún momento, los miembros de ese pequeño contingente de sanitarios del ejército español que nunca antes pensaron que podían llegar a encontrarse en el epicentro de semejante paisaje; pero allí estuvieron, y cumplieron con creces su humanitaria labor, sus expectativas vitales; la misión que, por otra parte, les había sido encomendada. Porque en su deseo de aprender, de mejorar, de viajar, de contrastar, de vivir y compartir y enriquecerse con nuevas experiencias —también de obedecer— decidieron embarcarse en la que sin duda habría de convertirse en la mayor aventura de sus vidas. Y a pesar de las dramáticas

dificultades encontradas llegar a experimentar la satisfacción del deber cumplido, el orgullo de servir a su país —aunque su país, como en tantas otras ocasiones, nunca llegara a reconocer sus méritos— y, sobre todo, a sentir la íntima e impagable satisfacción de haber contribuido a mitigar el sufrimiento de los más débiles, salvando miles de vidas humanas.

No se trata ahora de analizar, y mucho menos cuestionar, la idoneidad de las decisiones políticas adoptadas en su día, las estrategias esgrimidas por los bandos enfrentados, los movimientos de tropas sobre el terreno o el armamento utilizado. En el caso de los españoles no tiene ningún sentido centrarse en estas cuestiones, pero tampoco pueden obviarse; al fin y al cabo todo ello forma parte del contexto en el que se desenvolvieron, del escenario en el que actuó la oficialmente denominada Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur[8].

Afortunadamente no se produjo ni una sola baja entre la cincuentena de españoles que participaron en esta misión entre 1966 y 1971. Los años, por otra parte, más duros del conflicto. Posiblemente la zona asignada —la provincia de Go Cong, en pleno delta del Mekong— no fuera la más peligrosa, puede ser; pero resulta absurdo, casi aberrante, hablar de un Vietnam seguro en aquel momento (¡Por Dios, era Vietnam en guerra!). También es posible que influyera la suerte, nunca debemos dar la espalda a la providencia, pero si alguien piensa que su desinteresada y colosal actuación en aquel entorno desconocido y hostil no tuvo nada que ver en su providencial destino, está muy equivocado («Por eso, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, así también haced vosotros con ellos». Mateo 7, 12).

[1] Harold G. MOORE y Joseph L. GALLOWAY. Cuando éramos soldados y jóvenes. P. 21.

[2] Paint It Black sería asociada a la guerra de Vietnam debido a su aparición en diferentes series y películas, entre ellas La Chaqueta metálica de Stanley Kubrick. De igual modo, What a Wonderful World fue incluida en la banda sonora de la película de Barry Levinson Good Morning, Vietnam.

[3] Michael Herr nació en Lexington (Kentuchy) en 1940 y murió en Delhi (Nueva York) en 2016. Además de escritor, colaboró como guionista en las películas Apocalypse Now y La chaqueta metálica, ambientadas ambas en la guerra de Vietnam.

[4] Texto extraído de la sinopsis del libro.

[5] Christian G. APPY. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 528.

[6] General Samuel VAUGHAN WILSON (Rice, Virginia, 1923 - Rice, Virginia, 2017).

[7] Citado en Christian G. APPY. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 117.

[8] Calificada de Confidencial por el gobierno de Franco, como consta en los numerosos documentos que la misión originó.

2.

Así están las cosas

«Lyndon Johnson no pasará a la historia como el presidente que perdió Vietnam. No se olvide de lo que le digo».

Palabras de Lyndon B. Johnson a David G. Nes

EL PRESIDENTE JOHNSON APENAS había dormido esa noche y el cansancio se reflejaba en su extenuado rostro. Aún no hacía un año que había asumido la presidencia del país más poderoso del mundo y el peso de la herencia del asesinado John F. Kennedy a punto estaba de estallarle en las manos. 1964 era año electoral, y necesitaba alcanzar el triunfo en esas elecciones, revalidar en las urnas lo que le había sido conferido por el circunstancial hecho de ser vicepresidente tras el magnicidio de Dallas aquel fatídico 22 de noviembre de 1963. El político texano se encontraba ante la gran oportunidad de su vida, aquello que más ambicionaba, y a sus cincuenta y seis años no estaba dispuesto a dilapidar toda su trayectoria política y personal. En los últimos doce meses había acometido reformas de gran calado social: Guerra contra la pobreza, extensión de la sanidad y la educación públicas, leyes contra la segregación racial, respeto por los derechos civiles. El sueño de su anhelada Gran Sociedad, donde la igualdad de oportunidades y la calidad de vida de los norteamericanos se extenderían a lo largo y ancho del país como si de un derecho divino se tratara, estaba más cerca que nunca de hacerse realidad.

¡Bravo, presidente!

Al fin lo consiguió. Ganó las elecciones por amplia mayoría (de hecho, por uno de los márgenes más holgados conseguidos por un candidato en la historia de Estados Unidos). Pero Vietnam se cruzó

en su camino, en el itinerario político y vital de aquel sureño alto y tozudo de ideas progresistas que podía haber pasado a la historia por algo más que por sus decisiones —y sobre todo por sus indecisiones— en política internacional. La guerra de Vietnam acabaría convirtiéndose para él —como para la sociedad estadounidense en su conjunto— primero en un monumental quebradero de cabeza, y después, en una auténtica pesadilla, hasta el punto de acabar con su carrera política y abocarlo sin remedio a una profunda crisis moral. Él mismo lo explicaría años más tarde con una sinceridad abrumadora: «Desde el principio supe que me crucificarían hiciera lo que hiciese. Si dejaba a la mujer que amaba de verdad —la Gran Sociedad— para relacionarme con aquella puta guerra del otro extremo del mundo, en casa lo perdería todo… Pero si dejaba la guerra y permitía que los comunistas se apoderaran de Vietnam del Sur, entonces me verían como un cobarde, dirían de mi nación que solo apaciguaba y nos resultaría imposible hacer nada por nadie en ningún lugar del mundo»[1].

Esa era la cuestión. Y en parte también fue la razón por la que en una nevada mañana de enero de 1964, en Washington D. C., el presidente pronunciara durante una conversación mantenida con David G. Nes, antes de que este partiera hacia su nuevo destino en la embajada norteamericana en Vietnam del Sur, las premonitorias palabras que preludian este capítulo: «Lyndon Johnson no pasará a la historia como el presidente que perdió Vietnam. No se olvide de lo que le digo».[2]

Y realmente lo consiguió. Ese honor le cupo a Gerald Ford diez años y 58 159 compatriotas muertos más tarde (después de que en 1973 se firmaran los Acuerdos de Paz de París). Pero antes Kennedy, como después Johnson y posteriormente Richard Nixon, cada uno a su manera, contribuyeron a este resultado con una extensa batería de mentiras y envanecimientos.

¿Cómo se había llegado a ese callejón sin salida? A ese descomunal conflicto por el que, recordemos, también transitaron medio centenar de sanitarios militares españoles ajenos, en su día a día, a cualquier decisión política o estratégica. Ajenos a todo lo que no fuera el estricto cumplimiento de su humanitaria misión.

Trataré de explicarlo brevemente.

En 1954, Vietnam, un pequeño y exótico país situado en la península de Indochina, en el sudeste asiático, había conseguido desembarazarse del poder colonial francés, presente en esa zona desde mediados del siglo XIX. No había sido fácil, pero todo hacía indicar que los vietnamitas estaban a punto de alcanzar el sueño de su independencia. Unos años antes, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, el país fue invadido por Japón, pero tras la derrota del Imperio del Sol Naciente en 1945, Ho Chi Minh —líder del movimiento nacionalista de ideología marxista conocido como Viet Minh— se estableció en Hanói, al norte, y desde allí proclamó la independencia de Vietnam. Como era de esperar, esta decisión no fue ni compartida ni aceptada por la orgullosa y agraviada Francia, dispuesta a restablecer su honor y su autoridad al precio que fuera necesario; es decir, por medio de la fuerza, que es como solían resolverse estas cuestiones.

Así comenzó la llamada guerra de Indochina, preludio y poco aprovechado paradigma de lo que posteriormente sería la guerra de Vietnam. El caso es que derrotadas militarmente las tropas francesas por el ejército del Viet Minh en 1954 (más adelante volveremos sobre este asunto y veremos cómo unos cientos de españoles integrados en la Legión Extranjera Francesa también jugaron un papel destacado), la reunificación del país bajo un gobierno comunista —influenciado por China y la URSS, en plena Guerra Fría — no entusiasmaba precisamente a las potencias occidentales, en especial a Estados Unidos.

Sea como fuere, ese mismo año y después de enconadas negociaciones se alcanzaban los llamados Acuerdos de Ginebra, donde se establecía la partición temporal de Vietnam en dos estados independientes, tomando como referencia el paralelo 17. Nacía oficialmente, por un lado, la República Democrática de Vietnam del Norte, con capital en Hanói, presidida por el carismático, espiritual e idolatrado —sobre todo por los suyos— Ho Chi Minh; y por otro lado la República de Vietnam del Sur, con capital en Saigón, a cuyo frente se encontraba el católico de noble ascendencia —y nada idolatrado— Ngo Dinh Diem. La primera, apoyada por los regímenes comunistas de China y la URSS, la segunda por Estados Unidos. En un primer momento los Acuerdos de Ginebra establecían la posibilidad de reunificar los dos países tras la celebración de unas

elecciones libres, pero estas nunca llegaron a celebrarse. Los motivos: básicamente el temor de la administración estadounidense a una victoria sin paliativos de los nacionalistas de Ho Chi Minh y a la necesidad de «construir y reforzar lo que esperaban que fuera un Vietnam del Sur no comunista»[3] (aún humeaban las cenizas de la guerra de Corea, que se había saldado con más de cincuenta mil bajas estadounidenses y el país asiático dividido en dos).

A esta estrategia, especialmente al boicoteo de unas elecciones de imprevisible resultado, se prestaría con indisimulado entusiasmo el controvertido y corrupto presidente Diem, más papista que el papa en aquello de preservar al sur de las garras del comunismo, sí, pero también del budismo, del colonialismo y, si no fuera por los dólares norteamericanos, de los propios americanos. De hecho, la corrupción sería algo sistémico en los sucesivos gobiernos survietnamitas; nada de extrañar si tenemos en cuenta que la ayuda proveniente de Estados Unidos pasaría de un millón de dólares en 1954 a trescientos veintidós en solo un año, y no dejaría de aumentar en años sucesivos.

Sin embargo, la mecha ya estaba prendida y el nuevo y descomunal conflicto en fase de gestación. El historiador Christian G. Appy describe así esta fase inicial de la crisis: «Entre 1954 y 1960 los miembros del Viet Minh que habían participado en la guerra contra los franceses se organizaron en el medio rural para construir una oposición política al gobierno de Ngo Dinh Diem. Gran parte de la campaña de Diem para acabar con la disidencia estaba dirigida contra ellos. Como muchos survietnamitas los admiraban y los consideraban patriotas, en 1956 los servicios de información estadounidenses sugirieron que el gobierno y los periódicos de Saigón comenzaran a llamarles Vietcong, abreviatura de “comunistas vietnamitas”, con la esperanza de que la nueva denominación se entendiera como peyorativa y disminuyera su popularidad. Hicieron falta varios años para que ese nuevo nombre calara en Saigón, pero no sirvió para aminorar el respeto que muchos campesinos sentían hacia la causa de la liberación nacional»[4].

Las cartas estaban sobre la mesa y los jugadores —alérgicos a las reglas y muy dados, sin embargo, a los faroles— comenzaron a

sentarse en torno a ella. Estados Unidos invocaba la necesidad de ayudar a la pequeña y emergente democracia de Vietnam del Sur a preservar su independencia de la órbita comunista. El gobierno de Vietnam del Norte no renunciaba a la reunificación del país mediante el derrocamiento del régimen de Saigón, al que consideraba una marioneta de Estados Unidos, por lo que en 1960 crea el FLN (Frente de Liberación Nacional), o sea, el Vietcong, una organización revolucionaria de corte marxista que en los próximos años desplegará una auténtica guerra de guerrillas y sembrará el terror en todo el territorio de Vietnam del Sur.

¿Qué interés real podría tener Estados Unidos en aquel pequeño y empobrecido país del sudeste asiático?

A decir verdad, poco. La cuestión era otra. En un primer momento estaba el miedo a perder la Guerra Fría, el temor a que se consumara un peligroso efecto dominó —es decir, perdido Vietnam el resto de los países asiáticos caería uno tras otro, casi por su propio peso, en la esfera comunista—; pero a partir de 1965 los norteamericanos habían sufrido «tal número de fracasos y humillaciones, tanto militares como políticas, que era inevitable que el mundo viera en la retirada una grave derrota, inaceptable en principio para cualquier gobierno»[5].

Antes, a finales de 1961, con Kennedy en la presidencia, el Departamento de Defensa de Estados Unidos ya contaba con tres mil efectivos en Vietnam. En teoría tan solo se trataba de asesorar al gobierno y al ejército survietnamita, aunque entre este personal figuraran fornidos miembros de la CIA mascando chicle, expertos pilotos de combate y unidades de las fuerzas especiales armadas hasta los dientes. En febrero de 1962 se creaba el MACV (Comando de Asistencia Militar en Vietnam, encargado de coordinar todo el esfuerzo de la administración norteamericana en la región), y ese mismo año la presencia militar aumentaba hasta los once mil efectivos. Cuando Kennedy es asesinado en Dallas en noviembre de 1963, dieciséis mil estadounidenses ya actuaban en el país asiático.

Habían sido meses convulsos en Vietnam, meses en los que las protestas callejeras contra el presidente Diem se multiplicaron exponencialmente; en los que la represión política adquirió tintes insoportables; en los que las actuaciones guerrilleras del Vietcong

sobre intereses gubernamentales en zonas rurales —y puntualmente en la capital— minaron la moral del ejército y de la población survietnamita; en los que los budistas consiguieron captar la atención mundial cuando a mediados del mes de junio de 1963 el monje Thich Quang Duc se inmolaba en una transitada calle de Saigón ante el estupor de los viandantes y de los medios de prensa internacionales en un desesperado acto de rechazo a la persecución que sufrían a manos del gobierno. Las impresionantes imágenes de aquel hombre sentado en el suelo, en una especie de trance, envuelto en llamas junto al bidón de la gasolina que lo devoraba, dieron la vuelta al mundo y reclamaron la atención de una población indiferente hacia un conflicto que ya jamás olvidarían.

Solo tres semanas antes del magnicidio de Dallas, un golpe de estado amparado por Washington acababa con el gobierno, y con la propia vida, del presidente Diem. También con la de su hermano menor e influyente consejero Ngo Dinh Nhu. Lejos de apaciguar los ánimos, la inestabilidad y la violencia se apoderaron de la antigua y apacible capital colonial francesa extendiéndose por todo el país, como si una maldición bíblica cayera sobre aquel pedazo de tierra.

Al tiempo que las aldeas se despoblaban, Saigón se transformaba a pasos agigantados; no tanto en su fisonomía —a comienzos de la década de los sesenta la ciudad aún mantenía ese aspecto romántico que la hacía merecedora del calificativo de Perla de Oriente— como en el ecosistema humano que emergía a dentelladas. Junto a los miles de estadounidenses de todo pelaje que comenzaban a establecerse en Vietnam (soldados, diplomáticos, pilotos, espías, ingenieros, analistas, contratistas, sanitarios, periodistas, ayudantes, auxiliares…), muchos de ellos con los bolsillos abarrotados de dólares y un afán desmedido por contribuir a la causa de su país —o simplemente por experimentar nuevas sensaciones—, multitud de vietnamitas abandonaban la extenuante e incierta vida rural por el más incierto aún sueño de una vida mejor. A veces a costa de pagar un alto precio. El escritor y periodista Max Hastings nos acerca a una de esas historias anónimas que contribuyeron a transfigurar la sociedad vietnamita: «Una campesina pobre de My Tho, de dieciséis años, que visitó la capital para alojarse con su hermano, que era policía, se emocionó al descubrir que podía ganar veinticinco mil piastras al mes lavando

platos. Ciertamente bregaba hasta las nueve de la noche, sin fines de semana, pero le parecía divertido. Todo el mundo usaba zapatos o sandalias, en lugar de caminar descalzo. Una prostituta corriente ganaba mucho más de veinticinco mil piastras, según descubrieron muchas chicas»[6].

Un diplomático francés que hubiera regresado ahora a Saigón después de abandonar la capital tras la pérdida de Indochina, habría tenido que frotarse los ojos con los puños bien cerrados antes de distinguir el caos en que se encontraba.

La corrupción estaba tan arraigada que prácticamente podías hablar con ella. Y es que «la mera presencia de occidentales acomodados —ya fuera con armas o sin ellas, con uniforme o sin el — por fuerza tenía que surtir un efecto de contaminación sobre una sociedad asiática en su mayoría rural y empobrecida»[7].

Ajenos a todo ello, con una determinación y una fiereza salvajes, el Vietcong comenzó a lanzar a finales de 1964 una sucesión de devastadores ataques en las inmediaciones de la capital, acompañados de actos terroristas en el interior. Estas acciones pronto se extendieron a las zonas rurales más próximas, y poco después a todo Vietnam del Sur. Hasta febrero de 1965 alrededor de doscientos cincuenta soldados estadounidenses ya habían perdido la vida en Vietnam, la mitad de ellos en los últimos meses.

Pero el punto de inflexión de esta cada vez más inevitable guerra se produjo el 4 de agosto de 1964. Ese día el presidente Johnson se dirigió a la nación en un discurso televisado. Era casi medianoche en la costa este y la expectación había ido aumentando con el paso de las horas a causa de una demora en su emisión. Circunspecto, mirando fijamente a la cámara, Johnson sentenciaba: «A las agresiones terroristas contra poblados pacíficos de Vietnam del Sur se han sumado ahora agresiones directas en alta mar… A los repetidos actos de violencia contra las fuerzas armadas de Estados Unidos se debe replicar no solo con la alerta defensiva, sino también con una respuesta directa. Sabemos, aunque parezca que algunos lo olviden, los riesgos de extender el conflicto. No buscamos ampliar la guerra».

A veces el relato, real o fingido, es necesario para justificar una

decisión. El presidente norteamericano era consciente de ello. En su discurso televisado estaba haciendo referencia al incidente del Golfo de Tonkín, un supuesto ataque perpetrado por dos patrulleras de Vietnam del Norte contra los destructores USS Maddox y Turner Joy la mañana de los días 2 y 4 de agosto, respectivamente. Es cierto que la tensión era evidente en el golfo, que las incursiones eran continuas y las provocaciones diarias, pero lo que en aquel momento se vendió como un ataque norvietnamita contra buques de guerra estadounidenses, simplemente no existió. Así lo puso de manifiesto un informe secreto de la Agencia de Seguridad Nacional desclasificado en 2005 por el propio gobierno norteamericano. Como explica Hastings en su libro sobre Vietnam: «Los líderes estadounidenses eligieron aprovechar una escaramuza provocada por sus propios jugueteos en la zona costera para justificar una exhibición de voluntad y capacidad»[8]. Johnson esperó a la medianoche para anunciar una decisión tomada aquella misma mañana. Después de una intensa campaña para las presidenciales de noviembre no estaba dispuesto a que su rival, el candidato republicano Barry Goldwater —militarista y partidario de los bombardeos masivos sobre Vietnam del Norte—, lo acusara de falta de determinación.

Tras el incidente, Johnson solicitó y obtuvo del Congreso la aprobación de la llamada Resolución del Golfo de Tonkín, que permitía al gobierno «adoptar todas las medidas que fueran necesarias para repeler cualquier ataque contra las fuerzas de Estados Unidos». Era algo así como abrir la caja de Pandora, algo que daría el espaldarazo definitivo a la futura y extensiva intervención militar. Con el tiempo muchos congresistas se arrepentirían de haber prestado su apoyo.

Cuando el día 3 de noviembre de 1964 los ciudadanos estadounidenses acudieron a las urnas, dos ideas aparentemente contrapuestas confluían en la mente de la mayoría de los votantes: por un lado la determinación del candidato demócrata, y actual presidente, de no ceder a las supuestas agresiones de un país extranjero cuya ideología amenazaba, por sí misma, el estilo de vida americano; por otro, la promesa de no enviar jóvenes de Estados Unidos a combatir en una guerra lejana que, en todo caso, correspondería librar a los propios vietnamitas.

La victoria de Lyndon Johnson fue aplastante, la sexta elección más desequilibrada en la historia electoral de los Estados Unidos de América, con el noventa por ciento del voto electoral a su favor. Pero al igual que le ocurre al corazón, la política también tiene razones que la propia razón no entiende. Así, Estados Unidos siguió implicándose en la guerra; en un primer momento intensificando los bombardeos sobre Vietnam del Norte, después aumentando su presencia militar en el Sur. A finales de 1965 ya eran 185 000 los soldados estadounidenses desplegados en aquel país —los mismos jóvenes de Estados Unidos a los que jamás enviaría su presidente a combatir—; dos años más tarde llegarán a ser medio millón.

El gobierno de Hanói subió la apuesta y también optó por la escalada militar. Le Duan, primer secretario del partido comunista de Vietnam del Norte y artífice —más allá del liderazgo espiritual de Ho Chi Minh— de la reunificación del país, no estaba dispuesto a rendirse ahora. La decisión era todo o nada, por mucho que eso significara enviar al matadero a millones de compatriotas. Las dictaduras, a fin de cuentas, juegan con la ventaja no estar sometidas al escrutinio de su opinión pública.

En definitiva: así estaban las cosas en Vietnam cuando a miles de kilómetros de distancia, sobre el cielo resplandeciente de un aletargado país del sur de Europa que comenzaba tímidamente a dar los primeros pasos hacia su necesaria modernización, el joven suboficial Ramón Gutiérrez de Terán, adscrito como sanitario a la II Bandera de la Brigada Paracaidista con sede en Alcalá de Henares, saltaba nuevamente en paracaídas.

Desempeñaba su cometido en el botiquín de la base, pero con ese salto completaba el número veinticinco de los realizados desde un avión.

[1] Citado en Martin WINDROW. The Last Valley. P. 161.

[2] Cita recogida en el libro La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975, de Max Hastings. P. 234.

[3] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 17.

[4] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 87.

[5] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 242.

[6] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 274.

[7] Ibid., P. 173.

[8] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 257.

3.

Padres e hijos

Quizá soñaba con llegar a ser algún día parte de algo grande, admirable. Algo de lo que su padre pudiera sentirse orgulloso.

RAMÓN GUTIÉRREZ DE TERÁN nació en Madrid el 9 de diciembre de 1934. Aquel día la capital amaneció bulliciosa y radiante, como de costumbre. Tres años y ocho meses después de la proclamación de la Segunda República, la ciudad, y con ella todo el país, parecían redimirse de los tempestuosos vientos revolucionarios que no dejaron de soplar durante el pasado mes de octubre; vientos desestabilizadores e inoportunos para una joven y frágil democracia que vinieron a coincidir, además, con la proclamación de independencia de Cataluña decretada por el gobierno de Companys y la convocatoria de violentas huelgas generales en toda España.

Pero aquel domingo de diciembre de cielos perezosamente cubiertos y temperaturas otoñales, la ciudad de un millón de habitantes en que se había convertido Madrid recobraba poco a poco su ritmo vital. La inquietud se había apoderado de sus calles tres meses antes, un soleado 8 de septiembre, sábado, durante la precipitada y sorpresiva convocatoria de huelga alentada por diferentes colectivos obreros; una jornada que acabaría truncando la tranquilidad de los madrileños. Horas fatídicas en algunos barrios de la capital.

Ese día los paros comenzaron a las seis de la mañana, coincidiendo con los cambios de turno en la mayoría de los centros de trabajo. «Ante fábricas y talleres se formaron grupos de obreros en actitud expectante», informaba la prensa madrileña (los sucesos de aquella jornada colmarían las páginas de los periódicos al día siguiente, una vez confirmado el fracaso de la convocatoria). «Al dar los pitos y sirenas la señal de entrada, los obreros no penetraron

en los locales y se retiraron poco después al comprobar que no entraba ninguno de ellos»[1]. El paro comenzó afectando, principalmente, al transporte público y a la limpieza de plazas y calles; también, dato curioso, a la elaboración del pan. Con los primeros rayos de sol despuntando sobre los edificios, los autobuses comenzaron a transitar bajo la estricta vigilancia de los guardias de Asalto, obligados a ejercer de cobradores. El metro y los tranvías circulaban gracias al concurso de los soldados del Cuerpo de Ingenieros, que se encargaban también de los cambios de agujas.

A medida que transcurría la jornada, bares, cafeterías, carnicerías, lecherías, verdulerías y otros establecimientos se vieron obligadas a cerrar poco después de abrir sus puertas. Miles de trabajadores recorrían las calles de Madrid en un ambiente festivo, también intimidatorio; unos, convencidos de lo que hacían, otros, porque era lo que tocaba. Unos, pacíficos, otros, visiblemente más exaltados. Las dos caras de la huelga cuando entre ellas no media la indiferencia. Las rotativas de los periódicos se detuvieron, y aunque las ediciones de la mañana estaban listas para el reparto, vendedores y repartidores se negaron a trabajar. Solo la radio emitió a las ocho de la mañana un comunicado del Ministerio de Gobernación en el que se daba cuenta de la huelga, haciendo correr la voz entre los madrileños a partir de ese momento. Más tarde el Ministerio de Comunicaciones estableció puntos seguros de venta de periódicos en la Puerta de Atocha, en la calle de Alcalá, en la glorieta de Bilbao y en la plaza de España. Evidentemente, los ejemplares se agotaron a los pocos minutos. A la entrada de las tahonas, custodiadas por guardias de Asalto, hombres y mujeres con la preocupación asentada en sus rostros formaban largas colas por temor a que escaseara el pan —algo que finalmente no ocurrió gracias a los excedentes llegados desde Guadalajara, Toledo, Ávila y Segovia—. En más de una boda programada para ese día las parejas, engalanadas para la ocasión, tuvieron que acudir andando a las iglesias ante la falta de taxis.

Lo peor, con diferencia, fueron los graves altercados que se sucedieron a lo largo de la jornada con el triste balance de seis muertos y numerosos heridos; como si nunca fuéramos capaces de acabar una fiesta en paz. El primer incidente sangriento se produjo en Tetuán de las Victorias —barrio eminentemente obrero, de

peones, pequeños comerciantes, artesanos y traperos; gente humilde, venida de provincias en su mayoría— cuando un agente de seguridad que se dirigía a la comisaría de Cuatro Caminos recibió un disparo a quemarropa por la espalda al tratar de mediar en una acalorada discusión entre un grupo de manifestantes y un trabajador de la limpieza. El suceso tuvo lugar junto a la emblemática plaza de Toros inaugurada el 11 de octubre de 1900, casi treinta y cuatro años atrás.

Al sur, en las inmediaciones de Atocha, frente al hospital de San Carlos, un grupo de guardias de Asalto se vio obligado a realizar varios disparos al aire para dispersar a una treintena de manifestantes en actitud visiblemente exacerbada. Un joven de dieciocho años cayó herido por un disparo en el pecho en la esquina de la calle del Marqués de Toca; y aunque los propios guardias, auxiliados por algunos transeúntes, lo trasladaron al hospital arrebujado en su sucio y ensangrentado mono azul, nada pudieron hacer allí por salvar su vida.

Enterados los huelguistas de la tragedia, grupos de incontrolados, coléricos, se dirigieron a las obras del tranvía en la calle Atocha para aprovisionarse de adoquines y cascotes y lanzarlos impetuosa y descorazonadamente contra las fuerzas de seguridad. Nuevas y violentas cargas se produjeron entonces tanto en la glorieta de Atocha como en las calles aledañas. En la plazoleta de Santa Isabel un tiroteo eterno entre policías y manifestantes —por alguna razón las armas campaban a sus anchas en una época de negros presagios— dejó más de una decena de heridos. Entre ellos se encontraban Estanislao y su hijo Tomás, que finalmente perdió la vida. El resto de los heridos apenas contaba con entre diecisiete y diecinueve años, todos trabajadores en huelga. En la refriega también murió de manera fulminante, víctima de una caprichosa bala perdida, la señora Juana, vecina del número 50 de la calle Santa Isabel, que junto a su hija Luisa observaba desde un balcón del tercer piso, maldita curiosidad, la evolución de los acontecimientos. Luisa, de treinta y dos años, también resultó herida.

A las siete de la tarde un nuevo enfrentamiento en la calle Bravo Murillo, esquina a la de Río Rosas, esta vez entre

manifestantes y miembros de la Guardia Civil que trataban de auxiliar a los ocupantes de un tranvía asaltado, dejó un trabajador muerto, Saturnino, vecino del número 9 de la calle Esquilache, y dos heridos más por arma de fuego. A esa misma hora otro trabajador resultaba herido grave en la plaza de Callao, en el centro de Madrid; y un manifestante muerto en la puerta del Ángel mientras saboteaba los raíles del tranvía. En Carabanchel, otro manifestante, Celedonio, moría en un intento frustrado por asaltar el cuartel del escuadrón de seguridad del cercano Hospital Militar.

Al caer la noche las calles de la capital se mostraban desiertas, apesadumbradas: tabernas y salas de fiesta cerradas, espectáculos cancelados, vehículos estacionados en las aceras; los ánimos de los madrileños recuperándose en el interior de sus moradas, ventanas abiertas, bajo un cielo oscuro y vacío de nubes. Serenos celosos de chuzo y llavero velando sus sueños. Y guardias municipales de uniforme azul y casco blanco dedicados a la tarea de encender, bajo la curiosa mirada de algún distraído viandante, los viejos faroles de gas alineados en las aceras, huérfanos esa noche de faroleros.

Al día siguiente la prensa madrileña hacía balance: cientos de incidentes, seis muertos, numerosos heridos y más de cuatrocientos detenidos. A las puertas de las redacciones, desempleados del sector de las Artes Gráficas hacían cola con la esperanza de conseguir alguno de los puestos de trabajo que habían dejado vacantes los trabajadores despedidos durante la jornada de huelga. Tampoco en las obras en curso readmitieron a los obreros que no acudieron a sus puestos de trabajo el día anterior. Más leña al fuego de la arbitrariedad. Eran otros tiempos.

Durante semanas los madrileños siguieron chismorreando sobre todo aquello, disipando temores; pero aquel domingo 9 de diciembre parecía que las aguas volvían a su cauce, al menos de momento. La gente se echó a la calle, inmune al clima peligrosamente imperante de los últimos tiempos. Cines y teatros acogían nuevas representaciones. Coloridos carteles y modernos luminosos transformaban el apático paisaje diurno, anunciando los grandes estrenos de la temporada, mientras un público ávido de entretenimiento no dudaba en desembolsar en taquilla esa peseta, o hasta esas cinco pesetas si era menester (dependiendo del bolsillo y,

por supuesto, del espectáculo), que les evadiría durante la siguiente hora y media de la cruda e imprevisible realidad, acercándoles a unas estrellas a las que admirar y envidiar a partes iguales. La Gran Vía bullía de actividad. En realidad, todo el centro de la capital. El Teatro Muñoz Seca anunciaba para esa noche una representación extrañamente oportuna, El rebelde, de Joaquín Calvo Sotelo, la historia de un joven burgués que desde niño había mostrado una terca rebeldía en sus ideas y en todos sus actos, pero que cuando al fin coquetea con auténticos revolucionarios, cuando está a punto de sucumbir a la irracionalidad del terrorismo, emerge de su interior el hombre generoso de noble espíritu que realmente lleva dentro, mostrándose arrepentido de su mero propósito: «¡Jóvenes del mundo, no matéis!», grita desgarrado. El irreprochable rebelde Antonio Vico y la insinuante y femenina Carmen Carbonell, en los papeles protagonistas, consiguen dar, a decir de la crítica, «una cumplida realización al pensamiento del escritor».

Al tiempo las carteleras de cine exhiben títulos tan dispares como Cleopatra —«el esplendor de Roma y el encanto misterioso de Egipto resucitado por Cecil B. De Mille»—, con Claudette Colbert, en el Cine Callao; o Sucedió una noche, con el singular Clark Gable como protagonista, en el Cine San Carlos. También Compañeros de juerga, interpretada por la más insólita y sublime pareja cinematográfica de todos los tiempos (por supuesto, vuelve a ser una opinión muy personal): Stan Laurel y Oliver Hardy, en el Cine de la Ópera.

Aquella mañana un hombre se sentía especialmente orgulloso y feliz. Comedidamente feliz. Caminaba por un Paseo del Prado atestado de viandantes rumbo a la calle Felipe IV, ajeno a las conversaciones y al ruido que quizás, en otras circunstancias, le hubieran abrumado. Iba elegantemente vestido a la moda con abrigo y traje de algodón gris —chaqueta con solapas drapeadas, ancha de hombres, e impecablemente marcada la raya del pantalón —, camisa blanca, corbata lisa y sombrero de fieltro, como por otra parte era costumbre en este condecorado oficial de Infantería cuyo retiro extraordinario le había sido impuesto en el mejor momento de su carrera. No podía, sin embargo, ocultar su satisfacción, también su tremenda responsabilidad. José Luis Gutiérrez de Terán González-Regueral acababa de ser, a sus cuarenta años de edad,

padre por séptima vez (¡nada menos que por séptima vez!); aunque los tiempos, marcados aún por los ecos de la Gran Depresión y por el clima de incertidumbre política y económica que atravesaba el país de un extremo a otro —un país que a duras penas se esforzaba por escapar de su incomprensible y ancestral atraso—, invitaban más a la mesura y al comedimiento —a aquello de apretarse el cinturón— que a la certidumbre y el optimismo.

Así, aquel 9 de diciembre de 1934 en el que las temperaturas no llegaron a superar en ningún momento los diez grados centígrados en Madrid vino al mundo Ramón Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, el protagonista de este libro. Y lo hizo en el seno de una familia tradicional —aunque no acomodada— marcada por la impronta castrense de unos ascendientes que vivieron de primera mano la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar, las guerras del norte de África, el desastre de Annual, la dictadura de Primo de Rivera, el exilio de Alfonso XIII o el advenimiento de la Segunda República.

Ramón fue, por tanto, el último y hasta cierto punto inesperado hijo del comandante José Luis Gutiérrez de Terán y la encantadora María Ángeles Suárez-Guanes. José Luis, hombre de franca sonrisa, de mirada serena y facciones templadas, de un perspicaz y fino sentido del humor, había nacido el 10 de junio de 1894, solo cuatro años antes de la pérdida para España de Cuba y Filipinas —y del papel jugado allí por un buen puñado de heroicos soldados y un nutrido grupo de nefastos políticos («Pocas veces en la historia de España hubo tanto valor por una parte y tanta infamia por la otra»[2])—, una fecha que inauguraba para los españoles una época de depresión social que habría de conducirnos dramática e irremisiblemente a nuestra mayor vergüenza colectiva: la Guerra Civil de 1936.

Todavía, de manera incomprensible, estamos pagando las consecuencias.

Prácticamente recién cumplidas las diecinueve primaveras, aquel joven espigado de ojos saltones y mente inquieta decide, no cabría decir de forma inesperada, perpetuar la tradición familiar. Así, el 30 de agosto de 1913 ingresa en la Academia Militar de Toledo, ubicada entonces en el majestuoso y maltratado Alcázar,

símbolo del antiguo poder imperial que llegó a ostentar una ciudad que ahora, a comienzos del siglo XX, apenas representaba una sombra de su esplendoroso y —casi literal— enterrado pasado.

Toledo vivía de la milicia, de las múltiples ocupaciones que proporcionaba la Iglesia, y de la Fábrica Nacional de Armas. Algunos trabajos artesanos y un exiguo comercio minorista completaban el paisaje. Los veranos eran abrasadores y el ambiente, seco y soñoliento. Los inviernos, por el contrario, eran gélidos y las heladas cubrían de escarcha los cerros colindantes. En otoño y en primavera las lluvias, ocasionalmente generosas, hacían subir el nivel del río, provocando la inundación de vegas y caminos.

A José Luis Gutiérrez de Terán no le resultó fácil marcar distancias, desenvolverse entre los más de mil doscientos alumnos que integraban la Academia, superar la dureza del plan de estudios, recién introducido, que solo el primer trimestre provocó un rosario de suspensos en todas las materias. Y con ello las dudas, los fantasmas habitando en cada recoveco de una personalidad aún en construcción. Un año más tarde, en octubre, el nuevo curso académico se vio seriamente alterado por la propagación de una epidemia de escarlatina que llegó a afectar a casi un centenar de alumnos, provocando la muerte de uno de ellos por meningitis. Las clases se suspendieron, se impuso un periodo de cuarentena y los alumnos no aquejados obtuvieron permiso para viajar a sus ciudades de origen. José Luis regresa temporalmente a Madrid tras confirmar que no ha desarrollado la enfermedad. Una pequeña china en el zapato de alguien que en un futuro no muy lejano deberá afrontar retos infinitamente más comprometidos.

Tras tres años de formación y convertido en un joven y prometedor oficial de Infantería, obtiene el empleo de segundo teniente. Y en 1918 se incorpora al regimiento Saboya n.º 5 como teniente. Será sin embargo en 1921 cuando se produzca su bautismo de fuego. Aquel tórrido y aciago verano se convertirá para los españoles en una de esas fechas para olvidar. O para aprender. Nunca la palabra desastre ha tenido tanto sentido como cuando concurre aparejada al término Annual, un pequeño enclave del norte de África. En aquella época España controlaba, o eso parecía, el territorio del Rif, cuyos habitantes, los rifeños, conocedores del

terreno que pisaban, mejor aclimatados y con poco o nada que perder, intentaban poner contra las cuerdas a las tropas españolas: soldados de cuota mal armados y peor pagados, jóvenes escasamente instruidos para el combate provenientes en su mayoría de la España rural, pobre y analfabeta.

Manteniendo las distancias, aquello sería nuestro particular Vietnam.

Antes, en 1909, en el barranco del Lobo, «la estupidez política y la incompetencia militar»[3] ocasionaron la muerte de doscientos soldados españoles. Otros quinientos resultaron heridos. Acciones individuales —heroicas, espontáneas o desesperadas— salvaguardaron, como de costumbre, la honra de los combatientes. La de la patria en la distancia. Lo peor, sin embargo, estaba por venir. Mayor «estupidez» e «incompetencia» no pudieron darse la mano de forma más sublime como en los meses previos a los acontecimientos del mes de julio de 1921. Decisiones tomadas desde la península o sobre el arenoso y seco terruño africano, incomprensibles, sin pies ni cabeza, de unos políticos y unos generales más preocupados —sobre todo estos últimos— por sus arrogantes hojas de servicio que por la suerte de sus hombres, provocaron la hecatombe.

Una vez sublevadas las cabilas de la parte oriental del protectorado, fueron cayendo una tras otra, «como un castillo de naipes»[4], las inconsistentes posiciones españolas. Sin agua, sin municiones, sin moral, sin posibilidad de ayuda y finalmente sin mandos ni disciplina —el general Silvestre, responsable de las tropas peninsulares en el Rif, decidió quitarse la vida—, la sentencia estaba echada. Igueriben, Annual, Monte Arruit. Nombres para un desastre. En apenas una semana las desbandadas y el pánico, el "sálvese quien pueda", se apoderaron de las guarniciones, que fueron masacradas sin piedad. Diez mil muertos. Una matanza sin sentido. Y una vez más las contadas escenas de arrojo, de entrega y heroísmo —lean por favor algo sobre el Regimiento de Caballería Alcántara, por ejemplo— que sirvieron para salvar la cara, para glorificar a los elegidos.

En Larache, costa occidental de Marruecos, a cuatrocientos kilómetros de Annual, el teniente José Luis Gutiérrez de Terán vive

con angustia las noticias que llegan del frente. El Regimiento de Infantería León n.º 38, al cual pertenece, ha tenido fortuna: de entre los cuatro regimientos de Infantería que se encuentran en la zona oriental[5] —y donde sirven muchos de sus compañeros de promoción—, ciento cincuenta y seis oficiales han muerto o han desaparecido. Pero en los meses siguientes las escaramuzas se suceden a lo largo del amplio territorio del protectorado y su bautismo de fuego está a punto de producirse. Tiene lugar el 17 de octubre, cuando el convoy que protege su unidad es tiroteado por un grupo de rifeños cerca de la posición de Berbex y se ven obligados a responder. Más tarde, el 19 de diciembre, participará en la toma de las posiciones número 1 y 2 de Afernun, que se alcanza tras duros combates. A comienzos de 1922, y durante casi una semana, sus hombres se ven obligados a hacer frente a las agresiones enemigas contra el zoco de Jemis, de Beni Arós. Una tras otra, las acciones se suceden y el estado de alerta será permanente. En realidad, la zona no quedará pacificada hasta 1927. Para entonces la campaña de Marruecos habrá costado más de veinticinco mil muertos y heridos y provocado una tremenda fractura en la sociedad española.

El 14 de abril de 1931 se instaura en España la Segunda República. Solo diez días más tarde el Gobierno Provisional, a propuesta de su ministro de Guerra, Manuel Azaña, aprueba el decreto de retiros extraordinarios para oficiales del Ejército. La medida pretende reducir el excesivo número de oficiales, pero también procurar un ejército «más republicano». José Luis había alcanzado el empleo de capitán el 2 de agosto de 1925 y ahora se presenta ante él una enorme disyuntiva, una de esas decisiones que acabaría determinando su futuro más inmediato. El suyo y el de su familia. También su propia vida. Podía retirarse voluntariamente del servicio activo conservando la totalidad de su paga, o arriesgarse a ser arbitrariamente destituido «sin beneficio alguno». Con un potencial —aunque incierto— brillante porvenir pero también con la responsabilidad de mantener a su numerosa familia, la decisión parecía estar tomada. Más de ocho mil oficiales abandonaron entonces el servicio activo —retirados por la Ley Azaña, decían—, entre ellos una buena parte del sector más liberal de la oficialidad española. Un sector en el que se sentía cómodamente integrado el capitán José Luis Gutiérrez de Terán.

Había esperanzas en los nuevos tiempos, indicios de que las cosas podían ir a mejor, de que al fin el progreso dejaría de ser una quimera en este país —y así lo creyeron muchos españoles de entonces, convencidos de que los cambios llegarían con esfuerzo y paciencia, sin las prisas que solo conducen al desastre—, pero finalmente todo quedó en eso, en vagas esperanzas. Los acontecimientos de octubre de 1934 convirtieron a nuestra vieja piel de toro en un auténtico polvorín.

En la medianoche del día 4 de octubre la Unión General de Trabajadores, sin el apoyo de la CNT, convoca una huelga general revolucionaria en toda España; una huelga, con sus disturbios, que tendrá al país en vilo durante ocho días. El seguimiento será masivo, y la consigna: paralizarlo todo. A las calles de Madrid vuelven escenas similares a las ya vividas el mes anterior: establecimientos cerrados; colas para conseguir el pan; tranvías conducidos por soldados armados; patrullas de guardias de asalto y de la Guardia Civil, pistola en mano, cacheando a los transeúntes. En el barrio de Prosperidad un guardia de asalto y un manifestante resultan muertos en el transcurso de un tiroteo. Las noticias que llegan desde Asturias y Cataluña —el día 6 columnas de mineros en huelga entran en Oviedo y ocupan violentamente el Ayuntamiento, el cuartel de carabineros y el ferrocarril; ese mismo día el presidente de la Generalitat Lluis Companys proclama el Estado Catalán (como dice el refrán popular, a río revuelto ganancia de pescadores)— no hacen más que avivar el fuego de la inestabilidad.

La conmoción se apodera de la capital. Nunca el miedo a un enfrentamiento social había sido tan acentuado. En el centro de Madrid grupos de radicales intentan asaltar el Ministerio de la Gobernación y el de Comunicaciones; también el edificio de la Telefónica y varias comisarías de policía. Incluso en Vallecas el partido de fútbol entre el Atlético de Madrid y el Real Madrid tiene que suspenderse «en atención a las circunstancias actuales», en palabras del secretario de la Federación Castellana de Fútbol. La situación había degenerado de tal forma que el presidente del Consejo de Ministros, Alejandro Lerroux —aquel político versátil de tremenda popularidad adornado de gran mostacho y aires aristocráticos—, proclama el estado de guerra en todo el país. Lo de Cataluña ha durado veinticuatro horas; en Asturias los ánimos aún

permanecerían agitados unos días más.

Hasta mediados de octubre, Madrid, como toda España, no recobra del todo la normalidad. Uno de esos días José Luis Gutiérrez de Terán, que desde 1931 ya no ha vuelto a vestir su uniforme de capitán, recorre el tramo que discurre entre su domicilio en la calle Felipe IV y la librería San Martín, en la Puerta del Sol. Los domingos suele ser la familia al completo quien se dirige hasta la cercana iglesia de los Jerónimos para oír misa, remontar la carrera de San Jerónimo hasta la Puerta del Sol y tomar el pulso a la calle. En esta ocasión, sin embargo, solo le acompaña la mayor de sus hijas.

Una vez en la librería San Martín extrae treinta céntimos de su viejo monedero de piel —recuerdo de su etapa africana— y adquiere un ejemplar de la revista semanal ilustrada Mundo gráfico, las más popular y económica de la capital, con más del noventa por ciento de sus páginas monopolizadas por fotografías dispuestas a revelar la actualidad de España y del mundo. Ese día el reportaje sobre los últimos y turbulentos disturbios ha disparado la tirada. Las imágenes en las que va posando su mirada encierran una carga dramática incuestionable y sintetizan el discurrir de los acontecimientos. Los pies de foto que las acompañan no gozan de la misma severidad, aunque sí de similar capacidad de síntesis. En uno de ellos puede leerse: «Al atardecer se iniciaba un intenso tiroteo desde terrazas y balcones contra la fuerza pública, que respondía enérgicamente a los disparos que se le hacía». O estos otros en los que la Puerta del Sol aparece como protagonista: «Apenas sonaban los primeros tiros, calles y plazas quedaban desiertas, cerrados balcones, portales, echados los cierres sobre tiendas y cafés. Los escasos transeúntes eran minuciosamente cacheados, con las manos arriba. He aquí una de esas tardes, la Puerta del Sol envuelta en una sensación de drama y de soledad». Al día siguiente, a la luz del mediodía, las cosas volvían a la normalidad: «Por las mañanas, la Puerta del Sol recobraba su vida habitual. Circulaban por la ciudad coches y autobuses, y la gente llenaba los tranvías que conducían los soldados. Esta es una perspectiva parcial de la gran plaza en una de las mañanas de la huelga». Tensa calma, puede apreciarse en ella. En muchas otras zonas de la capital se produjeron hechos similares:

«Durante los días de huelga general en Madrid, las autoridades consiguieron que el servicio de tranvías no fuese interrumpido. Los coches fueron conducidos por soldados, y estos sustituyeron también a los cobradores y prestaron servicio de vigilancia desde los vehículos para evitar agresiones y tiroteos».

«Glorieta de Cuatro Caminos y una parte de Bravo Murillo, uno de los escenarios principales de los sucesos desarrollados en Madrid con motivo de la huelga general revolucionaria».

«Sobre las calles desiertas de la barriada de Tetuán de las Victorias, patrullas de la Guardia Civil de caballería, pistola en mano, dispuesta a responder inmediatamente a las agresiones de los revolucionarios desde las azoteas de las casas».

«A la puerta de una tahona en la calle de Eloy Gonzalo, el público forma cola para adquirir pan en los días de huelga. Los soldados intervinieron también en la fabricación del pan, sustituyendo a los obreros que se habían sumado al movimiento».

«Algunos particulares, afiliados a los partidos gubernamentales, sustituyeron en los días del paro a los obreros municipales del ramo de limpieza»[6].

Como miles de madrileños José Luis negaba con la cabeza: «No tenemos remedio».

La revuelta fracasó y finalmente el gobierno de la República —no la enfrentada clase política— pudo encauzar la situación.

¿Por qué fracasó? De los innumerables estudios y análisis que se han publicado desde entonces cabe destacar un par de reflexiones: «La capital apareció como el lugar en el que los huelguistas fueron abandonados a su suerte sin que, a la postre, existiera un ejército insurreccional al que dirigir. Hubo, pues, obreros huelguistas y grupos de jóvenes muy activos, pero no movimiento insurreccional»[7]. A lo que el historiador Santos Juliá añade: «Los insurrectos no supieron qué hacer con sus pistolas y sus ametralladoras y los huelguistas no supieron qué hacer con su huelga..., mientras los dirigentes volvían a casa a esperar pacientemente la llegada de la policía».

Muchos vieron negros presagios en todo aquello, un ensayo de lo que estaba por venir. No era preciso disponer de dotes adivinatorias. La Guerra Civil finalmente acabó llamando a las puertas de una España y de unos españoles que ya hacía tiempo que habían comenzado a cavar las trincheras del odio. ¿Se pudo haber evitado? A lo largo de la historia se han producido innumerables hechos (a veces grandiosos a veces triviales) que, como la chispa que enciende la mecha y hace estallar la pólvora, inexorablemente desembocaron en tragedia; pero no es menos cierto que han existido infinitos episodios (también grandiosos, también triviales) que habiendo podido provocar la tragedia no lo hicieron. Diplomacia, paciencia, cesión, acuerdo, recursos, incompetencia, inferioridad, desasosiego, cobardía, penuria, generosidad, grandeza, altura de miras, superioridad, magnificencia, misericordia..., los motivos son igualmente infinitos. Sin embargo, en esta ocasión, como en tantas otras, quizás no se quiso no se supo o no se pudo evitar.

A comienzos del verano del 36, con apenas dieciocho meses de edad, el pequeño Ramón era completamente ajeno a lo que acontecía a su alrededor. Se encontraba en San Sebastián, junto a su madre y sus hermanas, acogidos por familiares. Un remanso de paz por el momento. En Madrid, en su propio barrio, el ruido provocado por los silbidos de los obuses y su posterior detonación apenas conseguía ser amortiguado por los colchones dispuestos por los vecinos en las ventanas a modo de parapeto. El viaje en tren se había hecho eterno para María Ángeles y los pequeños, como en veranos anteriores, aunque este último iba a ser muy diferente. La zozobra que alcanzaba de lleno a la sociedad española no tardaría en irrumpir con sus ciegas y afiladas garras en el corazón mismo de aquella familia.

José Luis había decidido quedarse en Madrid, expectante, y aguardar acontecimientos. El día 18 de julio, consumada la sublevación contra el gobierno de la Segunda República, acude al Cuartel de la Montaña[8] animado por otros compañeros oficiales, pero pronto el edificio resulta asediado por fuerzas gubernamentales. Las horas pasan y la tensión, dentro y fuera del recinto, se torna insoportable. El día 20 el cuartel es asaltado por miembros de la Guardia Civil junto con guardias de Asalto y una muchedumbre enardecida de civiles armados. La acción se lleva por

delante la vida de trescientas personas, sobre todo defensores, pero también asaltantes. José Luis consigue huir y se refugia en casa de su madre, junto a dos de sus hermanas, en el número 6 de la calle del Pez, próxima a la plaza de Callao. Días antes le había confiado a Damián, el portero del inmueble de la calle Felipe IV con quien compartía chascarrillos a diario, su eventual paradero en caso de que las cosas se torciesen. «Allí me puedes encontrar, si necesitas cualquier cosa». El capitán solía tener un trato cercano y amable con la gente, de cualquier condición («Nada de señor, Damián», le repetía una y otra vez al portero).

Ese mismo día guardias de asalto acompañados por milicianos armados abordan a Damián a la entrada del portal. «No tenemos nada contra ti, eres uno de los nuestros, queremos saber dónde está el militar, hablar con él». Inquieto y angustiado, el portero concede. Una hora más tarde José Luis era trasladado a la Cárcel Modelo, en la plaza de la Moncloa; de nada sirvieron las súplicas de la madre, los ruegos de las hermanas. Milicianos de la CNT se habían hecho poco antes con el control de aquellos muros. En días sucesivos la anarquía y el desgobierno camparán a sus anchas. Las mil doscientas celdas con que contaba el recinto pronto resultaron insuficientes. La conmoción, sin embargo, llegó un mes más tarde. Entre los días 22 y 23 de agosto alrededor de treinta personas fueron asesinadas a sangre fría en su interior, entre ellas políticos tan destacados como Melquíades Álvarez, líder del Partido Republicano Liberal Demócrata, o José María Albiñana Sanz, jefe del Partido Nacionalista Español; exministros de la República como Manuel Rico Avello o José Martínez de Velasco. También los generales Osvaldo Capaz Montes y Rafael Villegas Montesinos; o el capitán de Caballería Fernando Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, hermano de José Antonio Primo de Rivera.

Sin juicio ni sentencia.

En varias ocasiones José Luis había sido requerido para colaborar con las Milicias. Necesitaban gente adiestrada y capaz, curtida en mil batallas, alguien que les instruyera y les guiara, que aportara algo de ¿disciplina? entre tanto desbarajuste. En medio del caos y la parcialidad, el capitán Gutiérrez de Terán se niega a cooperar en semejante locura, aun a riesgo de su propia vida.

El 15 de noviembre, con las tropas franquistas penetrando en la Ciudad Universitaria, los prisioneros son rápidamente evacuados de la Cárcel Modelo. José Luis es trasladado a la cárcel de Porlier, un edificio incautado a los Padres Escolapios en el número 54 de la calle del General Díaz Porlier a comienzos de la guerra y habilitado en agosto como prisión. Junto a él se encontraba el capitán de Ingenieros Arturo Ureña cuando, al día siguiente, fue nuevamente requerido para colaborar con las Milicias: «Como se negó a ello fue sacado de la galería provisional donde se encontraba y encerrado en una habitación sin comer durante veinticuatro horas, coaccionándolo constantemente con amenazas para que accediera a prestar servicio»[9].

Fueron, con toda seguridad, horas de angustia, de despedida, de reconciliación consigo mismo y con el mundo.

«¡Vamos, arriba!». En la madrugada del 18 de noviembre de 1936 José Luis Gutiérrez de Terán era sacado de la cárcel junto a otros cientos de prisioneros. Se trataba de la cuarta saca del mes de noviembre, después vendrían muchas más. Subió a uno de los camiones que aguardaban en la calle y que poco después, en columna, pusieron rumbo al paraje del arroyo de San José, próximo al río Jarama, en la madrileña localidad de Paracuellos. Frente a sus verdugos, con la ropa interior y el mono de la prisión como única protección, apenas percibía el intenso frío que a esas horas sobrecogía a la capital. No es fácil averiguar qué pasa por la mente de alguien a quien solo le restan unos segundos de vida. En mi caso, como padre, no tengo ninguna duda.

Treinta años después de su muerte, en 1966, Ramón Gutiérrez de Terán, el más pequeño de los hijos de aquel infortunado oficial, formaba parte del primer contingente de voluntarios españoles que integraba la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur, en plena guerra de Vietnam. Quizás, en lo más profundo de su corazón, soñaba con llegar a ser parte de algo grande, admirable. Algo de lo que su padre pudiera sentirse orgulloso.

[1] Ahora. Diario gráfico. Núm. 1.164. Madrid, 9 de septiembre de 1934.

[2] Arturo Pérez-Reverte. Una historia de España. P. 165

[3] Arturo Pérez-Reverte. Una historia de España. P. 170.

[4] Título de la novela de Juan José Fernández Delgado basada en aquellos acontecimientos.

[5] San Fernando n.º 11, Ceriñola n.º 42, Melilla n.º 59 y África n.º 68.

[6] Mundo Gráfico, miércoles 17 de octubre de 1934.

[7] Ruiz, David. Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934. Págs. 43-44.

[8] Este edificio estaba situado en la montaña del Príncipe Pío, el lugar donde las tropas de Napoleón fusilaron a los madrileños sublevados en 1808 y que Goya inmortalizó en uno de sus lienzos.

[9] Extracto de la declaración prestada por el entonces comandante de Ingenieros Arturo Ureña el 2 de febrero de 1940.

4.

Un largo camino

Todo nace de la capacidad para manejar las situaciones, superar las adversidades, afrontar los retos. Alcanzar una meta.

MÁS ALLÁ DE SU ESPÍRITU entusiasta e inquieto, Ramón no sabía explicar qué extraña razón le había llevado a saltar por primera vez en paracaídas. Hacerlo hoy apenas representa un mínimo riesgo, nada que no pueda superarse con técnica y un depurado entrenamiento (y cierta dosis de audacia, de acuerdo); pero hacerlo en la España de mediados de los cincuenta requería de los saltadores algo más que entusiasmo. Valor, sería la palabra. Y sangre fría.

Antes, en los años veinte y treinta, el paracaídas no dejaba de ser un complemento para que pilotos y tripulantes de aeronaves, si se producía una avería o cualquier otra circunstancia inesperada en pleno vuelo —algo mucho más habitual que en la actualidad—, tuvieran en sus manos la posibilidad de lanzarse al vacío y la suerte de vivir para contarlo. Por eso ya a finales de 1927 comenzaron a organizarse en el Aeródromo Militar de Cuatro Vientos, en Madrid, cursos dirigidos a formar a los pilotos en el empleo de este providencial mecanismo de salvamento.

Los equipos eran los que eran, y los saltos, controladas las variables que intervenían en su ejecución, se producían normalmente durante los cursos de adiestramiento, pero también cuando las cosas se torcían en los vuelos de prueba de algunos aparatos. Al fin y al cabo de eso se trataba y alguien los tenía que probar. El 7 de marzo de 1930 un hombre aventurero y osado, uno de esos intrépidos pioneros cuyos nombres sobreviven a su mortal existencia, el capitán José Antonio Méndez Parada, piloto e instructor —y, por cierto, compañero de José Luis Gutiérrez de

Terán en la campaña africana posterior al Desastre de Annual—, se disponía a realizar un vuelo de prueba acompañado del soldado Fortunato de la Fuente Rodríguez. En esta ocasión pilotaría un biplano De Havilland 9-93 de dos asientos fabricado por la compañía británica De Havilland Aircraft Company que había llegado desde Logroño para su revisión y posterior incorporación a su nueva unidad en Los Alcázares. Durante el vuelo —como si de interpretar un guion previamente establecido se tratara— se produjo un inoportuno incendio en el motor de la aeronave, por lo que el piloto, en previsión de males mayores, ordenó a Fortunato que se arrojara en paracaídas. La impericia, mala suerte o falta de oficio del soldado hizo que su equipo se enganchara en el tren de aterrizaje, obligando al capitán Méndez Parada a realizar una serie de maniobras en el aire —segundos preciosos— con el fin de liberarlo. Lo consiguió y el paracaidista descendió lentamente hasta posarse en tierra firme, pero la proeza se cobró la terrible cuota que a veces acompaña a este tipo de gestas: el avión entró en barrena y acabó precipitándose contra el suelo. El joven Fortunato, haciendo honor a su nombre como quizás nunca hubiera imaginado, tuvo la misma fortuna que esquivó al heroico capitán, quien perdió la vida por salvar la de su bisoño acompañante.

Tendrían que pasar más de dos décadas para que en España se constituyera la I Bandera Paracaidista del Ejército de Tierra —sería un 17 de octubre de 1953—, bautizada como Roger de Flor en honor al caudillo de los almogávares del siglo XIII —caballero templario antes de convertirse en mercenario— que combatió para la corona de Aragón. Unas semanas más tarde daría comienzo en la localidad murciana de Alcantarilla el primero de los cursos dirigido a los flamantes voluntarios. Allí, en Alcantarilla, se había constituido el 15 de agosto de 1947 la Escuela de Paracaidistas del Ejército del Aire, que a partir de 1959 pasó a denominarse Escuela Militar de Paracaidismo “Méndez Parada” en memoria de aquel bravo capitán cuya vida quedó sesgada en Cuatro Vientos.

Cuando el 20 de septiembre de 1962 Ramón Gutiérrez de Terán se incorpora al 45 curso de Formación de Paracaidistas en la base militar de Alcantarilla, parece estar cerrando uno más de los muchos círculos que trazó a lo largo de su vida. Por supuesto no estaba seguro de que ese fuera su lugar, pero tampoco pretendía

hacer de aquello su razón de ser en el ejército. Ni en la vida. Fracasar en este intento, algo que se le antojaba inconcebible, no significaba otra cosa que continuar con una carrera militar casi recién estrenada. Con veintiocho años y el grado de suboficial sanitario adornándole el pecho, había viajado hasta Murcia desde su lejano destino en la Agrupación de Tropas Nómadas destacadas en El Aaiún, capital del Sáhara Occidental, un territorio duro y hostil bajo soberanía española desde hacía más de un siglo que no atravesaba, precisamente, su mejor momento. De hecho aún seguía muy reciente en la memoria de los soldados españoles destinados en el Sáhara, entre el polvo y la arena del desierto, los dramáticos y sangrientos sucesos acontecidos un lustro atrás: aquellos desesperados combates contra las rudas tropas nativas en la ciudad de Ifni, o en los puestos interiores de Tragraga y Tenin; o la extrema fiereza con la que se combatió en Edchera, donde cuarenta y dos legionarios españoles perdieron la vida y otros cincuenta y siete resultaron heridos. Precisamente allí tendrían su bautismo de fuego los primeros cazadores paracaidistas instruidos en 1954 en la Escuela de Alcantarilla[1].

Por supuesto nada de aquello trascendió a la distanciada —geográfica y emocionalmente— sociedad española, más preocupada por su propia subsistencia que por el fastidioso e interminable conflicto colonial africano; y una vez más, «como de costumbre en nuestra larga y desagradable historia bélica, aquel heroísmo y aquella sangre vertida no sirvieron de gran cosa»[2]. Como tampoco trascendería años más tarde la existencia y el compromiso de una pionera misión militar española, esta vez de carácter humanitario, adentrándose en las entrañas de la desconcertante guerra de Vietnam.

El camino que aquella apacible mañana de septiembre de 1962 emprendió Ramón desde las áridas arenas del desierto saharaui hasta la Escuela de Paracaidismo, solo fue un tramo más de la larga e inextricable travesía por la que tuvo que transitar desde su desventurada niñez.

Terminada la Guerra Civil en abril de 1939, después de tres años de cruel y estéril sangría, España quedaba desolada y la sociedad partida en dos: de un lado los vencedores, dispuestos a

cobrar cara su victoria; de otro los vencidos, humillados y literalmente aniquilados. Pocos salieron indemnes de aquella cruenta y desgarradora experiencia convertida en tragedia nacional. Quien más quien menos todos tuvieron a alguien a quien llorar. Incluso hubo familias, no pocas, que se vieron en la necesidad de acopiar lágrimas para derramar alternativamente en uno y otro bando. Gente humilde, sobre todo.

Los llantos del pequeño Ramón nada tenían que ver, sin embargo, con todo aquello. Los años de la guerra los pasó con su familia en San Sebastián, ajenos a las miserias y a las purgas que recorrían la maltrecha geografía española. Sus primeros recuerdos huelen a mar y resuenan a bocinas de flota pesquera, y a vendedoras ambulantes de sardinas, allí, junto al puerto. La bruma del tiempo disipa otros recuerdos hasta hacerlos desaparecer, aunque aún hoy afloran en su memoria aquellos viajes en barco a Biarritz junto a su madre y sus hermanas para visitar el consulado de España y recibir el consuelo de viejas amistades.

A punto de cumplir cinco años, en diciembre de 1939, Ramón vuelve a recorrer en tren —viaje de vuelta— la distancia que lo separaba de aquel luminoso Madrid que acunó sus primeros sueños; un lugar irreconocible para su desgarrada familia y para cualquiera que hubiese permanecido una larga temporada al margen de la realidad. Ahora su antiguo mundo, por el que apenas tuvo tiempo de transitar junto a su padre, ya no existía.

El objetivo era afrontar el futuro, recuperar algo parecido al hogar seguro y protector que un día conocieron, antes de que la guerra lo emponzoñara todo, antes de que aquel risueño padre y esposo sucumbiera en los confusos y dramáticos momentos iniciales del desastre. Para María Ángeles —madre y esposa— ese sería su nuevo e irrenunciable proyecto de vida. Y lo sacaría adelante, con o sin ayuda. Un amplio piso en la calle Antonio Maura, propiedad de la familia, se convertiría en ese nuevo escudo protector.

Hoy, casi ocho décadas más tarde, Ramón rememora con la mirada perdida en algún punto de aquel efímero, lejano y extrañamente feliz pasado —«de pequeño vivía como en una nube», confiesa—, el infinito amor de una madre abnegada cuyo único refugio se hallaba en la escritura y en la música que extraía de su

viejo piano; la infantil ternura de sus hermanas, siempre amparando y protegiendo al más pequeño de la casa, o la rigidez de Pilar, la primogénita, una autoritaria madre en miniatura; la habitación de los juegos; su paso por los Escolapios; o el luminoso día de su primera comunión, en el que toda la familia se reunió en torno a él, tanto tiempo después.

Con diez años, sin embargo, su vida dará un nuevo giro. El prometedor estudiante de los Escolapios ha sido admitido como alumno interno en el Colegio de Huérfanos del Ejército, en Valladolid, una forma de aliviar la plúmbea carga económica que pesa sobre una familia que, como tantas otras —en una España devastada, lánguida y hambrienta—, intenta sobrellevar dignamente los rigores de la dura posguerra, que avanza por su quinto año de calamidad. Las escasas rentas familiares y una pírrica pensión de viudedad dan para lo que dan, y aun así pueden sentirse afortunados. Comienza para el pequeño Ramón un particular exilio, el primero de tantos, con punto de partida en la madrileña Estación del Norte.

Subido de nuevo en un tren, junto a la madre protectora, con una pequeña maleta por todo equipaje, se dirige a la ciudad castellana invadido por un torbellino de sentimientos difíciles de descifrar. Menos aún en la mente de un niño que empieza a vislumbrar cómo su «nube» de felicidad se desvanece a pasos agigantados. Emociones que se desbordan en el instante mismo de la despedida, cuando toma conciencia de su nueva vida en solitario. El compañero de juegos ya no será su hermano, ni los niños del colegio con los que apenas ha tenido tiempo de establecer una mínima amistad; ni contará con la mirada tierna y cómplice de sus hermanas. Ahora vivirá con chicos como él, tan confusos o asustados o expectantes como él, atentos a lo que la vida les tenga reservado. Allí pasará unos años de constante y duro aprendizaje —académico y vital— compartiendo pupitre con hijos de oficiales del bando vencedor caídos en la guerra, pero también con algún huérfano del bando vencido, algo de lo que Ramón no será consciente en un primer momento a pesar de los esporádicos reproches de un compañero por su inocente amistad con uno de ellos. Tampoco le importará demasiado. Ya era bastante fría la temperatura en el exterior de aquel recinto y en su mente no cabían

tales espurias diferencias. Y allí, con los años, comenzará a dar forma, y después a desarrollar, ese espíritu inquieto, hasta cierto punto inconformista y rebelde, que ya nunca lo abandonará.

Al tiempo que potencia ese espíritu y madura su carácter, también crece su cuerpo. Sobre todo en estatura. El niño va dejando paso al adolescente y pronto alcanza la plena juventud. El pasado aparece ahora cada vez más difuso y el futuro se abre a un mundo de posibilidades. «Observa dentro de ti, echa un vistazo a tu alrededor y después toma tus propias decisiones», parece exhortar desde algún lugar remoto la etérea figura del padre ausente; alguien que quizás, en unas circunstancias radicalmente distintas, le hubiera inculcado los valores tradicionales de la milicia que él mismo profesó, como antes lo había hecho su padre, y el padre de su padre.

¿Qué peso puede llegar a tener la impronta familiar a la hora de afrontar el futuro, de adquirir un compromiso vital? Quizá fue esta la última pregunta que se hizo el joven Ramón antes de marcarse el objetivo de cursar bachillerato y preparar su ingreso a la academia militar.

La decisión estaba tomada.

El 7 de noviembre de 1952 recibe al fin la ansiada notificación del Ministerio del Ejército; un escueto comunicado en el que se le informa que «le han sido concedidos los beneficios de ingreso y permanencia en la Academia General Militar que tenía solicitados como huérfano de militar muerto en campaña»[3].

No lo consideraba ningún privilegio; al contrario, puestos a elegir hubiera preferido la vida de su padre.

En cualquier caso aún tenía que superar las pruebas de acceso que le abrirían definitivamente las puertas a la carrera militar; aunque en esta ocasión, como en tantas otras a lo largo de su vida, la suerte le iba a ser esquiva. Sin una adecuada preparación en álgebra y matemáticas —ya había aprobado las materias correspondientes al primer grupo de ingreso: geografía, historia, dibujo y francés—, no conseguirá, por el momento, hacer realidad su sueño.

Pero el desaliento no es una opción, y cuando un año más tarde, tras la adhesión de España a la Organización Mundial de la Salud (algo empezaba a cambiar en las relaciones internacionales de un Estado condenado al ostracismo), se crea en nuestro país el título de Ayudante Técnico Sanitario[4], Ramón siente descubrir una vocación que parecía haber estado agazapada en algún recóndito lugar de su mente, o de su alma. Y no es gratuito hablar de vocación. Tras sopesar sin demasiada convicción la posibilidad de cursar estudios de Magisterio —«desenvolverse entre chiquillos podía llegar a ser más agotador que la mesa de un quirófano», decía —, en 1955 ingresa en la Escuela de Ayudantes Técnicos Sanitarios de Valladolid; una disciplina para la que se requería, por Ley, gozar de una buena condición física y de salud y aprobar un examen de ingreso; pero también, sorprendentemente, «ser presentado por dos personas de reconocida solvencia moral y escribir una carta de puño y letra razonando por qué desea seguir los estudios de ATS»[5]. No solo eso. En el primer trimestre llegaba a establecerse un periodo de prueba durante el cual la Escuela podía vetar a aquellos alumnos que no solamente no demostraran poseer las «condiciones físicas necesarias», sino también las «condiciones morales, intelectuales y vocacionales suficientes para el ejercicio de la profesión».

Sinceramente cuesta entender que la moral, o la vocación, puedan ser "exigidas" durante la adquisición y aprendizaje de una competencia profesional. O artística o de cualquier otra clase. Son, no cabe duda, variables que pueden llegar a aportar un plus de profesionalidad, o de humanidad, a quienes las manejan, pero que no tienen por qué restar un ápice de capacidad al desempeño de un trabajo. Eso sin contar con que puedan aparecer espontáneamente, o manifestarse a través de la experiencia, en cualquier momento. Eran exigencias que parecían contradecirse con el resto de cualidades, tanto personales como profesionales, «que debían adornar a un buen Auxiliar Médico, [como] eran el sentimiento del deber, la paciencia, la prudencia, la amabilidad, la sencillez y la caridad. Todo ello unido a la preparación técnica y la educación, el conocimiento moral y la formación de la conciencia profesional»[6].

Así debía ser entendida la nueva titulación. Centrada en la técnica, en el cuidado integral del enfermo. Convertida en el necesario y poderoso nexo con el médico, aunque siempre

supeditado a él.

Y así la entendieron, sin matices, todos y cada uno de los oficiales y suboficiales sanitarios —médicos y enfermeros— que viajaron años después a Vietnam, desbordando profesionalidad y compromiso en unas circunstancias que ni se estudian ni se presentan en las peores pesadillas. Circunstancias que te hunden en el abismo y al mismo tiempo te reconcilian con el mundo.

Dos cursos permaneció Ramón en aquella última etapa suya en Valladolid, interno en su antiguo Colegio, aunque ahora con un nivel de autonomía infinitamente mayor.

Sin embargo, antes de comenzar el tercer y último curso decide volver a Madrid, al nuevo domicilio familiar de la calle Velázquez, junto a su madre —el exilio ha terminado—, y finalizar sus estudios «con un alto grado de aprovechamiento» en la Escuela de Ayudantes Técnicos Sanitarios —1.ª promoción— de la Facultad de Medicina de la actual Universidad Complutense, antes Universidad de Madrid.

Apreciado por sus compañeros, Ramón era percibido como una persona desenvuelta y extrovertida, con un jovial sentido del humor; aunque si las circunstancias lo requerían también podía convertirse en el sujeto más circunspecto de la clase. Reflexivo, nunca hostil. Con ese carácter y un irreprimible deseo por empezar a poner en práctica sus conocimientos cuanto antes, con su flamante título bajo el brazo y una vida profesional en ciernes, a partir del verano de 1958 comienza a adquirir experiencia en la consulta de un prestigioso médico madrileño, pero con la vista puesta en la Compañía Trasatlántica Española, una empresa de transporte marítimo de grandes buques transoceánicos cuyas tripulaciones contaban con un equipo de médicos y practicantes. La posibilidad de recorrer el mundo a bordo de uno de aquellos mastodónticos navíos insufló en el joven sanitario un afán aventurero que desbordaría su imaginación e impregnaría cada uno de los poros de su piel. Incomprensiblemente, el hecho de poseer una inédita y desconocida titulación de Ayudante Técnico Sanitario, y no la habitual de practicante, le privó de esta posibilidad: un «No procede» obtuvo por toda respuesta.

Claro que cuando una puerta se cierra siempre hay otra en disposición de ser franqueada. A veces solo hay que empujar mínimamente para internarse en una nueva y enigmática senda. Otras, en cambio, plantean mayor esfuerzo o compromiso o determinación, pero una vez traspasado el umbral la empresa habrá merecido la pena. Así es como Ramón decide a finales de 1958 preparar las pruebas de ingreso a la Academia de Sanidad Militar, tratando de culminar su juvenil y frustrado deseo de hacer carrera en el Ejército —dando así continuidad a la tradición familiar— y consiguiendo, de paso, un trabajo que le permitiera afrontar los retos que la vida le tuviera reservados (en 1945 se crea en España el Cuerpo Auxiliar de Practicantes de Sanidad Militar, convocándose dos años más tarde la primera de las oposiciones que requiere de los candidatos estar en posesión del título oficial de practicante, más tarde ATS. La Academia de Sanidad Militar, como tal, fue creada en 1877, ocupando desde entonces varias ubicaciones en la capital de España: calle Rosales, Altamirano y Quintana; para pasar posteriormente al cuartel del Conde-Duque y a Chamartín de la Rosa[7]).

Ramón se siente seguro y a pesar del escaso tiempo que ha tenido para preparar los exámenes acude a mediados de un borrascoso mes de febrero de 1959 —año que finiquita una década decisiva en su vida— a las instalaciones de la Academia de Sanidad Militar. La mañana se presenta neblinosa y gris, pero el joven no ve en ello señal alguna de malos augurios. Cada una de las pruebas que debe superar es eliminatoria y solo un “apto” en la primera fase y una nota superior a cinco puntos en las siguientes le permitirán seguir adelante. Solventado el reconocimiento médico sin mayor dificultad se enfrenta a la primera de las pruebas. Confiado en sus posibilidades, Ramón dedica los treinta minutos estipulados por el tribunal a desmenuzar cada uno de los tres temas —diez minutos por tema— de que consta la primera fase: 1.º Anatomía, fisiología e higiene; 2.º Material médico y medicamentos; y 3.º y último, Materia quirúrgica. Un unánime “apto” lo espolea hacia la siguiente fase, consistente en desarrollar por escrito y durante dos horas uno de los temas del programa oficial extraído por sorteo.

Superado este nuevo obstáculo y mientras constata cómo otros opositores van quedando en el camino, Ramón se enfrenta días más

tarde a la última de las pruebas: el tratamiento práctico de una materia sugerida por el tribunal, en solo diez minutos —por fin sus habilidades salen a la palestra—. A pesar de la dureza del proceso y de su inexperiencia en estas lides, el joven se siente satisfecho. Al menos todo lo satisfecho que puede sentirse alguien que nunca ha perdido la confianza en sí mismo.

Aplicados los coeficientes de ponderación establecidos para hallar la nota final de los aspirantes, el candidato Terán obtiene finalmente una de las plazas de practicante alumno ofertadas en la convocatoria. Su sueño se materializa solo unos días más tarde, el 3 de abril de 1959, al ingresar con todos los beneficios en la Academia de Sanidad Militar.

La culminación llega ocho meses y catorce días después, una vez completado el curso de capacitación profesional e instrucción militar. Durante ese tiempo se ha preparado a conciencia, inmune al desaliento, aun siendo consciente de que quizás, para alguno de los suyos, la condición de suboficial sanitario que está a punto de adquirir nunca encajará dentro de los cánones familiares ligados a la tradición castrense de sus antepasados. Sin conceder la mayor importancia a este asunto —en este sentido, como en tantos otros, Ramón siempre tuvo una visión bastante sensata de las cosas—, el alumno Gutiérrez de Terán se obstinó en consumar con éxito el plan de estudios de la Academia, obteniendo su ingreso inmediato en el Cuerpo Auxiliar de Sanidad Militar con el empleo de brigada, y alcanzando en ese instante un estatus análogo al de cualquier otro militar de carrera, con idénticos derechos y obligaciones: paga, uniforme, insignias, destinos, ascensos, disciplina, riesgos, incertidumbre, condecoraciones, sacrificios y todo lo que el Ejército le pueda deparar en los próximos y frenéticos años. Nada que él no supiera, aunque a veces la vida te reserva algunas sorpresas. Incluso, por qué no, con nombre de exótico país asiático. Y es que los caminos del Señor son inescrutables.

Lo que entonces no suponía ninguna sorpresa para un militar español era la posibilidad, más que cierta, de ser destinado a la desértica y tórrida región del Sáhara Occidental. Un destino que podía tener carácter voluntario o forzoso y que durante décadas llenó de tinta —en ocasiones también de sangre— la hoja de

servicios de varios miles de soldados españoles.

El territorio saharaui bajo soberanía española era una franja de poco más de mil kilómetros de longitud comprendida entre la desembocadura del río Draa y Cabo Blanco, en la costa atlántica norteafricana. La capital se había establecido en El Aaiún, al noroeste de la región, mientras que en el sur Villa Cisneros, situada en una manga de tierra bañada por el océano Atlántico y la bahía de Río de Oro, emergía como una ciudad más rica y cosmopolita, más europea. En el interior las duras condiciones climatológicas y la escasez de recursos en todas sus formas y variables moldeaban la vida y el carácter de sus gentes, grupos nómadas pertenecientes a diferentes tribus, antaño enfrentadas, que compartían lengua y religión pero que diferían en origen y cultura. Formar parte del inmenso y desolador paisaje del desierto del Sáhara apenas acarreaba ventaja alguna. «Suerte mulana»[8], solían decir los nativos ante cualquier contratiempo o desgracia. Una manera de expresar su resignación hacia la voluntad de Dios, la fuerza del destino o hacia aquello que les venía dado por la providencia.

Habitantes aparte lo más llamativo eran las temperaturas extremas que soportaban las zonas del interior —más benignas hacia la costa—, con enormes fluctuaciones entre el día y la noche. También la escasez de lluvia; la ausencia de vegetación; la exigua presencia animal, con pequeños rebaños de cabras y dromedarios que constituían la base de la riqueza nómada; y las tormentas secas, con el imponente siroco, viento de polvo y arena que podía llegar a alcanzar velocidades de huracán.

En medio de aquel paisaje, en 1956 Marruecos logra su independencia y el rey Mohamed V reclama para sí los territorios de Ifni y Sáhara Occidental. Durante los dos años siguientes España librará una guerra silenciada pero dura contra el autodenominado Ejército de Liberación —integrado por saharauis y marroquíes—, arengado y financiado desde Rabat. Fue una guerra de posiciones, de emboscadas, sabotajes y desgaste. Una guerra equilibrada en la más elemental falta de medios. Con pérdidas y bajas sensibles en ambos bandos. Finalmente, en 1958 cesan las hostilidades. España entrega a Marruecos la ciudad limítrofe de Cabo Juby, pero mantiene, por el momento, Ifni y el Sáhara Occidental[9].

A partir de entonces el envío de tropas por parte del gobierno de Franco será incesante y así, a finales de 1959, se crea la Agrupación de Tropas Nómadas —integrada por soldados indígenas y españoles— con el fin de aglutinar esfuerzos y dotar de una mayor organización a la defensa del territorio. Esta reorganización fue, en realidad, la primera apuesta seria del Régimen por crear y mantener un ejército profesional fuera de nuestras fronteras, pero también constituyó, durante años, un tremendo dolor de cabeza para los miles de quintos —y sus familias— que anualmente sorteaban su dicha en las cajas de reclutas.

Pues bien, como si de una pirueta del destino se tratara, solo unos días después de constituida la Agrupación, a punto de finalizar el año (la orden se dictó el 29 de diciembre y apareció publicada en el Diario Oficial n.º 1, en enero de 1960), el brigada Ramón Gutiérrez de Terán es destinado con carácter forzoso a la Agrupación de Tropas Nómadas del desierto del Sáhara. Sería su primer e inesperado destino tras su paso por la Academia de Sanidad.

Después de seis horas de vuelo, de atravesar media península, cruzar el Estrecho de Gibraltar y adentrarse en el Atlántico bordeando la costa marroquí, Ramón empezó a distinguir desde una de las ventanillas del avión el paisaje arenoso y tostado en el que se integrará los próximos cinco años —incluido un par de permisos de coloniales de cuatro meses cada uno, un esporádico destino en La Palma y su asistencia al curso de paracaidismo en Alcantarilla—. Desde aquella diminuta ventanilla le impresionó la contemplación del Saguia El Hamra, un río intermitente que solo acarrea agua después de las intensas lluvias y cuyos afluentes se disgregan hacia el este y el sur insuflando vida al interior de la región. Y en una de sus orillas —desde el aire se diría que en el mismísimo cauce— emergía la ciudad de El Aaiún, la populosa capital del protectorado.

En El Aaiún permaneció Ramón casi un mes, del 29 de enero al 22 de febrero, aclimatándose física, psicológica y profesionalmente al terreno antes de ser enviado a su gran destino africano: el Grupo Nómada n.º II “Capitán La Gándara”, con guarnición en Villa Cisneros. Nunca olvidará sus múltiples desplazamientos a la

posición reforzada de La Güera, en Cabo Blanco, en el extremo sur del Sáhara Español; o a otras posiciones del interior, donde en muy contadas ocasiones llegaban los servicios sanitarios. Allí se combatía la sarna y otras patologías de la piel, además de bronquitis y asma, o contusiones y magulladuras ocasionadas por accidentes con vehículos a motor o por caídas de dromedario. Heridas que se infectaban debido a la suciedad, al calor y a las moscas. El papel desempeñado por médicos y enfermeros en el Sáhara fue determinante, y no siempre reconocido.

Un día se presentó en el botiquín atendido por el brigada Terán el notable local Seila Uld Abeida, presidente del Cabildo del Sáhara y uno de los procuradores saharauis en las Cortes Españolas (junto a los alcaldes de El Aaiún y Villa Cisneros). Llegaba preocupado, mostrando una persistente tos seca y los labios hinchados y ennegrecidos. Según refirió se encontraba siguiendo un tratamiento para la tuberculosis a base de sangre de hiena, una extraña práctica del desierto. Ramón no quiso saber nada más, a la vista de los resultados. Le puso una inyección de penicilina —que repetiría en días posteriores— y la mejoría se hizo ostensible, probablemente porque nunca había sido tratado con antibióticos.

En el otro extremo de la escala social se encontraban los grupos nómadas del desierto, subyugados por siglos de abandono y postergación. Un soldado de reemplazo español que hizo su servicio militar en el Sáhara poco antes de la pérdida de la colonia describiría años más tarde la siguiente experiencia: «A mediodía fuimos al vertedero a arrojar la basura. Nos adentramos por una pista en el desierto y al poco vimos brillar la arena a lo lejos. También vimos unas jaimas y varios grupos de saharauis. Fue mi primer contacto con ellos y el que más huella nos dejó a todos. La arena brillaba debido a la gran cantidad de cascos de botellas acumuladas durante años, ocupando una gran extensión, pero la pregunta que nos hacíamos era de qué vivía aquella gente. Pronto lo supimos. Con palas y rastrillos comenzamos a vaciar el camión y al mismo tiempo una multitud de mujeres y niños se abalanzaron sobre los desperdicios que íbamos tirando y que ellos trataban de echar en botes. Allí había arroz sobrante del día anterior. Era increíble ver cómo andaban descalzos sobre la basura —donde había trozos de cristal de las botellas rotas— sin llegar a herirse.

Todos buscaban comida. Alguno encontraba media sandía y se la comía allí mismo, otros guardaban las cáscaras de las patatas y las hojas de las lechugas para los animales, aunque a estos parecían gustarle más los papeles. Si no nos arrollaron fue por la presencia de un policía territorial nativo que con solo una fusta los mantenía a raya, dándoles en todas partes sin lástima para que se apartaran»[10].

Quizás el tiempo y la Historia se encarguen de poner en tela de juicio las luces y las sombras de la presencia colonial española en el Sáhara, sobre todo en sus dos últimas décadas. Desde que fue declarada provincia española a comienzos de 1958, el Sáhara vivió un periodo de tranquilidad que motivó el establecimiento de miles de europeos en la región, principalmente llegados desde la metrópoli. La explotación de recursos naturales, la construcción y modernización de infraestructuras, la planificación urbana o el desarrollo de ciertas áreas habitadas transformaron buena parte del territorio. Otra parte, más al interior, apenas experimentó cambios.

Pero los procesos descolonizadores auspiciadas por Naciones Unidas y la presión del reino de Marruecos —apoyado en sus reclamaciones por Francia y Estados Unidos—, junto a la desidia del agónico régimen franquista, hicieron el resto. En noviembre de 1975, tras la denominada Marcha Verde, las negociaciones entre los gobiernos español y marroquí culminaron, solo unos días antes de la muerte del Caudillo, con los llamados Acuerdos de Madrid, que contemplaba la cesión de la administración de la provincia a Marruecos y Mauritania. Poco menos de tres meses más tarde, un jueves 26 de febrero de 1976 para la Historia, España se retiraba definitivamente del Sáhara[11].

A Ramón —como a tantos otros militares españoles—, los cinco años transcurridos en aquellas tierras le proporcionaron una vasta y colosal experiencia.

Aunque el destino, caprichoso, aún le tenía reservado una nueva y descomunal aventura.

[1] El primer caído en acción de guerra fue el caballero legionario

paracaidista Fernando Ramos Rodríguez, mientras se procedía a la liberación del fuerte Aarbe de Mesti, el 1 de diciembre de 1957.

[2] Arturo Pérez-Reverte. Una historia de España. P. 230.

[3] Archivo personal de Ramón Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes

[4] El propósito era unificar bajo una misma denominación las profesiones de matrona, enfermera y practicante.

[5] Orden de 4 de julio de 1955 sobre las normas para una nueva organización de los estudios de Ayudante Técnico Sanitario. Boletín Oficial del Estado de 2 de agosto de 1955.

[6] Hernández Conesa, J.; Torralba Madrid, M.; Navarro Perán, M. Correspondencia entre la ideología político-educativa del franquismo y el contenido de las asignaturas obligatorias de moral profesional y religión de los estudios enfermeros (2012).

[7] Actualmente se encuentra en el distrito de Carabanchel, junto al Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. En 1992 cambió su denominación por la de Escuela Militar de Sanidad.

[8] Expresión que combina castellano y hassanía, una variante del árabe que se habla en esta región.

[9] La pérdida definitiva del Sáhara tendrá lugar en 1975, tras la denominada Marcha Verde. Ifni ya había sido entregada a Marruecos en 1969.

[10] http://www.lamilienelsahara.net/113-mi-sahara

[11] Ese día culminó la Operación Golondrina, que permitió la evacuación de las tropas españolas –doce mil efectivos aproximadamente– junto con vehículos y materiales. También se evacuó a la población civil europea (abrumadoramente española).

5.

Una decisión trascendente

«Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñados».

Carta de Francisco Franco a Lyndon B. Johnson

LA LUZ SEGUÍA ENCENDIDA en la principal estancia del Palacio del Pardo. Era algo tarde pero el calor tampoco invitaba al reposo, menos aún al sueño reparador. El verano se alzaba en toda su plenitud y miles de madrileños con suerte, los mejor tratados por el «milagroso crecimiento económico» alcanzado tras las reformas impulsadas por los tecnócratas del franquismo, se escabullían impetuosos hacia la playa o la montaña. Incipientes veraneantes de una España que ansiaba arrinconar sus peores pesadillas.

Dicen las crónicas que aquella luz nunca se apagaba. Que el incansable y magnánimo caudillo, «Centinela de Occidente», velaba desde su escritorio por el bienestar de su atribulado pueblo, prueba de su permanente servicio a España, a costa incluso del merecido «descanso del guerrero». Esa noche parecía dispuesto a seguir alimentando la leyenda.

Entre los asuntos que se amontonaban sobre la mesa del profuso y amplísimo despacho, uno inquietaba especialmente al general, pesaroso por no estar disfrutando a esas alturas del año del más benigno y digerible clima gallego (todo estaba preparado en el Pazo de Meirás para su inminente llegada).

No obstante, aquella carta le había mantenido ocupado durante días. No quería precipitarse, pero tampoco podía dejar pasar la oportunidad de dirigirse —ahora que somos amigos y aliados— al

presidente norteamericano, de ofrecerle su visión personal sobre unos acontecimientos que sobrecogían al mundo; incluso, si no parecía atrevido, de brindarle algunos consejos. No en vano ese era el terreno en el que mejor se movía: la guerra, y creía tener buenas razones para responder, en los términos en los que ahora lo hacía, a la solicitud cursada por el todopoderoso inquilino de la Casa Blanca.

Durante aquel semestre de 1965 la distancia entre Madrid y Washington —de poco más de seis mil kilómetros, ocho horas de vuelo sin escalas— se redujo por momentos, aunque también se acrecentó. Ciertamente las distancias no siempre se miden en magnitudes físicas. Los contactos diplomáticos entre los gobiernos de España y Estados Unidos se intensificaron hasta el punto de equipararse a los que una década atrás habían permitido la firma de los denominados Pactos de Madrid, el 23 de septiembre de 1953, por los que España autorizaba la instalación de cuatro bases militares estadounidenses en su territorio a cambio de ayuda económica y militar y, aún más importante, facilitaba su integración en el bloque occidental tras el aislamiento sufrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial[1]. Necesaria expiación.

No estaba siendo un año fácil para Johnson aquel 1965. Nadie dijo que fuera a serlo, no eran tiempos propicios para ello. La estrategia de Estados Unidos en Vietnam hacía aguas antes incluso de su predecible decisión de intensificar el conflicto. Los virulentos bombardeos que se producían prácticamente a diario y el envío masivo de tropas sobre el terreno no se revelaban suficientes para doblegar la suicida voluntad del gobierno norvietnamita. El 7 de junio el departamento de Defensa norteamericano hacía públicas unas cifras que más pronto que tarde se iban a ver superadas: cincuenta mil soldados desplazados a Vietnam para una guerra que requeriría, ya nadie lo dudaba, de un incremento exponencial en el número de efectivos. Una decisión que, por otra parte, parecía estar ya tomada de antemano, pues veinte días después de esta publicación, un serio y abrumado Lyndon Johnson anunciaba por televisión el envío de otros cincuenta mil hombres. Y aunque aseguraba no contemplar —por el momento— la movilización de reservistas, sí recalcó la necesidad de intensificar el programa de alistamiento voluntario y duplicar la llamada a filas, decisiones que

a medio plazo provocarían agrias protestas y graves disturbios en una sociedad abocada a algo muy parecido al abismo. Finalizaba el presidente su áspera comparecencia haciendo hincapié en que se trataba de una política necesaria para persuadir a Vietnam del Norte y a sus tentáculos del Vietcong de la inutilidad de intentar derrotar a Estados Unidos con la fuerza de las armas. Suena grotesco siquiera pensarlo, le faltó decir.

Pero mientras esto ocurría, mientras los ataques aéreos se multiplicaban y el despliegue de tropas sobre el terreno mantenía su vertiginoso curso, Ho Chi Minh y los suyos mostraban sin tapujos su arrogante disposición a continuar la lucha, a costa por supuesto de un pueblo sumiso y enajenado: «Los estadounidenses pueden enviar cientos de miles, incluso millones de soldados; la guerra puede durar diez años, veinte, quizá más, pero nuestra gente seguirá luchando hasta vencer. Podrán destruir casas, pueblos y ciudades, pero no nos amedrantarán. Y cuando recuperemos nuestra independencia reconstruiremos nuestro país desde los cimientos, haciéndolo incluso más bello»[2].

Envueltos en ese halo de fanática determinación, el gobierno norvietnamita se mostraba completamente reacio a alcanzar cualquier acuerdo que supusiera la supervivencia política de Vietnam del Sur o, lo que es lo mismo, la perpetuación de los dos Vietnam, tal como había ocurrido en Corea una década atrás. Por tanto, su objetivo era la victoria final, irrenunciable, al precio que fuera necesario.

Lo que el tío Ho —apelativo por el que Ho Chi Minh era cariñosamente conocido entre sus fieles— o el irreductible Le Duan no decían es que, para ello, aquella gente, su gente, debía sacrificarse hasta límites sobrehumanos —todo por el interés supremo de la causa—, y que los anhelos individuales jamás serían una opción aceptable.

¡Faltaría más!

«La guerra puede llegar a ser larga, y nuestra capital quizá resulte destruida, pero no tenemos miedo»[3], llegó a proclamar el líder espiritual arrogándose una de las más íntimas emociones individuales.

El problema es que en su precaria y frágil inviolable intimidad —para disgusto del tío Ho y de los halcones norvietnamitas de la guerra— la gente sí tenía miedo. Cuando te bombardean todos los días y te obligan a enfrentarte a la más descomunal maquinaria bélica del mundo, es ridículo no tener miedo.

En el lado opuesto —el de la descomunal maquinaria bélica— Johnson parecía no saber cómo sacudirse la "patata caliente" de Vietnam. Representaba al Partido Demócrata, odiaba la guerra a pesar de sus últimos anuncios; y nunca ocultó su sueño de la Gran Sociedad, algo a lo que aspiraba antes incluso de convertirse en el trigésimo sexto presidente de los Estados Unidos de América, acometiendo él mismo las grandes reformas económicas y sociales que el país necesitaba. El coste económico de la guerra solo sería superado por su coste social. La cuestión era que una retirada de las tropas o un acuerdo insatisfactorio con los comunistas de Vietnam del Norte serían percibidos como una muestra de debilidad no solo por los suyos —principal motivo de preocupación— sino también por la comunidad internacional, con consecuencias imprevisibles en el nuevo orden mundial. «Es condenadamente fácil entrar en una guerra —se lamentaba el presidente ante uno de sus asesores—, pero muy difícil salir de ella una vez involucrado».

Como acertadamente apunta el historiador Max Hastings, «el deseo de Lyndon Johnson de exhibir poderío y resolución en Vietnam se vio frenado por sus propias incertidumbres: el miedo por el programa de la Gran Sociedad, el temor a provocar una intervención militar de China o la Unión Soviética, el afán de mantener el apoyo de los aliados (al menos, su asentimiento) a la guerra estadounidense, la esperanza de proteger tanto la base política nacional como la imagen global de Estados Unidos. El presidente no quiso admitir que es imposible bombardear a un enemigo con amabilidad y a la vez confiar en doblegar su voluntad»[4].

Así pues continuó con su huida hacia adelante. Incapaz de adivinar las consecuencias futuras de los actos presentes. Con el tiempo confesaría a uno de sus más estrechos colaboradores el pensamiento que le invadió durante esos años: «un soldado solo pelea si ve luz al final del túnel, pero no hay luz alguna en Vietnam,

ni siquiera un poco».

Finalmente todo aquello acabaría con su carrera política, y nunca conseguiría apartarlo de su cabeza.

Muchos norteamericanos pensaban entonces —y aún lo siguen pensando hoy— que el miedo irreprimible de Johnson a convertirse en el primer presidente en perder una guerra estuvo detrás de la mayor parte de sus decisiones, imposibles de contrarrestar siquiera por el numeroso equipo de asesores que lo rodeaba. Seth Tillman, que trabajó para el Comité de Relaciones Exteriores del Senado entre 1961 y 1977, comentó en una ocasión que el sentido común aconsejaba andar con mucho cuidado con Lyndon Johnson ya que una crítica abierta podía enfurecerlo y hacer que el resultado fuera el opuesto al deseado.

Franco estaba satisfecho. La respuesta, pensaba, no podía ser más adecuada. Le había llevado su tiempo redactar aquella carta —sin el concurso, además, de unos ministros que nunca terminaban de ponerse de acuerdo en nada—, pero al fin estampaba su firma en la última de las tres páginas.

Todo comenzó unos meses atrás, cuando Estados Unidos solicitó a través de la Oficina de Asistencia Militar del Mundo Libre[5] su ayuda a varios países europeos, entre ellos España, para que el esfuerzo que estaba realizando en Vietnam se viera apoyado de forma efectiva por otras naciones occidentales. No necesariamente democráticas.

Un apoyo efectivo quería decir, entre otras cosas —por ejemplo la suma de banderas a la causa de la libertad—, el envío de tropas sobre el terreno, algo a lo que ninguna nación europea accedería. En cambio, sí lo hicieron algunos países asiáticos, además de Australia y Nueva Zelanda, a los que la proximidad física de la amenaza comunista y el miedo al posible efecto dominó que desencadenaría la derrota de Vietnam del Sur les tenía sumidos en un mar de inquietudes.

Así las cosas y ante la falta de respuesta del gobierno español, el presidente Johnson se decide a escribir una carta al propio Franco. Lo haría —o más bien lo harían sus asesores con el

beneplácito y la firma del presidente— el 26 de julio de 1965, dos días antes de su televisado anuncio de aumentar las tropas en Vietnam. La misiva fue entregada en mano por el embajador estadounidense en España, Angier Biddle Duke —el mismo que protagonizaría meses más tarde un singular baño con Fraga Iribarne en las playas de Palomares para demostrar que las cuatro bombas de hidrógeno caídas en esas aguas no representaban peligro alguno —, al ministro español de Exteriores Fernando María Castiella.

El propósito era claro y Johnson lo exteriorizaba, sin ambages, en los términos siguientes: «A lo largo de estos últimos días he estado revisando la situación a la luz de recientísimos informes procedentes de mis colaboradores de mayor confianza. Aunque aún no se han adoptado decisiones definitivas, puedo decirle que será necesario incrementar las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos en un número que podría igualar, o ser superior, al de los 80 000 hombres […] En esta situación debo expresarle mi profunda convicción personal de que las perspectivas de paz en Vietnam aumentarán en la medida en que los necesarios esfuerzos de los Estados Unidos sean apoyados y compartidos por otras naciones que comparten nuestros propósitos y nuestras preocupaciones. Sé que su Gobierno ha mostrado interés y preocupación concediendo asistencia». Y concluye: «Le pido ahora que considere seriamente la posibilidad de incrementar dicha asistencia mediante métodos que indiquen claramente al mundo la solidaridad del apoyo internacional a la resistencia contra la agresión en Vietnam [del Sur] y al establecimiento de la paz en dicho país»[6].

Franco ha leído la misiva en varias ocasiones. Ahora juzga. Sopesa. Dirime. Resuelve.

Resuenan en su cabeza las opiniones contrapuestas de sus ministros, unos a favor y otros en contra de la intervención; y la de Carmen, su esposa, que parece aconsejarle con cierta prudencia: «Mira a ver Paco dónde te metes, que bastante tenemos aquí». Quizá se agolpan ante sus ojos las terribles imágenes de sus antiguas campañas africanas, cuando los españoles se batían el cobre en tierras extrañas y ajenas. O las no menos terribles secuencias que llegan desde Vietnam.

Franco escribe, seguro de sí, dispuesto a no comprometerse ni

comprometer al país que gobierna con mano firme:

Mi querido Presidente Johnson:

Mucho le agradezco el sincero enjuiciamiento que me envía de la situación en el Vietnam del Sur y los esfuerzos políticos y diplomáticos que, paralelamente a los militares, los Estados Unidos vienen desarrollando para abrir paso a un arreglo pacífico. Comprendo vuestras responsabilidades como Nación rectora en esta hora del mundo y comparto vuestro interés y preocupación, de los que los españoles nos sentimos solidarios en todos los momentos. Comprendo que un abandono militar de Vietnam por parte de los Estados Unidos afectaría a todo el sistema de seguridad del mundo libre.

Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñados: la guerra de guerrillas en la selva ofrece ventajas a los elementos indígenas subversivos que con muy pocos efectivos pueden mantener en jaque a contingentes de tropas muy superiores; las más potentes armas pierden su eficacia ante la atomización de los objetivos; no existen puntos vitales que destruir para que la guerra termine; las comunicaciones se poseen en precario y su custodia exige cuantiosas fuerzas. Con las armas convencionales se hace muy difícil acabar con la subversión. La guerra en la jungla constituye una aventura sin límites.

Este primer análisis, donde esboza los argumentos esenciales, ya se antoja demoledor, pero el diagnóstico no se detiene aquí. Lo mejor está por venir:

Por otra parte, aunque reconociendo la insoslayable cuestión de prestigio que el empeño pueda presentar para vuestro país, no se puede prescindir de pesar las consecuencias inmediatas del conflicto. Cuanto más se prolongue la guerra, más empuja al

Vietnam a ser fácil presa del imperialismo chino, y aun suponiendo que pueda llegar a quebrantarse la fortaleza del Vietcong, subsistirá mucho tiempo la acción larvada de las guerrillas, que impondrá la ocupación prolongada del país en que siempre seréis extranjeros. Los resultados, como veis, no parecen estar en relación con los sacrificios.

Y aún continúa su reflexión dispuesto a no desperdiciar la ocasión de exponer también su particular —y sorprendente— visión política de los acontecimientos. Incluso de conjeturar con el futuro:

La subversión en el Vietnam, aunque a primera vista se presente como un problema militar, constituye, a mi juicio, un hondo problema político; está incluido en el destino de los pueblos nuevos. No es fácil al Occidente comprender la entraña y la raíz de sus cuestiones. Su lucha por la independencia ha estimulado sus sentimientos nacionalistas; la falta de intereses que conservar y su estado de pobreza les empuja hacia el social comunismo que les ofrece mayores posibilidades y esperanzas que el sistema liberal patrocinado por Occidente, que les recuerda la gran humillación del colonialismo. Los países se inclinan en general al comunismo porque, aparte de su poder de captación, es el único camino eficaz que se les deja. El juego de las ayudas comunistas rusa y china viene siendo para ellos una cuestión de oportunidad y de provecho. Es preciso no perder de vista estos hechos. Las cosas son como son y no como nosotros quisiéramos que fueran. Se necesita trabajar con las realidades del mundo nuevo y no con quimeras.

¿No es Rusia una realidad con la que ha habido que contar? ¿No estaremos en esta hora sacrificando el futuro a aparentes imperativos del presente?

A mi juicio, hay que ayudar a estos pueblos a encontrar su camino político, lo mismo que nosotros hemos encontrado el nuestro. Ante estos hechos nuevos no es posible sostener la rigidez de las viejas posiciones. Una cosa es lo que puedan acordar las grandes naciones en Ginebra y otra el que tales decisiones agraden

a los pueblos y se conformen con ellas. Es difícil de defender en el futuro y ante los ojos del mundo esa división artificial de los países, que si fue conveniente de momento, dejará siempre abierta una aspiración a la unidad.

Comprendo que el problema es muy complejo y que está presidido por el interés americano de defender a las naciones del sudeste asiático de la amenaza comunista; pero siendo esta de carácter eminentemente política, no es solo por la fuerza de las armas como esta amenaza puede desaparecer.

El azote del comunismo, el hombre que se ha ganado la confianza de Estados Unidos en plena Guerra Fría por su incansable y decidida cruzada contra esas mismas «hordas comunistas», sincerándose ante el paladín del capitalismo imperialista: «Quizá sea este el único camino eficaz que se les deja», ha escrito Franco sin inmutarse. E insiste en su reflexión:

Al observar, como hacemos, los sucesos desde esta área europea, cabe que nos equivoquemos. Guardamos, sin embargo, la esperanza de que todo pueda solucionarse, ya que en el fondo los principales actores aspiran a lo mismo; los Estados Unidos a que el comunismo chino no invada los territorios del sudeste asiático; los Estados del sudeste asiático a mantener a China lo más alejada de sus fronteras; Rusia, a su vez, a que su futura rival, China, no se extienda y crezca; Ho Chi Minh, por su parte, a unir al Vietnam en un Estado fuerte y a que China no lo absorba.

Lo más sorprendente, quizás, sean las palabras que dedica al considerado padre de la futura reunificación vietnamita:

No conozco a Ho Chi Minh, pero por su historia y sus empeños por expulsar a los japoneses primero, a los chinos después y a los

franceses más tarde, hemos de conferirle un crédito de patriota al que no puede dejar indiferente el aniquilamiento de su país. Y dejando a un lado su reconocido carácter de duro adversario, podría ser sin duda el hombre de esta hora, el que Vietnam necesita.

En este interés superior de salvar al pueblo vietnamita y a los pueblos del sudeste asiático, creo que vale la pena que todos sacrifiquemos algo.

Y se despide, en fin, de manera afectuosa creyendo realmente estar aportando un punto de vista novedoso a un problema endiabladamente enquistado:

He deseado, mi querido Presidente, haceros estas reflexiones confidenciales en el lenguaje directo de la amistad. Aunque sé que muchas están en vuestro ánimo, le expongo lealmente mi juicio con el propósito de ayudar al mejor servicio de la paz y del futuro de los pueblos asiáticos[7].

Para los apologetas del Régimen esta carta evidenciaría las excelsas dotes estadistas de Franco, su certero y asombroso juicio sobre lo que acabaría sucediendo en Vietnam. Para sus detractores, pura casualidad.

Es cierto que Franco no conocía personalmente a Ho Chi Minh —ni creo que jamás expresara el mínimo deseo de conocerlo—, pero intuía saber de lo que hablaba. Henry Prunier solo tenía veintitrés años cuando en julio de 1945 saltó en paracaídas sobre la selva de Indochina junto a otros seis miembros de la Oficina de Servicios Estratégicos norteamericana —la OSS, antecesora de la CIA—. Su misión consistía en apoyar al Viet Minh en su lucha contra el invasor japonés. «Unos días después de nuestra llegada —recordaría Prunier décadas más tarde— nos llevaron a una barraca situada a menos de un kilómetro de nuestro campamento para que conociéramos a Ho Chi Minh. Había venido caminando desde la

frontera China y parecía un saco de huesos. Estaba postrado, con las mejillas hundidas, y pálido como la cera. Se estaba muriendo de malaria, dengue, disentería, cualquier tipo de enfermedad tropical imaginable. No se podía tener en pie, pero aun así sus ojos brillaban […] No exagero al decir que los soldados le querían como a un padre. Era obvio que lo respetaban y cuando estaba con sus hombres se portaba como uno más. Se mezclaba con ellos mucho más que Giap[8]. En una ocasión vi a Ho bromeando con un grupo de soldados, haciendo movimientos de jiu jitsu; pero lo que más hacía era pasear y conversar con ellos. Era de ese tipo de personas que te hacen hablar, con voz suave, realmente un tipo sencillo […] Ho tenía el apoyo genuino de los vietnamitas»[9].

El 20 de agosto de 1965 el embajador español en Washington, Merry del Val, entrega personalmente la carta de Franco al secretario de Estado Dean Rusk. Y es de suponer que, a renglón seguido, este se la entregara al presidente Johnson. En cualquier caso aquella misiva nunca tuvo respuesta.

¿Llegó a leerla el presidente? Cuesta trabajo imaginar el demudado rostro del orgulloso texano ante tamaño cúmulo de «reflexiones confidenciales en el lenguaje directo de la amistad».

¡Oh, my God!, rumiaría en la soledad del Despacho Oval. O, ¡Cómo se atreve!, bramaría en alguna de aquellas frenéticas reuniones del Consejo de Seguridad Nacional; encuentros en los que, por cierto, algún díscolo consejero siempre le advertía de la necesidad de abandonar Vietnam.

Como quien clama en el desierto.

Apunta Chester Cooper, uno de aquellos díscolos e ignorados asesores, que a Lyndon Johnson no se le daban demasiado bien las relaciones con quien no fuera de Texas, y menos aún con alguien de otro país y con la mitad de su estatura[10]. Es cierto que lo dijo en el contexto de la reunión que mantuvo el presidente estadounidense con su homólogo survietnamita Nguyen Van Thieu en Honolulú en febrero de 1966, aunque bien podría aplicarse al caso que nos ocupa.

¿Podían haberse entendido Johnson y Franco? Imposible.

Pese a todo a partir del verano de 1965 se intensificaron los contactos diplomáticos entre ambos países. Estados Unidos insistía en la necesidad de concretar el envío de efectivos militares, postura rápidamente asumida por el ministro español del Ejército Camilo Méndez —«en Vietnam se combate al comunismo y a este no hay que concederle ventajas ni tratarle con paños calientes»[11]—, pero no por su colega de Exteriores, Castiella, que solo advertía problemas en esta decisión.

No resulta extraña la postura de Fernando María Castiella, quizá una de las mentes más lúcidas del Consejo de Ministros; un hombre constante, riguroso y metódico en su trabajo, firme defensor de las posiciones más posibilistas y renovadoras del Régimen. Un diplomático firme, pero con una imperturbable naturaleza conciliadora. Resulta chocante a tenor de este perfil que en el verano de 1941 decidiera alistarse en la División Azul —además, como simple soldado raso[12]— para combatir en el durísimo frente ruso, donde permaneció hasta mayo de 1942. Unos años antes, durante la Guerra Civil, había conseguido refugiarse en la embajada de Noruega en Madrid —algo a lo que no todo el mundo tenía acceso— hasta la toma de la capital por las tropas franquistas. También resulta curioso que en el libro que escribió junto a José María de Areilza en 1941, Reivindicaciones de España, hiciera un ferviente alegato a favor de «consolidar nuestros dominios del Pacífico y sentar las bases de un nuevo rumbo de expansión» al referirse a la antigua presencia española en el continente asiático, incluido el actual Vietnam.

Dos décadas después Castiella conocía muy bien la política norteamericana. Desde su llegada al Ministerio de Asuntos Exteriores en 1957 su relación con la administración estadounidense había sido frecuente y en la mayoría de las ocasiones fructífera. Aprovechando los acuerdos bilaterales firmados en 1953, Castiella inició sus propios contactos al más alto nivel: visitó a Eisenhower en Londres y más tarde en Washington; en 1962 se entrevistó con el presidente Kennedy en el Despacho Oval de la Casa Blanca; y entre 1963 y 1969 se reunió con los presidentes Johnson y Nixon con el conflicto de Vietnam como telón de fondo. Precisamente en 1963 el ministro español renovó junto a su homólogo norteamericano Dean Rusk los acuerdos

suscritos una década atrás, obteniendo sustanciales contrapartidas para España.

Ahora, en cambio, se trataba de tomar una decisión de consecuencias impredecibles —en un momento, además, en el que los vientos de la Historia no parecían soplar precisamente a favor de los intereses norteamericanos—, por lo que se hacía aconsejable no perder de vista las informaciones e iniciativas provenientes de otros países europeos. La ayuda de Alemania iba a ser de carácter humanitario y se concretaría en el envío del buque hospital Helgoland, gestionado por la Cruz Roja; para el gobierno laborista británico todo aquello estaba derivando en un grave problema interno, por lo que la prudencia aconsejaba no adoptar decisiones comprometidas; la postura de Francia era de enérgica hostilidad a la intervención americana en Vietnam —ya habían tenido lo suyo en Indochina—; e Italia y el resto de países de la Europa Occidental tampoco veían réditos por ninguna parte.

En estas circunstancias, ¿cuál sería finalmente la respuesta española?

Para ayudar a la toma de decisiones, Estados Unidos envía una lista de «artículos o servicios» con los que España podría contribuir al esfuerzo americano en Vietnam. La asistencia sanitaria tiene preferencia, pero no es la única. «La lista, aunque extensa, no es en forma alguna exhaustiva y tiene por objeto únicamente establecer los diversos tipos de ayuda que pueden ofrecerse. Es, desde luego, muy posible que España decida cualquier otro tipo de ayuda como más apropiada y más al alcance de sus posibilidades», aclaran desde Washington.

En fin, se agradece la flexibilidad.

No en vano los responsables del Servicio de Información de los Estados Unidos[13] destinados en Madrid llevaban meses recopilando datos y elaborando informes (hay que justificar las peticiones que hacemos a nuestros aliados, no vayan a creer que actuamos sin criterio, pensarían con razón). La importancia que concedían a la asistencia médica en Vietnam, no ya a la de sus propios hombres —por supuesto— sino a la de la población civil vietnamita, debía quedar patente con datos y cifras. Por eso se

esforzaron en poner de manifiesto ante las autoridades españolas que un país de dieciséis millones de habitantes como aquel apenas contaba con doscientos médicos civiles, y que los comunistas, en su esfuerzo por aterrorizar a la población, habían hecho del personal médico uno de sus principales objetivos. En el último año, decían, cien vietnamitas dedicados al programa de erradicación del paludismo habían sido asesinados, y varios establecimientos devorados por las llamas.

Las comunicaciones que dirigen al Ministerio de Exteriores español no dejan lugar a dudas. Los datos son tan minuciosos como los funcionarios estadounidenses que los elaboran (mientras unos combaten en el frente otros lo hacen en los despachos): «Para afrontar la lucha contra las enfermedades y la escasez de personal médico en Vietnam se está llevando a cabo un amplio programa de asistencia médica provincial. A cada una de sus cuarenta y tres provincias se envía un equipo de asistencia sanitaria que presta apoyo en todos los aspectos. Más de treinta equipos ya están funcionando. Muchos de ellos han sido facilitados por las fuerzas militares norteamericanas, pero también por otros muchos países del mundo libre, como Irán, Filipinas, Suiza y Alemania. Puede ofrecer una idea de la ayuda que prestan estos equipos el hecho de que solo en marzo de 1966 se realizaron mil noventa y cinco operaciones quirúrgicas de importancia y mil setecientas cincuenta y seis de cirugía menor. Más de la mitad de esas intervenciones no tenían absolutamente nada que ver con la guerra»[14]. Y continúa más adelante: «El programa de ayuda de los Estados Unidos ha permitido construir y equipar doce mil puestos sanitarios rurales, en los que cientos de miles de vietnamitas ya reciben tratamiento. Más de siete millones de personas han sido vacunadas contra el cólera, la viruela y otras enfermedades»[15].

En esta misma comunicación se narra una curiosa anécdota. El general de división James Humphreys, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y veterano de la Segunda Guerra Mundial, era en aquel momento director adjunto de la Misión de Ayuda Sanitaria a Vietnam del Sur. Un condecorado médico que se había ofrecido voluntario para operar y extraer una granada que había quedado alojada en la espalda de un campesino vietnamita durante un ataque del Vietcong a su aldea —hazaña que el Servicio de

Información utiliza, es de suponer, para resaltar la humanidad y cercanía de los suyos—. «Existía el peligro de que la granada estallara durante la operación, pero el general Humphreys logró extraerla mediante hábiles manipulaciones desde detrás de una protección improvisada con sacos de arena»[16].

Parece ser que el campesino sobrevivió a aquella traumática experiencia.

Habían sido meses intensos, de presiones, recelos, dudas y deliberaciones, pero finalmente Franco opta por la primera de las opciones aportadas por Washington, la que menos le compromete —también la que, según ellos, «tiene preferencia»—, y se centra en el envío a Vietnam de un modesto equipo médico. Eso sí, sería una misión confidencial. Y de carácter militar.

En propiedad, la primera misión humanitaria desarrollada por el ejército español en el exterior.

[1] Dos años más tarde, el 14 de diciembre de 1955, España ingresaba como miembro de pleno derecho en la Organización de las Naciones Unidas.

[2] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 70.

[3] Citado en Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 398.

[4] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 417.

[5] FWMAO, en sus siglas en inglés (Free World Military Assistance Office).

[6] Extracto de la carta enviada por el presidente estadounidense Lyndon B. Johnson al jefe del Estado Español Francisco Franco el 26 de julio de 1965.

[7] Departamento de Estado. Estados Unidos de América. Foreign

Relations of the United States, 1964–1968, Volume XII, Western Europe. Documento 184.

[8] Se refiere al general Vo Nguyen Giap, jefe militar del Viet Minh.

[9] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. Págs. 66-69.

[10] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 117.

[11] Extracto de uno de los informes emitidos por el Alto Estado Mayor del Ejército. Citado en Alejandro Ramírez. ¿Por qué no combatimos en Vietnam? P. 55.

[12] Fernando María Castiella era desde 1935 catedrático de Derecho Internacional Público y Privado, y desde 1939 miembro del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya.

[13] U.S.I.S., en sus siglas en inglés.

[14] Crónica del sudeste de Asia. Servicio de información de los Estados Unidos de América. Embajada de los Estados Unidos en Madrid. 6 de septiembre de 1966.

[15] Ibíd.

[16] Ibíd.

6.

Voluntarios

«Nada libera nuestra grandeza como el deseo de ayudar, el deseo de servir».

Marianne Williamson

EN 1966, EN ESPAÑA APENAS se hablaba de la guerra de Vietnam. Al menos en la calle, como tema de conversación. Bastante tenían los españoles con llevar un jornal a casa, que el hijo acabara sus estudios o encontrara un trabajo decente, o que la niña se casara con un buen muchacho. La economía doméstica acaparaba buena parte de las preocupaciones cotidianas; y la política no dejaba de ser un concepto extraño para la mayoría, una palabra que aún no presentaba desgaste por abuso.

Iba surgiendo, despacio, la clase media —básicamente en las ciudades—; y en determinados sectores, sobre todo en la industria o en la universidad, comenzaban a brotar, tímidamente, los primeros movimientos contestatarios. Nada que por el momento no se pudiera mantener a raya.

A miles de kilómetros, y hasta enero de ese año, cerca de dos mil cuatrocientos estadounidenses ya habían perdido la vida en Vietnam. Alrededor de doscientos mil estaban desplegados en el país asiático, y otros tantos se preparaban para hacerlo en los próximos meses. Y aunque pocos cuestionaban la legitimidad de esa guerra —hasta cierto punto popular, aún, entre los ciudadanos de Estados Unidos—, los soldados, como el resto de la población, no tardarían en descubrir un conflicto que diferiría bastante, en el fondo y en las formas, del que protagonizaron sus padres un par de décadas atrás, cuando lucharon como héroes y liberaron al mundo

de las garras del nazismo.

En los hogares españoles las noticias irrumpían sin excesivo entusiasmo a través de las oficialistas ondas radiofónicas. También a través de la prensa escrita, algo menos constreñida y no siempre devota de las estructuras del poder, ejemplificada en diarios como ABC, Ya o La Vanguardia Española. Y solo en contadas ocasiones a través de una televisión pasmosamente cicatera que, sin embargo, imparable, alcanzaba ese año el millón de televidentes. Con una programación más enfocada al entretenimiento —algo saludable, sin duda— que a la información, las amas de casa soñaban con ser Reina por un día; los amantes del teatro gozaban de Estudio 1; las reacciones más hilarantes de los españolitos de a pie quedaban al descubierto frente al Objetivo indiscreto; y los miedos de todos afloraban con cada una de las entregas de Historias para no dormir[1]. El NODO[2] también solía escamotear a los espectadores la incómoda realidad, y las primeras crónicas de Jesús Hermida —corresponsal de TVE en Nueva York— sobre la guerra de Vietnam no empezarían a deslizarse a través de las abultadas pantallas de rayos catódicos hasta 1968.

Ramón Gutiérrez de Terán aspiraba a estar bien informado. Por eso hojeaba la prensa con voraz disposición. No necesitaba analizar nada, simplemente leer. Su choque con la realidad del país asiático se produjo un plomizo sábado de diciembre de 1965 con el último número de la revista Blanco y negro entre las manos. El reportaje era extenso, ocho páginas repletas de texto y fotografías, y estaba firmado por el veterano periodista Vicente Gállego. El título no podía ser más condenadamente acertado, ya entonces: «El Vietnam, una angustiosa pesadilla». El día se presentaba frío, pero realmente fue esta crónica la que lo dejó helado. «No se puede apartar la mirada del Vietnam —escribía el cronista— por la guerra misma y por sus repercusiones en los Estados Unidos y en el ámbito internacional, hondamente preocupados por el desenvolvimiento de un conflicto en el que nadie, ni los que son más ilusos que optimistas, aciertan a ver el desenlace». Y añadía: «Cada día más hombres y más material bélico están comprometidos en la incierta aventura política y militar del Vietnam. Las fuerzas norteamericanas ganan batalla tras batalla, pero por las noches las aldeas y los que fueron campos de combate tienen un solo dueño: el Vietcong»[3].

Ramón era sanitario pero tenía la suficiente preparación militar como para percatarse de un hecho incontestable: de poco servían las victorias si no conseguías —por no poder o por no querer— mantener el territorio. Si no eras capaz de incorporar a tu causa a una población local que miraba impasible cómo maltrataban su ya de por sí castigado suelo sin obtener nada que llevarse a la boca. Ramón siguió leyendo, confuso, sorprendido por la claridad de los argumentos y por la turbadora solidez de la información: «La guerra de Vietnam atraviesa un periodo de rápida transformación. Ha quedado superada la etapa en que la presencia norteamericana era sencillamente de ayuda, consejo y asesoramiento. Ahora es la guerra de los Estados Unidos en la que al Vietnam del Sur le toca un papel secundario y, en la mayoría de los casos, solo pasivo: el triste papel de recibir las descargas de las bombas explosivas y de napalm que aspiran a eliminar los medios y las posibilidades de resistencia del Vietcong, empezando por los de carácter humano. El incalculable poder destructor no hace distinciones entre militares y gente civil, entre guerrilleros y campesinos, entre hombres, mujeres, niños y ancianos. La guerra ha tomado un aspecto brutal»[4].

Así estaban las cosas. Después de meses de hostilidades la dureza de los combates y las condiciones en que estos se desenvolvían no hacían albergar esperanzas de un futuro en paz. «Esperanzas que se desvanecen porque en Estados Unidos y en Vietnam inquieta la pregunta de cómo será posible terminar esa guerra que lleva el luto a millares de hogares norteamericanos por una causa que se comprende menos cuanto más se piensa»[5], subrayaba Vicente Gállego con acierto y pesimismo.

Con sesenta y siete años Vicente Gállego lo había sido casi todo en el periodismo español: en 1934 cofundador y primer director del diario Ya, y en 1939 primer director de la Agencia EFE, cargo para el que décadas más tarde —prácticamente al final de sus días— confesaba haberse visto «confiscado y movilizado manu militari». También creó la revista Mundo, y se fue distanciando ideológicamente del Régimen. Ahora, a finales de 1965, no tenía ningún reparo en aseverar que «los millones de dólares y los generosos sacrificios militares [de Estados Unidos en Vietnam] se precipitan en un insondable vacío, como si estuvieran incluidos en el castigo de las cincuenta hijas del rey Argos, eternamente

condenadas a llenar de agua un depósito sin fondo»[6].

Ramón deja la revista sobre la mesa y abandona la calidez del hogar. Enfila la calle Velázquez y deja que el gélido viento aguijonee su curtido rostro.

En marzo de 1966 concurren dos circunstancias. Una, poderosa, de consecuencias imprevisibles; otra, menor, de pura mala suerte. La primera comienza cuando la Jefatura de Sanidad del Ejército de Tierra recibe un escrito confidencial de la superioridad. El Gobierno ha tomado una decisión respecto a Vietnam y deja su ejecución en manos del Estado Mayor Central del Ejército, que cursa la disposición. Esta no será publicada, ni gozará de mayor publicidad. La nota viajará por las diferentes unidades militares y se sondeará al personal sanitario adscrito a ellas. En resumen: es preciso reclutar catorce voluntarios para una misión de la que por el momento no se facilita más información. Se comunica, eso sí, que se desplegará en Vietnam del Sur. Pero no su ubicación exacta. Ni su duración ni cometido.

La segunda circunstancia se produce el martes 8 de marzo, cerca de Alcalá de Henares. Desde diciembre Ramón Gutiérrez de Terán está destinado en esta localidad madrileña, en la II Brigada Paracaidista, comandada entonces por el recién incorporado general Coloma Gallegos[7]. El salto no entrañaba ningún peligro y Ramón se disponía a ejecutarlo con la serenidad y destreza con que acostumbraba a hacerlo; pero luego están esas pequeñas eventualidades que forman parte de nuestros quehaceres cotidianos («gajes del oficio», argüimos con resignación). A tres mil metros de altura no puedes pensar en ello, solo saltar, caer en caída libre durante unos interminables segundos, abrir el paracaídas y tomar tierra minutos más tarde de la forma más limpia posible: no soltando precipitadamente las bandas, por ejemplo; adoptando la posición adecuada; tirando de manual. Ese día, sin embargo, un imprevisto, quizás un exceso de confianza, obliga a Ramón a improvisar un movimiento extraño en el último segundo, provocándole en su impacto contra el suelo una fractura completa del tercer metacarpiano de la mano derecha.

El telegrama había llegado a la Brigada Paracaidista esa misma primavera, oportunamente lluviosa en Madrid; también lo hizo a otras unidades dispersas por el territorio nacional, incluidas las plazas africanas del Sáhara español. Se requieren catorce voluntarios, entre oficiales médicos y suboficiales sanitarios. No se precisa ningún otro mérito. Algunos jefes, diligentes, se aprestan a buscar entre los suyos: preguntan, sugieren, invitan a dar el paso; otros sopesan incluso la posibilidad de ofrecerse ellos mismos; los hay quienes marginan el telegrama entre la pila de carpetas, órdenes y notas oficiales que saturan sus desgastados escritorios.

Dos meses después de su accidentado salto Ramón acude al botiquín de la Brigada Paracaidista al objeto de pasar la preceptiva revista mensual. El eclipse lunar de la noche anterior parece haberle insuflado una aparente dosis de optimismo. O quizás sea su carácter, ya de por sí resuelto. Solo le preocupa la mano. Hace quince días que le han retirado la escayola en el hospital militar Gómez Ulla y aún siente algunas molestias. Cierta rigidez en los dedos, ligeramente entumecidos e hinchados, un leve dolor y una indisimulada falta de movilidad. Las cosas llevan su tiempo.

El comandante Pineda, jefe de Sanidad de la base militar de Alcalá, se encuentra en su despacho. Se trata de uno de esos días en los que parece que no vaya a suceder nada, pero que pueden acabar convirtiéndote, de la noche a la mañana, en el inesperado protagonista de una gran historia. La historia de tu vida.

Ramón golpea suavemente la puerta del despacho con los nudillos. Utiliza la mano izquierda.

—¿Da su permiso?

—¡Hombre, Terán! Pasa, pasa.

—A sus órdenes, mi comandante.

—¿Qué tal, cómo va esa mano?

—Mejor, mi comandante. En breve podré volver a saltar.

—Bueno, bueno, todo se andará. Por cierto, Terán…

Pineda comienza a remover los papeles que se amontonan sobre la mesa, algo descuidada, hasta que aflora un documento entre sus manos. El sello con la palabra «Confidencial» escrita en rojo ha favorecido la tarea. Solo un instante antes, apenas unos segundos, algo ha hecho pensar al oficial que frente a él se hallaba el hombre que necesitaba. «Tengo un escrito que solicita voluntarios para una misión en Vietnam, buscan médicos y practicantes, debo responder enseguida y creo que te podría interesar», le suelta sin más preámbulos mirándole a los ojos.

¿Vietnam? ¿Qué me está pidiendo, mi comandante? Interioriza desconcertado el joven sanitario. ¿Acaso nadie ha leído el estremecedor relato publicado hace solo unos meses en la revista Blanco y negro? ¿O las desalentadoras crónicas que llegan, casi subrepticiamente, desde aquel devastado rincón del mundo?

Gutiérrez de Terán se muestra agitado, más inquieto que de costumbre. Hace un par de minutos entraba en aquel despacho con el único propósito de saludar a su comandante —visita de cortesía — y volver a la tranquilidad del servicio rebajado. Aún necesita recuperarse. Sin embargo, ahora, cuando apenas faltan unos meses para su treinta y dos cumpleaños, le proponen enrolarse en la más extravagante misión de su vida militar.

O de su vida, sin más.

Necesitaría algo de tiempo. Reflexionar durante unos días. La madre ya tiene unos años, piensa, y ha sufrido lo suyo.

Su decisión no debe alterar el orden de las cosas. Su mero conocimiento sería un duro golpe para la mujer que perdió dramáticamente a su amado esposo en los albores de la Guerra Civil. Ahora otra guerra, esta vez remota, ajena, extraña, impenetrable —pero guerra al fin y al cabo—, se vuelve a cruzar en su camino; quién sabe si para arrebatarle al hijo querido, al vástago que optó por perpetuar la tradición familiar castrense en una época desprovista del romanticismo de antaño. Un día necesariamente lo sabrá, y asumirá que estas decisiones son consustanciales a la profesión de su hijo; también a su espíritu inconformista.

—Lo siento Terán —la voz del comandante Pineda devuelve a

Ramón a los estrechos confines de aquel despacho—, pero no hay tiempo. Debo responder sin demora a este condenado requerimiento.

—Pues apúnteme, mi comandante.

Un viento suave y cálido mece armónicamente las hojas de los árboles. La temperatura ha aumentado en los últimos días lo que unido a las generosas lluvias caídas durante el pasado mes de abril están provocando el estallido de millones de minúsculos brotes. La vida, con sus colores, olores y sonidos se abre paso a cada instante. Imperturbable.

Ramón apenas presta atención a los elementos que le rodean. El ruido desaparece y entra en un universo completamente silencioso, excepto por los descontrolados ecos que retumban en su cabeza.

Casos similares se suceden aquellos días en diferentes puntos de la geografía española. En el interior de los herméticos y disciplinados cuarteles y bases militares. Prácticamente al unísono aunque en menor número de lo esperado. Con pequeños matices y un denominador común: la premura y la falta de información, pero también con la perentoria determinación de unos hombres diferentes entre sí —idénticos en lo esencial— en la encrucijada de sus vidas.

Alguno de ellos se encontraba destinado en la desértica provincia colonial del Sáhara Occidental. Como el capitán médico Francisco Faúndez Rodríguez, jefe de Sanidad de la Agrupación de Tropas Nómadas destacada en la localidad de Smara. Natural del pequeño municipio zamorano de Marquiz de Alba, jamás pudo imaginar durante su azarosa infancia el destino que la vida le tenía reservado. Había nacido en 1934 en el seno de una familia trabajadora y humilde. Fruto del denodado esfuerzo de unos padres que pretendieron para sus hijos la formación que ellos no pudieron recibir, Francisco se instruyó con los Hermanos Maristas en un tiempo de imperdonable analfabetismo y escasez de recursos, en aquella profunda y descuidada España rural. Estudió bachillerato y

posteriormente medicina en la Universidad de Salamanca. Y siempre que pudo arrimó el hombro en la herrería de su padre, y en las pocas tierras que poseía y cultivaba la familia. Al finalizar los estudios ejerció como médico rural en las provincias de Badajoz y Ciudad Real, en una época no muy distinta a la de su infancia, de tremenda escasez y penuria económica. Aspirando a un legítimo giro en su quehacer tanto personal como profesional, en la primavera de 1961 se presenta y aprueba las oposiciones a médico militar. Ese mismo año, tras un breve paso por la Academia de Infantería de Toledo y de Sanidad de Madrid, el ya teniente Faúndez es destinado a la II Bandera Paracaidista, Agrupación Aerotransportada, destacada en el Sáhara. Cinco años después Vietnam llamará a las puertas de su botiquín.

No sería el único. Allí mismo, en el corazón del tórrido y monótono desierto, el brigada Juan Outón Barahona, natural de San Fernando (Cádiz), y el subteniente José Bravo López-Baños, pertenecientes ambos al Cuerpo de Practicantes, también se muestran dispuestos a mudar la arena y el polvo saharaui por la exótica e incierta, peligrosa sin duda, jungla vietnamita.

Outón es afable y algo reservado pero mantiene vivo el carácter alegre y optimista de la hermosa tierra gaditana que lo vio nacer. Por eso exhibe con frecuencia su amplia y atractiva sonrisa. Bravo, a su vez, desborda camaradería a pesar de encontrarse a miles de kilómetros de su esposa y sus tres hijos, que viven en Barcelona. Cuando lo destinaron al Sáhara pensó que sería por un breve periodo de tiempo, pero a veces las cosas se tuercen. Es de ese tipo de personas extravertidas y locuaces que automáticamente y de forma natural se ganan el cariño y la admiración de sus compañeros; de esos que siempre están dispuestos a «apuntarse a un bombardeo». Pensándolo bien hubiera resultado extraño que no se embarcara en la aventura de Vietnam. Que no se vinculara a aquella bella pero castigada tierra durante varios periodos a lo largo de los cinco años de misión.

El capitán médico José Linares Fernández había cursado estudios de medicina en la Universidad de Granada, donde se licenció a comienzos de los años cincuenta. Más tarde, inmerso ya en la carrera militar, tuvo tiempo de especializarse en Dermatología

y Cirugía Plástica y Reparadora. Lo suyo con la medicina, sin precedentes familiares donde asomarse, era algo vocacional, de pura contribución al bienestar de los demás. Algo que junto a su exacerbada timidez lo mantendría alejado de los altares. Después de un largo y agotador período de servicio en distintas plazas españolas del continente africano —Ceuta, Tetuán y finalmente el Sáhara— aportando lo mejor de sí, en 1966, con cuarenta y un años, se encuentra en su Granada natal, en Capitanía General; un destino cómodo, de tareas administrativas más que facultativas.

Pero Linares sabía que aquello no acababa de ser lo suyo, que su humanidad demandaba cuotas más altas; porque Linares era, sobre todo, un hombre bueno. Hay destinos que no se esperan, pero llegan, y te permiten desarrollar plenamente tu oficio con integridad y honor, aceptando, incluso, retos que nunca antes hubieras imaginado. La ocasión se presentó aquella misma primavera, todavía fresca en la capital nazarí por la brisa de Sierra Nevada, y no iba a ser, precisamente, una bendición caída del cielo. O sí. Cuenta el profesor José Luis Rodríguez Jiménez en su libro sobre Vietnam que fue el propio capitán general de Andalucía quien ejerció como transmisor e inductor. «Se está creando una misión para Vietnam en el contexto de la ayuda al Mundo Libre, España va a enviar una unidad sanitaria y he pensado que usted, siendo soltero, podría ofrecerse voluntario»[8], fueron más o menos sus palabras. «Por supuesto, mi general. Soy voluntario», respondió Linares sin apenas madurarlo.

Terán, Faúndez, Outón, Linares. Cuando eres soltero quizás las cosas se perciben de otra manera. Menos ataduras, menos remordimientos. Apenas motivos para volver la vista atrás. Una mirada a veces nostálgica, a veces culpable.

Otras expectativas.

Juan Pérez Gómez, con apenas 24 años, será el benjamín del grupo. Había nacido en Albacete en 1942, en plena posguerra, y tras cursar estudios de Ayudante Técnico Sanitario ingresa en el Ejército. Adquirido el empleo de brigada es destinado a Palma de Mallorca, y allí presta servicios cuando su comandante le ofrece la posibilidad de ir a Vietnam. Podía haberlo dudado, haber alegado que era demasiado joven e inexperto para una misión de tamaña

naturaleza, pero fue precisamente su juventud lo que le llevó a aceptar inmediatamente la propuesta. Una decisión tan fulgurante que el oficial llegó a insinuarle que aún tenía tiempo de pensar en ello; que podía, por ejemplo, consultarlo en casa, hablar con su padre. «Mi comandante —respondió el joven brigada—, si se lo pregunto a mi padre no me deja ir». Se le había presentado un reto y por Dios que lo iba a afrontar. Juan deseaba ver mundo, ampliar sus horizontes, aprender y, sobre todo, sentirse auténticamente útil. Quizás por primera vez en su corta vida.

Algo parecido le ocurrió al brigada Joaquín Baz Sánchez, natural de la pequeña localidad salmantina de Aldea del Obispo, en la que nació un 2 de julio de 1929. Había ingresado en el ejército en 1947 con tan solo dieciocho años, y ahora la noticia le llegaba durante su destino en el Cuartel General de la División de Infantería Galicia n.º 81, agregado a la Unidad de Instrucción de la 4.ª Zona de la IPS[9]. Moreno, delgado, jovial y algo más bajo de estatura que sus futuros compañeros —aunque la media de los españoles de entonces no era muy alta—, solo dejaba atrás, según él mismo confesaría más tarde a un periodista, «algo» de novia.

Soltero y sin compromiso se encontraba también el capitán médico Luciano Rodríguez González, de treinta y tres años, destinado en la Escuela de Aplicación de Sanidad, en Madrid, la ciudad que lo vio nacer un 5 de agosto de 1933. Hombre inteligente, generoso y capaz, sus gruesas gafas de pasta negra le otorgaban un cierto aire intelectual, el mismo que irradiaba entre los jóvenes aspirantes a sanitarios militares, aunque después de una docena de años de impecable servicio se había convertido en un oficial curtido y experimentado, con varias condecoraciones adornando su pecho.

Lo cierto es que en aquel momento la mayoría de ellos ya lucía con orgullo alguna condecoración. Méritos acumulados en destinos anteriores. Nacidos del valor y la necesidad, como lo serán en el futuro, aunque también de la honradez y la generosidad. Cualidades que derrocharán dentro de unos meses en su nuevo y exigente destino. Porque, como escribiera el insigne poeta, dramaturgo y soldado español del Siglo de Oro Don Pedro Calderón de la Barca:

Aquí la necesidad
no es infamia; y si es honrado,
pobre y desnudo un soldado
tiene mejor cualidad
que el más galán y lucido;
porque aquí a lo que sospecho
no adorna el vestido el pecho,
que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos,
a los más viejos verás
tratando de ser lo más
y de aparentar lo menos.
Aquí la más principal
hazaña es obedecer,
y el modo cómo ha de ser
es ni pedir ni rehusar.
Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la firmeza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,

la humildad y la obediencia,

fama, honor y vida son

caudal de pobres soldados;

que en buena o mala fortuna

la milicia no es más que una

religión de hombres honrados[10].

Volviendo a la familia, distinto es sacrificar la convivencia con esposa e hijos. Ellos crean un vínculo descomunal. Sobre todo, los hijos. Aunque los parámetros con los que se miden estos lazos suelen ser difusos. A veces la convivencia aleja, y la distancia, une. Y por supuesto el lugar y las circunstancias a las que te vas a enfrentar pesan en el alma. Sin duda. Y Vietnam no era un destino cualquiera.

La nómina de casados no será muy amplia en la expedición, pero todos ellos, a pesar de su relativa juventud, han formado una familia, están a punto de hacerlo o en camino de ampliarla. Ya hemos conocido al subteniente José Bravo, con sus hijos en Barcelona. Otro subteniente, el anestesista Francisco Pérez Pérez, es valenciano, tiene tres hijos y en cualquier momento nacerá el cuarto (quizá coincida con su partida hacia Vietnam, contaba con ello en el momento de ofrecerse voluntario).

Por su parte el capitán de Intendencia Manuel Vázquez Labourdette, sevillano de nacimiento, está destinado en Alcalá de Henares, en la Brigada Paracaidista, aunque su mujer y sus dos hijos viven en Casablanca. Él también estuvo destinado en África (en la Mehal-la jalifiana del Rif n.º 5)[11], y no siempre es fácil acomodar la familia a todos los destinos. Por eso siguen allí. A estas alturas nadie le va a descubrir cómo es la vida de un soldado —su padre fue general y por eso lo sabe, desde que nació—. Por otra parte Manuel será el único miembro del grupo que no pertenezca al cuerpo sanitario, y a la postre el único oficial de Intendencia que

pasará por la misión española en Vietnam. Habla varios idiomas y su cometido será actuar como oficial de enlace con los americanos. También se encargará de la organización y administración del destacamento, de enviar informes y de algo tan sustancial como la pagaduría. Un año y, si todo va bien, de regreso a casa, más viajado y con una enorme experiencia en la mochila, al igual que el resto (con el paso del tiempo Manuel Vázquez Labourdette llegará a convertirse en gobernador militar de plaza —cuando aún existía tal destino—, el primer general de Intendencia en asumir dicha responsabilidad).

Otro de los veteranos del grupo será el teniente practicante de primera categoría Manuel García Matías. Uno de esos militares hechos a sí mismo, de los que empiezan de la nada, como simples soldados, y se labran duramente el porvenir. Manuel había nacido en Granada el 9 de julio de 1923, y con tan solo diecinueve años ingresa voluntario en el ejército. Una manera rápida, pero ni mucho menos cómoda, de regatear los rigores de la postguerra. Años de méritos, destinos y formación lo convierten en oficial del cuerpo sanitario, obteniendo destino en la Dirección General de Industria y Material del Ejército de Tierra como especialista de laboratorio. Y será allí donde la palabra Vietnam se cuele por primera vez en su azarosa vida, entre reactivos químicos y tubos de ensayo.

Por último, el comandante médico Argimiro García Granados pronto se convertirá en el primer jefe de la Misión. Gallego de nacimiento —vino al mundo en Santiago de Compostela un borrascoso e intempestivo 13 de marzo de 1912—, a sus cincuenta y cuatro años es el único que ha vivido en carne propia y en primera línea de fuego la experiencia de la guerra. No una, sino dos veces. Y a punto está de convivir con la tercera. «Un gran tipo, algo socarrón, ecuánime, ponderado, calmoso y eficacísimo. Indiferente al peligro, es hombre que apenas puede ocultar su profunda bondad», diría de él, meses más tarde, ya en tierras vietnamitas, el enviado especial del diario ABC Luis María Ansón.

A Argimiro García Granados, el mayor de una familia de seis hermanos, la Guerra Civil lo sorprendió en la facultad de medicina de la Universidad de Santiago de Compostela. En el último curso. Obligado a interrumpir sus estudios como tantos otros jóvenes de su

generación, combatió en el frente, sobrevivió y consiguió finalizar su carrera. Había comenzado a adquirir cierta experiencia como cirujano cuando en marzo de 1943, siendo alférez médico del Ejército de Tierra, se incorpora a la División Española de Voluntarios —conocida como División Azul—, inmersa entonces en el áspero y despiadado frente ruso de Leningrado, en plena Segunda Guerra Mundial[12]. De regreso a España a finales de ese mismo año —coincidiendo con la disolución de la División Azul—, Argimiro es destinado a León y posteriormente a Madrid, donde en 1947 contrae matrimonio con la joven canaria Úrsula Méndez Bencomo. A partir de ese momento establece su residencia en Santa Cruz de Tenerife, y allí, siendo comandante médico y miembro de la Academia Española de Radiología, además de padre de seis hijos, recibe a mediados de 1966 del director general de Sanidad Militar del Ministerio del Ejército el encargo de ponerse al frente de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur.

Doce voluntarios. Ese fue el resultado del apresurado y confuso reclutamiento. No llegaron ni a cubrirse las plazas solicitadas, catorce, en cualquier caso un número de puro trámite. Lógicamente no fue necesario llevar a cabo ningún concurso de méritos ni nada parecido a una selección. Las guerras de Marruecos y el Sáhara, lejos de la patria, con su carga de dramatismo, incomprensión y falta de reconocimiento, aún pesaban en el ánimo de los potenciales candidatos. Si a esto le sumamos el carácter de la nueva misión: un destino remoto, con una exasperante ausencia de concreción, y unas noticias, las que llegaban del conflicto vietnamita, poco o nada estimulantes, los nubarrones que se cernían sobre los horizontes de los potenciales candidatos pronto adquirían tintes amenazadores y sombríos. Y es que a la sazón tampoco hubo, como en etapas o escenarios anteriores, proclamas patrióticas ni llamamientos exacerbados contra nada ni contra nadie. Al contrario, todo se reducía a la más absoluta y pasmosa confidencialidad.

¿Por qué enrolarse entonces en aquella desconcertante guerra: ajena, distante e impopular como pocas hasta el momento? ¿Para qué adentrarse en la mismísima boca del lobo?

Imposible pensar en términos racionales. Aunque podrían manejarse diferentes motivaciones. Unas, poderosas, profundas;

otras, decididamente más prosaicas. Escapar, por ejemplo, de los estrechos cánones que impone la sociedad en la que vives puede ser una buena razón, aunque no la más convincente cuando formas parte del sistema, por mucho que te consideres más liberal y pragmático que el propio sistema al que sirves. Está la oportunidad de viajar a países exóticos —imaginemos la sociedad española de mediados del siglo xx—, lugares míticos de estela romántica, de ensanchar la mente y ampliar conocimientos, de admirar otras culturas, de enfrentar realidades. La posibilidad de vivir emociones nunca experimentadas, o de descifrar la naturaleza humana reflejada en el espejo de la crueldad.

Otras razones, asimismo profundas, están íntimamente ligadas a la vocación que un día les llevó a ejercer el arte y la ciencia de la sanación de los cuerpos. En la guerra existe el sufrimiento, el dolor y la muerte, y en este sentido no hay nada más gratificante que desposeer a la enfermedad, como a la propia muerte, de nuevas y prematuras víctimas. Quizá haya llegado el momento de enfrentarse al culmen de la profesión. A Ramón le apasionaba la cirugía —había llegado a realizar prácticas en varios de los sanatorios quirúrgicos que salpicaban Madrid— y era consciente de que en la guerra la cirugía es la punta de lanza de la medicina.

Luego están las razones prosaicas, igual de válidas, depositadas en el otro plato de la balanza. Las que tienen que ver, por ejemplo, con las expectativas laborales, o con las posibilidades de promoción y ascenso, o con los propios emolumentos, nunca desdeñables. Estas condiciones eran atractivas, a priori lo más atractivo de la misión: conservación del actual destino o preferencia para elegirlo en caso de ascenso, cómputo doble del tiempo de servicio para la obtención de prebendas y condecoraciones y un sueldo acorde a las exigencias del trabajo. «Había una diferencia bestial de sueldo —argumentaba décadas más tarde uno de los últimos oficiales médicos que integraron el contingente español—, porque el complemento de destino lo pagaban los americanos. Recién salido de la academia yo cobraba trece mil pesetas, que aumentaron a veinticuatro mil por estar destinado en El Aaiún. En Vietnam había que sumar otros mil dólares que pagaban los americanos en una época en la que la divisa se pagaba a setenta pesetas».

¿Les merecerá la pena?

Febrero de 2019. Mientras hablamos cómodamente sentados en el sofá que preside la acogedora sala de estar de su modesta vivienda —el sol se cuela tímidamente por las ventanas y contribuye a crear una atmósfera de calidez que contrasta con el intenso frío del exterior—, el hoy veterano capitán Ramón Gutiérrez de Terán enumera con emoción, como si el tiempo se hubiera detenido un instante —tiempo que parece incrustado en lo más profundo de su corazón—, el nombre de aquellos compañeros con los que compartió una época inolvidable de peligros e incertidumbres: los integrantes de la primera expedición de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur, casi abandonados a su suerte en aquel infierno. Los «Doce de la Fama», como irónicamente fueron adjetivados por sus propios compañeros de milicia.

Los evoca a todos ellos, en emocionada letanía: comandante Argimiro García Granados; capitán de Intendencia Manuel Vázquez Labourdette; capitanes médicos José Linares Fernández, Francisco Faúndez Rodríguez y Luciano Rodríguez Fernández; teniente Manuel García Matías; subtenientes José Bravo López-Baños y Francisco Pérez Pérez; y brigadas Joaquín Baz Sánchez, Juan Outón Barahona y Juan Pérez Gómez. Y se recuerda a sí mismo, entre ellos. Las relaciones no siempre fueron perfectas, dice —es lo que cabe esperar de cualquier coyuntura en la que entran en juego los complejos engranajes de la condición humana—, pero sus nombres siempre permanecerán unidos en el recuerdo.

Cuando transcurra un año del inicio de la misión, los primeros relevos que lleguen a Vietnam —y los sucesivos— dispondrán de una información infinitamente más valiosa que la de sus predecesores: sabrán exactamente cuál es su destino, qué contingencias han superado sus compañeros, en qué consiste estrictamente la misión; convivirán con alguno de los pioneros, aquellos que han decidido prorrogar su estancia —Ramón será uno de ellos—, y la inercia les guiará en el desempeño de una labor que en cualquier caso nunca se verá exenta de amenazas.

[1] Reina por un día, Estudio 1, Objetivo indiscreto o Historias para no dormir fueron algunos de los programas más populares de la televisión española de la década de los sesenta.

[2] Noticiario Documental, emitido entonces en las salas de cine.

[3] Vicente Gállego. Blanco y negro. Madrid, 11 de diciembre de 1965. Págs. 35 y 38.

[4] Ibid. P. 40.

[5] Ibid. P. 40.

[6] Ibid. P. 42.

[7] Julio Coloma Gallegos, primer general de la Brigada Paracaidista. Años más tarde, entre 1976 y 1978, será capitán general de la IV Región Militar.

[8] J. Luis Rodríguez Jiménez. Salvando vidas en el delta del Mekong. La primera misión en el exterior de la sanidad militar española (Vietnam del Sur 1966-1971). P. 70.

[9] Instrucción Premilitar Superior.

[10] P. Calderón de la Barca (1600-1681). Para vencer a amor, querer vencerle.

[11] Tropas similares a las Fuerzas Regulares Indígenas, pertenecientes al Sultán de Marruecos. Eran instruidas y administradas, y estaban comandadas, por oficiales españoles.

[12] Cinco mil españoles perdieron la vida en Rusia durante los cerca de tres años que permaneció allí la División Azul. Si a esta cifra le sumamos los cuatro mil quinientos republicanos muertos en campos de concentración nazis y los caídos en otros frentes de batalla europeos, alrededor de diez mil españoles sucumbieron en Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

7.

Destino: Vietnam del Sur

«Tened siempre presente que sois, sobre todo, españoles solicitados para una misión humanitaria y difícil, con una enorme responsabilidad. Reflejad en todos vuestros actos la calidad de vuestra estirpe».

SE HABÍAN IDO CONCENTRANDO de forma gradual desde primera hora de la mañana. La cita era para el día 1 de septiembre en las dependencias del Estado Mayor Central y con algún puntual e inesperado retraso allí estaban todos. No mucho más tarde de las once, tal y como estaba previsto.

El verano solía ser una época propicia para las obras de mejora y acondicionamiento de viales e infraestructuras en la capital, pero aquel primer día de septiembre de 1966, el centro de Madrid continuaba patas arriba. En la principal arteria, el paseo de la Castellana, nunca se habían acumulado los obstáculos con semejante profusión y diversidad; en la plaza de Colón las obras para acortar el trayecto del tranvía avanzaban con exasperante lentitud, y la efímera y extraña pasarela levantada sobre el nuevo ramal del Metropolitano tampoco mejoraba significativamente la movilidad; los troncos y ramas de las últimas podas se amontonaban en las aceras, entorpeciendo el paso a los peatones; y el caos circulatorio volvía a poner a prueba, una vez más, la paciencia de los madrileños. Y la de los visitantes.

Pero allí estaban ellos. En el negociado de la Sección Segunda del Estado Mayor.

Solo unas semanas antes, hacia mediados de julio, los doce integrantes de la misión habían recibido en sus respectivos destinos la comunicación oficial de aceptación de sus solicitudes, lo que otorgaba corporeidad a unas decisiones adoptadas esa primavera

ante sus inmediatos superiores. Las misivas fueron enviadas por los capitanes generales de las diferentes regiones militares a los gobernadores de las provincias en las que servían los voluntarios. Decían literalmente: «Tengo el honor de comunicar a V.E. que el Sr. Ministro ha aceptado el ofrecimiento del personal de esa Región Militar, que figura en la nota que se acompaña, para constituir el Equipo de Sanidad Militar para ayuda a la República de Vietnam del Sur. Ruego a V.E. haga saber al citado personal que ha sido designado para esta misión. Con el objeto de que puedan realizar sus preparativos, les comunicará V.E., asimismo, que en el plazo aproximado de un mes serán convocados por este Estado Mayor Central para recibir instrucciones y proceder posteriormente a su incorporación en Vietnam».

Ramón acababa de reintegrarse a su puesto en la Brigada Paracaidista y la noticia le fue transmitida por el gobernador militar de Madrid. Ya no había vuelta atrás. Ese día, al llegar a casa, supo que debía empezar a preparar el terreno. Era el único de los hermanos que permanecía soltero y la vaga esperanza que su madre abrazaba pasaba por que esta situación se prolongara algo más en el tiempo, y con ella la compañía de su hijo. Al día siguiente el joven decidió hablar con la mayor de sus hermanas y ponerla al corriente de la realidad que se le venía encima: la guerra de Vietnam. No debía saberlo nadie más, al menos por el momento, y menos que nadie su anciana madre. «Tendréis que cuidar de ella», dijo con afectación. El plan consistiría, simplemente, en hacerla creer que viajaba con la Bandera Paracaidista a Las Palmas de Gran Canaria durante al menos un año. A partir de ahí, y si Dios o el destino lo permitían, actuarían en consecuencia.

El día 16 de agosto, cumplido escrupulosamente el plazo de un mes desde la última comunicación, los gobernadores militares reciben un nuevo escrito de capitanía general. Los preparativos no habían cesado en las altas esferas del gobierno ni un solo día de aquel caluroso y atípico verano, siempre en coordinación con la embajada estadounidense en Madrid. Las primeras acciones se fueron concretando y ya estaban en disposición de informar a los expedicionarios de que su salida se produciría el martes 6 de septiembre a las cuatro de la tarde desde el aeropuerto de Barajas a bordo de un vuelo regular de Iberia; que harían escala durante unas

horas en Roma, y que el día 7 continuarían viaje hacia Saigón, vía Beirut, con la compañía norteamericana Pan American, haciendo escalas en Karachi, Calcuta y Bangkok antes de aterrizar al día siguiente en la capital survietnamita. Una larguísima travesía hacia un mundo incierto y en guerra.

A mediodía de aquel 1 de septiembre los voluntarios ya habían tenido tiempo de saludarse y de cambiar impresiones. De hablar del tiempo, del tráfico en Madrid y de otras cuestiones igual de banales. Sobre la misión preferían ser prudentes, esperar acontecimientos. El capitán Vázquez Labourdette y el brigada Gutiérrez de Terán —ambos paracaidistas aunque uno intendente y otro sanitario— se conocían por estar ambos destinados en la base de Alcalá de Henares. A Ramón, además, le unía con el capitán Luciano Rodríguez Fernández el hecho de haber compartido, siendo niños, aula en el colegio Calasancio, de los Padres Escolapios, en la madrileña calle del General Díaz Porlier. De igual forma otros traían a colación su paisanaje, sus estancias en el Sáhara o antiguos vínculos adquiridos en las academias o en cursos de promoción o adiestramiento.

Y otros, en fin, no se conocían de nada. Y ciertos recelos profesionales, tan naturales como la propia condición humana, merodeaban por los recovecos de aquella sala.

Pero de lo que se trataba entonces era de recibir instrucciones y compartir información. No demasiada en cualquier caso porque, aunque resulte paradójico, a esas alturas no sabían exactamente a qué localidad vietnamita irían destinados, ni su cometido concreto, ni el tipo de pacientes y dolencias a las que tendrían que enfrentarse, ni en qué condiciones.

A pesar de ello existían indicios que permitían elaborar un mensaje que al menos en lo sustancial no resultara excesivamente desalentador.

El teniente coronel Rocafort —«una gran persona», en opinión de Ramón Gutiérrez de Terán—, al tanto de una más que probable zona de trabajo les habló, remarcando el término «privilegiado», de

las características del emplazamiento: un enclave tranquilo en el Delta del río Mekong, al sureste de la capital, Saigón; un paraíso natural, sin duda, de pequeñas selvas y extensos arrozales, aunque utilizado habitualmente por los guerrilleros del Vietcong como zona de descanso. También compartió con ellos algún que otro detalle: se desplazarían hasta el país asiático con ropa ligera de calle e incluirían en el equipaje un uniforme militar de verano. Todo lo demás lo recibirían en destino, de manos de los americanos. Les recordó asimismo que el tiempo de permanencia en Vietnam del Sur sería de un año, prorrogable a petición del interesado por periodos de seis meses. Por otra parte les insistió en las ventajas económicas y de servicio ligadas a la misión, por lo que solo restaba hacer hincapié en que todo lo relacionado con este asunto tenía carácter confidencial.

Los voluntarios se miraron y asintieron. Tampoco esperaban mucho más. Pero aún faltaban importantes directrices.

Tras una pequeña pausa se reunieron con el teniente coronel de Estado Mayor Sáenz de Tejada. La sala era austera y en ella predominaban los tonos caoba, tanto en los muebles como en el tapizado de las paredes. Algunos mapas y un puñado de evocaciones a glorias pasadas embellecían la estancia. La idea que les transmitió era muy simple —e insólita para un grupo de oficiales y suboficiales vinculados a un ejército huraño, excesivamente burocratizado y volcado a la seguridad interior—: había que cambiar de mentalidad y adaptarse a los norteamericanos. Ya se venía haciendo algo parecido en las bases que los yanquis regentaban en territorio español, pero ahora sería la primera vez que un contingente de militares españoles se integraba en un ejército extranjero para llevar a cabo una misión de ayuda humanitaria a miles de kilómetros de su patria. En un país en guerra.

Por eso también hubo tiempo de brindar algunos consejos a los miembros del equipo de cara a su futura relación con la población vietnamita. Convenía no equivocarse, tratar de ser discretos y ecuánimes, profesionales, si bien es cierto que tampoco existía experiencia previa en un conflicto y una labor de esta naturaleza. Los americanos sí la tenían, aunque más vinculada al conflicto que

a la ayuda humanitaria. Y ya habían cometido demasiados errores. Desde Washington insistían a su personal en Vietnam para que trataran de empatizar con aquellas gentes («Hay que ganar sus corazones y sus mentes», repetían una y otra vez, diseñando incluso programas específicos de ayuda a la población civil), aunque unos y otros siguieran preguntándose qué hacían allí.

Tratar a la población civil con la debida consideración —fundamentalmente a las mujeres— y respetar las leyes y costumbres del país eran solo algunas de las Nine Rules, las Nueve Reglas elaboradas por el gobierno de Estados Unidos recogidas en una pequeña tarjeta de bolsillo que todo soldado recibía al llegar a Vietnam, aunque fuera lo primero que olvidaran al incorporarse a sus unidades. Continente y contenido. Por su parte el Ministerio del Ejército español había redactado un protocolo con diez recomendaciones que ahora, antes de su partida, intentaban interiorizar los miembros del equipo sanitario. Eran muy similares a las Nine Rules en lo concerniente a la población civil, aunque con un sello distintivo y muy característico. Un ejemplo: «En vuestro trato con la mujer vietnamita no olvidéis nunca que sois españoles. Respetarla, mostraros corteses y educados, y ayudarla siempre en sus sufrimientos y necesidades». Pero quizás sea el penúltimo de los párrafos el que mejor se ajuste al espíritu de toda una época, y de paso a la propia naturaleza de la misión: «Tened siempre presente que sois, sobre todo, españoles solicitados para una misión humanitaria y difícil, con una enorme responsabilidad. Reflejad en todos vuestros actos la calidad de vuestra estirpe. Con ella va el honor y el prestigio de vuestra querida España. No lo olvidéis».

La primera jornada fue intensa, agotadora, pero antes de abandonar las instalaciones del Estado Mayor Central recibieron una tarjeta en la que figuraba impreso el escudo y el membrete de la embajada de los Estados Unidos en Madrid. Concretamente de su agregado militar. Era nominativa, y en ella se había tachado la alusión a la esposa del diplomático para hacer constar, a mano, que la recepción sería exclusivamente para caballeros («Señores solos», habían escrito). El agregado quería saludar personalmente a los voluntarios y desearles buena suerte. Un cóctel protocolario. El

encuentro tendría lugar al día siguiente, viernes 2 de septiembre de 1966 a las 20:30 horas, en su residencia del número 32 de la calle Padilla, una estrecha vía perpendicular a la calle Serrano y a escasos metros de la embajada estadounidense.

Aquella misma mañana, temprano, los miembros del equipo se vieron sometidos a una primera e inexcusable tortura: un vasto programa de vacunación contra la peste, el cólera, la fiebre amarilla, la viruela, el tifus y la fiebre tifoidea. Además recibieron una dosis de gamma globulina[1]. Toda precaución era poca. Transcurridos unos meses, y dependiendo de la vacuna, repetirían el proceso.

La recepción comenzó con exquisita puntualidad. Hasta minutos antes de la hora prevista, con el sol declinando por el paseo de la Castellana, los invitados fueron llegando a una de las confluencias de la calle Padilla con Núñez de Balboa, donde se encontraba el majestuoso edificio residencial de granito y ladrillo rojo en el que se alojaba el agregado militar estadounidense, coronel Johns. El protocolo establecía vestir traje y corbata, si bien contrastaba el tono más oscuro y elegante utilizado por los diplomáticos y gerifaltes del Ejército español con la variedad de tejidos y tonalidades escogidas por los miembros del equipo sanitario. Ramón había optado por un traje azul con chaqueta de tres botones, corbata oscura y zapatos negros de charol. En el heterogéneo grupo no pasaban desapercibidos los zapatos blancos del extrovertido subteniente Bravo, que posaba para la fotografía oficial con un cigarrillo en la mano al igual que lo hacía el joven brigada Juan Pérez o el subteniente Pérez Pérez. Entre los generales españoles que no quisieron perderse el encuentro se hallaba el veterano jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, teniente general César Mantilla Lautrec; o el jefe de Sanidad Militar, general inspector de primera clase Mariano Madruga Jiménez, que se mostraba elegante y relajado.

Nada de personas ajenas al acto, ni un solo periodista acreditado. Por supuesto ningún medio informó del asunto. Las pocas imágenes que existen fueron captadas por miembros del personal de la embajada con el único propósito de incorporarlas al archivo de la sede diplomática.

El fin de semana fue aprovechado para despedirse de la familia, cada cual a su manera, y a última hora de la tarde del lunes todo estaba dispuesto para la partida. Los pasaportes habían sido expedidos «en comisión oficial» para personal militar en misión humanitaria, y en ellos figuraba la inscripción «Bueno para todo el mundo (salvo los países reseñados al dorso)». Estos países no eran otros que los de la órbita comunista. Al fin, el martes 6 de septiembre, después de una frugal comida, sin despedidas oficiales, música ni honores militares, los doce expedicionarios embarcaban —con un discreto equipaje y la incertidumbre dibujada en sus rostros— en el vuelo que les conduciría de Madrid a Roma en una primera etapa.

La tarde era tremendamente agradable en la capital italiana, y la incipiente noche no invitaba a otra cosa que no fuera a caminar por sus bellas plazas y estrechas calles, por cada uno de los rincones que fueron configurando, durante siglos, la ciudad eterna que ahora se presentaba ante sus ojos. Además, y sin pensar decididamente en ello, ninguno se sentía inmune a los requiebros de la vida. Tenían claro que dentro de cuarenta y ocho horas su mundo actual habría desaparecido. O se habría transformado, convirtiéndose en algo más oscuro y cruel.

Lo previsto era permanecer unas horas en Roma y no dejaron pasar la oportunidad de conocer algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad.

Se dividieron en dos grupos. A falta de vínculos más profundos en los únicos que establecían los cánones profesionales: oficiales médicos por un lado y suboficiales sanitarios por otro. Ya habría tiempo de compartir espacios, desvelos, peligros, confidencias y responsabilidades.

A la mañana siguiente, después de una noche de sueños esquivos, se dirigieron de nuevo al aeropuerto de Roma, desde donde partirían a las 13:00 horas hacia su destino definitivo. Esta vez en el vuelo 114 de la compañía Pan American con breves escalas en Beirut, Karachi, Calcuta y Bangkok; nueve mil kilómetros de inagotable travesía antes de aterrizar en la caótica y misteriosa

Saigón, capital de la República de Vietnam del Sur.

Ese mismo día, en España, una escueta nota de prensa de la agencia de noticias Cifra publicada en distintos medios de comunicación se hacía eco de la salida, sin apenas ofrecer detalles a una opinión pública ajena e indiferente a estas cuestiones. En la nota no se mencionaba, por supuesto, el carácter militar de la misión. El diario ABC se limitaba a reproducir el breve comunicado en sus páginas interiores: «Un equipo de trece médicos españoles salió a las cuatro de la tarde de ayer en avión con rumbo a Vietnam del Sur, vía Roma. El grupo de médicos marcha contratado por el Gobierno vietnamita para ejercer su profesión entre la población civil». Ni una sola palabra más. Incluso los datos son incorrectos, pues eleva a trece el número de integrantes de la expedición. Tampoco es cierto que fueran contratados por el gobierno vietnamita. Y en cuanto a su condición de médicos, solamente cuatro lo eran. El resto siete Ayudantes Técnicos Sanitarios (practicantes de 1.ª y de 2.ª) y un oficial de Intendencia.

Es posible que el mero titular de la noticia que compartía página con este comunicado justificara por sí solo el recelo de las autoridades españolas. Decía: «La guerra camina inexorablemente hacia la invasión de Vietnam del Norte»[2]. Es decir, el conflicto amenazaba con extenderse y agravarse, aún más. Y por si esto no fuera suficiente, en el cuerpo de la información el corresponsal escribía con pesar: «El terror existe y mata e incendia en las aldeas lejanas y en las mismas puertas de Saigón. […] La guerra camina hacia un destino inexorable y cargado de peligros».

Otra posibilidad es que el gobierno no es que tuviera interés en ocultar la realidad, simplemente la misión había sido calificada de Confidencial porque el régimen franquista tampoco tenía por costumbre, ni por convicción, informar de estas cuestiones. Mucho más tratándose de una zona en guerra.

Ya ocurrió en el Sáhara. Una década atrás.

[1] La gamma globulina es un conjunto de proteínas presentes en la sangre que tiene una importante función de inmunización del

organismo frente a las infecciones.

[2] ABC, miércoles 7 de septiembre de 1966. P. 29.

8.

Bienvenidos al caos

«Nos sentimos muy orgullosos de añadir su bandera española, la primera de las naciones europeas, a esta gloriosa muestra de colores del mundo libre».

General Tran Ngoc Tam

HACÍA CALOR. TANTO Y TAN pegajoso que no parecía posible que pudiera hacer más. Tal vez solo fuera una primera impresión, pero fue esa y no otra la sensación que les invadió mientras bajaban por la escalerilla del avión —provistos aún de sus chaquetas y corbatas— que les había conducido hasta aquel desconcertante rincón del mundo. Una auténtica sacudida.

¿Por qué nadie nos había hablado de este jodido calor?

Aquel 8 de septiembre de 1966 Saigón se disponía a despedir la estación húmeda con unas temperaturas inusualmente altas para la época. Las lluvias monzónicas del mes de julio —ocasionales pero abundantes— habían favorecido esa circunstancia, y aunque los españoles estaban al tanto de los valores extremos que se podían alcanzar en lo álgido de la estación seca —o sea, hacia finales de abril—, no podían imaginar encontrarse ahora con un ambiente tan opresivo y asfixiante. Sin duda la humedad, pero también la falta de aclimatación, influía en su incipiente percepción de las cosas.

El aeropuerto de Tan Son Nhut no era mucho más grande que el que habían dejado atrás en Bangkok, pero posiblemente fuera uno de los más concurridos del mundo. En aquel preciso instante. La actividad resultaba frenética, y el elenco de aparatos, seres humanos y tufo a combustible tejía un panorama imponente y

enloquecedor. De millones de dólares. Decenas de aviones comerciales —atestados de pasajeros civiles y militares— despegaban y aterrizaban a intervalos irregulares, durante el día y la noche. Más allá inmensos bombarderos B-52 calentaban motores antes de partir en pos del caos y la destrucción. Cazas de combate resquebrajaban el cielo con su ruido seco y ensordecedor. Autobuses, camiones y plataformas móviles acarreaban personas y mercancías. Y helicópteros de toda clase, tamaño y condición invadían pistas y hangares: los había para el traslado de tropas y para el envío de suministros, para la provisión de fuego de apoyo y cobertura o para la evacuación de heridos al hospital —o de inertes cuerpos sin vida—. La guerra de Vietnam no hubiera sido lo mismo sin el uso del helicóptero.

La doctrina de la aeromovilidad.

La fauna allí concentrada no desmerecía en absoluto el inmenso despliegue de equipos y materiales. Hombres y mujeres —mayoritariamente hombres— de uniforme salpicaban y desdibujaban las pistas, atestadas también de menudos y embebidos operarios vietnamitas. Y de contratistas, pilotos, mecánicos, periodistas... Toda la magnificencia de la guerra parecía confluir en aquel lugar.

Al pie de la escalerilla las autoridades esperaban a los integrantes de la misión militar española. Era mediodía. El sol en todo lo alto, atizando sin piedad. Precedidos por el joven y diligente diplomático Máximo Cajal —que les había acompañado desde Bangkok, donde España tenía establecida su embajada—, uno tras otro fueron pisando tierra vietnamita. Allí aguardaba el general Tran Ngoc Tam, presidente de la Free World Military Assistance Organization; el doctor Nguyen Ba Kha, ministro de Sanidad de Vietnam del Sur; los generales estadounidenses de dos estrellas John N. Ewbank y Richard S. Abbey —jefe y subjefe de personal del MACV[1], respectivamente—; el coronel Kenworthy y otros mandos y asistentes militares. Un recibimiento a la altura de lo que los anfitriones anhelaban: incorporar personal militar de un país europeo a su causa aunque tuviera un carácter meramente testimonial, tan solo para «demostrar más ostentosamente la unidad del mundo libre en su resistencia contra el terrorismo y la

subversión del comunismo internacional»[2]. Si bien es cierto que para los españoles lo suyo allí nunca pasaría de una discreta, aunque tremendamente valiosa, labor humanitaria.

En pequeña comitiva se dirigieron todos a pie, por la pista, hasta el interior de la terminal internacional, para acceder a continuación a una amplia sala donde sonrientes chicas vietnamitas depositaron sobre el cuello de los españoles llamativas guirnaldas de flores. Y así permanecieron los doce, herméticos, con sus maletines bajo el brazo o asidos de la mano —el subteniente Bravo también sostenía disimuladamente un sombrero cordobés y una bota de vino—, frente al nutrido grupo de autoridades civiles y militares, estadounidenses y vietnamitas, congregadas para darles la bienvenida.

Al menos la temperatura allí concedía una pequeña tregua. El único tipo de tregua que la guerra parecía dispuesta a dispensar.

El primero en tomar la palabra fue un circunspecto general Tam, quien se mostró tremendamente explícito en su breve alocución. Comenzó hablándoles de las agresiones comunistas que sufría su pueblo, y de los terribles sufrimientos soportados a lo largo de los años —ninguna mención, sin embargo, a las tribulaciones que ellos mismos pudieran estar ocasionando a la población—; de la gratitud de su gobierno hacia las autoridades españolas por atender su llamada y enviar un equipo dispuesto a «prestar asistencia médica en otro humanitario gesto de amistad y cooperación». Precisamente, incidiendo en esta idea, destaca que «las banderas de todos los países que dan apoyo militar a mi país ondean ahora junto a la bandera vietnamita». Y recalca: «Nos sentimos muy orgullosos de añadir su bandera española, la primera de las naciones europeas, a esta gloriosa muestra de colores del mundo libre».

Sin embargo, la española no solo sería la primera bandera europea en ondear en aquel lugar, también sería la única.

Gratitud, compromiso, cordial bienvenida. Esos fueron los ejes de la intervención del general Tam, quien finalizaría su discurso con unas palabras cargadas de buenas intenciones: «Estoy convencido de que su estancia en Vietnam será altamente recompensada desde el punto de vista profesional, especialmente cuando vean reflejadas

en las caras de las personas a las que presten su ayuda el restablecimiento de su salud y la esperanza de un futuro en paz».

Procurar cuidados médicos a la población civil vietnamita fue uno de los pilares básicos del programa estadounidense conocido como «Corazones y mentes». La idea no podía ser más simple: tratando sus enfermedades ganaremos sus corazones y también su voluntad, los tendremos de nuestro lado, y eso nos permitirá imponernos al enemigo. Sin embargo, no resultó suficiente. No cuando la corrupción generalizada, la arbitrariedad y los bombardeos comenzaron a socavar sus corazones y a nublar sus confusas mentes.

Acto seguido el diplomático Máximo Cajal agradeció a las autoridades survietnamitas el recibimiento dispensado al equipo médico español. Y consciente sin duda de lo que la ocasión demandaba —más allá de la humanitaria labor que los había conducido hasta allí— exteriorizó su deseo de que todos y cada uno de los miembros del equipo contribuyeran con su esfuerzo y dedicación «a preservar la libertad e independencia de Vietnam».

Aquella bienvenida supuso el primer contacto de los sanitarios españoles con los habitantes de una tierra quizá destinada a convertirse desde el mismo instante de su creación en uno de los lugares más bellos y apacibles del mundo, pero que apenas había conocido un exiguo periodo de paz en su convulsa historia —una guerra tras otra hasta donde eran capaces de recordar los más viejos del lugar, e incluso más allá: contra los chinos, contra los franceses, contras los japoneses, ahora contra los norteamericanos; o siempre contra ellos mismos—.

Hasta los primeros meses de 1966, 385 000 soldados estadounidenses habían sido enviados a Vietnam del Sur a pesar de las reticencias iniciales del presidente Johnson a desplegar tropas sobre el terreno. Una cifra a la que habría que añadir la de los miles de combatientes procedentes de países como Australia, Nueva Zelanda, Tailandia, Filipinas o Corea del Sur[3]. Este incremento norteamericano suponía un importante salto cuantitativo respecto a años precedentes (23 000 en 1964 y 185 000 en 1965) y no dejaría de aumentar en años venideros: 465 000 soldados en 1967 y algo más de medio millón (exactamente 536 000) en 1968, coincidiendo

con su máximo despliegue y el extraordinario repunte de las hostilidades. También con la degeneración completa del conflicto, en todos los aspectos y toda su magnitud.

Y así, atrapados en ese descomunal paisaje, casi mimetizados en él, desarrollarán su cometido los sanitarios españoles.

Finalizados los actos protocolarios en el aeropuerto de Tan Son Nhut, los españoles fueron invitados a subir —ya liberados de guirnaldas y corbatas— al microbús militar que los trasladaría a Saigón. Llamó poderosamente la atención de estos las rejillas metálicas que protegían los cristales, necesarias, les dicen, para evitar verse sorprendidos por objetos arrojados desde la calle. En ocasiones, granadas de mano. Los actos terroristas menudeaban en la capital. Y es que, a pesar de la aparente seguridad, Saigón se había convertido en una de las ciudades más corruptas, inestables y peligrosas del mundo.

Durante el trayecto, el comentario —tal vez solo un amargo presentimiento— de un veterano estadounidense que conocía muy bien las dramáticas consecuencias de adentrarse en aquel laberinto marcaría las primeras horas de los españoles en Vietnam; y perduraría para siempre en el recuerdo de quienes lo escucharon. Malos augurios difíciles de ignorar, pero no imposible. «Amigos, solo volveréis a casa la mitad», les dijo prácticamente a bocajarro.

Se trataba de un oficial de origen hispano, un colectivo este que, junto al de los negros, constituía una de las minorías con mayor presencia en el ejército estadounidense, algo poco común hasta la guerra de Vietnam. Los había ido saludando mientras tomaban asiento, escrutando curioso —casi divertido— los expectantes rostros de aquellos recién llegados que le devolvían la mirada con una sonrisa en los labios.

Aquel soldado sabía de lo que hablaba. Más de ochenta mil estadounidenses de origen hispano combatieron en Vietnam entre 1964 y 1975. Uno de cada cinco resultó muerto; uno de cada tres, herido. De entre los supervivientes cabe destacar la historia del piloto de la Armada Everett Álvarez, hijo de inmigrantes mexicanos, cuyo avión fue derribado el 5 de agosto de 1964 durante los bombardeos de castigo contra Vietnam del Norte después de los

incidentes del Golfo de Tonkín. El teniente Álvarez pudo abandonar el avión, pero se convirtió en el primer prisionero de guerra estadounidense[4] y, a la postre, en el que más tiempo permaneció retenido en aquel país, puesto que no sería liberado hasta el 12 de febrero de 1973, después de años de aislamiento, torturas y privaciones. Distinto fue el caso del sargento mayor Juan J. Valdez, último soldado estadounidense en ser evacuado en helicóptero desde la azotea de la embajada norteamericana en Saigón el 30 de abril de 1975 con las tropas norvietnamitas a las puertas de la capital.

Para la mayoría de ellos —hispanos o negros, pero también blancos de estratos sociales menos favorecidos— servir en el ejército constituía el mejor salvoconducto hacia una vida mejor, sin duda diferente. Servir en Vietnam, además, les situaba en el mapa social, redefinía su lugar en la comunidad y denotaba lealtad a la causa y a su país. Más del ochenta por ciento lo hicieron como infantes en primera línea de fuego. Eran, como años más tarde describiría un experimentado veterano, «gente cumplida, brava y muy sufrida. Utilizada generalmente como carne de cañón».

Muchos de aquellos soldados se alistaban porque pensaban que todo eran ventajas. Si morían, sus padres recibirían diez mil dólares de la póliza de seguro, mucho más de lo que alcanzarían a ahorrar en toda su vida. Realmente creían que esa cantidad les haría ricos, nunca habían visto tanto dinero junto. Si conseguían regresar a casa lo harían como héroes, les sería mucho más fácil reintegrarse en la comunidad, encontrar un buen trabajo y formar una familia. Con suerte vivirían en una bonita zona residencial y sus hijos podrían ir a la universidad. ¿Qué más se le podía pedir al país de las oportunidades?

Blancos, negros o hispanos, allí apenas se hacían evidentes las diferencias. La vida no les había regalado nada a ninguno de ellos. No era fácil encontrar reclutas entre las clases más favorecidas. «Si tienes pasta —se decía entonces— no tienes por qué ir a la guerra». La élite estaba en las universidades, y las prórrogas por estudios se convirtieron en su tabla de salvación.

El grueso de la tropa lo constituía la clase trabajadora. Minorías. Buenos chicos, o no tanto; humildes, pero orgullosos de

servir a su país. Al menos así lo sintieron durante los dos primeros años del conflicto. Después las cosas se fueron deteriorando, menoscabando, pervirtiendo. Las drogas campaban a sus anchas[5]. Todo se cuestionaba. La moral se hundía. Los sueños se evaporaban; o peor aún, tornaban en pesadilla. Cada vez se hacía más complicado regresar a casa como un héroe. Aunque para entonces lo único que ya importaba era sobrevivir.

El microbús que transportaba a los militares españoles se dirigió a Saigón a gran velocidad por una carretera atestada de vehículos. Desde el norte accedieron al interior de la antigua y otrora apacible capital colonial francesa, donde ahora debían extremar las precauciones. El trazado de las calles, la alineación del arbolado, el carácter de los edificios, incluso los automóviles, todo eran vestigios de aquel esplendoroso pasado. A través de una de las ventanillas Ramón contemplaba impresionado el paisaje que se presentaba ante sus ojos: miles de ciclomotores, bicicletas y cyclos conducidos por escuálidos hombrecillos de sombrero cónico invadían la calzada; coquetos y cómodos taxis bicolores —Renault 4 CV, herencia gala— y convoyes militares pugnaban por un pedazo de asfalto. La premura en los conductores, el caos circulatorio, el ruido, el humo, las barricadas, los controles, la apabullante concentración humana y una latente sensación de inseguridad completaban la escena. Y a pesar de todo —advertía Ramón deslumbrado— parecía imponerse la resignada indiferencia de sus habitantes, cada cual a lo suyo, fusionados durante el día con miles de uniformes que moteaban la ciudad, contrastando sobremanera en aquel lienzo luminoso y multicolor.

El caso es que solo permanecieron dos días en la capital, tiempo suficiente para conocer nuevos detalles acerca de la misión y recibir las últimas instrucciones, además de para recoger la documentación que les permitiría utilizar las residencias, economatos y otros servicios que los norteamericanos ponían a disposición de su personal. También, ya por su cuenta, para tomar el pulso a la ciudad. Para establecer un somero contacto con los vietnamitas de a pie y adentrarse, siquiera superficialmente, en la realidad paralela y cotidiana de las noches de Saigón. Tiempo

habría de sucumbir, más adelante, a la llamada de su jungla nocturna.

La primera noche, después de cenar, accedieron a la terraza del hotel en el que se alojaban. Se trataba de un edificio de diez plantas, céntrico y discretamente custodiado. Un lugar alejado de la suntuosidad del Majestic o del Grand Hotel Des Nations, por ejemplo, pero confortable y funcional, utilizado exclusivamente por personal americano, y donde cada cual —oficial, contratista o diplomático— cargaba con sus propias maletas e incertidumbres. O con sus propias fobias.

La noche era algo más que agradable —era cálida y limpia, acogedora— y las secuencias y los sonidos del film que allí se proyectaba —con una exuberante y provocativa Ursula Andress en el culmen de su carrera— creaban una atmósfera extraña, hasta cierto punto embriagadora. Pero la tozuda realidad no tardaría en imponerse a martillazos. El sonido de las explosiones procedía del bullicioso barrio de Cholón —el Gran Mercado, el peligroso barrio chino de la capital—, situado en la margen derecha del río Saigón. Cuando Ramón apartó por un momento su mirada de la pantalla quedó impresionado por la bella luminosidad de los proyectiles trazadores del calibre 50 que surcaban el cielo, allí, frente a él, en el horizonte, escudriñando su mortal destino. Los helicópteros estadounidenses que sobrevolaban la zona dirigían sus ataques sobre los objetivos previamente marcados por los agentes de la CIA, con una efectividad demoledora.

De pronto la película pasó a un segundo plano. Otra secuencia —esta vez real, absorbente, arrebatadora— se desplegaba ante sus ojos, como un espejismo. Para los habitantes de Cholón, en cambio, no había hecho más que empezar una nueva pesadilla.

Al día siguiente, restablecidos de aquella repentina y brutal dosis de realidad, se reunieron con oficiales norteamericanos para ponerse al corriente de la misión. Dos horas más tarde, conocedores ya de los entresijos de su nueva responsabilidad, recorrieron la céntrica calle Tu Do y se adentraron en sus vías adyacentes, siempre concurridas, prevenidos de no prolongar su presencia en ellas más allá del anochecer. Gastaron sus primeros y recién obtenidos dólares, percatándose del codicioso poder del billete verde, y

entraron en un par de cafeterías donde los parroquianos consumían las horas despreocupadamente o esbozaban planes para un incierto futuro —en una de ellas las melodiosas notas del Bésame mucho[6] flotaban distraídas entre el vaporoso y traslúcido ambiente del local —.

Por lo demás todo era bullicio y vida a su alrededor.

No obstante, la ciudad no parecía la misma en aquellos primeros días de septiembre de 1966, aunque ni Ramón ni sus compañeros se percataran de ello. Tampoco les preocupaba demasiado. Sabían que ese domingo se celebraban elecciones a la Asamblea constituyente —este hecho aconsejó acortar su estancia en Saigón—, lo que no sabían es que los 117 legisladores que resultaran elegidos tendrían que redactar la nueva Constitución de Vietnam del Sur, y que esa circunstancia se debía más a una exigencia de Washington que al interés del presidente Thieu o de su primer ministro Ky. Pero más de seiscientos periodistas habían aterrizado en los últimos días en la capital survietnamita con el fin de seguir las evoluciones del proceso electoral y lo que allí se vivía era, además de una descomunal psicosis a los ataques terroristas del Vietcong, una auténtica «campaña de saneamiento moral ante las elecciones del próximo domingo», como acertadamente describiera unos días antes un medio de comunicación español[7].

Las banderas americanas desaparecieron de los principales bulevares y las calles lucían despejadas de tenderetes y cocinas portátiles; también de familias hambrientas comiendo en cuclillas en los arrabales de la ciudad —«Han perdido [las calles] el tufo y carácter de la vida en común, desnuda, resudada, improvisada por necesidad de la guerra»[8], describía en una explícita crónica el corresponsal del diario ABC en Saigón—. El mercado negro de artículos de consumo —sobre todo cigarrillos, licores, latas de conserva y hasta jabón y pasta de dientes— declinaba por la menor presencia de soldados estadounidenses, sus principales clientes, aunque también notables suministradores. Y el incontable número de chicas que se veían forzadas a ejercer la prostitución en la vía pública —«muchas veces impúberes, o recién llegadas de los pueblos de la selva», escribe el corresponsal—, objeto de deseo y de las miradas libidinosas y obscenas de los viandantes, fueron

obligadas a recluirse en el interior de sus antros y locales.

En su deambular por el centro de la ciudad, los miembros del equipo médico español tuvieron ocasión de ojear las portadas de los periódicos —principalmente los editados en inglés— que informaban sobre los derroteros de la guerra, como si todo aquello fuera algo ajeno a su propia presencia en el lugar; meros viajeros en un destino exótico y peligroso, o espectadores que pudieran quedar al margen de los asuntos que lo devastaban. La cálida serenidad que se respiraba a su alrededor, la aparente cotidianidad de los actos y de sus actores, la luz y el color, invitaban a tales elucubraciones. Hasta que leyeron alguna lacónica reseña sobre su llegada a Vietnam, algo que pareció devolverles a una realidad que en cierto modo les enfrentaba a la idea de que ellos también formaban parte ese hipnótico paisaje. La noticia, no obstante, aparecía sin grandes alardes tipográficos, escuetas notas de agencia recogidas, eso sí, por los principales diarios de la capital, como The Saigon Post: «Spanish Medical Team Arrives»; o The Vietnam Guardian: «Spain sends medical team to Vietnam»; o Saigon Daily News: «Spanish medical team in town».

Tan solo un periódico editado en vietnamita se hizo eco de su llegada, aunque apenas trascendió entre los habitantes de la metrópoli. La razón —más allá de la nimiedad del asunto— la expuso de una manera muy gráfica el escritor José María Gironella a partir de su propia experiencia en aquellos lares: «La población de Saigón apenas sí leía otra cosa que un periódico vietnamita que publicaba extractos de novelas chinas y numerosos sucesos. Era con mucho el periódico de mayor tirada. Las noticias sobre la guerra interesaban muy poco, excepto cuando se producía algún acontecimiento extraordinario. Quinientas bajas vietcong no merecían un minuto de lectura; en cambio, un crimen pasional, un rapto, la desaparición de una muchacha o de un bebé apasionaba a la gente, que devoraba ese reportaje […] En el campo, en cambio, las cosas discurrían de otra manera, debido a la presencia de los guerrilleros del Vietcong. Saigón era como una isla»[9].

Tal era el hartazgo de los vietnamitas. A años luz todavía de que la guerra diera su brazo a torcer.

Un par de semanas más tarde de su publicación, aquellos

escuetos recortes de prensa llegaban en valija diplomática a la madrileña sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, causando más curiosidad entre su personal que en la propia capital survietnamita.

Dos días. Apenas un suspiro si lo comparamos con el tiempo y el esmero que hoy exigiría conocer los detalles de una actuación militar —aun siendo de ayuda humanitaria— en zona de conflicto. Pero llegó el momento de abandonar Saigón, de enfrentarse sin mayor dilación a la tarea que les había conducido hasta aquel remoto lugar del mundo.

El desplazamiento hasta la localidad de Go Cong se hizo finalmente a bordo de un helicóptero estadounidense, volando a baja altura, con las puertas abiertas para ofrecer menor blanco de tiro y con los artilleros asomando por ellas sus ametralladoras, listos para responder a los ataques que pudieran llegar desde la selva. Con todo, siempre sería más seguro sobrevolar la región que recorrer en jeep los eternos cincuenta y seis kilómetros que separaban Saigón de Go Cong por unas carreteras inhóspitas y minadas, sometidas al control guerrillero.

Una locura.

Es verdad que en las zonas rurales «las cosas discurrían de otra manera». Si las grandes ciudades estaban controladas por el gobierno, el campo era asunto del Vietcong. El abandono, la corrupción y el acoso de los dirigentes locales fomentaron la desconfianza de los lugareños hacia las autoridades y su simpatía hacia las guerrillas comunistas; que, no obstante, también utilizaban la intimidación y el terror como un arma eficaz cuando lo creían necesario.

Y aún sin creerlo.

Esto se hizo particularmente evidente en algunas provincias del delta del Mekong —importante teatro de operaciones militares— como Long An o My Tho, al sureste de Saigón, aunque no tanto en la provincia de Go Cong, utilizada sobre todo como zona de descanso por las fuerzas antigubernamentales.

Una intensa e incomparable sensación de armonía inundó a Ramón. Por extraño que pudiera parecer, sobrevolar el delta del Mekong le produjo emociones encontradas. La exuberante naturaleza con su multiplicidad de hábitat y tonalidades: bosques, selvas, ríos —con sus matices anaranjados—, arrozales; toda la belleza capaz de enmudecer los rotores de un helicóptero concentrada en apenas cuarenta minutos, dispuesta por los dioses para sublimar el espíritu de quienes conseguían abstraerse de la cruda realidad.

Así, a media mañana del sábado 10 de septiembre de 1966, con un ligero y cálido viento procedente del mar de China Meridional, el helicóptero que trasladaba a los miembros del equipo médico español descendía sin mayores sobresaltos sobre una improvisada y precaria pista de aterrizaje próxima a Go Cong, localidad de veinte mil habitantes; gente campesina en su mayoría, y refugiados procedentes del norte del país, y guerrilleros, y simpatizantes del Vietcong.

A partir del lunes, doce españoles contribuirán a poner algo de cordura en medio del caos. Y lo harán sin pretensiones, desde un humilde y desvencijado hospital provincial.

[1] Cuartel general de las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam. Military Assistance Command Vietnam, en sus siglas en inglés.

[2] Palabras del general Tran Ngoc Tam en su alocución de bienvenida.

[3] El número aproximado de combatientes de estas nacionalidades a lo largo de toda la guerra fue el siguiente: 50 000 coreanos, 11 500 tailandeses, 7600 australianos, 2000 filipinos y 550 neozelandeses (como aliados de Estados Unidos). En apoyo al régimen comunista de Vietnam del Norte participaron alrededor de 170 000 soldados chinos.

[4] La mayoría de los prisioneros fueron pilotos de combate, oficiales con estudios universitarios.

[5] En 1973, el 70 % de los soldados desplegados en Vietnam consumía algún tipo de droga: alrededor del 50 % marihuana, el 32 % sustancias psicodélicas como LSD, y el 28 % heroína y otras drogas duras. Buscaban, por encima de todo, evadirse de la cruda realidad.

[6] Bésame mucho se había convertido en una de las canciones románticas más versionadas del mundo. Escrita en 1940 por la mexicana Consuelo Velázquez, en España se hizo muy popular a partir de 1958 la versión del grupo Los Panchos. En 1962 también fue interpretada por The Beatles.

[7] ABC, miércoles 7 de septiembre de 1966. P. 29.

[8] Ibid.

[9] José M. Gironella: En Asia se muere bajo las estrellas. P. 85.

9.

La otra guerra de Vietnam

«Francamente, tengo la convicción de que ningún apoyo militar en Indochina puede vencer a un enemigo que está por todas partes y al mismo tiempo en ninguna, que goza de la simpatía y la complicidad de la población».

John F. Kennedy

Senador por Massachusetts (1954)

Cuando Ramón Gutiérrez de Terán, José Linares, Juan Outón, Francisco Faúndez y el resto de los miembros del equipo comandado por el comandante Argimiro García Granados llegaron a Vietnam, por supuesto que estaban al tanto —al menos en lo fundamental— de lo que allí aconteció una década atrás. Del origen más inmediato del conflicto que les había llevado hasta aquellas soliviantadas tierras. Porque antes de la guerra de Vietnam fue la guerra de Indochina.

En realidad sería imposible entender la una sin la otra.

La noticia de la inesperada derrota de los franceses en Dien Bien Phu el 7 de mayo de 1954 dio la vuelta al mundo, e inmediatamente se convirtió para los comunistas del Viet Minh[1] en una incontestable demostración de fuerza y osadía —posiblemente la primera de una larga cadena—. Para los franceses, en cambio, constituyó la mayor humillación de su historia militar, además de un punto de inflexión en su dilatada hegemonía colonial. El principio del fin, de hecho.

La lección de Dien Bien Phu y sus consecuencias sobrevolará

años más tarde las cabezas de los estadounidenses, como un tempestuoso horizonte de tinieblas; un espejo al que no querer asomarse ni, por supuesto, verse reflejados. «No podemos permitirnos otro Dienbienphu», repetían sus generales hasta la saciedad, sobre todo cuando las cosas se torcían. Instantes en que los fantasmas de aquella derrota merodeaban impacientes por los despachos o por los campos de batalla.

Pero en todo aquello hubo algo más. Un aspecto quizás irrelevante en el grandioso conjunto de los acontecimientos, en su génesis y en sus consecuencias, aunque sorprendente para quienes ahora nos asomamos con curiosidad histórica a la peculiar presencia de un equipo de militares españoles en la guerra más simbólica del siglo XX. Me refiero al desconocido papel desempeñado por otro buen puñado de españoles —unos cientos para ser más exactos— en la guerra de Indochina; soldados que integrados en la Legión Extranjera francesa combatieron y sucumbieron ante las fuerzas del Viet Minh y que en muchos casos dejaron allí su vida por una bandera y un país que nada tenía que ver con aquel que les había visto nacer.

Indochina era la «joya de la corona» del imperio colonial francés. Bajo la jurisdicción de un gobernador general, dependiente directamente de París, la colonia estaba formada por cinco territorios: Tonkín al norte, Cochinchina al sur, y los protectorados de Annam —en el centro—, Laos y Camboya (los tres primeros constituirían más adelante el estado vietnamita). Con veinticinco millones de habitantes, Indochina concentraba un tercio de la población total del imperio francés. Sobre todo annamitas: hombres y mujeres «inteligentes, laboriosos y tenaces, herederos de una larga historia y de una civilización hondamente marcada por la influencia china», en palabras del historiador francés Philippe Devillers.

Los franceses se sentían profundamente orgullosos de Indochina. Un país «engrandecido y revalorizado» por los propios galos durante casi un siglo. Un periodo fructífero en el que «construyeron bellas ciudades y magníficas obras públicas, levantaron un sistema sanitario y escolar, extendieron los cultivos, desbrozaron las selvas y crearon plantaciones y minas»[2], insiste Philippe Devillers.

Y es bien cierto, pero no lo hicieron de una manera desinteresada ni equitativa, como por otra parte tampoco cabía esperar.

Funcionarios y colonos bloquearon el desarrollo económico y social de la población autóctona, azuzaron las insalvables diferencias culturales y ahondaron en las desigualdades, provocando el advenimiento de distintos movimientos clandestinos de oposición —nacionalistas por un lado y comunistas por otro— que invariablemente fueron rechazados y reprimidos con dureza.

Pero a mediados de agosto de 1945, una semana después de que Estados Unidos lanzara sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki —desencadenando de facto el final de la Segunda Guerra Mundial— y tras un breve periodo de ocupación japonesa de Indochina, Ho Chi Minh, aprovechando el desconcierto y el vacío de poder existente, ordena a las organizaciones de su partido la insurrección en todo el país. En pocos días las principales ciudades vietnamitas quedan bajo control del Viet Minh. De norte a sur, desde Hanói hasta Saigón.

Francia, sin embargo, aún no había dicho su última palabra. Nadie les arrebataría Indochina sin antes presentar batalla.

Comenzaba así —en pleno proceso de descolonización mundial, con la nueva política de bloques inaugurando el imprevisible y peligroso tablero de juego nuclear— la prolongada cuenta atrás hacia la independencia de Vietnam; una independencia que se resistirá tres décadas y dejará millones de muertos en el camino.

En ese ínterin, dos conflictos marcarán el devenir de los acontecimientos. Serán dos guerras de desgaste, de David contra Goliat, con cambio de piezas en uno solo de los bandos: en primer lugar, Indochina (o primera guerra de Vietnam, como también se ha dado en llamar); después, y sin solución de continuidad, Vietnam.

Noviembre de 1953. Ocho años de hostilidades contra un escurridizo enemigo agazapado entre el fango, la jungla y los arrozales y sin una perspectiva clara de victoria, habían hecho

mella en la moral del ejército colonial francés. Y no solo en ellos. Las noticias que llegaban hasta el corazón de la capital parisina no podían ser más desalentadoras. Por eso la opinión pública francesa decidió dar la espalda a su gobierno en este asunto. Todo era tan ridículo e impopular como una década más tarde lo sería para el pueblo estadounidense.

Esta situación había provocado que ya a partir de 1950, antes incluso, apenas llegaran reclutas franceses para nutrir su ejército colonial, que solo contaba con jefes y oficiales de esa nacionalidad. El resto lo constituían fuerzas vietnamitas al servicio de la metrópoli y soldados procedentes de otras colonias, además de combatientes de distintas nacionalidades integrados en la hierática y mítica Legión Extranjera, cuyos hombres estaban sometidos a unas durísimas condiciones de vida.

Cercadas las posiciones francesas por el avance de los guerrilleros del Viet Minh, sobre todo al norte del país, el general Henry Navarre decide en aquellos primeros y lluviosos días de noviembre de 1953 reforzar con quince mil hombres —de manera sorpresiva y equivocada, aunque esto último aún no lo sabía— el pequeño puesto avanzado de Dien Bien Phu, situado en un remoto valle al noroeste de Vietnam, a doscientos kilómetros de la capital, Hanói.

La respuesta fue inmediata. Alrededor de cincuenta mil soldados norvietnamitas al mando del general Vo Nguyen Giap[3] rodean la guarnición y emplazan su artillería sobre las posiciones más elevadas del valle —subiéndola prácticamente a mano por terrenos imposibles—, dispuestos a acabar de una vez por todas con su altivo y poderoso enemigo. Y a materializar, de alguna manera, el pensamiento-estrategia-filosofía que el propio Giap ha exhibido contra los franceses en los últimos años, y que posteriormente desplegará contra los norteamericanos: «Será la pelea entre un elefante y un tigre. Si el tigre se queda quieto el elefante lo aplastará sin remedio, pero el tigre nunca se quedará quieto. Saltará sobre el lomo del elefante arrancándole grandes trozos de carne para esconderse después en la jungla. Así, el elefante morirá desangrado. Será el lento desangrar del elefante caído». También habrá quien después, en plena guerra de Vietnam, compare la

situación con la inútil, e incluso contraproducente, maniobra de un león que trata de imponerse a manotazos en medio de un enjambre de abejas.

El asedio a Dien Bien Phu duró cinco largos meses y de la dureza de los combates darán fe varias decenas de soldados españoles. Las circunstancias que les llevaron hasta allí y el papel que les tocó representar nada tuvieron que ver, ni en el fondo ni en la forma, con la de sus compatriotas de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur una década más tarde, aunque el escenario fuera prácticamente el mismo.

La mayoría de quienes salieron de España en la década de los cuarenta hacia este aventurado destino lo hizo por motivos políticos o por necesidades económicas, aunque lo más habitual fuera la convergencia de ambas motivaciones.

Hubo jóvenes como Teófilo Moreno, extremeño de Fuente de Cantos (Badajoz), que se enroló en 1946 con veinticinco años y permaneció cinco en Indochina. O Saturnino Pedraza, que con solo veintidós cruzó clandestinamente la frontera de Marruecos —entonces bajo protectorado español— para entrar en la colonia francesa de Argelia y allí alistarse en la Legión Extranjera en la nochevieja de 1947.

O como Tiburcio Viñuelas, nacido el 21 de junio de 1930. Hijo de un matrimonio de emigrantes extremeños afincado en Barcelona, tras la Guerra Civil su padre fue internado en un campo de prisioneros, algo que marcó su infancia y primera juventud. Años más tarde, mientras hacía la mili en Gerona, decidió desertar a Francia con su compañero José Morante Ferrer, y juntos correr la misma suerte. Capturados por la Gendarmería poco después de cruzar la frontera, resolvieron alistarse en la Legión Extranjera francesa por temor a ser repatriados. A comienzos de 1953 fueron enviados a Indochina y destinados a diferentes unidades, por lo que nunca más volvieron a verse.

Un caso muy similar fue el de José Cortés Martín, nacido en Cortegana (Huelva), quien con tan solo veintidós años y después de cometer una falta grave durante su servicio militar en España eligió huir y alistarse en la Legión Extranjera el 9 de octubre de 1951.

Al jienense Gabriel Mellado, en cambio, fue el hambre y los paupérrimos recursos familiares lo que le empujaron a abandonar su Porcuna natal para probar suerte en Barcelona y, poco después, emigrar a Francia y alistarse en la Legión con tan solo dieciocho años de edad. «Nunca me arrepentí de haberme alistado, porque allí cobraba, comía y a veces me divertía», dijo años más tarde.

Un pensamiento que estaba, por otra parte, en la cabeza de casi todos.

La lista sería muy extensa de abordar. En ella también estaría, por ejemplo, el madrileño Sebastián Albadalejo, huérfano desde los doce años; o el leridano Domingo Fuentes y su amigo Cecilio Morales Cabrerizo, alistados ambos en 1951; Manuel Santana, canario de nacimiento; Antonio Ruiz Albisu, vasco de Rentería, apodado El Pipas porque siempre andaba fumando en uno de esos artilugios; el palentino José Pinar Rey y un largo etcétera[4].

Sus primeros pasos —los de cualquiera de ellos— se iniciaban en el desierto de Argelia, lejos de sus seres queridos, en unas condiciones no mucho más favorables de las que habían conocido hasta el momento. Allí recibían una somera instrucción militar y unas nociones básicas de francés (no olvidemos que la Legión aglutinaba efectivos de múltiples nacionalidades, incluso soldados nazis huidos de su país tras la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial), además de familiarizarse con la idiosincrasia de la Legión y de empaparse de sus valores y su espíritu estoico y aventurero.

La realidad, sin embargo, consistía en sobrevivir entre gente ruda, en ocasiones aviesa, hombres a quienes no convenía torcer el gesto porque nada tenían que perder más allá de su propia vida. Una vida que algunos ya daban por amortizada.

El compromiso lo firmaban por cinco años, y todos sabían que al menos dos de ellos transcurrirían en Indochina.

Lo peor de Dien Bien Phu —para los franceses— comenzó en marzo de 1954. Día y noche batallones completos del Viet Minh

sometieron a los inestables puestos enemigos a un incesante e inmisericorde fuego de artillería. Con las posiciones debilitadas y el pánico instalado en el interior de los acuartelamientos, tanto como en las entrañas de quienes se encontraban en ellos, los guerrilleros vietnamitas acometían con inusitada furia —armados con fusiles, granadas y bayonetas— contra los desconcertados defensores, en un encarnizado combate cuerpo a cuerpo que parecía no tener fin. No hubo tiempo ni lugar para la piedad. Las bajas fueron cuantiosas en ambos bandos. En las filas francesas, además, las deserciones entre los soldados de origen asiático se contabilizaban por cientos cada día.

Reemplazar a los muertos y heridos, y por supuesto a los desertores, no resultó nada fácil.

El día 23 el destacamento al que pertenecía el extremeño Tiburcio Viñuelas se topó con un regimiento vietnamita que se dirigía a Dien Bien Phu. El choque, despiadado y brutal, acabó con la práctica aniquilación de la fuerza legionaria. Tiburcio fue el único superviviente de su sección.

Aunque mermados, los vietnamitas consiguieron llegar a su destino. Para los escasos supervivientes franceses fue, en cambio, un auténtico suplicio.

En abril la situación era ya tan desesperada en Dien Bien Phu que entre los legionarios destacados en otras bases de la región pidieron voluntarios para saltar en paracaídas sobre el interior de las posiciones amenazadas y tratar así de contener, desde dentro, los furibundos ataques vietnamitas. Un suicidio como otro cualquiera. De hecho, poco antes, un comandante francés de artillería se había quitado la vida ante la magnitud de los acontecimientos, abatido y avergonzado. Su muerte no fue comunicada a la tropa para evitar su desmoralización.

Tiburcio Viñuelas, a pesar de no tener experiencia paracaidista, se ofreció para saltar, pero su capitán se negó al considerar que su presencia era imprescindible para la compañía. Se había descubierto como un excelente ametrallador.

Otros españoles sí saltaron, o ya resistían dentro de aquella

ratonera. La mayoría estaban encuadrados en el 2.º Batallón Extranjero de Paracaidistas del que, a la postre, solo sobrevivirían ochenta y tres legionarios, entre ellos Sebastián Albadalejo, Saturnino Pedraza, Domingo Fuentes, Cecilio Morales, José Cortés, Manuel Santana, Antonio Ruiz Albisu o José Pinar Rey.

Toda la zona se había convertido en un imponente lodazal. Las trincheras, deshechas por las lluvias monzónicas y por los impactos de mortero, resistían a duras penas, cada noche, las iracundas oleadas de asaltantes. El ambiente olía a humedad, a pólvora y a miedo. Así describe el historiador Joaquín Mañes Postigo uno de aquellos episodios en su intento por reflejar la carga dramática que sin duda adquirieron: «[El defensor] distinguía sus siluetas perfectamente, quería dejar de respirar para no hacer el más mínimo ruido y cuando los guerrilleros estaban a punto de pisar a los legionarios tendidos, escuchaban la orden de fuego y veían como los cuerpos se tronchaban al derrumbarse. Al momento los legionarios iniciaban un repliegue rápido pues desconocían si el enemigo constituía un grupo aislado o la avanzadilla de formaciones más numerosas. El legionario que regresaba a su puesto, tras la tensión sufrida durante horas y el convencimiento de haber matado a otros hombres, se sumergía en un letargo anímico […], actuando como un autómata»[5].

En cuestión de días fueron cayendo una tras otra la decena de fortificaciones francesas del valle. Fortificaciones, por cierto, bautizadas con evocadores nombres de mujer: Dominique, Isabelle, Beatrice, Gabrielle…, como si su mera sonoridad pudiera salvaguardarlas de la afrenta y el ultraje.

En un postrero y descorazonador intento por evitar la derrota, el gobierno de París invocó la ayuda militar de Estados Unidos; incluso Washington se planteó la posibilidad de utilizar armas nucleares en Indochina, pero finalmente ni Francia ni el presidente Eisenhower autorizaron semejante despropósito. Ni la comunidad internacional ni el propio Congreso norteamericano habrían apoyado tal medida. Entre los críticos se encontraba el joven senador por Massachusetts y futuro presidente de Estados Unidos John F. Kennedy: «Francamente, tengo la convicción de que ningún apoyo militar en Indochina puede vencer a un enemigo que está por

todas partes y al mismo tiempo en ninguna y que goza de la simpatía y la complicidad de la población». Para entonces no podía imaginar el joven político demócrata el papel que la Historia le tenía reservado.

José Cortes, uno de los supervivientes españoles de la masacre, ya había sido citado con anterioridad en la Orden del Regimiento: «Joven legionario, cuyo coraje y dureza se han hecho notar en el curso de todas las actividades de su sección». Fue después de que el 9 de septiembre de 1952 resultara herido en la cabeza y en una pierna como consecuencia del estallido de una mina mientras socorría a uno de los vehículos de exploración dañados en una emboscada.

Al llegar a Dien Bien Phu, Cortés sirvió como conductor a las órdenes del comandante médico Paul Grauwin, cuya figura se haría posteriormente legendaria entre los suyos no solo como responsable médico de la guarnición sino también, y sobre todo, como mantenedor de la moral de los hombres durante el largo cerco de la primavera de 1954. El propio Grauwin mencionaría años más tarde a Cortés en uno de sus libros: «Sobre su rostro se refleja lo mucho que ha sufrido y visto, quizás demasiado, ¡desde que nació!»[6].

Los últimos días del asedio coincidieron con el inicio de la estación húmeda, que vino acompañada de un calor insoportable, lo que hizo aún más penoso y dramático el transcurrir de los acontecimientos. Tras dos meses de duros combates, el general Giap ordenó el asalto definitivo el 6 de mayo de 1954. Incapaces de seguir resistiendo por más tiempo, diezmadas las fuerzas y machacado su orgullo, al día siguiente los franceses capitularon en Dien Bien Phu.

Veinticuatro horas después, representantes de nueve países reunidos en Ginebra acordaban una solución provisional al conflicto. Aunque la República Democrática de Vietnam y su líder Ho Chi Minh aspiraban a gobernar un Vietnam unificado, las grandes potencias optaron por aplazar esta cuestión hasta la celebración de unas elecciones que deberían producirse antes del mes de julio de 1956. La medida, en cambio, no satisfizo a todas las

partes —ni posiblemente fuera la más acertada—, pero permitió el cese de las hostilidades y, por primera vez, el reconocimiento a escala internacional de la independencia de Vietnam. La solución pasó entonces por dividir temporalmente el país a la altura del paralelo 17, naciendo, como ya vimos, la República Democrática de Vietnam del Norte por un lado, y la República de Vietnam del Sur por otro. Además, entre los acuerdos alcanzados se encontraba el de facilitar el reagrupamiento de la población a ambos lados de la nueva marca. Ese mismo año 900 000 habitantes del norte —la mayoría de ellos católicos— se dirigieron hacia el sur a bordo de barcos de la marina estadounidense; mientras, cerca de 200 000 habitantes del sur —principalmente soldados del Viet Minh— se trasladaron al norte confiados en la reunificación del país una vez celebradas las elecciones.

El resto de la historia ya la conocemos. A Estados Unidos no le convencían aquellos comicios; de hecho, no firmó los acuerdos de Ginebra, aunque tampoco los torpedeó en un primer momento. Lo único cierto es que le resultaba inasumible el triunfo del norte, la más que probable reunificación del país bajo un régimen comunista y el previsible efecto dominó que se extendería como un reguero de pólvora por todo el sudeste asiático.

En cualquier caso cuesta creer que después de la experiencia francesa, después incluso de la debacle norteamericana en la guerra de Corea —con más de treinta y cuatro mil bajas estadounidenses —, Washington considerara la posibilidad de involucrarse en un nuevo conflicto armado. De consecuencias imprevisibles.

No obstante cuando el miércoles 28 de marzo de 1956 los últimos soldados franceses abandonaban Vietnam, los primeros integrantes del Grupo Asesor de Asistencia Militar norteamericano —germen de lo que habría de venir— ya se habían instalado en aquel país.

Una década más tarde Vietnam se desgarraba por los cuatro costados.

[1] Liga para la independencia de Vietnam (Viet-Nam Doc-Lap

Dong-Minh), creada en 1941 y encabezada por Nguyen Ai Quoc, verdadero nombre del carismático líder Ho Chi Minh.

[2] Philippe Devillers. De Indochina a Vietnam. P. 4

[3] Giap, comandante en jefe del ejército popular de Vietnam desde agosto de 1945, había sufrido importantes derrotas contra los franceses, pero también había aprendido lo suficiente como para salir victorioso en la decisiva batalla de Dien Bien Phu.

[4] Para quienes deseen profundizar en este particular episodio, remito a los lectores al libro de Joaquín Mañes Postigo Españoles en la Legión Extranjera francesa, en el que el autor hace un profuso recorrido por esta unidad militar de élite desde su creación en 1831.

[5] Joaquín Mañes Postigo. Españoles en la Legión Extranjera francesa.

[6] Paul Grauwin. J´étais médecin a Dien Bien Phu. Presses Pocket, 1963.

10.

Una incómoda realidad

«Aquellas personas me necesitaban de verdad. Además, el trabajo hacía que pasara el tiempo, y me distanciaba de la afluencia constante de heridos que comenzaba a desgastarme emocionalmente»[1].

SOBREVOLAR EN HELICÓPTERO la distancia que separaba Saigón de Go Cong fue una experiencia conmovedora, un sueño colorido y fascinante, pero también la vía de acceso a una incómoda realidad.

Desde el cielo —y solo desde el cielo— podía distinguirse en toda su plenitud aquella apacible población rodeada por miles de hectáreas de arrozales de un intenso verde jade; y ríos; y pequeños bosques de bambú; y plantaciones de mandioca, plátano y caña de azúcar; y palmeras moldeando formas caprichosas, de seductora suntuosidad. Y más allá la selva, salvaje; y las montañas. Un paraíso extraordinariamente bello, absurdamente inestable. Cuanto menos resultaba inquietante, grosero, que la guerra hubiera llegado a un lugar así.

Una absoluta contradicción.

En tierra, el factor humano otorgaba al paisaje otra dimensión. No es que los doce sanitarios españoles procedieran de una sociedad boyante y avanzada, pero es que el progreso parecía haber pasado de puntillas por aquel lugar. Y lo peor no estaba en Go Cong —la vieja capital de la provincia del mismo nombre—, sino en las aldeas que más tarde tendrían ocasión de visitar.

En el desplazamiento hacia la que sería su nueva residencia descubrieron una ciudad que a duras penas trataba de sobreponerse al efecto desmoralizador de una realidad impuesta, a los ecos de

una guerra que hasta ahora les había mantenido en un precario olvido. Pura suerte. Para los vietnamitas su país era un campo de batalla, y ninguna provincia, ninguna aldea, ningún rincón por insignificante que este fuera quedaba exento de padecer los estragos de la moderna plaga bíblica que arrasaba sus campos y ciudades.

El bullicio en la calle parecía querer espantar esas sombras, proyectar luz para borrarlas de un plumazo. Ya llegaría la noche oscura, y con ella el lejano y constante retumbar del fuego de artillería, las sordas descargas de mortero, las extraviadas ráfagas de ametralladora, el rugir de techos y paredes. Es increíble la capacidad de adaptación del ser humano cuando, en circunstancias como aquella, el sueño solo se veía turbado al cesar la orquesta atronadora.

Ramón observaba desde el jeep, con suma curiosidad, la vida abriéndose paso mientras los vehículos americanos levantaban una nube de polvo en su arrogante deambular. Y también, de soslayo, el rostro de sus acompañantes, la sonrisa de unos, el gesto grave de otros, la inquietud de todos. El peso de la responsabilidad hormigueando en sus estómagos.

Un mundo intrigante y desconocido se presentaba ante ellos. Sería su nuevo mundo, aquel del que ya empezaban a formar parte, y en el que no iban a ser una docena de habitantes cualquiera.

Viejos edificios coloniales, impertérritos al cambio de inquilinos, descollaban en el perfil de la ciudad. Tenderetes y puestos ambulantes salpicaban bocacalles y aceras, haciéndose más prolíficos cuanto más próximos se alzaban al mercado: despreocupada explosión de vida. El resto era como un Saigón en miniatura: bicicletas y motocicletas, vehículos civiles y militares, gente, trasiego y caos —pero un caos provinciano y manejable—. Mujeres ataviadas con el tradicional ao dai realzando sus estilizadas figuras y hombres famélicos tocados con el nón lá (el sombrero cónico de los agricultores) aparecían y desaparecían de la mirada de los españoles.

Y al fin, la residencia, un antiguo edificio colonial teñido de amarillo, con contraventanas de lamas de madera tropical, construido por los franceses y adaptado por los americanos para

acoger a los nuevos inquilinos. Los oficiales médicos acomodados en su interior, por aquello del escalafón; y los suboficiales sanitarios en un anexo y amplio barracón prefabricado, dotado de calefacción y aire acondicionado: un exótico lujo para sus moradores. También contaba el complejo —situado junto a las instalaciones estadounidenses y al cuartel de las fuerzas survietnamitas destacadas en Go Cong— con un depósito de agua potable y un generador de electricidad.

Por cierto, aquel generador sería meses más tarde el circunstancial detonante de una curiosa historia. Fue poco después de iniciados los primeros relevos entre el personal sanitario español. En uno de ellos llegó un sargento especialista, un joven apuesto que debía encargarse del mantenimiento de las instalaciones, especialmente del generador de electricidad, de fabricación americana. Actuar bajo el paraguas del país mejor preparado tecnológicamente del mundo, y apenas con lo puesto, significaba fiarlo todo a su suerte, menoscabar tu propia responsabilidad. Eso se tradujo en que cada vez que el generador necesitaba un repuesto o una reparación eran los americanos quienes debían encargarse de la tarea, relegando a aquel sargento —carente además de formación sanitaria— a un ocioso segundo plano y a permanecer la mayor parte del tiempo en la residencia. No necesariamente una cosa tiene por qué llevar a la otra, pero allí compartía tiempo y espacio con una joven vietnamita encargada de las tareas del hogar. Sea como fuere, ocurrió. Nueve meses después, un hermoso niño —grandote y sano— colmó de orgullo a la joven madre, quien, libre de los prejuicios y tabúes sexuales que entonces atenazaban a la sociedad española, nunca se sintió avergonzada ni de su proceder ni de su preciosa criatura, engendrada junto a un apuesto soldado occidental. Este último, cumplida su estancia en Vietnam, fue relevado por otro especialista que, ante la evidente inutilidad de la tarea técnica encomendada, ya no volvería a ser reemplazado por ningún otro. ¿Fue aquella una pasión aislada? Ni mucho menos. Más de cincuenta mil niños y niñas de parejas mixtas —madres vietnamitas y padres estadounidenses, fundamentalmente— nacieron en Vietnam del Sur solo en los primeros años del conflicto.

La jornada de aquel tranquilo y cálido sábado 10 de septiembre de 1966 la emplearon los españoles en acomodarse a su nueva residencia; también en presentarse a los aliados norteamericanos, de quienes dependerían a partir de ese momento. Las veces de guía por las instalaciones las asumió uno de esos sargentos negros y grandes en uniforme verde de campaña que, aunque parecía no entender muy bien qué diablos se les había perdido allí a aquellos españoles en mangas de camisa, cumplió perfectamente su cometido.

Esa misma noche, invitados por el director del hospital provincial de Go Cong, los recién llegados cenaron en casa del doctor Quang. Era este un hombre de mediana estatura y edad imprecisa, inteligente, de rigurosas convicciones y carácter voluble: educado cuando la ocasión lo requería y severo si el asunto se le iba de las manos. Había trabajado con los franceses —su francés era exquisito— y con los americanos, pero en el fondo sabía que ni a unos ni a otros les importaba realmente el futuro de su pueblo.

Intuía que ni a sus propios gobernantes.

Con los años se destaparía como un profesional condescendiente y amable, lo cual no impidió algún que otro roce puntual con los españoles. Como el día en que Ramón creyó necesario utilizar varias bolsas de plasma en un paciente gravemente herido y el director lo reprendió al considerarlo excesivo. En ocasiones, la sospecha de la existencia de un mercado negro de medicamentos rondó la cabeza de nuestros sanitarios. En Vietnam resultaba difícil eludir ciertas tentaciones.

La noche de su llegada, no obstante, Quang se mostró agradecido y esperanzado por su presencia. El hospital, reconoció sin ambages, realmente les necesitaba. Tras la cena, en un ambiente distendido en torno a una humeante taza de té, les puso al corriente de la situación, sin paños calientes. El capitán Vázquez Labourdette ejerció de traductor.

Vivían —les dijo— en una zona rural donde las pésimas condiciones sanitarias, la falta de higiene, la mala alimentación y otras privaciones, unidas a una climatología extrema, facilitaban la propagación de enfermedades crónicas como la tuberculosis, la

malaria o el beriberi; también el cólera o la lepra.

La malaria, por ejemplo, causaba estragos entre la población. La humedad y las altas temperaturas propias de ambientes tropicales eran el mejor caldo de cultivo para el desarrollo de una gran variedad de afecciones; y, entre ellas, la malaria —o paludismo — se extendía como la pólvora.

Provocada por el parásito Plasmodium, su transmisión se produce a través de la picadura de un mosquito infectado del género Anofeles. En la mitología china —cuya cultura estaba plenamente arraigada en Vietnam y cuya medicina tradicional, basada en rituales supersticiosos y ancestrales, era la única con auténtica carta de naturaleza en determinadas zonas rurales— los síntomas se entendían como el producto de la acción conjunta de tres demonios: uno representado con un martillo (la cefalea), otro con un cubo de hielo (los escalofríos) y el tercero con un horno ardiendo (la fiebre).

La enfermedad, como la guerra, no discrimina entre civiles y combatientes —frontera a veces difusa—, simplemente se ceba con el que tiene más a mano. Por eso, al extraordinario número de lugareños que llegaban diariamente al hospital con dolencias de toda índole, se unía el de los soldados del ejército de la República de Vietnam del Sur —casos puntuales, ya que eran normalmente evacuados a hospitales militares de Saigón—, e incluso de sospechosos de pertenecer al Vietcong. Cualquier contratiempo hacía mella en las tropas. «La moral estaba decayendo —escribió en cierta ocasión un oficial norvietnamita destinado en el sur— era habitual que los soldados rompieran de pronto a llorar. Empezó a costar que se cumpliera con la disciplina sanitaria; unos hombres seguros de que iban a morir no se molestaban en lavarse. Los oficiales políticos encargados de censurar las cartas leyeron con consternación que bastantes soldados se consideraban condenados a morir: de hambre, si no por las bombas o las balas»[2].

Es cierto que la provincia de Go Cong no era una de las más castigadas por la guerra, pero aun así su hospital no dejaba de recibir pacientes con heridas de bala, o con amputaciones traumáticas por la explosión de una mina, o con graves quemaduras de napalm. Además del rosario de lesiones derivadas de los

accidentes de tráfico. Cuantiosos y graves.

Por eso, cuando el doctor Quang lanzó la pregunta apenas les sorprendió su contenido.

—¿Cuántos de ustedes son cirujanos?

El cruce de miradas inquietó al vietnamita, que solo entonces empezó a intuir la respuesta. No había ningún cirujano en el equipo.

Enviar un equipo médico a una zona de guerra sin un buen cirujano —o varios, cuantos más mejor— es como pretender conquistar una posición inexpugnable sin un plan determinado. Sin duda faltaba algo sustancial.

La velada llegó a su fin. Ya había sido suficiente por esa noche. Se hizo tarde y los españoles, con más dudas que certezas, se retiraron a descansar al que habría de convertirse en su nuevo hogar. A lo lejos, mientras, comenzaban a tronar las primeras descargas de artillería. Al día siguiente visitarían el hospital y recorrerían las calles de Go Cong. Quizás el lunes —no tanto por ser lunes como por ir fijando certezas— algunas preguntas obtendrían respuesta. Y por supuesto conocerían a sus nuevos pacientes.

La jornada comenzó a las seis y media de la mañana. La noche, reparadora para unos, lenta e insondable para otros, desapareció repentinamente con las primeras luces del alba, que auguraban otro día de calor. Habían acordado desayunar todos juntos e iniciar lo antes posible el trayecto —unos mil metros— que les separaba del hospital provincial, a las afueras de la población.

Se trataba de un complejo de reducidas dimensiones —paredes desconchadas y tejas rojas— integrado por pabellones independientes de una sola planta, protegido perimetralmente por un muro de apenas un metro de altura rematado con rejas de tono deslucido. Unas antiguas escuelas construidas por los franceses durante la época colonial, de aceptable obra, pero que en ese momento mostraba un aspecto decadente y desvaído.

La distribución no parecía gozar de un orden lógico. Un pabellón acogía dirección, administración, quirófano y sala de postoperatorio; otro, consultas externas y pediatría; más allá el módulo de hospitalización, con apenas ciento cincuenta camas, sala de curas, farmacia y algunas otras dependencias menores.

Era el único centro médico con que contaban los veinte mil habitantes de Go Cong —y los de su provincia—, pero eso no lo convertía en bueno. La precariedad, sobre todo de medios, era la nota dominante; o más bien el conjunto de notas discordantes y destempladas que los españoles tendrían que armonizar.

El teniente médico de la Armada estadounidense John Parrish retrató años más tarde, en su libro Un médico en Vietnam, el ambiente que se respiraba en uno de aquellos apartados hospitales, a partir de su propia experiencia: «Dos o más personas compartían cada cama en salas atestadas pero desnudas. Los familiares vivían en las salas con los pacientes y hacían la comida en el suelo, entre las camas. Algunos de los pacientes más viejos orinaban o escupían en el suelo y muchos niños iban sin ropa. El aplastante calor hacía sus efectos sobre los pacientes sin lavar y sobre los desperdicios, de manera que el aire solo parecía apto para las moscas que zumbaban por la sala, cuyo vuelo únicamente era estorbado por el lento y apático abaniqueo de los familiares más activos. Pequeños grupos de hombres y mujeres estaban sentados en un rincón, turnándose para beber una sopa de arroz aguada de una taza de lata roñosa y para alimentar a sus consumidos hijos»[3].

Pues bien, sin exagerar un ápice, estas escenas se repetían diariamente en el hospital de Go Cong. Hasta tres pacientes en un jergón. Esterillas en el suelo para acoger a enfermos y familiares. Mosquitos portadores de terribles enfermedades zumbando en rededor. Comida desperdigada, bolsas y aquel intenso olor acre mezclado con un inusitado aroma a menta que todo lo impregnaba.

Hasta ese momento, el doctor Quang, junto a un grupo de enfermeras y asistentes vietnamitas con más voluntad que preparación, se hacía cargo de los pacientes. Al menos de los que tenían alguna posibilidad de sobrevivir. Puntualmente, cirujanos voluntarios de la Asociación Médica Americana contribuían con su abnegado trabajo a una más que improbable expiación de su país.

Cuando el equipo médico español llegó a Vietnam, Estados Unidos ya había lanzado diecisiete ofensivas a gran escala. Miles de aldeas habían sucumbido al poder destructivo de sus bombas y cerca de tres millones de personas —aproximadamente una quinta parte de la población de Vietnam del Sur— se habían quedado sin hogar. Debido a ello, y también a la puesta en marcha de distintos programas de pacificación, miles de familias se vieron obligadas a huir hacia zonas urbanas, o fueron trasladadas a campos de refugiados. En muchas aldeas no vivían más de treinta o cuarenta personas, la mayoría mujeres, niños o ancianos. O miembros del Vietcong, aunque estos permanecían ocultos la mayor parte del tiempo, sobre todo durante el día. Odiaban, tanto como temían, a los americanos; era algo perceptible, algo que se manifestaba en sus ojos.

Por su parte, el embrollo político doméstico con las elecciones legislativas recién celebradas no allanaba precisamente el camino.

Unos meses antes, en abril, The New York Times publicaba un artículo que denunciaba el caos político imperante en el país, convertido, literalmente, en «una maraña de individuos, regiones, religiones y sectas en competencia, dominados por un grupo único de caudillos militares, […] un ejército que preside un pueblo destrozado por la guerra y dominado y explotado durante generaciones»[4]. El arrogante primer ministro Ky era la figura visible de esa maraña, pero no la única. Después de las elecciones de septiembre, el presidente Nguyen Van Thieu pasó a ser una voz cada vez más influyente y temida. Dos gallos manejando a su antojo el caótico y corrupto gallinero en que se había convertido Vietnam del Sur.

Deambular por el pabellón de hospitalización encogía el alma de quienes nunca se hubieran adentrado en los vericuetos de la miseria humana. Ramón no era el único que había ejercido como sanitario en las inhóspitas y desdichadas tierras saharauis; incluso el jefe de la expedición, el comandante Argimiro García Granados, había atisbado el rostro de la muerte —propia y ajena— cuando siendo un joven alférez médico del Ejército de Tierra tuvo que enfrentarse por primera vez a los sinsabores de su doble profesión

en uno de los frentes más despiadados de la Segunda Guerra Mundial, el Frente Ruso; pero lo que en aquel momento se desplegaba ante ellos poco o nada tenía que ver con sus experiencias anteriores: todo parecía mucho peor de lo que habían escuchado en boca del director del hospital. O quizás fuera que ahora lo tenían ante sus ojos.

¡Bienvenidos a Vietnam!

«La labor que teníamos por delante era realmente difícil de acometer», recordaría décadas más tarde Ramón Gutiérrez de Terán. Sentían que debían hacer todo lo humanamente posible por conseguir que aquel lugar fuera más soportable para todos. Empezando por los enfermos y heridos y terminando por ellos mismos.

Para eso estaban allí.

Y aunque la filosófica disposición de ánimo necesaria para acometer tales empresas emergía como un volcán de sus corazones y de sus mentes, las cosas, a decir verdad, no pudieron empezar peor. No se trataba solo de la endémica falta de medios tanto materiales como humanos que azotaba al hospital sino también, y sobre todo, del chapucero desencuentro —llamémoslo malentendido — que se produjo una vez más entre la embajada española en Bangkok y el cuartel general estadounidense en Vietnam por el carácter —civil o militar— de la misión, algo de lo que dependería el apoyo logístico que esta precisaba.

Los chicos no se lo podían creer. Ni botas tenían. El capitán Vázquez Labourdette, como oficial de enlace, se vio obligado a reflejar esta y otras circunstancias en un informe que, tan solo diez días después del inicio de la misión, elaboró para la embajada española: «Quiero hacer constar las dificultades con que ha tropezado la Misión Española por falta de material sanitario: como se había previsto en Madrid, la Misión esperaba ser equipada debidamente a su llegada a Vietnam con suficiente material quirúrgico y sanitario para su trabajo. En realidad, aún no ha sido así, pues el material con que cuenta el Hospital Provincial es viejo, insuficiente e inadecuado, dándose el caso de que los cuatros doctores tienen un solo fonendoscopio que deben pasarse de uno a

otro. Por su parte, el capitán Linares me ha declarado que el material quirúrgico con que cuenta debería haber sido puesto fuera de uso hace años, hasta el límite de faltarle en numerosas ocasiones agujas de sutura en las debidas condiciones».

Una vez descritos los pormenores técnico-sanitarios, Labourdette continuaba su exhortación abordando sin tapujos el fondo del asunto, es decir, la plena integración del equipo en el contingente norteamericano, algo que pasaba por el simple reconocimiento por parte de las autoridades españolas del carácter militar de la misión. «Quiero llamar la atención de que los americanos no escatiman esfuerzo alguno, siempre y cuando el grupo que reclame esta ayuda sea respaldado logísticamente por el MACV, y este organismo solo presta ayuda a los equipos militares reconocidos como tales, e integrados plenamente en el Acuerdo de la Free World Assistance, dándose el caso de que algunos equipos médicos, civiles, enviados por otros países, no pueden ni comer ni alojarse en los pabellones destinados a los militares americanos, incluso en los destacamentos».

Aún tendrían que transcurrir varios días antes de que este asunto se resolviera —como más adelante veremos— y el equipo pudiera emprender su tarea en unas condiciones razonablemente decorosas.

La cuestión en aquel momento era organizar el trabajo, y no había tiempo que perder.

Tras inspeccionar el viejo hospital y abrumados por la responsabilidad, los españoles accedieron al austero despacho del doctor Quang. El director vietnamita les puso nuevamente al corriente de la situación: pese a no ser especialista en cirugía, él mismo había estado haciéndose cargo del quirófano, aunque las intervenciones más delicadas eran asumidas por experimentados cirujanos estadounidenses que apenas permanecen allí unas semanas. «Señores, dependemos de nosotros mismos», vino a decirles. «Es improbable que ninguno de los hospitalizados sea evacuado a Saigón. Nuestros amigos americanos reservan los helicópteros para sus propios heridos, o para los soldados survietnamitas. El número de intervenciones quirúrgicas aumenta cada día, y la mortandad resulta insoportable, aun cuando nos

hayamos acostumbrado a ello. Les pido que determinen por favor quién de ustedes puede hacerse cargo del quirófano».

Solo uno de aquellos hombres, el capitán médico José Linares, poseía la especialidad en Dermatología y Cirugía Plástica y Reparadora y había realizado prácticas quirúrgicas con anterioridad. Tampoco se consideraba un experto en la materia, pero el momento demandaba valor y asunción de responsabilidades, no tanto medir consecuencias ni achantarse ante la dificultad.

La labor de Linares —hombre honesto que llegó a descubrir en Vietnam la verdadera naturaleza del amor, en todas sus manifestaciones— fue sencillamente encomiable. Digna, implicada, desprendida, solidaria. Salvadora. Alguien que dedicó su tiempo libre al estudio de extrañas patologías, de nuevas técnicas quirúrgicas, de procedimientos más eficaces. Tareas que siempre acometió, para mayor virtud, con la pasión de un principiante. Alguien que hizo, en suma, más grande la empresa de aquellos doce hombres comprometidos. Cada cual a su manera, que tampoco hay dos iguales.

Y en ese loable empeño de la reparación de los cuerpos menoscabados y de las almas que lo habitan, tuvo un excelente ayudante de cirugía en el joven brigada Ramón Gutiérrez de Terán, siempre dispuesto a dar lo mejor de sí. Y a aprender. Y a asumir un trabajo y una responsabilidad que nunca hubiera podido arrogarse en su pacata y clasista España.

Para Ramón, Linares se convirtió en un referente como compañero, como superior y como maestro.

Solventado el crucial asunto del quirófano, en pocos días quedó organizado el resto del trabajo. Convertirían aquel decrépito sanatorio en un modesto pero digno hospital; se ganarían la confianza de los vietnamitas a base de esfuerzo y profesionalidad; y, por encima de todo, se harían acreedores del respeto de la población, de los aliados e incluso de los enemigos.

El jefe de la misión —comandante médico Argimiro García Granados, ahora adjunto a la dirección y responsable de radiología — y el propio doctor Quang asignaron las nuevas responsabilidades.

Sabían que el equipo no era el producto de una escrupulosa selección basada en las necesidades reales que la coyuntura demandaba. En su día solo importó cubrir un expediente y alcanzar un número de voluntarios acorde con los compromisos adquiridos con los nuevos aliados; por eso, de lo que ahora se trataba era de maximizar conocimientos y experiencias y, por qué no, intereses. Y acompasarlos a las verdaderas necesidades del hospital.

Además de los ya citados Linares y Terán, que se harían cargo del quirófano, los capitanes médicos Francisco Faúndez Rodríguez y Luciano Rodríguez González asumirían las consultas externas de medicina general y de pediatría, respectivamente. El teniente practicante Manuel García Matías se haría cargo del laboratorio. Los subtenientes José Bravo López-Baños y Francisco Pérez Pérez actuarían como ayudante de cirugía el primero y de anestesia el segundo. El brigada Joaquín Baz Sánchez se ocuparía de la sala de reanimación y, siempre que fuera posible, echaría una mano en pediatría (los niños, los inocentes y desdichados niños vietnamitas); otro brigada, el gaditano Juan Outón Barahora, atendería la sala de curas y ayudaría en el quirófano; mientras que el también brigada Juan Pérez Gómez auxiliaría al capitán Faúndez en consultas externas.

Por último, y con un cometido previamente asignado, el capitán de Intendencia Manuel Vázquez Labourdette actuaría como intérprete, pagador y oficial de enlace.

El hospital también contaría a partir de ese momento con el siguiente personal vietnamita: seis enfermeras, dos técnicos de laboratorio, uno de rayos X, un asistente de farmacia, una partera, varias estudiantes de enfermería, personal administrativo, dos intérpretes y un conductor.

Y lo que es más importante, proporcionaría esperanza a quienes hasta ahora solo aguardaban resignados su trágico destino.

[1] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 24.

[2] Citado en Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia

épica, 1945-1975. P. 347.

[3] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 24.

[4] The New York Time. Domingo, 3 de abril de 1966.

11.

Doce hombres con piedad

«Apenas tenía tiempo para experimentar emociones y mucho menos para expresarlas. Lo máximo que permitía la eficiencia era una sincera preocupación profesional»[1].

VIETNAM ESTABA REPLETO DE PEQUEÑAS y dramáticas historias. De sombras y paradojas. De quimeras, espectros y contradicciones. De mundos paralelos y sueños imposibles.

Nguyen Van Tong era guerrillero del Frente Nacional de Liberación, el Vietcong. Su hermano pequeño se llamaba Nguyen Thanh Hoang, un joven explorador de facciones delicadas y mirada melancólica. Un día lo descubrieron y acabaron con su vida. Meses antes se había presentado en casa con su prometida, una muchacha de pequeños y vivaces ojos negros, de melena lisa y oscura, de expresión afable y sugestiva (brota una sufrida, misteriosa y exótica belleza del alma de las mujeres vietnamitas). Satisfecho, quería que su madre la conociera, que se sintiera orgullosa y feliz. Lo consiguió, y recibieron su bendición. Después, cuando lo mataron, la joven se negó a casarse con otro hombre; en lugar de eso se quitó la vida.

Como ellos, cientos de miles de jóvenes se vieron arrojados a esa suerte de albur, esquivo y cicatero, que durante generaciones había acompañado a sus padres y abuelos, y a los abuelos de sus abuelos; el único destino que parecía tener cabida en aquel paraíso tocado —y abandonado— por los dioses.

La joven Le Minh Khue, por ejemplo, había quedado huérfana a una edad muy temprana. Sus padres fueron víctimas de las terribles reformas agrarias impuestas por el régimen comunista de Vietnam del Norte tras su independencia de Francia en 1954. Criada por sus tíos, estos habían inculcado en su inquieto espíritu un desmedido

amor por la literatura. Cuando tenía dieciséis años, los estadounidenses bombardearon su aldea. La dejaron irreconocible. La guerra había entrado en su vida de la forma más cruel y despiadada. Su casa estaba situada a escasos metros de un hogar para ancianos que quedó completamente devastado, al igual que el mercado y la escuela. Cuando más tarde llegó el reclutador pidiendo voluntarios tuvo que mentir acerca de su edad, pero se alistó. Tampoco resultó muy complicado, solo le restaban unos meses para alcanzar la mayoría de edad. Junto a miles de jóvenes fue enviada al sur para trabajar en la ampliación y mantenimiento de la ruta Ho Chi Ming; un destino peligroso y agotador, aparentemente alejado de la urgente amenaza del campo de batalla, aunque con idénticas probabilidades de sucumbir.

La ruta Ho Chi Ming se convirtió en un auténtico quebradero de cabeza para los norteamericanos. En un coladero. Hanói enviaba al sur material y tropas utilizando una red de senderos y caminos camuflados en las junglas de Laos y Camboya que se internaban en Vietnam del Sur a través de miles de ramificaciones cuyos tentáculos alcanzaban cualquier aldea; un inabarcable itinerario de más de diecinueve mil kilómetros de longitud activo día y noche, sobre todo durante la noche.

Tres millones de toneladas de explosivos llegaron a lanzar los estadounidenses solo en el tramo que discurría por Laos, y ni aun así consiguieron dañarlo significativamente. Parecía invulnerable. Indestructible por la férrea —e inhumana— determinación del gobierno norvietnamita, pero también por la inquebrantable voluntad de cientos de miles de trabajadores al servicio de una causa que abrazaron con fervor.

Allí se dieron muertes por inanición, accidentes, fiebres, agotamiento. A veces los bombardeos —que se producían a cualquier hora del día o de la noche, de forma esporádica o ininterrumpida— no eran la principal causa de mortandad.

Para la joven Khue, los libros se convirtieron en devotos compañeros de viaje. En particular, y paradójicamente, la literatura norteamericana, y más en concreto la obra de Ernest Hemingway, a través de cuyos personajes aprendió a interpretar la condición humana.

La estrategia estadounidense de ganar corazones y mentes hacía aguas en Vietnam. En torno al cuarenta por ciento de las zonas rurales survietnamitas estaban en manos del Vietcong, y más del cincuenta por ciento de la población confiaba en ellos. O los temía. Tanto como recelaban de las patrullas americanas. Tim O'Brien escribió varios libros sobre su experiencia como soldado de infantería en la División Americal, y fue muy claro a este respecto: «Pasábamos el día caminando de pueblo en pueblo a través de campos de arroz, sin ningún sentido ni misión ni propósito. Nos levantábamos e íbamos a un pueblo, lo rastrillábamos y nos marchábamos. Podía morir alguien o no, y al mes siguiente volvíamos al mismo pueblo y repetíamos la jugada. Era como caminar en círculos, no conseguíamos nada. No ganábamos mentes ni corazones y no ganábamos sobre el terreno. El enemigo parecía estar por todas partes y a la vez en ningún lugar»[2].

A años luz de semejante proceder, y sin pretender otra cosa que no fuera cumplir la misión que les había sido encomendado, un equipo sanitario español —doce hombres con piedad— se puso manos a la obra. Su trabajo tenía sentido y, por supuesto, una intención: combatir el sufrimiento, físico y moral, de hombres, mujeres y niños; involuntarios protagonistas de esas pequeñas y dramáticas historias que desbordaban Vietnam y que ahora se concentraban para ellos en una insignificante provincia al sur del país. Sanar, ese era el objetivo; sin disparar primero y preguntar después. Ganando corazones y mentes sobre el terreno, desde el primer minuto.

Lo de «doce hombres con piedad» lo tomo prestado de un reportaje fotográfico a cuatro páginas publicado en La Actualidad Española el 9 de febrero de 1967. Una crónica que compartía entonces protagonismo con, entre otros temas de actualidad, la retirada de los ruedos de Manuel Benítez El Cordobés; las vicisitudes de un puñado de agraciados por las quinielas —«La mayor fábrica de fortunas. Millonarios que han nacido en las chabolas, sin más alfabeto que el del 1-X-2. Millonarios que han dejado el arrabal atrás y los antiguos amigos», se podía leer en sus páginas—; o con los contrastes políticos y sociales que ofrecían en aquel momento los pasos fronterizos de Hong Kong y Macao, puertas hacia la impenetrable China comunista.

El titular resulta llamativo. Y oportuno. «Doce hombres con piedad». A nadie se le escapa que no era más que una intencionada variante, un juego de palabras, del título de aquel brillante largometraje de 1957 dirigido por Sidney Lumet y protagonizado por Henry Fonda y Lee J. Cobb, en el que, en una asfixiante y claustrofóbica atmósfera —toda la acción se desarrolla en el interior de una pequeña sala durante un borrascoso día de verano—, aparecen magistralmente diseccionadas las personalidades, prejuicios y dogmas de los doce miembros del jurado que debe emitir su veredicto en el proceso seguido contra un marginal chico de dieciocho años acusado de asesinar a su padre, y al que pueden enviar a la silla eléctrica. Las pruebas condenatorias contra él, la irrespirable atmósfera de la sala, la desidia y la falta de escrúpulos que subyacen a la mayoría de los miembros del jurado, no parecían deparar, a priori, un resultado favorable para el chico. Hasta que se produce la primera votación. Es entonces cuando el jurado número 8 —Fonda— rompe la unanimidad de un veredicto de culpabilidad tan previsible como precipitado, abriéndose entre ellos un abismo insalvable. Eran, o aparentaban ser, 12 hombres sin piedad [3].

No fue hasta el tercer o cuarto día cuando Ramón sintió estar trabajando a pleno rendimiento. Sensación colectiva que aún estaba lejos de ser una realidad contrastable, pero que les disponía hacia metas más altas.

El catálogo de tareas a las que debía enfrentarse trascendía en ocasiones su preparación como enfermero, pero en aquellas circunstancias había que desenvolverse con soltura, aprender y seguir desenvolviéndose. No pensar, no dudar. Parecía absurdo que cualquier negligencia pudiera empeorar las cosas. Es más: la palabra negligencia, como la palabra fracaso, no existían en su vocabulario.

Cuarenta y ocho horas antes, sin embargo, un inoportuno y opresivo sentimiento de desastre pareció atenazar sus primeras actuaciones. Y si observaba detenidamente a su alrededor, también las del resto de sus compañeros. No era algo cómodo, pero tampoco nadie podría echárselo en cara. Los primeros días transcurrieron exasperantemente lentos y poco fructíferos, y la mayor parte del

tiempo la dedicaron a tareas administrativas y de organización, tan habituales allí como el calor o los mosquitos. También lo dedicaron a conocer —o a aspirar a conocer— al personal vietnamita a su cargo, algo más que un exótico atrezo en aquel apremiante escenario. Pronto se puso de manifiesto que la comunicación, tanto en el trato con los pacientes como con el personal sanitario, sería un asunto que mejorar. Y el idioma, un obstáculo a resolver.

Después de una semana de arduo trabajo —con intensas jornadas que se prolongaban hasta bien entrada la madrugada—, los avances comenzaron a ser visibles. Parecía que las cosas empezaban a funcionar razonablemente bien, y un inesperado indicador vino a darles la razón: las largas colas de espera.

Una cálida mañana de septiembre, poco después del amanecer, alrededor de cien personas aguardaban escrupulosamente su turno frente al vestíbulo de consultas externas. Eran gente humilde, de la zona, resignada a su suerte. Principalmente ancianos, mujeres y niños, poseedores de sus pequeñas y dramáticas historias.

La jornada se presentaba agotadora, con el módulo de hospitalización saturado y el quirófano dispuesto a conceder unos años más de vida —o el tiempo que fuera menester— a los pacientes con peor pronóstico. O simplemente a mejorar su día a día. Había de todo, pero lo más común era enfrentarse a una perforación de estómago, una apendicitis, una hernia o un labio leporino. Se trataba de intervenciones sencillas, de abrir, cerrar, administrar antibióticos y desear al paciente una pronta recuperación («Buena suerte, amigo», «Ve con Dios, muchacha», «No olvides tomarte esas pastillas»). La ayuda de los cirujanos de la Asociación Médica Americana fue crucial durante los seis primeros meses; después se marcharon y los españoles continuaron metódicamente su trabajo, actuando ya entonces como una máquina bien engrasada. Ramón recuerda a tres de aquellos especialistas estadounidenses, «gente muy preparada, que sabía lo que hacía y lo hacía sin vacilar», apostilla. A veces arrogantes, cierto, pero que no dudaban en confiar importantes quehaceres a sus auxiliares, algo determinante para que estos adquirieran experiencia y confianza en sí mismos. El brigada Terán congenió rápidamente con uno de ellos, el doctor Lemmon, y este, meticuloso

y competente hasta el delirio, lo convirtió en su ayudante, hurtándoselo ocasionalmente al capitán Linares. Después, con el tiempo, Linares ya no lo dejaría escapar, y pocas veces confiaría en otro ayudante de quirófano que no fuera el propio Terán.

El americano, por su parte, era un tipo alto y delgado, de pelo cobrizo, cuarenta y pocas primaveras y algo tímido en el trato personal —fuera de su particular zona de confort—, pero un excelente profesional de la medicina.

Ramón también trabajaría con los doctores Lodman y Marshall. Igual de competentes que su tímido compatriota.

Trabajar con los americanos fue descubrir un mundo nuevo de posibilidades, desarrollar la vocación sanitaria como nunca lo había hecho hasta entonces. Cierto día, Ramón fue requerido por el doctor Marshall —otro tipo alto y delgado, como si todos los médicos del AMA hubieran sido seleccionados a partir de un mismo patrón— para que lo ayudara a practicar una lobectomía de urgencia. Marshall tenía buenas referencias de aquel sanitario algo díscolo e inconformista, pero implicado y dotado de una depurada técnica. Mientras el médico efectuaba una incisión entre las costillas del paciente para exponer el pulmón y extirpar el lóbulo comprometido, Ramón insertaba una sonda por la que drenar el aire, los fluidos y la sangre de la cavidad torácica. Bisturís, cánulas, tijeras y pinzas danzaban acrobáticamente de un lado a otro en un sincronizado y metódico mano a mano. Entretanto, evocaba el joven ATS ciertas imágenes del NODO en las que el afamado marqués de Villaverde practicaba una intervención similar en el madrileño hospital de La Paz con un despliegue inaudito de medios y un ejército de enfermeras a su alrededor, y claro, no podía dejar de esbozar una irónica sonrisa.

Concluida con éxito la intervención, Marshall confió a su joven ayudante la sutura de los tejidos y los cuidados postoperatorios. Ramón estaba exhausto, pero aquello era fantástico.

Entre los vietnamitas que esperaban su turno frente al pabellón de consultas externas crecía la expectación por ser atendidos por los

médicos españoles. O por descubrir la naturaleza de sus enfermedades y el tratamiento para sus dolencias. O tal vez por comenzar a crear vínculos con su nuevo y fatídico destino. A medida que se acercaban a la entrada del edificio, la luminosidad y el calor imperantes en el exterior contrastaban con la efímera penumbra y la frágil frescura que inundaba el interior de la sala. La mayoría de los pacientes ya habían sido tratados con anterioridad por curanderos locales —y métodos poco ortodoxos, en lo que allí se conocía como Medicina china— antes de ponerse en manos de auténticos profesionales de la salud, ya fueran vietnamitas, franceses, estadounidenses o españoles. Siglos de abandono y atraso seguían pesando en sus juicios y valores, y, por ende, en sus decisiones. Para Ramón aquello siempre terminaba volviéndose en contra de los occidentales: «Muchos niños llegaban al hospital con parásitos intestinales, neumonías u otras dolencias, y podrían haberse salvado; pero llegaban después de ser tratados por aquellos deformadores de la medicina, y nosotros, en la mayoría de los casos, no podíamos hacer otra cosa que certificar su muerte. Entonces, al volver a su pueblo, nuestros enemigos predisponían a sus familiares contra nosotros. Veis, les decían, los médicos extranjeros os lo han matado».

Solo había una forma de combatir esas calumnias y de ganar, una vez más, sus corazones y sus mentes: ejerciendo la medicina sin reservas ni prejuicios, sin escatimar esfuerzos; devolviéndoles la salud y hurtando víctimas a la muerte.

En el pequeño habitáculo de suelo ajedrezado que hacía las veces de consultorio, el capitán Faúndez —inseparable fonendoscopio al cuello, como si de un complemento del uniforme se tratara— y el joven brigada Pérez Gómez se las veían cada día, de ocho de la mañana a seis de la tarde —necesaria tregua de una hora para comer y hacer más soportable la jornada— con una extensa nómina de enfermedades, achaques e indisposiciones. Desde cuadros leves de conjuntivitis purulentas o desarreglos intestinales a dolencias más severas como tétanos con afectación del sistema nervioso, fiebre tifoidea, disentería, tuberculosis o cólera.

Además, la desnutrición hacia mella entre los más pequeños, con diferencia el colectivo más vulnerable de toda aquella película.

No obstante, las situaciones más delicadas y exigentes se presentaban en forma de enfermedades infecciosas como la difteria o el paludismo, males que en España provocaron una terrible mortandad durante la postguerra civil y que ahora causaban auténticos estragos en Vietnam. «Los niños con paludismo cerebral llegaban por docenas —recordaría Faúndez años más tarde—; y aunque existían tratamientos, esos críos ya entraban en coma. Morían a raudales». Intentar derivar los casos más graves a hospitales de Saigón se antojaba una quimera. Aquello no formaba parte del excelso espectáculo de la guerra, y por tanto los helicópteros estadounidenses tenían misiones más importantes que cumplir.

A todo lo anterior habría que añadir, ahora sí, los heridos de guerra, o los ocasionados en los numerosos accidentes de tráfico.

Algunos pacientes llegaban tan graves que eran inmediatamente internados en el módulo de hospitalización. O pasaban directamente al quirófano. Las decisiones se tomaban sobre la marcha, mientras se hacía una rápida valoración. «La delimitación precisa del daño producía muy pocas diferencias en el tratamiento de urgencia», escribió el teniente médico de la Armada estadounidense John Parrish. «Todas las alteraciones eran enormes y resultaban evidentes las decisiones que había que tomar. Cualquier hombre gravemente herido precisaba líquidos intravenosos; los pacientes hipotensos necesitaban sangre. La decisión de hacer un desbridamiento local o una intervención en la sala de operaciones era por lo general muy fácil de tomar y raramente se precisaba un período de observación. Una herida penetrante y un abdomen rígido exigían una laparotomía; una herida en el tórax con indicios de encharcamiento pulmonar hacía necesaria una sonda de drenaje. Una pierna arrancada era una pierna arrancada»[4].

Un día ingresó una niña de poco más de tres años víctima de un atropello; la cara prácticamente partida en dos, con fractura de cráneo y sangre por todas partes. Ramón hizo lo imposible por salvarla —aunque poco se podía hacer— y después permaneció cerca de cuatro horas en shock. Hay cosas para las que nunca se está preparado del todo. «No fue una bomba, ni un disparo, ni la

explosión de una mina, fue un camión que iba a la guerra como si se lo llevaran todos los demonios. Sus ocupantes tenían prisa y esa prisa era la de seguir matando», me confesaba varias décadas después, abatido aún por el recuerdo.

Alguien dijo en una ocasión que existe un lazo emocional con la persona a la que tratas de salvar la vida, y que ese vínculo cambia drásticamente cuando la vida se escapa. «La luz del interior de un cuerpo es tan importante que, cuando esa luz se extingue, tu atención emocional se transforma por completo… y entonces pasa a ser una carga logística».

Pero claro, algo queda.

En la medicina de campaña —y no solo—, se llama triaje al sistema de clasificación de los pacientes en función de la gravedad de sus heridas, de las posibilidades reales de supervivencia y de los recursos disponibles. El hospital de Go Cong no era, en esencia, un hospital de guerra, y por tanto tampoco se hacía necesario "jugar a ser Dios" todos los días; por supuesto siempre tendrían preferencia los enfermos o heridos que se hallaran en una situación más crítica o comprometida, pero el dilema surgía cuando estos eran demasiados. «Solo entonces te veías obligado a dejar de lado a los moribundos para privilegiar a quienes tenían mayores posibilidades de sobrevivir; y ayudar de la forma más ecuánime posible al mayor número de personas», explicaba Ramón.

En los hospitales americanos en Vietnam, un médico, o incluso una enfermera, decidían el orden de intervención de los pacientes, en lo que constituía un permanente y agotador triaje. Con una diferencia: independientemente de la gravedad de las heridas, siempre tendrían prioridad los soldados estadounidenses, después sus aliados del ejército survietnamita, luego los civiles; y por último, si había tiempo y ganas, o un interés superior, los guerrilleros del Vietcong.

Era impensable, o al menos muy poco probable, que un soldado estadounidense requiriera cuidados médicos en el hospital de Go Cong. Para ellos sí existía un excelso sistema de evacuación médica (Medevac) en helicóptero; el mejor de cuantos había existido hasta aquel momento en zona de guerra. A partir de ahí, cualquier

paciente ingresado en el pequeño hospital provincial de Go Cong tenía para los sanitarios españoles las mismas posibilidades —con idénticas prerrogativas— de ser atendido. Vietcongs incluidos.

Tal vez por eso, y sin llegar a proponérselo de manera consciente, los Tay Ban Nha —los españoles, como allí eran conocidos— pronto empezaron a generarse las simpatías de los habitantes locales, poco acostumbrados como estaban a ser el prioritario objeto de atención de nadie. Por eso y por ciertos detalles que hablan por sí solos de su desprendida y a veces temeraria generosidad.

El día que aparecieron varios heridos tras el ataque a una aldea cercana, todo el equipo se puso rápidamente en movimiento. Corrieron por salas y pasillos, sortearon gente tirada en el suelo, pisaron sangre y se encerraron varias horas en el quirófano. «Llega un momento —decía uno de los capitanes médicos— en que te duele todo: te duele la espalda, el cuello, el alma. Lo único que quieres es sentarte en el suelo, tomarte una lata de cerveza, descansar unos minutos y luego continuar, porque no puedes parar». A uno de los heridos por metralla lo acompañaba su mujer —anémica y embarazada— y su viejo padre. En el estado en que estos se encontraban era impensable que pudieran donar sangre. Ni tan siquiera las jóvenes madres estaban, por lo general, en condiciones de proporcionársela a sus pequeños hijos. Su extrema debilidad y el temor a contagios lo impedían.

En aquella ocasión en particular fue Ramón quien donó trescientos centímetros cúbicos de sangre y se pudo estabilizar al paciente. El viejo padre, incrédulo por la acción, se lo agradeció llorando, casi de rodillas; y siempre que se cruzaba con él se inclinaba en señal de respeto.

No fue un caso aislado.

En este sentido, quizás uno de los testimonios más sorprendentes lo aportó un teniente estadounidense a la agencia Europa Press poco después del inicio de la misión. «Parece increíble —dijo—, pero yo vi con mis propios ojos como el doctor insertó un tubo de transfusión en su propia vena mientras seguía operando a una mujer vietnamita que padecía un grave tumor. La mujer sigue

viviendo hoy y se encuentra bien. Pero lo que más me impresionó fue la sencillez con que el español realizó su acto»[5].

Temeraria sencillez, cabría señalar.

Y así fue como, actuación tras actuación, los miembros de la misión comenzaron a granjearse el respeto y la admiración de aquellas gentes. Incluso, su aprecio.

[1] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 56.

[2] Tim O'Brien es autor del libro Si muero en zona de combate (1973) basado en sus vivencias en Vietnam. También es autor de obras como Going After Cacciato (1978), The Thing They Carried (1990) y En el lago de los bosques (1994).

[3] 12 angry men, en su versión original.

[4] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 36.

[5] Recogido en La Actualidad Española. Núm. 788. Jueves 9 de febrero de 1967.

12.

Una visita inesperada

«La guerra es el miedo disfrazado de coraje».

General William Westmoreland

Jefe de las fuerzas estadounidenses en Vietnam

EL MAYOR PAUL WIRTH YA ERA UN competente y experimentado oficial de infantería el día que rebasó, con la espontánea vitalidad que suelen derrochar los jóvenes veinteañeros, la psicológica barrera de los cincuenta. Alto y enjuto, poseedor de una marcada mandíbula y unos ojos grandes y almendrados, su rostro solía exhibir por lo general una expresión seria e insondable —coherente tal vez con su responsabilidad al frente del destacamento estadounidense de Go Cong y con la delicada misión de asesorar al gobernador de la provincia; además de velar por la seguridad de todos—. Aun así, difícilmente podían haber encontrado los españoles mejor aliado.

Criado durante buena parte de su infancia y primera juventud en La Habana —en aquella convulsa y revolucionaria Cuba de los años treinta salpicada por la Gran Depresión y regida por gobiernos breves e inestables estrechamente tutelados por Estados Unidos—, Wirth acabó casándose con una bella cubana antes de volver a su país, combatir en Europa durante la Segunda Guerra Mundial y regresar a casa como un héroe.

Más tarde vendría Corea, y después, Vietnam.

Su conocimiento de la idiosincrasia latina y su dominio del castellano —verbalizado con el acento y la musicalidad propias de

la isla caribeña— facilitaron durante su estancia en Go Cong el estrecho vínculo que mantuvo con los doce sanitarios españoles, llegados con apenas lo puesto y necesitados de algo más que de apoyo logístico.

Todo, desde lo estrictamente esencial hasta lo aparentemente innecesario o superfluo, sin relegar en ningún momento el factor humano, les sería proporcionado por el mayor Wirth; personalmente —escucha, cercanía, comprensión, complicidad— o a través de las infatigables gestiones que realizaba: material, seguridad y, por supuesto, apoyo logístico. Algo tan necesario en aquellas circunstancias como la luz en un universo de tinieblas. No importaba las órdenes que tuviera que dar o la infranqueable puerta a la que hubiera que llamar. Porque Wirth no era de los que se sentían cómodos sucumbiendo a las largas e improductivas reuniones que se dilataban hasta bien entrada la noche, o bailando al son de burocráticos e interminables trámites administrativos. Wirth era la eficacia personalizada. Una combinación de competencia anglosajona, cordialidad mediterránea —o caribeña— y disciplina militar. En el informe que el 21 de septiembre de 1966 remitió el capitán Labourdette al embajador español en Bangkok —el primero de una larga cadena—, las referencias a la labor del estadounidense no pasaron desapercibidas. «No quiero dejar de poner en su superior conocimiento el caluroso recibimiento y trato que nos profesa el mayor Wirth […]. Y es que no solamente se excede en las demostraciones de afecto y atenciones, sino que tengo informes de que ha ordenado a su personal que procedan del mismo modo. Este oficial ha evitado muchos malentendidos y con ello ha mejorado nuestra situación», escribió el español.

¿A qué situación se refería exactamente?

Las cosas no estaban funcionando del todo bien. ¿El motivo? Que las autoridades norteamericanas en Saigón decidieron presentar a última hora ante el bueno del comandante García Granados, jefe de la misión española, un acuerdo de colaboración en el que a diferencia del proyecto consensuado meses atrás en Madrid, pretendían introducir de manera expresa —y por supuesto intencionada—la connotación del carácter militar de la misión, algo que por razones obvias solo interesaba a Estados Unidos.

Ciertamente no era algo trivial para los chicos del equipo médico español, pegados como estaban al terreno y enredados en aquel laberinto, aunque solo les inquietara por cuestiones prácticas. Y, por supuesto, por tener que manejarse todos los días, con sus noches incluidas, en un desquiciante escenario bélico a miles de kilómetros de su país.

El tira y afloja diplomático —marcado inexorablemente por sus propios y sinuosos ritmos— aún se prolongaría durante un par de semanas más. No exento de tensiones, finalmente se zanjó con la aceptación por parte estadounidense de los postulados españoles, que no eran otros que los suscritos inicialmente. «En síntesis —glosa el periodista Alejandro Ramírez—, el convenio recogía que la misión sería humanitaria y dependería directamente del mando norteamericano, que proporcionaría a los españoles el mismo apoyo que al personal de Estados Unidos». Es decir, «tendrían derecho a utilizar el economato americano, sus residencias, clubes, servicios religiosos, correo, actividades recreativas e incluso los servicios mortuorios en caso de fallecimiento de algún miembro de la misión»[1].

Además, dispondrían de material quirúrgico, vehículos, uniformes, armas y una logística acorde a las circunstancias.

En paralelo a las gestiones diplomáticas, y antes de la firma del acuerdo, otras gestiones de naturaleza digamos… más doméstica, se desplegaron desde el primer momento en Go Cong. Y su impulsor no fue otro que el mayor Paul Wirth.

El malestar era evidente entre los militares españoles. Incluso el comandante García Granados sugirió la posibilidad de desplazarse personalmente a Bangkok para presentar una queja formal ante el embajador español (nadie entiende que las reglas del juego puedan cambiar a mitad de un partido, o cuando está a punto de comenzar). Ya resultaba bastante duro encontrarse en medio de aquella devastación como para tener que hacerlo sin unas mínimas garantías; con un equipo decente, medidas de autoprotección, seguridad jurídica y algo de empatía.

Wirth estaba al tanto de todo ello y le resultaba imposible abstraerse de la realidad. Al fin y al cabo los españoles habían

llegado como aliados, estaban haciendo un buen trabajo y merecían ser atendidos y escuchados.

Una cálida y apacible tarde de mediados de septiembre, americanos y españoles compartieron pitillos, coca colas y cervezas en torno a una austera mesa en la residencia española de Go Cong. La sala, sin ser grande, era lo suficientemente amplia como para que la atmósfera no se sobrecargara, al tiempo que un gran ventanal de puertas plegables refrescaba el ambiente e inundaba la estancia de luz. No era una reunión propiamente dicha, sino uno de esos encuentros informales que a partir de entonces se daría con cierta asiduidad. Ese día la disonancia estaba en los uniformes, que solo portaban los americanos. Parecía la visita de un disciplinado y armónico equipo de oficiales estadounidenses a un grupo de turistas españoles.

Pero más allá de las apariencias, en aquella sala todos compartían, además de cigarrillos y bebidas, un buen puñado de retos e incertidumbres. Aunque ni mucho menos en igualdad de condiciones. Que se lo preguntaran a los españoles. El ambiente era distendido, aunque no había lugar para las bromas; sí, en cambio, para que los americanos refrendaran su apoyo y para que aquellos eficaces y comprometidos turistas expusieran sus demandas.

El mayor Wirth permanecía impasible. Prudente y abstraído, aunque aparentemente relajado —cual mago que está a punto de sacar un conejo de la chistera—, escrutaba el momento de compartir el fruto de sus gestiones, mientras sus neuronas bullían en el interior de su cabeza.

Solo unos días antes había contactado con la oficina del todopoderoso jefe de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, general Westmoreland, con la intención de poner en su conocimiento el «muy desfavorable» incidente que, para sorpresa de todos, había protagonizado la intendencia militar de su país al negar —o cuanto menos, escatimar— el apoyo comprometido a los integrantes de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur destacados en el hospital cívico militar de la provincia de Go Cong.

Esta decisión, expuso Wirth, había supuesto un duro golpe para

la moral del equipo médico español; y, aún peor, para la eficaz labor que venía desarrollando al frente del hospital. También, añadió, estaba la negativa impresión que se habían llevado acerca de la tan cacareada competencia militar estadounidense; palabras estas que, en el fondo, Wirth sabía que no dejarían indiferente al general Westmoreland.

«Señores —interrumpió Wirth, atrayendo ahora la atención de los presentes—, les comunico que nuestro comandante en jefe, general William C. Westmoreland, nos visitará en persona dentro de cuatro días. Así me lo han comunicado y así se lo hago saber».

Una expresión de estupor y esperanza se dibujó en el rostro de los oficiales españoles, ante tan inesperada visita.

El presidente Johnson designó al general de cuatro estrellas William Childs Westmoreland para dirigir el esfuerzo bélico estadounidense en Vietnam en junio de 1964, año en que el curtido militar cumplía su quincuagésimo aniversario. «Westy, ve allí y acaba con esos malditos comunistas», podría haber encajado en el rudo estilo del político texano.

Veterano de la Segunda Guerra Mundial —en 1945 alcanzó el grado de coronel— y de la Guerra de Corea, Westmoreland nació en Spartanburg, una pequeña localidad de la señorial y tabaquera Carolina del Sur, el 14 de marzo de 1914. Su brillante paso por West Point y su apuesto porte parecían augurarle una rutilante trayectoria militar.

Y en términos generales así fue. Desembarco de Sicilia, batalla de las Ardenas, caída de Berlín, Corea. Con solo cuarenta y dos años se convirtió en mayor general, la persona más joven en ostentar ese rango en el ejército de los Estados Unidos; y en 1965 fue elegido «Hombre del año» por la revista Time. Pero acabó tropezando con la guerra equivocada —nada parecido a la guerra convencional en la que se movía como pez en el agua—, y sus métodos nunca convencieron a nadie. Tampoco fue culpa suya. Realmente nadie supo manejar aquel avispero.

El 9 de septiembre de 1966, solo un día después de la llegada de los españoles a Vietnam, Westmoreland se había despachado ante la prensa internacional con unas ambiguas declaraciones: «Estamos empezando a ganar la guerra, sin embargo permítanme decir que el final no se halla todavía a la vista». Al menos no se equivocaba en lo segundo.

Un año antes, un viejo conocido del general, el senador por Carolina del Sur Fritz Hollings, visitó Saigón. Fue poco después de los combates de Ia Drang[2], la primera gran intervención norteamericana en Vietnam del Sur; una batalla en el más clásico y brutal sentido de la expresión, en la que cuatrocientos soldados estadounidenses se vieron rodeados por tres batallones del ejército regular norvietnamita, más de mil quinientos soldados[3]. El concurso de la aviación y la artillería norteamericana decantaron la balanza a su favor, aunque pagando un alto precio. Y no solo en vidas humanas. Westmoreland declaró entonces: «No preveo el fin de este conflicto a corto plazo y podríamos descubrir que nos esperan días más difíciles. Ciertamente debemos estar preparados para ello». Sin embargo, en su encuentro con el senador Hollings unos días más tarde, Westmoreland le aseguraba, más optimista, que la proporción de bajas causadas a los norvietnamitas estaba siendo de diez a uno. Un argumento que pareció no convencer al curtido congresista: «Westy —le recriminó inflexible— a los estadounidenses no les importan los diez, les importa el uno».

No obstante, el espoleado general, convencido de que podía y debía ganar la guerra, no tardó en despachar un telegrama urgente a Washington solicitando el envío de doscientos mil soldados más. La primera gran remesa. Un vertiginoso jarro de agua fría para el gobierno y la sociedad norteamericana.

Señala Christian G. Appy en su libro La guerra de Vietnam. Una historia oral que el objetivo de Westmoreland no pasaba por asegurar el territorio conquistado, sino por «matar enemigos a tal escala» que el gobierno de Hanói se viera imposibilitado a suplir sus bajas. Precisamente con ese propósito el ejército estadounidense embarcó una y otra vez a sus unidades en innumerables, y no siempre atinadas, operaciones de «Búsqueda y destrucción». El objetivo de estas no era otro que el de establecer contacto con las

fuerzas enemigas, obligarlas a combatir y destruirlas con el apoyo de la artillería y la fuerza aérea. Tras cada combate, los estadounidenses hacían recuento del número de vietnamitas muertos —incluso una mera estimación si no era posible localizar sus cuerpos— y «proseguían la caza en otro lugar». Para buena parte de los soldados —y posteriormente para la industria cinematográfica americana (no hay más que ver alguno de los títulos más comerciales)— aquella guerra parecía consistir solo en eso: patrullar día tras día, semana tras semana, cargados hasta la extenuación, a través de la jungla, en el interior de las aldeas, en los inmensos arrozales, buscando infructuosamente a un escurridizo enemigo que se desvanecía entre las brumas. El teniente médico John Parrish —que como vimos anteriormente sirvió durante meses en primera línea de fuego acompañando a estas patrullas— aportaría años más tarde su autorizada opinión al respecto: «Parecía como si uno de los objetivos más importantes de las patrullas fuera simplemente que se hicieran, que tuvieran lugar: tenía que haber patrullas, porque eso daba a los hombres algo que hacer. Encontrar al enemigo, entablar contacto, matar, morir, regresar […] En los cinco primeros días perdí a seis sanitarios, y resultaron heridos otros cuatro»[4].

Por supuesto, entre los no sanitarios las cifras podían multiplicarse por cinco. O por diez.

A diferencia de la Gran Guerra de frentes, lodo y trincheras que asoló Europa entre 1914 y 1918, o de la metódica política de ocupación de la Segunda Guerra Mundial, en Vietnam nunca hubo frentes definidos, ni posiciones que arrebatar de modo permanente al enemigo; no parecía estar en juego la posesión del territorio ni que fuera posible su preservación. Por tanto, una vez eliminada la amenaza, la mayoría de las zonas conquistadas eran rápidamente abandonadas. Así, el éxito o el fracaso de una operación solo podía establecerse en términos de bajas infligidas.

El recuento de cadáveres se convirtió en el mejor termómetro para medir la temperatura de la guerra. Y no solo en el campo de batalla. Si llegabas a una aldea y matabas a cinco civiles era preferible no airear la noticia, pero si podías presentarlos como guerrilleros o colaboradores del Vietcong, entonces la operación

había sido un éxito. Alguien llegó a decir de un comandante de la 9.ª División que «era capaz de matar a su propia abuela si la podía incluir en su recuento de cadáveres»[5]. Para el asesor del ejército norteamericano James Willbanks la idea estaba clara: si no puedes contabilizar lo que es importante, entonces das importancia a lo que puedes contabilizar.

El neoyorquino Michael Bernhardt, uno de los miles de veteranos que proporcionó la guerra de Vietnam, lo resumiría años más tarde de una manera muy similar: «Todo el esfuerzo de la guerra estaba construido sobre tres pilares: la zona de fuego libre, la misión de búsqueda y destrucción, y el recuento de las víctimas. La zona de fuego libre significaba disparar a cualquier cosa que se moviera. La misión de búsqueda y destrucción es simplemente otra manera de disparar a cualquier cosa que se mueva. Yo lo llamo la zona de fuego libre portátil, la llevas contigo a donde quieras. Y el recuento de las víctimas era la herramienta para medir el éxito o el fracaso de cualquier acción»[6].

El debate sobre si Westmoreland destinaba demasiados recursos a «buscar y destruir» en lugar de a mantener el control sobre las posiciones ocupadas —ya no digamos al hecho de intentar conquistar el corazón y la mente de los vietnamitas como una inexplorada fórmula de imponerse al adversario—, jamás encontraría una respuesta unánime. Como dice Max Hastings, «nunca hubo —ni podía haber habido— un número suficiente de soldados estadounidenses para buscar al enemigo en su terreno y, al mismo tiempo, proteger las zonas pobladas de Vietnam del Sur»[7].

Siempre actuando a lo grande, Estados Unidos puso en marcha con indudable éxito la doctrina de la aeromovilidad, consiguiendo desplazar a cuantas compañías fueran necesarias en cada momento para obtener la victoria en sus operaciones de limpieza, gracias al uso masivo de helicópteros de transporte y combate y contando además con el apoyo de la artillería, de cazabombarderos provistos de artefactos de napalm y de inmensos B-52. Un cóctel que les permitía enfrentarse a unidades muy superiores en hombres y acabar con ellas.

La respuesta del enemigo, por otra parte, no podía ser más realista y efectiva; acorde a sus medios y capacidades. Como explica

Appy, «para el mando norvietnamita la lección de Ia Drang fue que las batallas largas de grandes unidades debían reservarse para contadas ocasiones. En general había que combatir a los estadounidenses mediante ataques rápidos cuerpo a cuerpo. De esa forma, con un acercamiento, un breve combate y una rápida retirada, disminuirían las posibilidades de que los ataques aéreos y la artillería estadounidense los diezmaran. Esa táctica también les permitía decidir el momento, el lugar y la duración de la gran mayoría de los enfrentamientos»[8].

Cuando en la década de los noventa el otrora capitán Faúndez —ahora coronel del Cuerpo de Sanidad Militar del Ejército de Tierra español— rememoraba desde la quietud de su hogar madrileño sus vivencias en Vietnam, admitía que aquel conflicto era un imposible para los americanos. «Ni con cuatro millones de combatientes hubiesen ganado la guerra», decía. «Sus ataques eran impresionantes […] tanto ruido, tanta potencia; pero te preguntabas, ¿dónde caerán esas bombas? ¿Serán efectivos los bombardeos? Porque lo cierto es que no había concentraciones de tropas apreciables». Algo parecido sugería uno de sus antiguos compañeros, el gaditano Juan Outón Barahona: «Hay un dato tremendo. Los B-52, por ejemplo, estaban todo el día bombardeando y el parte decía que habían muerto diez guerrilleros del Vietcong. ¿Cuánto le costaba a Estados Unidos cada enemigo muerto?»[9].

Los guerrilleros del Vietcong. Aquel fervoroso e implacable ejército —auténtica carne de cañón al servicio del régimen norvietnamita— sobre cuyas espaldas recayó el peso de los combates. Emboscadas, asaltos, atentados, golpes de mano. Y si las cosas se ponían feas, sencillamente desaparecían, frustrando el despliegue y el empuje norteamericano. Socavando su moral. Así podría resumirse la paradójica guerra de Vietnam. O, dicho de otra manera, los estadounidenses fueron sistemáticamente ganando batalla tras batalla, año tras año, hasta finalmente perder la guerra.

Ramón Gutiérrez de Terán se refugió en la rutina que envolvía al hospital. En realidad, todo el equipo se acostumbró rápidamente al novedoso estilo de vida. Las normas, los rituales de trabajo, el

lenguaje especializado, la presencia de los demás; Ramón creía que todos esos elementos eran necesarios para dotar a la misión de un equilibrio y una coherencia de las que desgraciadamente carecía el lugar donde se encontraban. Había un objetivo, un plan, y eso dotaba de sentido, y de significado, a cada una de sus actuaciones. Algunas tareas eran livianas, fáciles de acometer; otras se presentaban engorrosas e intrincadas, más difíciles de sobrellevar. Lo importante era la capacidad de adaptación. De fluir con el entorno. Un entorno sombrío y amenazador que acechaba a cada instante. El confinamiento en la residencia después de las largas y agotadoras jornadas de trabajo era de obligado cumplimiento. Las autoridades de Go Cong se sentían incapaces de garantizar la seguridad de los españoles más allá de los límites de la ciudad, e incluso en sus calles se hacía necesario adoptar fastidiosas medidas de autoprotección. El mayor Wirth les habló a su llegada de los ataques que con frecuencia sufrían las instalaciones sensibles; o las agresiones que padecían los miembros de otras misiones sanitarias en provincias limítrofes, resultando a veces vilmente asesinados. De la necesidad, en suma, de tomar ciertas precauciones y de ir armados, aunque hasta el momento nadie les había proporcionado nada parecido a un arma. Tampoco esto era algo que estuviera entre las prioridades de los españoles. Un uniforme verde de campaña estadounidense fue todo lo que consiguieron la primera semana, y eso no les garantizaba otra cosa que ser el blanco de un potencial ataque insurgente.

Es posible que en cualquier otra circunstancia de la vida, estar bien solo implique disfrutar de buena salud y de un entorno social y económico favorable, además de percibir la realidad con talante positivo. En Vietnam, en cambio, estar bien significaba seguir con vida, no haber sufrido amputaciones ni heridas graves, no penar en una jaula de tigres como prisionero; ni, por supuesto, verse acechado por una terrible y demoledora enfermedad tropical. Esa coyuntura, que en condiciones normales solo comprometería a los combatientes, no era ajena al resto de los actores inmersos en aquel conflicto. Allí, cualquiera podía morir simplemente por estar en el lugar y el momento equivocados. Decía Parrish que no resultaba fácil saber dónde estaba la retaguardia, que cualquier civil te podía matar y que en cualquier carretera podías tropezar con una mina; que las granadas de mortero y los cohetes podían llegar de campo

abierto o también de una aldea amiga. Pero es que, además, despiadados e invisibles enemigos como un estúpido virus o una simple bacteria podían acabar con la vida más miserable o con el futuro más prometedor.

Para Ramón, la residencia se convirtió en un hogar. Como ya lo hicieran los relativamente estables y seguros muros del Colegio de Huérfanos de Valladolid cuando solo tenía diez años. La diferencia ahora la marcaba la distancia y, sobre todo, el contexto; el desolador y peligroso panorama que se presentaba unos metros más allá.

Aquella mañana no amaneció de una manera muy distinta a la de cualquier otro día. No había ni más ni menos luz en el horizonte, ni el viento soplaba con mayor intensidad, ni los colores alteraron su gradación cromática, ni las temperaturas parecían dispuestas a conceder una tregua a los habitantes de Go Gong, ni las expectativas sobre la guerra tornaron de pronto más optimistas. Pero los españoles eran conscientes de que ese encuentro podía, al menos, mejorar su situación personal. No todos los días recibes la visita del comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en Vietnam.

Westmoreland llegó a media mañana acompañado por varios miembros de su plana mayor, y pronto se convirtió en el centro de gravedad de aquel minúsculo universo de uniformes y miradas que proliferaban a su alrededor. Su caballerosidad no le permitía mostrarse distante, tampoco su exquisita educación sureña; y casi un año después del punto de inflexión que supuso para el devenir de la guerra la batalla de Ia Drang, el militar se mostraba afable y seguro de sí mismo.

Los miembros del equipo español lo recibieron expectantes y en actitud distendida, bajo un intenso cielo azul palidecido por los rayos del sol. Ya fuera porque la ocasión lo requería o porque tampoco había mucho donde elegir, todos vestían su práctico uniforme de campaña estadounidense —componiendo junto a los americanos un grupo homogéneo y equilibrado—, aunque algunos optaron por lucir los emblemas de los regimientos y unidades del

ejército español a los que pertenecían. Ramón, por ejemplo, se presentó con la boina negra y el Rokiski[10] metálico —prendido sobre el bolsillo derecho de su camisa— que lo acreditaban como cazador paracaidista. Aunque, sin duda, el toque distintivo se lo aportaban sus exclusivas gafas de sol modelo "Aviator", comercializadas con gran éxito durante la década de los sesenta por la compañía American Optical y que triunfaron entre la oficialidad norteamericana en Vietnam. Algo que, por ejemplo, tuvimos ocasión de ver años más tarde en la gran pantalla cuando el inclasificable teniente coronel Bill Kilgore —Robert Duvall— apareció luciéndolas en una de las escenas más memorables de Apocalypse Now.

Westmoreland se acercó relajadamente a los españoles, y sin atenuar un ápice la intensidad de su mirada ni escatimar una sonrisa los fue saludando uno a uno —«Hi. How are you. It is a pleasure for me»—. Seguidamente, atemperando el gesto, les manifestó su respeto y les dijo que se sentía profundamente agradecido de su presencia en aquel lugar; que su impagable labor sería tarde o temprano reconocida por la población civil vietnamita, y que podían contar con el apoyo del ejército estadounidense. Lo hizo con naturalidad y una enorme carga emotiva.

Acto seguido se dirigió al comandante García Granados y le preguntó por las necesidades de la misión. El jefe médico no supo qué decir. O quiso decirlo todo a la vez y no fue capaz de articular palabra. Aquel hombre imponía, y de qué manera. «Botas» —balbuceó—. Por algún motivo fue lo primero que le vino a la cabeza, pero no lo único. «Y equipo sanitario, sobre todo equipo sanitario. Y apoyo logístico. Todo lo que ustedes puedan proporcionarnos nos será de gran utilidad y les estaremos muy agradecidos» —prorrumpió al fin—. El general norteamericano esbozó una ligera sonrisa y dirigió una mirada cómplice al mayor Wirth, asintiendo levemente con la cabeza. Wirth, satisfecho, le respondió de igual manera.

«Lo tendrán», prometió el general.

Pero no quedó ahí la cosa.

También les anunció que podrían utilizar las instalaciones

americanas: economato, comedor, club; y que contarían con visados para disfrutar, si así lo deseaban, de las ventajas del programa Rest and Recuperation en países aliados de la región, alejados del odioso estampido de las bombas. Serían tratados como cualquier otro miembro de las fuerzas estadounidenses en Vietnam.

Cuando unos días más tarde vieron aparecer aquellos dos camiones militares con su rutilante cargamento, apenas se lo podían creer. Botas tropicales, cascos, chalecos antibalas, uniformes, armas. Y lo realmente importante para el desempeño de su misión: material quirúrgico de excelente calidad, cuidadosamente envuelto en papel de parafina. Parecían niños abriendo sus regalos navideños una fría mañana de enero; aunque ni eran niños ni era enero ni desde luego se respiraba nada parecido a la Navidad.

El 17 de noviembre de 1966 el capitán Vázquez Labourdette redactaba un nuevo informe: «Tras la visita del general Westmoreland a Go Cong el día 20 de septiembre ha cambiado mucho la situación de la Misión Sanitaria Española. No solo se nos proporcionaron los uniformes y las armas necesarias, sino que poco a poco hemos ido recibiendo material sanitario y medicamentos suministrados por el USAID[11], que si bien viene canalizado a través del Hospital Provincial está al servicio del personal español…».

Un último dato. Mientras curioseaban las armas —pistolas automáticas de calibre .45, granadas de mano y el flamante y ligero fusil de asalto M16— como si todo en el mundo se redujera a esos pequeños artilugios, desearon ardientemente no tener que recurrir nunca a ellas. A priori no les pareció complicado su manejo, pero eran sanitarios y no aspiraban a otra cosa, más allá de verse en la tesitura de tener que portarlas —disimuladamente, eso sí— en algún que otro desplazamiento.

En Go Cong todos se conocían, y los infiltrados merodeaban por quicios y rincones. Nada se escapaba a sus escrutadores ojos. El trabajo humanitario, profesional y desinteresado de los militares españoles acabaría convirtiéndose, sin duda, en su mejor salvoconducto.

Si alguien hubiese querido matarlos, no habrían durado ni una

semana en aquel lugar.

[1] Alejandro Ramírez. ¿Por qué no combatimos en Vietnam? P. 92.

[2] Se desarrollaron entre el 14 y el 18 de noviembre de 1965, en el valle del mismo nombre.

[3] Estos hechos fueron llevados al cine en Cuando éramos soldados (basado a su vez en el libro Cuando éramos soldados y jóvenes) donde Mel Gibson interpreta al teniente coronel Moore, al mando de las tropas estadounidenses.

[4] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 44.

[5] Citado en Max Hasting. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica. P. 429.

[6] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 383.

[7] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica. P. 329.

[8] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 174.

[9] Testimonios recogidos por Alejandro Ramírez en su libro ¿Por qué no combatimos en Vietnam?

[10] Sobrenombre que adoptó el emblema de las alas paracaidistas en honor al platero y grabador madrileño José Luis Rokiski Gómez, quien comenzó su fabricación en 1939 y cuyo apellido aparecía grabado en los primeros distintivos.

[11] Siglas en inglés de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

13.

Regreso a la Cochinchina

«Riesgos buscando, los revueltos mares crucé veloz con exaltada mente.

Ardió la guerra en el extremo oriente

y allí fui por España a pelear».

Coronel Carlos Palanca Gutiérrez (1819-1876)

PLAYA CHINA, BAUTIZADA con este nombre por los soldados del ejército estadounidense, sigue siendo hoy uno de los lugares más fascinantes del mundo[1]. Un enclave que sin duda sirvió de inspiración a aquellos autores que, con su sabiduría, sublimaron las páginas de los antiguos cuentos anamitas. Sus blancos y extensos arenales, bañados por las cálidas aguas del Mar de China Meridional, constituyeron durante la guerra de Vietnam un foco de atracción para los miles de estadounidenses desplegados en aquel país. Un oasis en medio de la devastación.

Situada al sur de la ciudad de Danang, al nordeste de la entonces República de Vietnam del Sur y a poco más de una hora de vuelo desde Saigón, era el plato estrella del programa de recuperación y descanso —Rest and Recuperation (R & R)— que el Ejército de los Estados Unidos ponía a disposición de sus tropas en el interior del país. Se trataba de un breve periodo de tregua, tan necesario como un vaso de agua en el desierto, que los soldados devoraban —al menos mientras estuvieran en condiciones de hacerlo— durante su desquiciante estancia en Vietnam: trece meses si no se volvían locos y decidían prorrogarlo. «Allí podían nadar, hacer surf, emborracharse, pirarse, joder, holgazanear, recuperarse,

divertirse en las casas de scivvie, alquilar embarcaciones a vela, o sencillamente dormir en la playa. […] Aquellas imágenes nada tenían que ver con la guerra»[2].

Además, en Danang estaba ubicada la mayor base aeronaval estadounidense —«nadie construye bases como los americanos», leí en cierta ocasión—, desde donde los cazabombarderos B-52 lanzaban diariamente sus ataques contra Vietnam del Norte. Toneladas de bombas que pretendían, sin llegar a conseguirlo, doblegar la férrea voluntad del enemigo. También contaba la ciudad con uno de los más activos centros internacionales de prensa —tan importante como el emplazado en Saigón—, desde donde los corresponsales se afanaban por anunciar al mundo las evoluciones de la guerra. Nada es casualidad: a la naturaleza privilegiada de aquel enclave se unía su incuestionable valor estratégico, puesto que Danang se encontraba relativamente próxima al paralelo 17, una línea imaginaria establecida, como ya vimos, en los Acuerdos de Paz de Ginebra de 1954 por los que se consumaba la división del país. Allí, en el paralelo 17, se creó la denominada Zona Desmilitarizada, una franja de terreno de diez kilómetros de ancho que pretendía salvaguardar ambas fronteras al menos hasta una hipotética reunificación, pero que pese a su nombre se convirtió en el escenario de duros y encarnizados enfrentamientos entre las tropas estadounidenses y las del Ejército de Vietnam del Norte.

El caso es que con el trascurso de los meses, a los hombres del equipo médico español también les llegó su merecida tregua: los beneficios del programa R & R, aunque ninguno de ellos eligió Playa China como destino para su necesaria desconexión física y mental. Podían haberlo hecho pero no lo hicieron. Ramón, inédito apasionado por lo oriental, optó por estancias en Bangkok y Camboya —donde visitó los templos de Angkor—; o Japón, hasta donde viajó con el capitán Faúndez para disfrutar de la quietud de una sociedad redimida tras la Segunda Guerra Mundial, y de su exquisita cocina. Su prolongada estancia en Vietnam, con trascendentales prórrogas de por medio, concedió a Ramón el derecho a disfrutar de múltiples permisos.

Fue en ellos donde se aventuró a explorar destinos interiores apartados de todo bullicio. Como Dalat, mucho más próximo a la

provincia de Go Cong; o lugares increíbles de milenaria y exótica belleza, donde la naturaleza, las tradiciones, la rebosante espiritualidad de las pagodas budistas o el contacto personal, incluso íntimo, con sus gentes, insuflaron en el joven y resuelto sanitario una paz de espíritu que jamás hubiera obtenido en los previsibles, y a veces excéntricos, circuitos oficiales. Siempre ha existido un vínculo muy especial, casi místico, entre los vietnamitas y su tierra: puzle mágico sazonado de hombres y mujeres celosos de sus tradiciones; de montañas, selvas, arrozales y ríos; de ciudades, aldeas y tumbas ancestrales. Philip J. Griffiths, fotógrafo galés de la agencia Magnum, dijo de su estancia en Vietnam durante los años más crudos de la guerra que a través de su cámara pretendía mostrar que la vietnamita era una sociedad «a la que debíamos imitar, en lugar de destruir».

¿Por qué citar Playa China? ¿Y Danang? Un siglo antes de la guerra de Vietnam, la región de Danang se convirtió en un feroz campo de batalla en el que se vieron inmersos unos cientos de soldados españoles; hombres que viajaron hasta aquellas lejanas tierras, mediado el siglo xix, al albur de las particulares correrías coloniales de la Francia de Napoleón III. Una malograda aventura que finalizaría al cabo de un lustro; y lo haría, paradójicamente, en el mismísimo corazón de Go Cong. Y no es que los bregados españoles perdieran aquella guerra, es que solo Francia salió beneficiada de ella. «Preciso es confesar —escribe Francisco de Arce en 1864— que los franceses nos han cogido completamente de primos en esta ocasión, explotando nuestros sentimientos religiosos para fundar con nuestros propios recursos un magnífico establecimiento que no podían llegar a ver realizado por sí solos, y que a nadie es más perjudicial que a España»[3].

Se estaba refiriendo a la conocida como guerra de la Cochinchina y a la consiguiente ocupación francesa de ese territorio.

Todo comenzó a raíz de la sistemática persecución a la que estaban siendo sometidos los misioneros católicos —sobre todo españoles y franceses— establecidos en la agitada región de Annam; persecución orquestada supuestamente por el emperador Tu Doc y

que culminó el 20 de julio de 1857 con el asesinato del obispo gallego José María Díaz Sanjurjo. Ese sería el argumento perfecto. Francia se dispuso a organizar una expedición de castigo y ofreció a España —interesadamente— ir de la mano en este condenado asunto. Y el gobierno de O´Donnell, aprovechando uno de los pocos periodos de estabilidad política que deparó el convulso reinado de Isabel II, deseoso de desplegar una prestigiosa política exterior, accedió a embarcarse en esta aventura. Sin pedir nada a cambio.

Danang solo fue la primera etapa. Un escenario inicial en el que muchos españoles dejaron su vida. Y también, en cierta manera, su espíritu. Por eso aquel lugar posee un significado único, insondable, una carga emotiva vinculada a viejas gestas. Gestas postergadas, cuando no directamente ignoradas.

Y es que allí, a las afueras de la hoy turística ciudad de Danang, resiste orgulloso un antiguo y arruinado cementerio. Y unas tumbas olvidadas, tan olvidadas como las gestas y las almas de sus eternos moradores. Dicen los vietnamitas que independientemente de los seres que las ocupan, y más allá de los hechos que les llevaron hasta allí, solo son almas que flotan en el cielo. Por eso depositan flores sobre las viejas losas, y esparcen incienso en rededor, porque todos los muertos merecen ser cuidados.

Se trata aquel, en suma, de un pequeño camposanto hispano francés en el que reposan los restos de treinta y tres soldados, entre ellos un puñado de españoles. Hombres cuyo caprichoso destino les llevó a combatir en Vietnam —no en la vapuleada e histriónica guerra de Vietnam que ahora nos ocupa— y a caer los primeros en aquella Playa China de Danang cuando aún no había sido bautizada con este nombre.

El 20 de agosto de 1858 partió de Manila —capital de la antigua colonia española de las Filipinas— la vanguardia del cuerpo expedicionario español. Más de quinientos soldados de infantería y artillería, además de capellanes como los misioneros Francisco Gainza o Manuel Rivas[4], médicos como Pedro Largo, Augusto Llacayo o Rufino Pascual —primeros sanitarios militares españoles en arribar a las costas vietnamitas— y personal de intendencia.

Todos ellos al mando del coronel de infantería Mariano Oscáriz, militar de gran prestigio, con una impresionante hoja de servicios forjada tanto en España como en las Filipinas. Su segundo al mando era el teniente coronel Luis Escario, y su jefe de Estado Mayor el comandante Joaquín Dusmet. Viajaban a bordo del barco de transporte francés Dordogne y del vapor de guerra español Elcano.

Después de diez días de navegación, sin apenas víveres, medicinas ni munición de respeto, el 30 de agosto se incorporaban al grueso del contingente francés, compuesto por cerca de mil cuatrocientos soldados. Su destino era Hué, capital del imperio anamita y residencia del emperador Tu Doc, el cuarto de la dinastía Nguyen. Y último, pues aunque vivió rodeado de más de cien concubinas finalmente moriría sin descendencia.

A las 8:45 horas de un templado primero de septiembre, franceses y españoles desembarcaban en la bahía de Touranne (nombre francés que recibía tanto el río que desembocaba en la propia bahía como la ciudad y el puerto de Danang). Hué se encontraba algo más al norte, a unos sesenta kilómetros a través del camino imperial que partía de las inmediaciones de la bahía.

El recibimiento por parte de las fuerzas anamitas no fue precisamente amistoso, tampoco lo esperaban los atacantes. Las hostilidades arreciaron y la flota combinada abrió fuego contra las posiciones enemigas, consiguiendo neutralizar sus piezas de artillería. Las primeras víctimas mortales yacían junto a ellas.

A lo largo de ese mes de septiembre, y después en octubre, las tropas hispano-francesas consolidaron sus posiciones y empezaron a recibir refuerzos. Por parte española, el 15 de septiembre se incorporaba el coronel de infantería Bernardo Ruiz de Lanzarote —que asumiría el mando— y el comandante de Estado Mayor Miguel Primo de Rivera. Venían al frente de cuatro compañías de reserva. Un mes más tarde, el 17 de octubre, completaría el contingente tres nuevas compañías, junto a un puñado de artilleros y personal sanitario. La suerte ya estaba echada para muchos de ellos.

Las lluvias torrenciales, que como pájaro de mal agüero no tardaron en hacer acto de presencia, dificultaban las operaciones. La humedad se hacía insoportable. Apenas habían conseguido las

tropas aliadas avanzar unos kilómetros a través del río Touranne cuando en la retaguardia estaban a punto de producirse las primeras bajas españolas.

El cementerio de Danang fue construido en 1898, cuarenta años después del desembarco en la bahía de Touranne. Francia ya se había convertido por entonces en potencia colonial y poseía el control sobre Indochina. Hasta allí fueron trasladados los restos de algunos de los expedicionarios fallecidos en los combates librados en esa región. Desde sus primigenias e improvisadas sepulturas.

Una humilde capilla de sólida planta rectangular, de paredes blancas y desconchadas, permanece actualmente en pie en el corazón del recinto sagrado. Sobre la entrada, una placa rotulada en francés informa al curioso visitante: «Osario de las víctimas de la expedición franco-española». Sin más. En lo alto, una cruz, tan vieja como el propio oratorio, es apenas el único atributo visible de la esencia católica del lugar. Una vez en su interior, los ojos se van gradualmente acomodando a la tenue penumbra que domina el espacio. Paredes desnudas, ausencia de objetos. Tan solo un modesto altar de escayola preside la estancia. Y lo más significativo: una pequeña placa de mármol en la que puede leerse, también en francés, «A la memoria de los combatientes franceses y españoles de la primera expedición Rigault de Genouilly[5], muertos entre 1858 y 1860 en estos lugares». Más allá, otra placa da cuenta de la fecha de construcción del recinto.

Afuera, en torno a la capilla, entre la hierba y la maleza que inundan el paisaje, a la sombra de unas palmeras que encuentran en ese ambiente cálido y húmedo su razón de ser, emergen una treintena de tumbas. Treinta y tres para ser más exactos; torpemente alineadas, enmohecidas por el paso del tiempo y la falta de cuidados. La gran mayoría son anónimas.

¿A quiénes pertenecieron esas almas que aun hoy flotan en el cielo?

Apenas una decena de lápidas presentan inscripciones, pero gracias a ellas sabemos que dos de esas fosas contienen los restos de

sendos oficiales españoles. Se trata del capitán Juan Mauhorat y Subiela y del teniente Juan Román, ambos caídos en los combates del río Touranne del día 8 de mayo de 1859.

El periodo comprendido entre febrero de 1859 y marzo de 1860 (sobre todo a partir del momento en que Francia decide abandonar Danang para centrar sus esfuerzos en el sur) resultó especialmente duro, y tristemente devastador, para los europeos que permanecieron en la bahía. Precisamente, el almirante francés Rigault de Genouilly había ordenado embarcar el 4 de febrero de 1859 a una parte sustancial del contingente combinado con el fin de tomar Saigón, al sur del territorio. Medida poco afortunada, cabría decir. Una serie de circunstancias y decisiones —o más bien indecisiones— políticas provenientes de las respectivas metrópolis (tanto Francia como España se encontraban inmersas en sus particulares trances geopolíticos y estratégicos)[6] provocaron que miles de hombres quedaran prácticamente abandonados a su suerte.

Las constantes escaramuzas y las pobres condiciones higiénicas y sanitarias imperantes en la zona, pronto empezaron a diezmar al contingente español. En abril de 1859, por ejemplo, raro era el día en que no moría algún soldado. Algunos días, tres. Y no solo en abril.

Tocaba resistir, defenderse, contraatacar, ocupar posiciones. Especialmente dura fue la batalla por la toma del fuerte del Mirador, próximo al río Touranne, el 8 de mayo de 1859, que causó nueve muertos y más de cuarenta heridos solo en las filas españolas. Algunos de los heridos perecerían posteriormente.

Los vietnamitas, como se encargaron de demostrar los conflictos posteriores, no estaban dispuestos a vender su derrota a cualquier precio. Si es que finalmente esta se producía.

El joven capitán Mauhorat fue uno de los primeros en caer. Extenuados por el calor, la fatiga —física y moral—, las enfermedades y la exigua alimentación, los soldados de uno y otro bando acometían con el ímpetu y el pundonor —pero también con la impotencia y la desesperación— de quienes nada tenían que

perder más allá de sus desdichadas y amortizadas vidas. Las escenas de valor estremecían por su crudeza. Como un día escribiera el general sir Peter de la Billière: «El combate genera un entorno donde el miedo campa a sus anchas y donde, de no prevalecer el valor, todo está perdido»[7].

La batalla la ganaron los españoles. En contraste, allí dejaron su vida el mencionado capitán Mauhorat y el joven y osado teniente Juan Román (cuyas lápidas aparecen identificadas en el viejo cementerio de Danang). Pero también combatieron hasta su último y definitivo aliento —y solo Dios sabe dónde reposan sus cuerpos— soldados como Dimas Guerrero, Marcos Castillo o Juan Salongue; o el jovencísimo corneta Francisco Nicolás; también el cabo 2.º Juan Margarilo; o el veterano sargento Santiago Lobera. Todos, sin distinción, tenían una historia detrás, y alguien —esposa, padres, hijos, hermanos— que llorara su ausencia.

Cabe mencionar, en esta quizás infructuosa búsqueda por dotar de una identidad, de un rostro, de una historia, las anónimas y olvidadas tumbas de Danang, que la primera baja expedicionaria española de la que se tiene constancia se había producido unos meses atrás, el 23 de octubre de 1858. Duro e importante revés para la tropa, pues se trataba del capitán Jorge Rico, un valeroso oficial a la vieja usanza cuya virtud, carácter y ejemplaridad había impregnado en sus hombres una inquebrantable devoción por el cumplimiento del deber. Al fin y al cabo, el más importante patrimonio del soldado.

Llegados a este punto y siguiendo el rastro de los expedicionarios que viajaron hacia el sur… ¿Qué pasó en Saigón? ¿Y en Go Cong?

Después de varios días de navegación, en torno al 10 de febrero de 1859, la flota combinada —entre la que se encontraba el buque español Elcano— arribó a las costas de la Cochinchina. Pero si la norteña ciudadela de Danang o la imperial Hué parecían inexpugnables, Saigón no iba a convertirse en un paseo militar. Fuertemente amurallada, protegida por abundantes cañones y con una guarnición bien adiestrada y mejor abastecida, la empresa se antojaba peliaguda. Los vietnamitas llevaban siglos combatiendo entre ellos o contra los chinos, de cualquiera de sus dinastías. Sería

un hueso duro de roer.

La toma de la Cochinchina fue lenta al principio, después avanzó deprisa, se estancó durante algún tiempo y finalmente se consumó, tras largos meses de negociaciones salpicados de combates, en la cercana localidad de Go Cong. Y solo en una de aquellas coyunturas, la del combate, participaron activamente las tropas españolas. Aunque el tanto se lo anotara, como de costumbre, el amigo francés.

Al igual que ocurriera en el siglo xx —tanto si hablamos de la guerra de Indochina como de la de Vietnam—, aquella intervención se convirtió en un infierno de calor, humedad, lluvias torrenciales, emboscadas y enfermedades tropicales campando a sus anchas.

Durante seis días y seis noches, nativos y europeos intercambiaron fuego de artillería como si de un descomunal duelo de honor se tratara. Debilitadas las defensas y con las primeras luces del alba despuntando en el horizonte, el séptimo día comenzó al fin el asalto a la ciudadela. Era 17 de febrero de 1859. Tropas francesas a cuyo frente se encontraba el comandante De Pallieres y españolas al mando del comandante Carlos Palanca Gutiérrez, rompieron el cerco y se introdujeron en el corazón de la ciudad. Al anochecer, después de durísimos enfrentamientos que llegaron al cuerpo a cuerpo en innumerables reductos, Saigón estaba bajo control.

El almirante Genouilly se dio por satisfecho. Pensó que el gobierno francés ya contaba con una posición lo bastante firme como para obligar al emperador Tu Doc a sentarse a negociar, y ordenó la suspensión de las operaciones militares. El comandante Palanca fue ascendido a teniente coronel al tiempo que Napoleón III lo recompensaba con la distinción de Caballero de la Orden Imperial de la Legión de Honor francesa. Es decir, gracias por los servicios prestados, pero ya puede regresar con sus hombres a Manila. Y eso fue lo que hizo.

No volvería el bravo militar a pisar la relativamente estabilizada Saigón hasta poco más de un año después, 10 de mayo de 1860, con su empleo de teniente coronel bajo el brazo y convertido, tras una breve estancia en España, en comandante

general de las fuerzas expedicionarios españolas en el reino de Annam. La ciudad contaba entonces con una guarnición formada por 322 soldados franceses y 233 españoles.

Pero, a principios de julio, sin apenas tiempo de saborear la rutina, los problemas llaman a su puerta. Más de un millar de anamitas asaltan la ciudad; y aunque el ataque es repelido por las tropas aliadas al mando de Palanca, la situación parece deteriorarse por momentos. 1861 será un año caótico en toda la región. Reforzados los contingentes francés y español, a finales de febrero comienza la considerada segunda fase de operaciones militares, que se extiende por diferentes puntos del territorio. Cabe destacar Ki Hoa —donde Palanca resulta herido de bala en la pierna derecha y se producen 300 bajas francesas y 46 españolas—, My Tho, Ving Luong y otras provincias limítrofes a Saigón.

No será hasta la primavera de 1862 cuando el emperador Tu Doc, apremiado por violentas revueltas internas, solicite nuevas negociaciones de paz. El contralmirante francés Bonard y el ya por entonces coronel Palanca, cuyo ascenso se ha ganado a base de pundonor y sangre —tanto propia como ajena—, redactan los términos del acuerdo, que será ratificado por las partes la templada mañana del día 5 de junio de 1862 a bordo del navío francés Duperré. Pero una vez más, Francia impone su hegemonía y logra una cuantiosa indemnización de guerra y derechos territoriales sobre las provincias conquistadas; España, en cambio, se tiene que conformar con un tratado de libre comercio en los puertos de Balat, Turón y Quang Ann.

¿Y qué ocurrió en Go Cong?

A comienzos de 1863, y de manera inesperada, una nueva insurrección hace tambalear los acuerdos de paz alcanzados el verano anterior. Los disturbios tienen lugar en varias provincias simultáneamente. En febrero, ante la magnitud que adquieren los acontecimientos, 515 hombres al mando del comandante Luis Roig llegan procedentes de Manila a bordo de la goleta Circe para reforzar al contingente español. Después de participar junto a los franceses en la estabilización de Saigón, el coronel Palanca se dirige con sus tropas a Go Cong, donde son recibidos a sangre y fuego. La campaña aún se extenderá durante una penosa y frenética semana,

hasta que finalmente Go Gong cae en manos alidadas.

Con la región pacificada, a mediados de marzo se ratifican los acuerdos. Comenzaba para Francia, ahora sí, un largo y fructífero período de presencia colonial en Indochina que no finalizaría hasta casi un siglo más tarde.

El círculo iniciado en la bahía de Danang cinco años atrás se cerraba el 1 de abril de 1863, con el sol despuntando perezosamente en el horizonte y una suave brisa proveniente del Mar de China acariciando los extenuados rostros de quienes allí se congregaban. Ese día, con sentimientos encontrados, las tropas españolas se disponían a abandonar definitivamente Saigón; a dejar atrás, y para siempre, una tierra en la que 1500 soldados habían dado lo mejor de sí desde aquel ya remoto 1 de septiembre de 1858.

Antes de embarcar, el contralmirante francés Bonard les dirigió unas emotivas palabras, un último y sincero tributo a sus fieles aliados: «Después de haber compartido durante cinco años nuestras privaciones, nuestros peligros y nuestras glorias regresáis a Manila con el mayor sentimiento nuestro. En todas partes os habéis hallado a nuestro lado y en todas partes hemos admirado vuestra disciplina y valor. Touranne, Bien-Hoá, Mieni, Ving-Luong, Go Cong…, son títulos para nuestra más viva simpatía; vuestro concurso nos ha sido demasiado precioso para que pudiera nunca olvidarse. Oficiales, sargentos y soldados: recibid mi despedida y la del cuerpo expedicionario francés, aceptando los votos que por vosotros formamos todos».

Recientemente, el capitán de navío Hermenegildo Franco ha vuelto a escribir sobre este asunto, extrayendo una conclusión que a nadie escapa y poniéndonos al tanto del origen de una expresión nacida a partir de aquel episodio: «Así terminó para España la expedición a Cochinchina, de la que nada sacó de provecho». Y añade: «No en vano en esta heroica y disparatada campaña está el origen de una expresión coloquial, “irse a la Cochinchina”, que aún hoy está en uso como máxima expresión de lejanía y disparate»[8].

Antes de morir en 1876 a la edad de cincuenta y siete años, el coronel Carlos Palanca —por entonces brigadier caído en desgracia por aquello de los avatares políticos que cada cierto tiempo sacuden

nuestra vieja nación— escribió un poema en la quietud de su modesta residencia madrileña, alejado ya de toda campaña aventurera, aunque reforzándose, eso sí, en la idea de unos valores a los que había entregado lo mejor de su vida:

Riesgos buscando, los revueltos mares

crucé veloz con exaltada mente.

Ardió la guerra en el extremo oriente

y allí fui por España a pelear.

Uno tras otro, en incesante lucha

alzarse vi, cortando mi camino

tanto obstáculo vil, que en mi destino

hubo un momento amargo en que dudé.

Pero dióme el deber toda su fuerza

y al pensar que en el mundo hay una historia

espero que ella, sí, me dé la gloria

del que todo lo arrostra con su fe.

Noviembre de 1966. Doce oficiales y suboficiales sanitarios del Ejército de Tierra español luchan denodadamente por mejorar la salud de los maltratados habitantes de Go Cong (otra vez Go Cong). Mientras, a seiscientos cincuenta kilómetros al norte, en Danang, miles de soldados estadounidenses devoran sus días de vino y rosas —quizá los últimos de su vida— en el mayor y más delirante centro de recreo para tiempos de guerra jamás establecido en Vietnam. Cerca de allí, en un rincón a las afueras de la ciudad, un humilde cementerio honra discretamente la memoria de un puñado de

soldados españoles y franceses que desde hace un siglo forman parte indisoluble de la misma tierra que los vio caer.

[1] En el año 2012 el Gobierno de Vietnam, inmerso en disputas territoriales con Pekín, prohibió a su sector turístico seguir denominando China Beach –Playa China– a este enclave, pasando desde entonces a conocerse como Playa de Danang.

[2] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 181.

[3] Francisco de Arce. Noticias de la vida de Don Mariano de Oscáriz. Madrid, 1864. P. 51.

[4] Misionero dominico, autor del Manual de área para la expedición española y capellán del contingente.

[5] El almirante francés Rigault de Genouilly estaba al mando de la expedición franco-española que desembarcó en 1858 en las costas de Danang.

[6] En el caso de Francia se trataba, fundamentalmente, de la guerra franco-austríaca. En el caso de España, de las sublevaciones de las colonias americanas. Pero fue Francia quien decidió dejar de enviar refuerzos a Indochina —e incluso retirar tropas de Danang—, lo que puso en serios aprietos al Gobierno español y a sus expedicionarios en la región asiática.

[7] Lord Moran. Anatomía del valor. Introducción del general sir Peter de la Billière. Edición 2018. P. 13.

[8] Hermenegildo Franco. La organización de la marina en Filipinas. Acaecimientos y evolución (1800-1899). https://armada.defensa.gob.es/archivo/mardigitalrevistas/cuadernosihcn/66cuaderno/cap03.pdf

14.

Rutina en tiempos de guerra

Por desconcertante que pueda resultar la realidad, el ser humano siempre acaba generando una rutina.

SOLO HABÍAN TRASCURRIDO unas semanas desde la llegada del equipo médico a Go Cong, tiempo corto pero suficiente para aclimatarse a una realidad con la que tendrían que convivir durante meses. Incluso años. Y si algo corroboraron durante aquellas primeras y absorbentes jornadas en las que el hospital bullía como una olla hirviendo, es que las bajas que provoca una guerra trascienden el campo de batalla: el hambre y las enfermedades se encargan de cerrar el círculo maldito. Cierto que ambos factores no son consustanciales a la guerra, pero esta siempre ayuda.

Además, buena parte de los combates tenían lugar cerca o en el interior de las aldeas, por lo que mucha gente inocente resultaba herida. Y sí, aunque sobrevivieran, sus tierras y haciendas, y por tanto sus recursos, quedaban destruidos.

Para el capitán Linares y el brigada Terán el quirófano se convirtió en su particular campo de batalla. Y la rutilante mesa de acero inoxidable que ocupaba el centro de aquella estancia —flanqueada por dos enormes y pesadas lámparas que debían mover entre dos personas—, en el principal teatro de operaciones desde donde combatir al más infame y potencial enemigo: la muerte.

Lo curioso de aquel lugar, alicatado de arriba abajo con impolutos azulejos blancos, eran sus tres amplios ventanales —de aproximadamente un metro de ancho por uno y medio de alto cada uno, distribuidos en nueve alineados cuarterones—, a través de los cuales la luz, solo tamizada por el vago escollo de sus cristales translúcidos, irrumpía sin reservas. Fue precisamente en aquellos años cuando la comunidad científica internacional observó que la

irradiación del quirófano con luz ultravioleta disminuía significativamente la tasa bacteriana. Y no se trataba de un asunto menor. Rodeados como estaban de un entorno hostil para la salud, el ambiente de la sala de operaciones y la presencia del equipo quirúrgico —potenciales liberadores de una gran cantidad de bacterias al aire— eran factores cardinales para la contaminación.

Por eso, la entrada a aquel santuario requería de una disciplina y de unos rituales que solo sus adeptos feligreses —Linares, Terán y el subteniente anestesista Francisco Pérez Pérez; también, aunque en contadas ocasiones, el director del hospital, doctor Quang, o el solícito auxiliar vietnamita Nguyen Minh Chau— cumplían a rajatabla. Pura rutina.

Sobre una pequeña mesa situada entre dos de los ventanales y colmada de instrumental quirúrgico, o en el interior de una estrecha vitrina metálica, antisépticos como el yodo, el alcohol o la clorhexidina pregonaban su ineludible presencia; claramente percibida a través de la vista y, sobre todo, del olfato.

Aquella estancia quizá fuera la única del hospital cuyo horario no se acomodaba a un plan previamente establecido.

Un día, después de una agotadora jornada de trabajo, trajeron a un chico con el cuello seccionado por una esquirla metálica. Podía morir en cualquier momento, pero todavía conservaba un hálito de vida. Llevado por la inercia, Ramón se esforzó en limpiar la herida y preparar al paciente para una crítica intervención de urgencia. A veces no resulta fácil tomar decisiones, menos aun cuando la lucidez se ve alterada por el cansancio o incluso el hastío. Por eso la inercia acude oportunamente en nuestra ayuda.

Guantes, gorro, mascarilla —Linares apenas había tenido tiempo de desprenderse del resto de la indumentaria— y vuelta a empezar. Sabían que la suerte de aquel chico estaba en sus manos, y desde luego no era la mejor de las sensaciones. No en esas circunstancias. Tampoco podían pararse a pensar en ello, simplemente concentrarse en el paciente y actuar. Ramón concebía su trabajo (o, cuanto menos, ciertos aspectos de su trabajo) como un arte, pues si bien los conocimientos y la experiencia son esenciales en cualquier actividad, solo los artistas son capaces de

captar, y de materializar con sus manos, lo que otros ni tan siquiera llegan a imaginar.

La ciencia, pero también el arte, de la sanación.

La operación fue un éxito, pero estas situaciones se convirtieron en algo habitual. La cuestión era adaptarse. Como decía Michael Herr, «establecer una disciplina, entregarte a tus propias reservas y crear un verdadero metabolismo de guerra, calmarte cuando el corazón intenta escaparse del pecho a puñetazos».

Desde el principio de los tiempos no ha existido mayor demostración de inteligencia por parte del ser humano que su capacidad de adaptación. Los animales cuentan con el instinto; en cambio, al hombre, el instinto no le disuade de sucumbir al macabro pasatiempo de la ruleta rusa. Quien pone su inteligencia al servicio de la supervivencia, sobrevive.

En torno a las seis, el atardecer despuntaba cálido y agradable, estimulando el deseo de pasear. Por eso, el hecho de que los dos kilómetros que separaban la residencia del hospital estuvieran plagados de múltiples e inescrutables riesgos no les disuadía de ir caminando hasta ella. Todo lo contrario. Ganadas algunas confianzas y cimentado con su trabajo el armazón de respeto que podría mantenerles inmunes al odio y la arbitrariedad —lo que no suponía menospreciar los protocolos de seguridad establecidos—, su integridad física quedaba en manos de la providencia.

Después de consumar turnos de nueve o diez horas y de flirtear con el sufrimiento humano hasta donde la razón perdía la batalla —«los niños morían como moscas, sin que pudiéramos hacer nada por ellos», recordaba con tristeza el brigada Juan Outón—, llegaba el momento de la inaplazable desconexión. Si es que la mente te concedía tal privilegio. Una ducha, música, algo para cenar y, quizás, un rato bebiendo o jugando a las cartas era todo lo que necesitaban antes de que el sueño impusiera su negrura (durante el día te enfrentas a la desolación y por la noche juegas a las cartas: la vida, una vez más, impone su rutina).

Probablemente ese tipo de cosas son las que, en última instancia, te mantienen psicológicamente en pie. Sobre todo, cuando formas parte de un desafío que nace de la necesidad de adaptarse a una perturbadora realidad.

Algunas noches, una tranquila velada a la luz de la luna o bajo la inmensidad de aquel universo de estrellas, incluso ante el fantasmagórico resplandor provocado por los bombardeos o por las balas trazadoras, también ayudaba a sobrellevar la carga. La idea consistía en coger un par de botellas de vino, sentarse en el jardín y charlar un rato. A veces se acercaba hasta allí el joven enfermero Nguyen Minh Chau para interpretar con su mandolina tristes baladas vietnamitas aprendidas durante su infancia; o para acompañar con su aterciopelada voz al resto de voces que, después del enésimo trago, se animaban a entonar aquel Bésame mucho, tan de moda, que les devolvía por un cautivador instante a la calidez de los suyos.

Chau se lamentaba entonces de que no hubieran conocido un Vietnam en paz. Y compartido sus tradiciones. De ser así, les dijo, podían haber acompañado a los jóvenes novios durante la fiesta del Han Thuc mientras arrojaban flores al río con la esperanza de que el agua reagrupara sus pétalos en una comunión perfecta, y que esa unión les bendijera durante el resto de sus vidas. O haber escuchado el Quan Họ, sencillas coplas interpretadas al unísono por dos jóvenes aldeanas mientras dos hombres de una aldea vecina respondían con similares melodías: letras que expresaban emociones como la nostalgia, la tristeza por la separación o la alegría del encuentro de los amantes. Les habló, en fin —podría haber continuado desnudando su alma hasta el crepúsculo—, de la fiesta del Trung Thu, en otoño, «durante la cual las madres jóvenes y los poetas»[1] subían hasta lo más alto de las montañas para hallar el lugar en el que la vegetación aún mantenía el genuino color verde de la primavera.

Nadie podía apostar en aquel momento, finales de 1966, por el apacible regreso de las milenarias tradiciones.

Una vez impuesto el silencio, ya en el interior de los edificios, la asfixiante humedad no siempre les permitía conciliar el sueño; tampoco las furibundas amenazas de los mosquitos zumbando

alrededor de las frágiles mosquiteras, como si el mismísimo Vietcong les hubiese aleccionado para infundir terror; o el desasosiego flirteando entre las sombras. Otras veces, en cambio, era tal el cansancio que ni los lejanos bombardeos ni las más cercanas ráfagas de ametralladora lograban devolverles fácilmente la consciencia.

Ramón se despertó solo unos minutos antes de que la frágil luz del amanecer se filtrara por los pliegues de las ventanas. Esa era la señal, su mudo despertador. Tenía por costumbre levantarse temprano, lavarse con agua fría, enfundarse en su uniforme de campaña y reunirse con el resto de los compañeros para tomar un frugal desayuno a base de café y tostadas.

Lo de portar uniforme no era algo que observaran de manera rigurosa; más que nada porque la comodidad, y en mayor medida la prudencia, tampoco lo aconsejaban. Al menos mientras los vietnamitas no les vieran más como médicos que como soldados. Después, ya dependería de cada uno. Lo que sí hicieron fue coserse en la manga derecha del uniforme —cuatro dedos por debajo del hombro— el distintivo de la Misión, un parche de tela ovalada con el escudo de la sanidad militar bordado sobre los colores de la bandera de España, todo ello bajo la leyenda Misión Sanitaria España. Un emblema que, con el tiempo, se convertiría en algo parecido a un seguro de vida.

Después del desayuno, no había nada como pasear por las calles de Go Cong, que empezaban a recuperar su pulso vital. Inundarse de su luz, de su ajetreo, de la mescolanza de aromas y colores; sentir la brisa, aún agradable, que vaticinaba un nuevo día de calor.

¿Y la gente? Pues la gente estaba allí, deambulando, afanada en sus tareas, cada cual a lo suyo. Sonriendo y saludando amablemente a los españoles con una leve inclinación de cabeza.

Decididamente el joven Chau tenía razón. ¿Por qué no habrían llegado a aquel país en otras circunstancias? Era como si una jugarreta de la historia hubiese condenado a los viajeros españoles a descubrir Vietnam solo en tiempos de guerra.

Cuando Ramón emprendía el paseo en solitario, lo más habitual era que sus pasos le condujeran directamente al hospital, donde le estaría esperando una nueva e incierta jornada de trabajo, como al resto de sus compañeros. Pero también podrían haber puesto rumbo al concurrido mercado local; o hacia una de las dos iglesias católicas de Go Cong —herencia francesa y española—; o al orfanato de las Hermanas de San Pablo, gestionado por monjas católicas vietnamitas, donde Ramón habría pasado unas horas con las decenas de chicos a los que la guerra les había arrebatado sus raíces. O, con bastante probabilidad, le habrían dirigido a la base del ejército norteamericano. Allí casi todo era posible, desde dar buena cuenta de una hipercalórica hamburguesa —plato nunca visto en España, más allá del típico filete ruso— hasta adquirir una cámara fotográfica. O tomarse una cerveza San Miguel elaborada en Filipinas[2].

El mercado de Go Cong era, con diferencia, el lugar más animado, bullicioso, sugestivo y, por supuesto, peligroso en varios kilómetros a la redonda. Por lo primero, por lo sugestivo y bullicioso, a Ramón le gustaba pasear entre los puestos, mirar, preguntar y comprar si llegaba el caso. Que llegaba. Frutas, verduras, pescado y marisco fresco componían la habitual cesta de la compra de los sanitarios españoles. «Nuestro mercado era el de ellos —comentaba años después en un programa de televisión el gaditano Juan Outón Barahona—. Cada vez se encargaba uno de nosotros. Iba a la plaza, compraba y luego cada cual aportaba lo que sabía: uno hacía la paella, otro la ensaladilla rusa. A veces hasta el gobernador vietnamita venía a comer con nosotros. La paella le gustaba a todo el mundo y también la tortilla española»[3].

Aparte del gobernador, el diplomático proceder del equipo también incluía encuentros, comidas, sobremesas y té con algunos notables locales: comerciantes y gente con la que siempre era mejor estar en buena sintonía.

A Ramón le seducía todo aquello; sobre todo, como ya hemos visto, deambular por la ciudad. Poner a prueba su instinto, quizás. O integrarse cuanto antes en la realidad que lo circundaba. Si hubiera que describir al joven madrileño con un adjetivo, este no sería «achantado», tampoco «imprudente» ni «temerario», y mucho

menos «irresponsable». Lo suyo tenía que ver más con la curiosidad. Alguien que necesita explorar permanentemente su entorno; también su mundo interior, sus propios temores, deseos, conflictos y limitaciones. Alguien dispuesto, en suma, a no desperdiciar un instante de su vida. Para Ramón la rutina solo era una coyuntura pasajera, y siempre que podía procuraba alterarla, impedir que se instalara en su vida. Su carácter abierto, a veces socarrón, parecía querer proclamar una máxima a los cuatro vientos: la vida no hay que tomársela demasiado en serio…, a menos que sea estrictamente necesario.

Compartir parte del tiempo con los aliados estadounidenses era una manera de descubrir su cultura, sus costumbres, su idiosincrasia, de asimilar el idioma. Otro modo de combatir la rutina. De enriquecerse. «Ya conocía muy bien a los españoles, ahora tenía la ocasión de ampliar horizontes», argumentaba. Y sí, no le faltaba razón. Pero era evidente que las instalaciones norteamericanas, sin ser excesivamente amplias, constituían un ecosistema en sí mismas. Un pedazo de cultura yanqui concentrada entre los muros de un recinto en apariencia seguro.

En su restaurante era posible saborear un contundente desayuno sureño, comer por un par de dólares una excelente carne de ternera con mermelada de arándanos o salsa kétchup, o tomarse una cerveza por diez centavos; aparte de adquirir chocolatinas, barritas energéticas o el auténtico cigarrillo rubio americano. Y todo mientras escuchabas al inmortal Otis Redding cantando The Dock of the Bay o a Jimi Hendrix interpretando Purple Haze —«No sé si estoy subiendo o bajando, si soy feliz o miserable»— por la Red de Emisoras de la Fuerzas Armadas de los Estados Unidos (soberbio Robin Williams en Good Morning, Vietnam).

También contaba el complejo con su propio club de oficiales, al que los españoles tenían acceso con independencia de su rango; o con un asombroso y exclusivo economato donde podían conseguir casi cualquier cosa: desde revistas, discos, chicles, tabaco, whisky o latas de conserva hasta perfumes, aparatos de música, ropa interior, preservativos, tomavistas o cámaras fotográficas… Había una gran variedad de estas últimas, aunque las más apreciadas eran las Kodaks, ¡y a unos precios increíbles! Ramón no desaprovechó la

oportunidad de adquirir una cámara y un tomavistas. Y es de suponer que un poco de todo lo demás.

Pero si algo no escaseaba dentro de aquellos muros eran las pastillas como milagroso remedio contra todo tipo de infecciones y enfermedades. Las había grandes, pequeñas, blancas, naranjas…, o de tamaño intermedio y color indeterminado. «Muchacho, no olvides tomarte las pastillas, aquí hay enfermedades que pueden acabar contigo mucho antes que una bala».

Era la eterna cantinela.

Cierto día, cuando mejor se presentaba el horizonte con los americanos, un desagradable incidente vino a alterar de nuevo el orden de las cosas.

Con motivo de la Fiesta Nacional de Vietnam del Sur se celebraría en Saigón, el martes 1 de noviembre de 1966 (por cierto, Día de Todos los Santos en España, aunque eso allí careciera de la más mínima importancia), un desfile en el que participarían tropas de todos los países aliados. La invitación a la Misión española se cursó a través del Free World Militay Assistance Office, que mostró un innegable interés en que los españoles desfilaran junto a los soldados estadounidenses.

Lo cierto es que a aquellos, la idea, un tanto descabellada a tenor del número de efectivos y del carácter humanitario de su misión, tampoco acababa de convencerles. No terminaban de imaginar cómo podrían marchar ¡doce personas! en un desfile de tal magnitud y que su presencia no pasara desapercibida. Más allá, claro está, del interés americano y survietnamita por dejar constancia del apoyo explícito de un país europeo a su causa, con la subsiguiente repercusión internacional.

El comandante Argimiro García Granados puso al corriente de este interés al embajador español en Bangkok, quien, a su vez, informó al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Pero, como ya vimos, la diplomacia convive con sus propios tempos —o al menos daba esa impresión—, y a finales de octubre aún no había llegado una respuesta oficial —ni extraoficial ni de ninguna otra clase—. Para entonces la Misión en Go Cong ya contaba con la

orden del desfile, que les incluía a todos ellos, e instrucciones precisas para su traslado a Saigón. Un viaje que, a tenor del estado de las carreteras —minadas y con los caminos atestados de guerrilleros, salteadores y trampas explosivas—, se haría en helicóptero. El medio más seguro.

El día 30, a media mañana, cuando apenas faltaban unos minutos para la partida, un oficial americano hizo entrega al capitán Vázquez Labourdette de una misiva del embajador español en Bangkok ¡fechada el 17 de octubre! —es decir, casi dos semanas atrás— anunciando la decisión del Gobierno de Franco de declinar la invitación y no autorizar el concurso de los sanitarios en el desfile.

Con el rotor del helicóptero en marcha, el piloto azuzándoles y el artillero encarando su ametralladora hacia un palmeral cercano, finalmente subieron al aparato el comandante García Granados y una pequeña representación del equipo médico español. Entre ellos, el capitán Faúndez y el brigada Gutiérrez de Terán, no dispuestos a perderse el espectáculo por nada del mundo; aunque solo fuera desde la tribuna de invitados.

Martes 1 de noviembre. El centro de Saigón resplandecía desde primera hora de la mañana. La expectación era máxima, como corresponde a uno de esos días marcado doblemente en rojo en el calendario. Calles atestadas de gente, puestos ambulantes y banderas multicolores conformaban un paisaje bullicioso y festivo. La mayoría de los ciudadanos congregados —algunos miles— parecían felices, tuvieran o no motivos para ello. En cambio, los policías y los soldados survietnamitas se mostraban más cautos e inquietos que de costumbre.

Cuando Faúndez y Terán se dirigían a la tribuna para ocupar sus asientos, un vecino de Go Cong les reconoció. «¿Qué hacen ustedes aquí? Tienen que irse, hay vietcong por todas partes». Minutos más tarde, apenas iniciado el desfile —encabezado por el ególatra presidente survietnamita, de pie en el interior de una rutilante limusina descapotable—, comenzaron las explosiones.

En España, el diario ABC, bajo el sucinto titular «Saigón, bombardeado», lo explicaba al día siguiente de esta manera: «Se hicieron realidad las amenazas del Vietcong para el Día de la Independencia del Vietnam. Saigón fue bombardeado por una batería de morteros emplazada en una isla fluvial. En tanto el presidente Cao Ky pasaba revista a sus tropas, una serie de explosiones atronaban la ciudad […] Trece personas han perdido la vida, entre ellas un oficial norteamericano, y treinta y siete fueron heridas»[4].

En el caos, entre cuerpos ensangrentados yaciendo sobre el asfalto, todo el mundo corría de un lado a otro con el terror reflejado en sus rostros. Faúndez y Terán también corrían. Sin dirección ni propósito.

Hasta que comprendieron que no tenía sentido seguir esquivando las bombas. «¿A dónde vamos?», se preguntaron. «Los proyectiles pueden aplastarnos en cualquier parte».

Sí, era ridículo, pero también humano. Afortunadamente su hora fatídica aún no estaba marcada en el calendario.

[1] José M. Gironella: En Asia se muere bajo las estrellas. P. 110.

[2] En la isla filipina de Cebú comenzó una pequeña comunidad de frailes agustinos a elaborar esta cerveza en 1885, cuando el archipiélago aún era colonia española. En la actualidad, la marca mantiene una planta de producción en Manila.

[3] Reporteros. Canal Sur Televisión. 1998.

[4] ABC, miércoles 2 de noviembre de 1966. P. 11.

15.

Réquiem por el capitán Bernie Plaza

«Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas; porque el mundo viejo ha pasado».

Apocalipsis 21:4

QUIENES LE CONOCÍAN ENSALZABAN su nobleza. Decían de él que siempre obraba como un perfecto caballero. Que, llegado el caso, podría haberse presentado a las elecciones presidenciales de Estados Unidos y haberlas ganado. Alto, apuesto y poseedor de una contagiosa sonrisa, su inteligencia y carisma resultaban arrolladoras. Sus amigos le llamaban Bernie. Para el resto del mundo era el capitán Bernard Stanley Plaza.

Había nacido un gélido 7 de febrero de 1940 en la pequeña localidad de Montague, en el condado de Franklin, Massachusetts, en el seno de una familia de clase media temerosa de Dios. A pesar de su juventud, veintiséis años, gozaba de una envidiable posición en el Ejército. Estaba casado y tenía un hijo, Philip.

El pequeño Phil nunca llegaría a conocer a su padre.

Bernie Plaza era un idealista, como tantos otros jóvenes blancos crecidos en una comunidad libre y próspera llena de oportunidades, sobre todo para los de su clase. Chicos que habían oído hablar a sus padres con orgullo del papel desempeñado por su país en la Segunda Guerra Mundial —la guerra justa, decían— al tiempo que la sociedad norteamericana alcanzaba unas cotas de bienestar nunca conocidas. Creía por tanto en lo que su país representaba, en la justicia como causa universal, y en la virtud de quienes sostenían

sobre sus hombros los designios de la nación. No necesitaba cuestionarse nada más.

Como soldado constituía un ejemplo para todos. El teniente Mike Patten, que sirvió a sus órdenes, dijo de él que era uno de los mejores oficiales con los que se había encontrado en su carrera, dotado de un coraje y de una capacidad de liderazgo encomiables, pero también un hombre sencillo, de fuertes convicciones religiosas. El teniente coronel George P. Bonville lo conoció en la primavera de 1966 durante una reunión organizada por el Servicio de Información del MACV en la provincia de Dinh Tuong y no podía haber estado más de acuerdo con las apreciaciones del teniente Patten. Dinh Tuong, en la parte más meridional del país, se encontraba en la Zona IV —Estados Unidos había dividido Vietnam del Sur en cuatro zonas militares—, la misma a la que pertenecía la provincia de Go Cong.

Poco después del amanecer de un templado miércoles 23 de noviembre de 1966, el capitán Bernard S. Plaza acudió a la misa de campaña que diariamente se oficiaba en el cuartel norteamericano de Go Cong. Solía ser una ceremonia breve y sencilla que no contaba con demasiados adeptos, aunque no era inusual ver por allí a alguno de los sanitarios españoles. Sobre este asunto, y respecto a los soldados estadounidenses, Max Hastings decía que «aunque la fe religiosa escaseaba —menos de una quinta parte de los hombres asistían a misa regularmente, y dos tercios no iban nunca—, la mayoría rezaba mucho»[1]; sobre todo, habría que añadir, antes de entrar en combate. Aquella mañana el gaditano Juan Outón coincidió, a escasos metros de él, con el capitán Plaza, en Go Cong desde hacía tan solo dos días. Pues bien, solo unas horas más tarde, el brigada Outón y su compañero Ramón Gutiérrez de Terán serían protagonistas, junto al joven capitán estadounidense, de un triste episodio. Con dramático desenlace.

La actividad guerrillera se había dejado sentir en los últimos días, y aunque la provincia Go Cong no era especialmente sensible a este tipo de operaciones, el Servicio de Información estadounidense llevaba semanas detectando movimientos insurgentes en torno a la capital de la provincia. El Vietcong solía lanzar acciones furtivas encaminadas a aumentar la presión sobre las autoridades locales y

los habitantes de la zona, además de para mantener intactas sus rutas de abastecimiento.

«De madrugada nos sentíamos sitiados» —apuntaba el capitán médico Francisco Faúndez—. «Los alrededores de la ciudad eran objeto de esporádicos ataques con fuego de mortero y ráfagas de ametralladora. La oscuridad de la noche y el espesor de la vegetación les concedían la protección necesaria, haciendo enormemente complicado localizar la procedencia de esos ataques. El espectáculo de luz y sonido resultaba sobrecogedor».

En ocasiones, cuando los responsables del Servicio de Información detectaban la presencia de núcleos guerrilleros, se organizaban batidas a cargo de tropas survietnamitas. Algún asesor norteamericano los acompañaba, y si las cosas se ponían feas —o sea, casi siempre— solicitaba apoyo aéreo. Los aviones y helicópteros no tardaban en hacer acto de presencia, emergiendo de la nada.

Lo que hasta ese momento constituía la exaltación de la naturaleza salvaje enmarcada en los apacibles y verdes contornos de los arrozales, con chiquillos guiando búfalos de agua y mujeres labrando la tierra que antaño cultivaban manos masculinas, se convertía repentinamente en un laberinto de fuego y humo. Y en una potencial trampa mortal. Como en su día apuntara un oficial estadounidense: «… No hay lugar menos adecuado en toda la Tierra para la guerra convencional... Marismas en las que uno se hunde hasta las rodillas; arbustos tan enmarañados con los árboles que por muchas partes es imposible que pase el cuerpo de un hombre; árboles gigantescos cuyas copas mantienen el terreno en una penumbra perpetua»[2].

Aquel 23 de noviembre, a media mañana, varias compañías survietnamitas establecieron un «fuerte contacto» —en palabras de un testigo directo— con unidades del Vietcong local. El capitán Plaza formaba parte del grupo de asesores estadounidenses que se internó en el corazón de la pequeña jungla que circundaba Go Cong.

En el momento crítico, mientras Bernie establecía contacto por radio, una bala impactó directamente en su cabeza. El disparo,

certero, procedía de un francotirador apostado en la copa de un árbol.

La acometida fue brutal. Malherido y arrojado contra el suelo, los gritos ahogados de sus compañeros y el eco de las ráfagas de ametralladora golpeaban con apremio en el interior de su cerebro. El vacío era absoluto, y la atmósfera alucinatoria. Los bellísimos haces de luz filtrados a través de las hojas de los árboles se reflejaban en sus pupilas, cada vez más dilatadas.

Es posible entonces que Bernie contemplara durante unos vertiginosos segundos la secuencia de su vida —la breve vida de un joven soldado—, y se viera a sí mismo arrullado por unos orgullosos padres aquel frío 7 de febrero de 1940 en que vino al mundo; y le llegaran, casi dos años después, los ecos de la devastación en Pearl Harbor, y la entrada de su país en la Segunda Guerra Mundial, que a la postre marcaría su futuro; y se reconociera en la pequeña escuela de Montague, años de despreocupada existencia, y en sus adolescentes y fugaces escarceos amorosos en el instituto del condado, o bromeando con sus inseparables amigos de la infancia; también en la fiesta de graduación, bailando con Kaye, la preciosa chica que más tarde se convertiría en su esposa. Luego vendría su ingreso en la academia militar, algo a lo que parecía predestinado. Y se vería desfilando del brazo de aquella radiante joven bajo el pasillo de sables formado por sus compañeros, rumbo a una merecida luna de miel, o en el nacimiento de su pequeño Phil, colmado de felicidad; y, por fin, su viaje a Vietnam, y su incursión en aquella jungla maldita, tan imprevisible como la propia guerra. O como la propia vida.

Mientras era evacuado hacia una pista de tierra cercana, utilizada habitualmente para el despegue y aterrizaje de helicópteros, los sanitarios españoles fueron requeridos con urgencia. Ramón lo recuerda como si hubiera sucedido ayer mismo. «Cuando Outón y yo llegamos encontramos al capitán Plaza inconsciente y con la cara ensangrentada. Una bala le había sesgado la mitad del rostro»[3].

Envuelto en una densa turbulencia de tierra y polvo provocada por las palas del rotor, un helicóptero UH-1 Huey de combate tomaba tierra en ese preciso instante. El piloto había recibido por

radio un aviso de prioridad 1 tan solo cinco minutos antes. No había tiempo que perder, por eso no esperaron la llegada de uno de los aparatos de reacondicionamiento, o dust off, empleados para misiones de evacuación sanitaria[4].

Las medevacs —o evacuaciones médicas— en helicóptero se convirtieron en algo habitual desde la llegada a Vietnam, en abril de 1962, de los primeros cinco UH-1A. Constituían una de las misiones más peligrosas a las que debía enfrentarse un piloto —estos aparatos eran presa fácil para el Vietcong pues siempre acababan apareciendo durante o después del combate, un objetivo tentador al no ir armados durante los primeros años del conflicto—, pero resultaban cruciales para mantener la moral de la tropa. Era un acicate para los soldados saber que si resultaban heridos podrían ser evacuados y se hallarían en la mesa de operaciones de un hospital antes incluso de lo que tardarían sus compañeros en quitarse las botas, echarse un cigarrillo y hojear el último número de la revista Playboy. Fue asombrosa la efectividad de estos traslados. Sin una rápida y medicalizada evacuación a los hospitales de retaguardia el número de muertos, o de heridos con secuelas graves, habría sido infinitamente mayor. Y aun así, las cifras ponen el vello de punta.

Pero también fue muy elevado el precio que pagaron las tripulaciones. Solo en Vietnam del Sur cayeron derribados más de dos mil helicópteros —contabilizando aparatos de combate, de transporte y dust off—, y otros tantos sucumbieron a fallos mecánicos o accidentes. Entre pilotos y tripulantes, tres mil quinientos estadounidenses dejaron allí su vida. Más de doscientos eran de evacuación sanitaria.

«No se consideraban héroes —escribió sobre ellos el teniente médico John Parrish—, estaban cumpliendo con su obligación. La próxima vez que un soldado herido los necesitara, arriesgarían el pellejo por ayudarlo: era su trabajo».

Al tiempo que la tripulación del aparato introducía e inmovilizaba la camilla en la que agonizaba el capitán Plaza, Juan Outón y Ramón Gutiérrez de Terán se acomodaron en el interior del

ajustado espacio que concedía el helicóptero.

«¡Subimos!» —gritó el piloto—. Entre sacudidas y vibraciones fueron elevándose como por arte de magia, desafiando la fuerza de la gravedad, mientras Go Cong empequeñecía bajo el fuselaje hasta desaparecer por completo.

Su destino era Saigón.

Pronto cogieron altura, aunque el hecho de trasladar a un traumatizado de cráneo no les permitió elevarse lo que la sensatez hubiera aconsejado: había que evitar a toda costa un aumento de presión en el cerebro del herido. Lógicamente eso multiplicaba el riesgo a ser derribado. Terán no fue ajeno al detalle: vio cómo los pilotos se ajustaban los atalajes y apoyaban la espalda en los elementos blindados, además de sentarse sobre sus chalecos antibalas conscientes de que los disparos solo podían llegar desde abajo. Por su parte, los artilleros, aferrados a las ametralladoras —y con indudable deseo de utilizarlas—, encañonaban desde las portezuelas laterales a cualquier bicho viviente que osara siquiera señalar al aparato.

Indiferentes, muy a su pesar, al peligro que les acechaba, ¿qué hicieron a partir de ese momento los dos sanitarios españoles?

En un inequívoco y dramático crescendo, el herido entró ahora en parada cardiorrespiratoria. Maximizando recursos y después de canalizar un acceso venoso al paciente, de colocarle un gotero de suero fisiológico y de taponar y vendar la herida —cada cual concentrado en su tarea—, ambos se afanaron finalmente en mantenerlo con vida aplicándole maniobras de reanimación cardiopulmonar, combinando masaje cardiaco y respiración boca a boca.

Versado en la técnica, Ramón, arrodillado junto al herido, arrancó los botones de la ensangrentada camisa del oficial para dejar su lívido pecho al descubierto; a continuación posó el talón de la mano izquierda sobre la zona de compresión localizada en el tercio inferior del esternón. Entrelazados los dedos de ambas manos y tirando de ellos hacia arriba, hundió el talón en el punto exacto que une el hueso con las costillas. Acto seguido estiró los brazos,

inspiró y miró a su compañero Outón. El gaditano deslizó entonces su mano izquierda bajo la nuca del capitán, la derecha apoyada en la frente, y se dispuso a comenzar la cuenta atrás. Ligeramente reclinado sobre el rostro del estadounidense, devolvió la mirada a Ramón y asintió con la cabeza.

Con el ímpetu de quien pretende insuflar vida a través de todos y cada uno de los poros de su cuerpo, Ramón inició las compresiones. Una, dos, tres, cuatro… a un ritmo rápido, regular, profesional, hasta alcanzar la decimoquinta.

Era el turno del brigada Outón. Recitada la numérica letanía en el interior de su cerebro, su final marcó un nuevo pistoletazo de salida. Pinzó entonces la nariz del paciente, le echó la frente hacia atrás, tiró de su mentón hasta que la boca se abrió obediente y comenzó las insuflaciones. Lentas, de no más de un segundo cada vez, retirándose para dejar salir el aire y observar las evoluciones —el tenue subir y bajar— del pecho del capitán Plaza.

Diez segundos y turno para Ramón. Uno, dos, tres, cuatro… hasta quince y vuelta a empezar.

Poco después permutaron sus maniobras de reanimación: Outón apuntalando ahora sus manos sobre el gélido torso del joven oficial y Ramón insuflando oxígeno en una dramática carrera contrarreloj.

Todo fue inútil.

Quizá ya lo fuera mucho antes, en la selva, desde el instante mismo del fatídico impacto, pero tenían que intentarlo. Exhaustos, se dejaron caer sobre los atalajes.

Veinte minutos más tarde, divisando ya Saigón, el copiloto informaba por radio de la inminente llegada. Así, en un abrir y cerrar de ojos, el helicóptero posaba dócilmente sus patines sobre la plataforma de aterrizaje situada junto al más imponente hospital militar estadounidense de la capital survietnamita.

El periodista Michael Herr habló con un buen número de pilotos de helicóptero durante su estancia en Vietnam. Después

escribiría lo siguiente: «Los tripulantes de los helicópteros decían que después de transportar a un muerto, el muerto seguía siempre allí, volando contigo. Como todos los combatientes, eran increíblemente supersticiosos y exageraban siempre, pero era (yo lo sabía) insoportablemente cierto que el contacto directo con los muertos te sensibilizaba a fuerza de su presencia y despertaba reverberaciones largas, muy largas»[5].

En la plataforma de aterrizaje esperaban dos camilleros y un médico de la fuerza aérea estadounidense. Desembarcado el cuerpo de Bernie con sumo cuidado del aparato, el médico procedió con manos expertas, y por este orden, a retirar el gotero —que depositó entre las piernas de la víctima—, comprobar su pulso tanto en la muñeca como en la carótida y a examinar sus pupilas. También se fijó, con indisimulada tristeza, en la alianza de oro que lucía en el anular de su mano izquierda.

«Debió de ser un buen chico», susurró antes de ordenar a los camilleros que se lo llevaran. Estos, sin demasiada presteza, dejaron que sus habituados pasos les condujeran al depósito de cadáveres.

El día había sido largo, intenso y emotivo. Al cabo de unas horas la tripulación del helicóptero se ofreció a retornar a Go Cong a los dos sanitarios españoles.

—Ve tú con ellos, me gustaría quedarme un día más aquí, en el hospital —dijo Ramón a su compañero—. Necesito hacerme unas pruebas y nunca encuentro el momento. No te preocupes, no es nada importante. Mañana estaré con vosotros.

Es cierto, no era importante. Quizás los primeros síntomas de una inoportuna infección. El caso es que se encontraba en el mejor lugar posible para salir de dudas y quedarse tranquilo.

Esa noche, mientras el aparato descendía sobre la maltrecha pista de Go Cong, Juan Outón observó cómo las luces de varios jeep iluminaban con destellante calidez la zona de aterrizaje. Sabedores del triste desenlace de su compatriota, los americanos del destacamento local esperaban a los españoles para reconocerles el esfuerzo de aquel día.

El sanitario, sorprendido por la recepción, apenas alcanzó a pronunciar unas palabras de pesar; también de frustración al no haber podido revertir el curso de unos acontecimientos que, a todas luces, todos consideraban irreversibles.

«Su forma de darnos las gracias —descubriría Outón años más tarde en un programa de televisión— fue entregarme la pequeña bandera bicolor que ese día habían arrebatado al Vietcong. Fueron instantes muy emotivos».

Además, por esta actuación, los suboficiales Ramón Gutiérrez de Terán y Juan Outón Barahona recibieron una mención honorífica del Ejército de Estados Unidos. Mención que, con el tiempo, añadirían a una larga lista de reconocimientos y condecoraciones. Tanto norteamericanas como survietnamitas.

El día había amanecido plomizo y triste, somnoliento, en la pequeña localidad de Montague, en el condado de Franklin, Massachusetts. Era una fría mañana de finales de noviembre, poco propicia para aventurarse más allá de la apacible incandescencia del hogar. Las calles y los parques, salpicados de tonalidades pardas y rojizas, de hojas secas y árboles desnudos, anunciaban un invierno riguroso y níveo. En las agujas de los chapiteles de la coqueta iglesia la escarcha del amanecer había adquirido una tonalidad azulada y densa, un conglomerado de hielo que ni los esporádicos rayos de sol que se filtraban entre las nubes conseguían debilitar.

Pero además del predecible clima, también las noticias aciagas se ciernen sobre pueblos y ciudades; especialmente sobre los pacíficos hogares a los que el infortunio y la tragedia deciden cubrir con su negro velo. Sin previo aviso. Cuarenta y ocho horas después de la muerte del capitán Bernard Stanley Plaza, dos hombres de uniforme visitaban el hogar familiar en el que más de veinte años atrás Bernie había dado sus primeros pasos para entregar a sus padres la fatídica y burocrática comunicación oficial («La Secretaría del Ejército lamenta informarles que su hijo murió el pasado 23 de noviembre de 1966 como consecuencia de las heridas sufridas etc., etc., etc.»). Un perro ladraba no muy lejos de allí, sin duda molesto por la presencia de los desconocidos.

Posiblemente si la víctima no hubiera sido un joven y prometedor capitán, un taxista habría llamado al timbre aquella mañana para entregar el mensaje.

En cierta ocasión, un oficial de marines, uno de aquellos experimentados «Mensajeros de la muerte», dijo de su particular cometido: «Desde el momento en que bajas del coche, la familia sabe por qué estás allí. La gente con seres queridos en zona de combate siempre está angustiada».

Luego están las formas. No es que exista un modo infalible de afrontar estas situaciones, pero hay muchos modos equivocados de hacerlo.

Esta vez se hizo de la forma más natural, decorosa y honesta posible.

Abrazados e incrédulos, los desconsolados padres recibieron la noticia en el umbral del mismo hogar al que Dios —el dios de la Paz y la Misericordia— había bendecido casi tres décadas atrás con el mayor de los dones: el hijo amado. Ahora otro dios, el dios de la Guerra, se lo arrebataba sin piedad.

—¿Por qué? ¿Por qué ha sucedido?

—Honestamente, señora, no creo que pueda contestar a esa pregunta —se disculpó el mensajero—. No sabría hacerlo. Podrían pasar mil años y aun así no sabría qué responder.

Más de cincuenta y ocho mil familias estadounidenses recibirían un telegrama similar.

[1] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 443.

[2] Citado en Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 434.

[3] Entrevista con Ramón Gutiérrez de Terán el 21 de marzo de 2019.

[4] Dust off era el indicativo que utilizaba el comandante Charles Kelly, piloto de helicóptero muerto en acción de guerra en 1964. Más tarde sería adoptado por los aparatos de reacondicionamiento médico.

[5] Michael Herr. Despachos de guerra. Págs. 15-16.

16.

Protestas made in USA

«Me opongo a la guerra de Vietnam porque amo a América. Alzo mi voz contra esta guerra, no enojado, sino con ansiedad y pena en mi corazón».

Martin Luther King

ESTADOS UNIDOS ES UN PAÍS de contrastes. Siempre lo ha sido. A mediados de la década de los sesenta, mientras miles de jóvenes estadounidenses luchaban y morían en un rincón del mundo al que unos meses antes no habrían sabido ubicar en el mapa, otros tantos compatriotas suyos de toda condición se preguntaban en casa si aquella guerra era o no legítima. O, en términos más objetivos y cuantificables, si el esfuerzo merecía la pena. Y cuando te haces preguntas de ese calado comienzas a cuestionarlo todo. Algo tan simple y a la vez tan aplastante acabaría estallando como una bomba de relojería en las manos de la sociedad norteamericana, aunque tardaran algún tiempo en darse cuenta de ello.

La guerra de Vietnam nunca fue un camino de rosas. Ni para las tropas allí desplazadas ni para los políticos en Washington ni para los habitantes de la nación más poderosa del mundo. No lo fue, ni que decir tiene, para los pobres y subyugados vietnamitas. En todo caso, un camino de espinas. Para todos.

Cuando en las elecciones presidenciales de 1964 el candidato demócrata Lyndon B. Johnson dijo —seguramente convencido de sus palabras— que nunca enviaría a los jóvenes de Estados Unidos a librar una guerra que solo correspondía librar a los jóvenes asiáticos, una unánime sensación de alivio recorrió las calles de los estados de la unión; de norte a sur, de este a oeste, como un

liberador torbellino de energía que acabaría impregnando en el ánimo de los electores.

Sin embargo, unos meses más tarde, el 28 de julio de 1965, el ya ratificado presidente, acuciado por la terca realidad, anunciaba por televisión la necesidad de aumentar el número de tropas en Vietnam y, por ende, de extender el llamamiento a filas de sus jóvenes compatriotas.

No hay consenso sobre hasta qué punto el rechazo interior a la guerra pudo responder más a una cuestión de principios que a las repercusiones derivadas del reclutamiento obligatorio, detalle este último que incluía un buen número de papeletas para acabar en Vietnam. Semejante circunstancia concedió a muchos de los cientos de miles de jóvenes afectados —y por extensión a sus familiares, novias y amigos— poderosas razones para oponerse a un conflicto que, en el mejor de los casos, les arrebataría dos de los mejores años de su vida, y que en el peor les segaría la vida entera.

Aun así, la inmensa mayoría de los chicos cumplió con el deber patriótico de alistarse —con más o menos fe—; y, como cabía esperar, de acabar en Vietnam.

En los centros de instrucción «había jóvenes de pequeños pueblos de América cuyos padres les habían dicho que adquirirían disciplina y se harían hombres en el ejército. Otros que prefirieron el ejército a un período equivalente de cárcel. Pero la mayoría eran reclutas, muchachos de diecinueve y veinte años, llamados a filas desde todas partes de América por sus cajas de recluta para cumplir sus dos años de verde»[1].

También hubo quienes buscaron cualquier pretexto —la prórroga por estudios se llevó la palma— para evitar su reclutamiento; hubo quienes, directamente, se exiliaron en Canadá; y unos pocos que optaron, incluso dentro del propio ejército, por contravenir las órdenes y enfrentarse a un consejo de guerra.

Un caso muy sonado tuvo lugar a mediados de 1966 en Fort Hood, Texas. Allí, tres jóvenes soldados se negaron a ir a Vietnam alegando que aquella era una guerra «inmoral, ilegal e injusta». James Johnson, negro de veinte años, nacido en Harlem; David A.

Samas, californiano de origen italiano; y el puertorriqueño Dennis Mora, licenciado en Historia y trabajador social en Nueva York, fueron conocidos como los Fort Hood Three y marcaron un punto de inflexión dentro del creciente movimiento contra la guerra en Estados Unidos. Las referencias a su mediático proceso judicial, aireadas regularmente por periódicos de gran prestigio como The New York Times o The Washington Post, recorrieron el mundo y reavivaron la polémica. Incluso en septiembre de ese mismo año los detalles de la histórica sentencia llegaban a España en forma de escuetas y anodinas notas de agencia publicadas en las páginas interiores de diarios como La Vanguardia Española o ABC: «Un tribunal militar compuesto por diez miembros de las fuerzas armadas ha declarado culpable al soldado David A. Samas por haberse negado a ser enviado a Vietnam», reproducía el diario madrileño, que añadía: «Ha sucedido a las pocas horas de haberse anunciado la sentencia contra James Johnson […], que fue condenado a cinco años de trabajos forzados»[2].

Dos días antes, La Vanguardia Española adelantaba el fallo contra el tercero de los encausados: «Los diez miembros del tribunal que ha juzgado al soldado Dennis Mora —a quienes el fiscal militar aconsejó que tuvieran en cuenta que su decisión serviría de ejemplo para la juventud americana— han dado a conocer la sentencia recaída contra el soldado quince minutos después de ser declarado culpable. Dennis Mora ha sido condenado a tres años de trabajos forzados. Además, el fallo estipula que será expulsado del ejército con deshonor y perderá todo derecho a pagas y otros emolumentos que pudieran corresponderle»[3].

Aquel mes de agosto previo a la sentencia, el activista y cantante de folk Pete Seeger había escrito para ellos la canción Ballad of the Fort Hood Three. Tras el veredicto, las protestas y manifestaciones en apoyo a los tres jóvenes condenados arreciaron en todo el país.

El hecho de que el joven de color James Johnson fuera condenado a cinco años de trabajos forzados cuando sus compañeros recibieron una condena de tres, no fue un caso aislado. Los prejuicios raciales seguían muy vivos en aquel país.

En cualquier caso, las cifras judiciales de la insumisión

muestran que del medio millón de jóvenes que quebrantaron el reclutamiento, tan solo veinticinco mil fueron formalmente acusados, y de ellos poco más de tres mil doscientos entraron en prisión (un 0,64 %). En general los negros fueron peor tratados que los blancos y recibieron penas de mayor duración.

El activismo contra la guerra de Vietnam comenzó en 1964. Al principio solo fueron unos pocos colectivos y partidos de izquierda preocupados sobre todo por la escalada nuclear, las desigualdades sociales y los derechos civiles; también un minoritario grupo de jóvenes universitarios animados por sus profesores más liberales. Habían empezado a oponerse a la guerra por diferentes motivos: por considerarla desproporcionada, o inmoral, o porque —las cifras no dejaban lugar a dudas— destinaba una ingente cantidad de recursos a una causa que nada tenía que ver con las necesidades reales de la sociedad norteamericana. Sencillamente, no entendían los intereses de su país en un lugar tan remoto e insignificante. Lo curioso es que la mayoría de ellos eran jóvenes idealistas —como lo era Bernie S. Plaza— mayoritariamente blancos —para las minorías raciales la guerra aún no se había convertido en una amenaza real — y de clase media. Una buena parte, además, constituida por hijos, sobrinos o hermanos de veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, estos pensaban que aquella otra guerra había sido diferente, una guerra legítima a la que su país se vio abocado después de sufrir en carne propia el oprobio de Pearl Harbor, y donde estaba en juego la supervivencia de las democracias europeas. Su propia pervivencia.

Algo parecido a esto fue lo que llevó al joven Steve Sherlock, de Indiana, a alistarse en 1966: «Creía que estábamos combatiendo a los comunistas en Vietnam para no tener que combatirlos en las costas estadounidenses. Creía que estábamos peleando contra el equivalente a los nazis y que era una causa noble, similar a la Segunda Guerra Mundial en casi todos los aspectos»[4].

Pero no fue así.

Fred Branfman, antibelicista y miembro de una organización sin ánimo de lucro dedicada al desarrollo económico y educativo en

países del Tercer Mundo[5], lo explica a su manera: «Nosotros, la generación del baby-boom, crecimos con las secuelas de la "buena guerra" y en la década de 1950 creíamos realmente en Estados Unidos. Teníamos un sistema de valores coherente. Entonces llegó Vietnam y destruyó todos los ideales».

Los detractores de la guerra —que irían aumentando exponencialmente con el transcurso de los meses— comenzaron a organizar actos de protesta en las principales universidades del país: reuniones preparatorias, lemas, carteles, consignas, miradas, gestos de complicidad. El erotismo de la maquinación y la camaradería.

El 19 de diciembre de 1964 múltiples manifestaciones recorrieron Estados Unidos, de costa a costa. En Nueva York, que se había desperezado ese sábado con un tupido manto blanco y temperaturas bajo cero, alrededor de mil quinientas personas marcharon por la Séptima Avenida reclamando un alto el fuego y el fin de la intervención de su país, haciendo «un llamamiento a la conciencia americana». En la costa oeste, en San Francisco, seiscientas personas —entre las que se hallaba la cantante y activista Joan Báez— se concentraban en la plaza del Ayuntamiento y caminaban pacíficamente por Market Street. Marchas similares tuvieron lugar en Washington, Filadelfia, Chicago, Boston y otras importantes ciudades.

Durante la primavera siguiente las cosas empezaron a cambiar dentro del movimiento antibelicista, al menos en su hasta ahora mermada capacidad de convocatoria. El escenario escogido fue la capital, Washington, y el día un hermoso y resplandeciente sábado 17 de abril de 1965. Igual que en diciembre, aunque esta vez la climatología se mostraba más benigna, la temperatura más acogedora y el ambiente más festivo. «Al llegar a Washington el día anterior vimos centenares de autobuses aparcados frente a los centros comerciales», apuntaba años más tarde el activista Todd Gitlin. «Acudieron unas veinticinco mil personas y había un ambiente fantástico […] Mirando las fotos de la multitud más de uno se sorprendería de lo atildada que se ve la gente, sentada sobre la hierba alrededor del monumento a Washington con chaquetas deportivas y vestidos entallados. Parecía un baile de graduación»[6].

Y como en todo baile que se precie, la música —ese territorio mágico que entronca con nuestras emociones— no podía ausentarse de la cita.

Allí estaba nuevamente la infatigable Joan Báez entonando su There but for fortune; o el cuarteto de color The Freedom Singers coreando a capela We shall overcome; o el rebelde e inconformista Phil Ochs rasgando su guitarra y modulando con su inconfundible voz las notas de Bound for glory, o provocando la catarsis de los congregados con su vitoreada e icónica I Ain't Marching Anymore.

Al fin y al cabo, la música posee esa rara e intransferible virtud de atrapar y hechizar nuestros sentidos. De sublimar el espíritu tanto o más que un apasionado discurso.

Sin embargo, no todo transcurrió por el sendero de la lúdica y serena reivindicación en aquel año de 1965. Hubo quienes llevados por el desaliento, la locura o por esas inextricables razones del corazón que la propia razón no entiende, decidieron arrastrar la protesta hasta sus últimas y trágicas consecuencias.

Situémonos dos años atrás. El 11 de junio de 1963 una impactante noticia daba la vuelta al mundo. Ante cientos de viandantes y con varios reporteros gráficos y cámaras de televisión como testigos, rodeado de un puñado de acólitos de túnica naranja y cabeza afeitada, el monje budista Thich Quang Duc, de sesenta y siete años, se prendía fuego sobre el asfalto de una de las calles más transitadas de Saigón. Se trataba de una acción premeditada, un ritual y descorazonador acto de protesta por la persecución a la que se veían sometidos los budistas por parte del gobierno de Ngo Dinh Diem[7], primer presidente de Vietnam del Sur. Las imágenes, a pesar del tiempo transcurrido, sobrecogen por su crudeza y espectacularidad. Aquellas fotografías, aquel martirio innecesario, acapararon las portadas de los principales periódicos del planeta. Y dejaron una estela.

Porque lo más dramático del asunto es que también sirvieron de inspiración. Y no solo para algún que otro joven budista decidido a seguir los pasos del maestro. Que también. El 6 de marzo de 1965, en la automovilística y próspera ciudad de Detroit, Estados Unidos, Alice Herz, de ochenta y dos años, risueña y gran aficionada a la

música, se inmolaba junto a su casa, harta de manifestarse y de escribir cartas y artículos contra la guerra. Murió diez días más tarde. Alice sería la primera víctima de esta particular locura, pero no la única. Ocho activistas se quitaron la vida en Estados Unidos en su privativa protesta por la guerra de Vietnam.

El caso más notorio y que más caló en la opinión pública fue, sin duda, el de Norman Morrison, cuáquero de Baltimore, de treinta y un años, casado y padre de tres hijos. El día 2 de noviembre condujo su coche hasta el Pentágono llevando consigo a su pequeña Emily, de un año de edad. Una vez allí, erguido frente a la ventana del despacho del secretario de Defensa Robert McNamara, sostuvo a su hija en brazos durante diez interminables minutos. Acto seguido la dejó cuidadosamente en el coche, se acercó —ya solo— al edificio, se roció de gasolina y se prendió fuego hasta la muerte.

Una semana más tarde, el joven activista del Movimiento Obrero Católico de Nueva York, Roger Allen LaPorte, de tan solo veintidós años, repetía idéntica actuación frente al edificio de Naciones Unidas. Murió al día siguiente.

1966 se convirtió, simultáneamente, en el año de la escalada en Vietnam, de la expansión del movimiento hippie y de la consolidación de las corrientes pacifistas. En febrero, cien veteranos de guerra se concentraban frente a la Casa Blanca para devolver sus medallas, en un acto sin precedentes; y en marzo las manifestaciones, huelgas, sentadas y marchas de protesta se multiplicaban por las principales capitales americanas y europeas. No obstante, seguían sin ser multitudinarias, y en Estados Unidos la mayoría de la población aun respaldaba la intervención de su país en el continente asiático.

Pero la realidad suele mostrarse tozuda. Las noticias sobre la guerra, arrojadas como amenazantes erupciones volcánicas por los principales diarios estadounidenses, junto a las espantosas imágenes que cada noche se colaban en la intimidad de los hogares americanos a través del televisor, fueron gradualmente minando los apoyos a la causa y decantando la balanza de la golpeada opinión pública. Ya no eran solo los terribles efectos del napalm sobre la piel, ni la destrucción de los humildes poblados vietnamitas, ni las junglas arrasadas, ni las horrorizadas miradas de los niños, ni las

brutales torturas, ni las hileras de cadáveres de civiles yaciendo en los caminos. No. Lo que más impresionó a la sociedad norteamericana fue el interminable reguero de ataúdes cubiertos con la bandera de las barras y las estrellas que, mudos e impasibles, llegaban a las bases militares para diseminarse por toda la nación.

Aún hay quien piensa que la guerra de Vietnam empezó a perderse en las páginas de los periódicos y en las pantallas del televisor. La opinión pública americana podía aceptar la guerra, pero le resultaba inasumible aceptar las bajas.

El gobierno de Vietnam del Norte era consciente de ello y se dispuso a jugar sus cartas en la partida de desgaste planteada por Estados Unidos. No se trataba tanto de golpear a las fuerzas aliadas como de erosionar la voluble y acomodada voluntad de la opinión pública estadounidense. Y a tenor de los resultados, la táctica funcionó. Así lo explicaba un soldado norvietnamita: «Se nos había dicho que masacráramos a tantos soldados imperialistas como pudiésemos, ya que si aumentaba el número de estadounidenses muertos, el pueblo estadounidense derrocaría a su gobierno». Hombre, tanto como derrocar… Pero la idea estaba clara.

Para Douglas Kinnard, jefe de análisis de operaciones entre 1966 y 1967, el conflicto se redujo a una mera situación de agotamiento. «Creo que siempre trabajábamos bajo el supuesto de que si seguíamos golpeando al enemigo con la fuerza suficiente, se rendiría. Todo se basaba en ese supuesto, que era totalmente falso. El enemigo no iba a rendirse, por más favorables que fueran nuestras estadísticas. La habíamos convertido en una guerra de voluntades, no de fuerza. El problema era que nosotros teníamos la fuerza, pero ellos tenían la voluntad»[8].

Lo primero que comenzó a cambiar en la sociedad estadounidense fue la percepción de la guerra entre las clases humildes, y muy especialmente en la población afroamericana. En plena lucha por los derechos civiles, muchos negros argumentaron que no tenían por qué combatir por un país que no respetaba sus derechos. Había sentimientos encontrados sobre la guerra; o sobre el papel que debían asumir en tales circunstancias. Algo difícil de dilucidar de la noche a la mañana.

1966 fue un año pródigo en noticias en Estados Unidos, pero una de las que más titulares acapararon fue la negativa del campeón del mundo de los pesos pesados Mohamed Alí de incorporarse al Ejército. Alí ya era todo un personaje en la época —por conseguir la medalla de oro para Estados Unidos en los Juegos Olímpicos de Roma de 1960 y por exhibir un palmarés deportivo extraordinario, además de por su estilo poco ortodoxo y su atípica personalidad—, pero su leyenda no dejaría de acrecentarse. Convertido al Islam en 1964, su objeción de conciencia por motivos religiosos fue finalmente rechazada por el mismo tribunal que lo declaró culpable de violar la ley de servicio militar obligatorio y lo condenó a cinco años de cárcel. Alí estalló ante los medios: «No ayudaré a nadie haciendo algo que no beneficia a los míos. Si tengo que morir que sea ahora, aquí, peleando contigo. Tú eres mi enemigo. Mi enemigo son los blancos, no el Vietcong ni los chinos ni los japoneses. Eres mi oponente cuando quiero libertad, cuando quiero justicia, cuando quiero igualdad. Quieres que vaya fuera a combatir, pero tú no eres capaz de protegerme en casa».

Tras la apelación ante los tribunales su condena fue revocada. Aun así se le despojó del título de campeón del mundo y no se le permitió la práctica del boxeo profesional.

Mohamed Alí fue ensalzado por unos —fundamentalmente por los suyos, que lo convirtieron en un héroe— y denostado por otros; pero solo unos años más tarde «eran ya muchos los estadounidenses que habían llegado a la conclusión de que su posición, en otro tiempo tan censurada, había sido profética»[9].

Como lo fueron las palabras del activista por los derechos civiles y Premio Nobel de la Paz Martin Luther King. El día 4 de abril de 1967, en la impresionante iglesia neogótica de Riverside de Nueva York y ante un auditorio de más de tres mil personas —muchas de las cuales habían conducido durante cinco horas solo para experimentar «aquella sensación y escuchar su voz», en palabras de una joven de Pensilvania—, King denunció: «Hace unos años parecía como si hubiera una verdadera promesa de esperanza para los pobres —tanto negros como blancos— mediante el programa contra la pobreza. Luego vino la escalada de Vietnam y este programa fue desmantelado, como si fuera un juguete político

ocioso de una sociedad enloquecida por la guerra. Y yo sabía que Estados Unidos nunca invertiría los fondos ni las energías necesarias en la rehabilitación de sus pobres mientras aventuras como Vietnam siguieran atrayendo hombres, capacidades y dinero».

Aquel largo y meditado discurso —que el propio King dio en llamar «Más allá del Vietnam: el momento de romper el silencio»— suscitó una agria polémica, incluso entre algunos de sus incondicionales, al criticar abiertamente la actitud de Estados Unidos en el conflicto. Por su parte, la prensa no escatimó en reproches. «Los hechos pueden ser duros, pero no justifican semejantes calumnias. No hay respuestas simples ni fáciles para la guerra de Vietnam ni para la injusticia racial en este país», subrayó en su editorial The New York Times. Contundente fue también el editorial de The Washington Post, al asegurar que el Premio Nobel había causado una grave herida a sus aliados naturales mermando su utilidad para su causa, su país y su pueblo. En una línea muy parecida, la revista Life lo acusó de traicionar a la causa por la que tanto había trabajado, y lo golpeó con el argumento de que «gran parte de su discurso era una calumnia demagógica que sonaba como un guion de Radio Hanói».

Sea como fuere, exactamente un año después de aquel discurso en el que rompía su silencio sobre Vietnam, el jueves 4 de abril de 1968 a las seis y un minuto de la tarde, Martin Luther King caía asesinado en la terraza de un hotel de Memphis; un hecho que desgarró a la comunidad afroamericana y desató una de las mayores olas de violencia jamás vividas en Estados Unidos. También la moral y la disciplina de los soldados negros que combatían en Vietnam se vieron notablemente afectadas.

Antes de llegar a ese nefasto y lúgubre día de la primavera de 1968 se desarrollaron, en palabras de Hastings, «dos guerras de Vietnam en paralelo». Una en Asia, intensa y cruel; otra, en el mismísimo corazón de Estados Unidos. Un clamor interior que poco a poco se fue convirtiendo en un auténtico movimiento de masas.

En Washington, cien mil personas se manifestaban el 21 de octubre de 1967 frente al monumento a Lincoln, en una histórica protesta que el director de cine Robert Zemeckis recrearía casi tres décadas más tarde en aquella imperecedera secuencia de Forrest

Gump en la que su protagonista —un soberbio Tom Hanks— corre gritando por el espejo de agua que se extiende a los pies del monumento al encuentro de su encantadora e incomprendida Jenny, quien a su vez corre hacia él, mientras la estridente megafonía del evento chirría en los oídos de los asistentes. Ese mismo día, en Virginia, alrededor de cincuenta mil personas —entre las que se encontraban varios colectivos de veteranos de Vietnam y de la Segunda Guerra Mundial— marchaban pacíficamente hacia el Pentágono, sede del Departamento de Defensa, cuando se vieron obstaculizados por miembros de la Guardia Nacional. A pesar de las llamadas a la calma la marcha se saldó con más de seiscientas detenciones. En ambos casos se trataba de las mayores manifestaciones contra la guerra desarrolladas hasta la fecha en suelo estadounidense.

Las protestas, contagiosas y no siempre pacíficas, llegaron a las principales capitales europeas: Londres, París, Berlín, Praga, Estocolmo… También se produjeron algaradas en poblaciones de menor entidad, aunque no con menos virulencia.

El movimiento pacifista se fue intensificando a medida que aumentaba la escalada bélica. El 15 de octubre de 1969 dos millones de estadounidenses —cifra récord— salían a las calles exigiendo un alto el fuego definitivo y el regreso de las tropas a casa. Un anhelo que aún tardaría en materializarse.

¿Cómo se vivió aquel clima en España mientras un puñado de compatriotas se jugaba la vida desplegando su confidencial misión humanitaria en la literal y figurada jungla vietnamita?

Pues de una forma muy diferente, claro.

El primer gesto público —o semipúblico—que se produjo en nuestro país contra la guerra de Vietnam fue la carta firmada y remitida por un grupo de escritores e intelectuales españoles a la embajada de Estados Unidos en Madrid el 30 de agosto de 1966; es decir, solo unos días antes de la partida del contingente militar español hacia Go Cong. En el escrito, personajes tan populares como el director de cine Juan Antonio Bardem, el poeta Blas de Otero,

escritores como Armando López Salinas o Alfonso Sastre; o, sorprendentemente, la duquesa de Medina Sidonia Isabel Álvarez de Toledo, pedían el cese de las hostilidades en Vietnam y —puestos a pedir— el desmantelamiento de las bases militares norteamericanas en suelo español.

Por supuesto ningún medio de comunicación aireó esta demanda. De hecho, resulta bastante complicado encontrar noticias en la prensa española de la época sobre actos de protesta organizados en España contra la guerra de Vietnam. Y si aparecían eran residuales y carentes de entidad. Por ejemplo: «Un grupo de estudiantes norteamericanos en Madrid, opuestos a la guerra de Vietnam», informaba el diario ABC en un artículo publicado el 19 de abril de 1967. Pero parecían buenos chicos. Tan solo querían recoger firmas, mostrar algunos datos y organizar un debate en la Universidad Central de Madrid (hoy Universidad Complutense) para exponer sus puntos de vista y escuchar los de otros. «Aunque mantengan posiciones diferentes a las nuestras», concluían los estudiantes.

Se cuenta que, unos meses antes, Franco había recibido en el Palacio del Pardo a un grupo de veteranos estadounidenses en el extranjero, y que cuando estos le pidieron su opinión sobre las protestas que tenían lugar en su país de origen, Franco —el mismo que había insinuado a Johnson que la guerra de Vietnam la tenía perdida— respondió: «No hay libertad sin sacrificio».

Era noviembre de 1966.

La prensa norteamericana no tardó en hacerse eco del asunto, elogiando las palabras de alguien «conocido fuera de España por su liderazgo anticomunista». Unas palabras que llegaban en un momento donde resultaba prácticamente imposible encontrar un solo país europeo —incluido España, aunque tanto la diplomacia como la censura no permitieran alardes expresivos— que fuera favorable a la presencia norteamericana en Vietnam. Por eso agradecen su compromiso; un compromiso, dicen, que va más allá de las palabras, que se materializa en el uso conjunto de un puñado de bases militares en suelo español y, sobre todo —resaltan—, en el envío de un equipo médico al foco del conflicto.

[1] Joseph L. Galloway y Harold G. Moore. Cuando éramos jóvenes… y soldados. P. 23

[2] ABC, sábado 10 de septiembre de 1966. P. 20.

[3] La Vanguardia Española, jueves 8 de septiembre de 1966. P. 15.

[4] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 447.

[5] Branfman desarrolló su labor en Laos entre 1967 y 1971, y desde allí criticó, cuando no directamente denunció, los bombardeos secretos estadounidenses sobre ese país.

[6] Christian G. Appy La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 315.

[7] Diem sería asesinado, tras un golpe de Estado, el 2 de noviembre de 1963.

[8] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 370.

[9] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 193.

17.

No solo civiles

«Los vietnamitas heridos no lloran, ni gimen ni se quejan. Sufren en silencio y con paciencia. Nunca he visto nada igual. Se te parte el corazón al verlos, al contemplar cómo mueren en silencio»[1].

Coronel Sidney Berry

EL MUCHACHO PERMANECÍA inexpresivo y mudo. Dos días después de su llegada al hospital nadie había conseguido arrancarle una sola palabra, como si el hecho de pertenecer al Vietcong llevase aparejada la trapense observancia del voto de silencio. Su semblante dejaba translucir una extraña combinación de miedo, rabia y frustración, pero también cautela. Con toda seguridad su mente se vería asaltada por las pavorosas imágenes de sus compañeros torturados por el enemigo. O por las advertencias acerca de las atrocidades que sufrirían en caso de caer prisioneros.

Y allí, precisamente, estaba él.

A decir verdad, el Vietcong tampoco se caracterizaba por cultivar la compasión budista, y el chico no podía dejar de pensar en los horrendos crímenes de los que había sido testigo, cometidos por los suyos. No había piedad con los sospechosos de colaborar con el «gobierno títere» de la República de Vietnam del Sur. Tampoco con los soldados survietnamitas capturados, con quienes se mostraban especialmente crueles; o con los propios soldados estadounidenses.

El día que lo trasladaron al hospital de Go Cong, esposado y malherido, Ramón se encargó de sus cuidados; de limpiar y sanar

unas heridas que distaban años luz de mostrar un buen aspecto. «Haz lo que puedas», le había dicho lacónicamente el doctor Lodman, de la Asociación Médica Americana, después de un primer examen. Y eso fue lo que hizo el español. Con dos curas diarias y una paciencia infinita consiguió salvarle la vida. Aunque el guerrillero tuviera que pagar el tributo de una de sus piernas.

La noche anterior a su llegada, Ramón apenas pudo conciliar el sueño. Las secuelas de una nueva refriega en las cercanas selvas del Mekong —la enésima de cuantas nublaban el arruinado paisaje vietnamita— lo habían dejado exhausto. Bombardeos, minas y fuego de mortero que no siempre discriminan a sus víctimas. En Vietnam, los daños colaterales eran tan habituales como la desnutrición o las enfermedades tropicales. O como los casos de corrupción.

Ese día, en torno a las diez, mientras se desvanecían las últimas luces del crepúsculo, el enfermero Nguyen Minh Chau se había presentado en la residencia de los españoles reclamando la presencia de los cirujanos. Varios heridos se arremolinaban en los pasillos del hospital. El jeep, diligente y solícito, trasladó al capitán Linares y al brigada Terán antes incluso de que estos consiguieran cartografiar el mapa de situación.

Decía Ramón que en circunstancias como aquella relegaba cualquier pensamiento superfluo y consagraba el tiempo a sus múltiples e inaplazables cometidos: desde limpiar y remendar heridas, recomponer miembros o entablillar fracturas hasta disponer al paciente para la intervención quirúrgica. Las cavidades, sin embargo, eran cosa de Linares. Cirugía mayor. El subteniente Francisco Pérez se afanaba, como de costumbre, en su labor anestesista.

Esa noche Ramón volvió a poner en práctica uno de los tratamientos de cirugía menor con anestesia local que mejor conocía: la técnica Friedrich, consistente en cortar y eliminar los tejidos necrosados para posteriormente refrescar sus bordes sin contaminar los tejidos sanos. Era algo muy común en las heridas de guerra, que presentaban multitud de restos y esfacelos que debían ser saneados antes de una intervención mayor. Por cierto, solo había un factor que igualara en número las visitas al quirófano: los

accidentes de motocicleta, incontables en un país atestado de Lambrettas e invadido por la indolencia y la velocidad. A veces la velocidad es la mejor manera de no llegar a tiempo a ninguna parte. Excepto al hospital.

Aquel silente joven sospechoso de pertenecer al Vietcong ingresó en el hospital con una pierna fracturada y, lo que es peor, con una galopante gangrena. Su rostro era el reflejo de la devastación: piel descolorida, labios níveos y fríos, mirada mortecina. Los días transcurridos en la selva, herido y obligado a arrastrarse en un ambiente húmedo e infestado de mosquitos, resultaron determinantes. Fatídicos. Al ser capturado, la fiebre lo consumía. «Haz lo que puedas», había despachado Lodman, consciente de la situación. Los tejidos, ennegrecidos y supurantes, desprendían un hedor insoportable.

A pesar de todo, Michael Herr decía que en determinadas circunstancias caer prisionero era lo mejor que te podía ocurrir. En cierta ocasión, un prisionero vietnamita confesó a sus captores que los B-52 habían acabado con el setenta y cinco por ciento de su regimiento, y que los supervivientes se morían de hambre. «Daba la impresión de que agradecía su captura. Un oficial norteamericano que presenció el interrogatorio dijo que en realidad el muchacho no debía tener más de diecisiete o dieciocho años. De todos modos, no recuerdo a nadie, oficial o soldado, que no se conmoviese al ver a los prisioneros, pues te hacían pensar de inmediato en lo que debían haber sufrido y soportado aquel invierno», escribió Herr.

Ramón, provisto de análogas dosis de determinación y humanidad —además de una triste mascarilla que apenas conseguía aplacar los efluvios de la viscosa pus—, eliminó los tejidos putrefactos y limpió el desgarro lo mejor que pudo (acumulaba pericia y escuela a marchas forzadas, a veces más de la que podía asimilar; y por supuesto más de la que hubiese atesorado en cualquier otra situación. La experiencia resultaba sumamente enriquecedora, y a pesar de los múltiples sinsabores, al menos alimentaba la esperanza de estar haciendo algo bueno por los demás).

Una vez saneada la zona afectada, aplicó antibióticos —especialmente tetraciclina— tanto en la herida, directamente, como

por vía intravenosa; y una gran cantidad de analgésicos. Durante días se esforzó por revertir la situación de aquel muchacho, causándole, con las curas que sistemáticamente abordaba cada mañana y al final de la tarde, un dolor inhumano pero necesario; un sufrimiento que tan solo advertía en su mirada. «Desconozco si era dolor o era odio lo que transmitían sus ojos, pero mi único propósito era salvarle la vida. Da igual que fuera un vietcong», puntualizaba Ramón el día que abordamos este asunto. Finalmente, la expansión de la destrucción tisular comenzó a ser tan severa que fue necesaria la amputación de la pierna. Un miembro a cambio de su propia vida.

No era ningún secreto la presencia de sospechosos de pertenecer al Vietcong entre los hospitalizados, aunque no todos llegasen custodiados ni subsistieran esposados a los barrotes de una cama. Es cierto que la mayoría de los pacientes eran civiles, pobres y hastiados de una guerra infinita; pero algunos no tenían reparos en reconocer su condición de guerrilleros. Postrera altivez.

Ramón reconstruye el modo en que los insurgentes utilizaban Go Cong como lugar de paso y descanso: «Durante el día podías cruzarte con ellos y no levantar la más mínima sospecha. Unos ciudadanos más de aquel país, con su tarjeta de identificación y sus quehaceres cotidianos; pero al caer la noche se convertían en zorros y coyotes. Vestían el pijama negro, se juntaban media docena, cargaban con la base y el tubo de un mortero, hacían alguna fechoría por la zona y luego desaparecían. Guerra de guerrillas, lo llaman. ¿Quién iba a vencer a un enemigo de esa naturaleza?». Y a renglón seguido precisa: «Hablo de enemigos sobre el papel, porque para nosotros no había amigos ni enemigos, solo pacientes. Fuimos allí con una misión muy concreta: mitigar el dolor y combatir la muerte. Y eso fue lo que hicimos».

Hay cosas que no suelen pasar desapercibidas. Actuar con profesionalidad y no discriminar entre buenos y malos, o entre nosotros y vosotros —misión no siempre sencilla y escasas veces valorada—, les acabaría granjeando el respeto, y hasta la simpatía, de los habitantes de Go Cong. No olvidemos que buena parte de esa gente ayudaba o colaboraba con el Vietcong, ya fuera de buen grado o atenazada por el miedo; algo propio de cualquier conflicto.

Hubo situaciones muy llamativas. En cierta ocasión, tras un ataque estadounidense a una aldea cercana, varios guerrilleros resultaron heridos. Dado que no disponían de medicamentos y de que tampoco resultaba muy heroico arriesgarse a abandonar la jungla en tales circunstancias, una joven lugareña se hirió a sí misma para poder conseguirlos y hacérselos llegar. Los españoles estaban al tanto de esos tejemanejes —siempre preferibles al mercado negro—, o cuanto menos lo intuían, pero no figuraba en su código ético de conducta negarse a proporcionar remedio a quienes lo necesitaban; o a juzgar la actuación de alguien que exponía su vida para salvar la de sus semejantes. En un mundo de locos a veces se agradecen ciertos detalles.

En el hospital, los sospechosos de pertenecer al Vietcong permanecían postrados, solos, en silencio, esperando su turno para ser atendidos. Su estoicismo resultaba abrumador, propio de quien repentinamente se descubre en un extraño e inesperado remanso de paz, por mucho que las heridas y la incertidumbre les atenazara el corazón. Por otro lado, intentar mantener una conversación con ellos resultaba tan complicado como dialogar con un cocotero.

La prudencia les obligaba a no dejarse acompañar por familiares, por comprometido que fuera su estado de salud. Pero no siempre era así. Un día, el hermano de un vietcong apareció sentado junto a su cama. El chico era ciego y no le preocupaba que lo vincularan con la guerrilla. Desde su nacimiento siempre se sintió inmune a las miradas de los demás, no tanto a sus silencios. Día tras día llegaba al hospital, se acercaba hasta el jergón de su hermano y se sentaba junto a él, espalda con espalda. Hablaban en voz baja, a veces lloraban. El alma también necesita de bálsamos purificadores.

Para el resto de los hospitalizados la situación era diferente. Los militares españoles comentaron al escritor José María Gironella, de visita en el hospital, que los allegados insistían en permanecer junto a los enfermos. «Tenemos que echarlos para que nos dejen trabajar. Creen que podemos curarlo todo, y por desgracia no es así. Aquel viejo, por ejemplo, morirá esta noche. Lo sabe y está contento. Dice que es su hora y que por fin la guerra terminará para él»[2].

Las minas causaban estragos y se convertían en trampas

mortales. No eran las únicas. Había trampas a cada paso, cada cual más retorcida y cruel. El Vietcong había convertido la jungla en un espeluznante laboratorio de pruebas. Los soldados estadounidenses que se internaban en aquel laberinto debían soportar un estrés muy superior al de cualquier pesadilla. En todo caso, los métodos de unos y otros ofrecían un macabro aspecto en común: el desprecio por la vida del enemigo. En su día el ensayista francés Jacques Lacarrière planteó que la línea divisoria entre la barbarie y la civilización nunca es una frontera geográfica entre países, sino una frontera moral dentro de cada pueblo; incluso dentro de cada individuo.

Las minas no iban dirigidas específicamente a la población civil, pero estaban allí y cualquiera podía pisarlas. O estallar mientras las manipulaban. La seca detonación provocaba amputaciones, cuerpos quebrados, órganos internos destrozados. En ocasiones, la muerte no era el peor desenlace.

Una noche, bien entrada la madrugada, varias personas acarrearon el cuerpo de una mujer hasta las dependencias del hospital. Uno de los médicos españoles de guardia les abrió paso hasta el quirófano. Según dijeron, se trataba de una campesina que había pisado accidentalmente una mina mientras trabajaba en el campo. ¿Quién trabaja en el campo de madrugada? Se pregunta el doctor, una noche sin luna y sin amparo, con hombres armados merodeando por la zona. Ya había oído hablar de este tipo de situaciones. Neófitos aspirantes a guerrillero a quien les estalla el artefacto que están manipulando. «Recuerdo que al cogerla de pies y brazos para pasarla a la mesa de operaciones me quedé con una de sus piernas en la mano. Naturalmente, murió pronto»[3], recordaría años más tarde el oficial.

Ramón Gutiérrez de Terán fue testigo de un incidente similar, si bien con distinto pronóstico y extraño desenlace. Se trataba de una joven simpatizante del Vietcong que resultó herida mientras preparaba una emboscada contra soldados survietnamitas. Lógicamente ingresó en el hospital como un lamentable caso de daño colateral, si bien los sanitarios españoles estaban al tanto del asunto. El capitán Linares se hizo cargo de ella y acometió una delicada reconstrucción ósea a base de pequeños muelles metálicos

encargados de unir las esquirlas intactas de los huesos dañados; conectores que gradualmente se iban cubriendo de masa muscular mejorando su funcionalidad. Día a día, con los cuidados expertos que Ramón practicaba sobre las heridas, siempre bajo la supervisión de Linares, la chica fue mejorando. Una mañana fueron a visitarla. Para sorpresa de ambos, la cama estaba ocupada por otro paciente.

—¿Dónde está la chica? —Inquirió desconcertado Linares. Después del esfuerzo y la minuciosidad de su trabajo, el oficial médico se encontraba realmente contrariado.

—Évadée, évadée —fue lo único que alcanzó a pronunciar con una risita condescendiente la enfermera vietnamita de sala.

Al parecer, dos días antes, Linares había comentado con un periodista español el caso de la joven. Y en lugares donde las paredes oyen —sin importar el idioma ni el volumen de las conversaciones—, sus palabras no debieron dejar indiferente a alguien. La noche de autos soldados survietnamitas se presentaron en el hospital y se llevaron a la chica. Días después correría el rumor de que había sido ejecutada.

Decir que otros prisioneros corrieron mejor suerte no es especular con la verdad, aunque como todo en la vida siempre hay matices.

En su visita a Go Cong, el escritor José María Gironella conoció a un joven vietcong que había perdido un brazo. Describe en sus crónicas el «miedo cerval» del muchacho durante sus primeros días en el hospital, su convencimiento de que aquellos extranjeros de bata blanca lo matarían con una inyección. Con el tiempo fue adquiriendo confianza, hasta dejar aparcados sus recelos y comenzar a reflexionar sobre su incierto futuro (futuro es un término difícil de conjugar en labios de los desheredados de la Tierra). Confesó al periodista que solo pretendía contribuir a liberar a su país de las garras del imperialismo americano, pero que tenía familia, que ya había pagado un alto precio por su osadía y que no deseaba seguir luchando. «Si pudiera desertaría a otro país junto a mis padres y hermanas, porque estoy harto de la sangre y el napalm».

Para chicos como él, lo más parecido a la deserción era acogerse al programa Chiêu Hôi (Brazos Abiertos), una iniciativa del gobierno de Vietnam del Sur que pretendía despojar de efectivos al Vietcong para reintegrarlos a la sociedad. Durante la guerra de Vietnam poco más de cien mil guerrilleros se acogieron al programa. Una cifra muy reducida a tenor de los millones de hombres y mujeres potencialmente convertibles.

Y lo cierto es que había tantas razones para hacerlo como —casi aún más— para no hacerlo. La propia supervivencia, por ejemplo.

Una soleada tarde de primavera Ramón coincidió en el mercado de Go Cong con el joven y prudente guerrillero al que unos meses antes había contribuido a salvar la vida («Haz lo que puedas», le había conminado Lodman). El afortunado excombatiente gozaba de una nueva identidad y disfrutaba de lo más parecido a una nueva pierna. Y no podía desvincularse lo uno de lo otro. Había conseguido la prótesis después de acogerse al programa Brazos Abiertos —imposible adivinar con qué entusiasmo — y reincorporarse a la maltrecha sociedad civil. Al menos en apariencia se mostraba feliz —de momento nadie le pasaba factura por su arriesgada decisión—, y con gestos y aspavientos se esforzaba por mostrar a su impensado salvador la destreza con que manejaba su nueva y flamante extremidad.

Los españoles eran conocedores de la existencia en Saigón de un centro de atención y formación para mutilados de guerra inaugurado pocos meses antes de su llegada a Vietnam. Se trataba de un modesto complejo integrado por pabellones de una sola planta con techumbre de uralita cuya misión consistía en reeducar físicamente a los lisiados del conflicto, así como a orientarles profesionalmente. Por desgracia apenas contaba con una exigua subvención del gobierno survietnamita y una eventual e insuficiente ayuda norteamericana —también por desgracia las naciones en guerra no suelen prodigarse en la atención a sus mutilados—. Tanto es así que aquellas pobres gentes se afanaban en la fabricación de sus propias prótesis en un concienzudo y artesanal trabajo de ebanistería que venía a cubrir dos de sus necesidades más básicas: movilidad y sustento. Es cierto que en ocasiones recibían material

remanente de Estados Unidos: equipos ortopédicos modernos, de primera calidad, técnicamente impecables y perfectamente aptos —he ahí el problema— para los corpulentos y atléticos soldados norteamericanos, pero no para los menudos y escuálidos vietnamitas. No obstante, la abnegación de los responsables y trabajadores del centro y el imperturbable estoicismo de los internos —apenas un centenar— hacían posible su precaria existencia.

El joven Lành era uno de ellos. Durante el día se ejercitaba sin descanso en la sección de tornería con la esperanza de desempeñar este oficio en alguno de los numerosos talleres diseminados por la ciudad. O en el suyo propio. Y soñar con formar una familia —niños correteando en el interior del humilde taller— una vez que la guerra hubiese desaparecido completamente de su vida.

De la de todos.

Soñar es el primer peldaño para que los desheredados de la Tierra alcancen la cima de su futuro.

[1] Citado en Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975, P. 228.

[2] José M. Gironella. En Asia se muere bajo las estrellas. P. 100

[3] Citado en J. Luis Rodríguez Jiménez. Salvando vidas en el delta del Mekong. La primera misión en el exterior de la sanidad militar española (Vietnam del Sur 1966-1971). P. 189.

18.

Medicina ambulante

«Quieren arroz. No quieren que los maten. Quieren que todos los días sean iguales. No quieren ver nuestras caras blancas por todas partes para hacerles creer que desean esto y aquello»[1].

A SUS OCHENTA Y CINCO AÑOS Ramón Gutiérrez de Terán atesora un buen puñado de recuerdos asombrosos. E imborrables. Es admirable comprobar cómo las imágenes de su aventura en el sudeste asiático hace más de cinco décadas acuden a su mente cual flases de una premier cinematográfica (nadie sabe por cuánto tiempo, por eso me siento un privilegiado al poder conversar —después de años topándome con esa controvertida y en ocasiones delirante imagen del veterano de guerra plasmada en la ficción— con un auténtico Veterano de Vietnam. «No soy ningún Rambo», bromea Ramón para quitarse importancia).

No obstante, en ocasiones resulta caótico mantener una conversación mínimamente estructurada con él. ¡Esos flases! Un día, entre bromas —para Ramón el humor es algo consustancial a su espontánea personalidad—, le insinúo que no nos vendría mal disponer de una especie de buffer en nuestro cerebro, ese dispositivo de memoria que tienen instalado los equipos informáticos para almacenar temporalmente la información mientras esta espera a ser procesada, o enviada hacia un dispositivo externo.

Bromas aparte —e intentando reconducir por enésima vez la conversación—, el día que abordamos el asunto de los desplazamientos que debían afrontar los sanitarios españoles al corazón de la provincia de Go Cong con el fin de acercar la medicina a los rincones más inaccesibles de la jungla, a las peligrosas y recónditas aldeas del interior, recordó, quizá para

relativizar los riesgos, un violento episodio del que había sido testigo. Y no precisamente en las entrañas de la selva. «Podía resultar más arriesgado estar tomando una cerveza en un bar de Saigón que visitar aquellas aldeas» —sentencia Ramón convencido —. «Veíamos, de lejos, a los bombarderos B-52 lanzando aquellos descomunales proyectiles como si de una película se tratara, pero no percibías un peligro real e inminente. Un día, sin embargo, paseando en bicitaxi por las calles de Saigón, un revuelo hizo frenar al conductor. Bajé y me acerqué hasta el lugar donde un grupo de personas discutía acaloradamente. Al parecer, un jeep americano se había visto envuelto en un atropello. En ese momento contemplé estupefacto cómo un vietnamita sacaba un estilete y le sesgaba el ojo a un oficial estadounidense. Acciones de este tipo, o atentados terroristas con explosivos, formaban parte del paisaje cotidiano de la capital».

Lo de dotar de cobertura sanitaria a las zonas más apartadas y deprimidas de Vietnam del Sur —y por tanto más sensibles a la propaganda e influencia del Vietcong— surgió en junio de 1965 de la mano del Programa de Acción Combinada puesta en marcha por la Marina estadounidense. Se trataba de ganar adeptos entre la población rural, restando apoyos a los grupos guerrilleros y contribuyendo así a la pacificación del país. El impulsor de este programa fue el teniente general Lewis W. Walt, un tipo risueño de franca mirada, veterano de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea, que supo interpretar a la perfección la excepcionalidad que planteaba el conflicto vietnamita. Opuesto a la estrategia de «Búsqueda y destrucción» del general Westmoreland, Walt escribió un Manual para guerras pequeñas donde abordaba sin tapujos la necesidad de ganarse los corazones y las mentes de la población local para imponerse sobre el enemigo. El manual introducía dos novedosos programas. Uno bautizado pomposamente con el mitológico nombre de «Vellocino de Oro», y otro con el del tan cacareado principio de «Justicia Universal». La estrategia consistía en dificultar el acercamiento —físico e intelectual— del Vietcong a las pequeñas aldeas con el fin de facilitar que el gobierno survietnamita impusiera su autoridad, y se materializó con la creación de Compañías de Acción Combinada listas para acometer programas de apoyo individualizado y cobertura médica a los ciudadanos.

Doce meses después de su puesta en marcha, con Vietnam convertido en un excéntrico campo de batalla, el equipo médico español comenzaba a participar en estas misiones aportando su humanitario granito de arena, tanto en el hospital provincial de Go Cong como, ahora, en las aldeas que le habían sido asignadas.

Todo pasaba, en un primer momento, por ganarse la confianza de los campesinos; tarea nada fácil. En ocasiones anteriores la aparición de soldados estadounidenses o de guerrilleros del Vietcong en estos poblados había supuesto su destrucción. Ahora, como si de un reflejo condicionado se tratara, la llegada de cualquier contingente —por nobles que fueran sus intenciones— impregnaba de miedo y desconfianza a sus habitantes.

En la literatura sobre la guerra de Vietnam no abundan los testimonios de primera mano acerca de estos programas —ensombrecidos por episodios más absorbentes y espectaculares—, pero resulta muy interesante conocer el punto de vista estadounidense a través de la experiencia personal del teniente médico John Parrish, que nos ilustra con su particular estilo en la obra Un médico en Vietnam.

La historia —su historia— comienza cuando recibe la orden de participar en un Programa de Acción Combinada por parte de un superior, cuya opinión al respecto no debería pasarnos desapercibida:

—Me gustaría que a partir de la próxima semana se encargase de un programa MEDCAP (Programa de Asistencia Sanitaria). Lo tenemos en funcionamiento desde hace meses, pero no está bien organizado.

—¿Qué tengo que hacer?

—Bueno, es fácil. Los soldados van por delante para garantizar la seguridad de la aldea y, mientras ellos montan guardia, llega usted y organiza una consulta para la población, una atención general durante un día. Antes de la puesta de sol abandona la aldea y regresa a Phu Bai. Hay que hacer un MEDCAP todos los sábados,

y cada semana en una aldea diferente. El servicio de información le dirá dónde ha de ir cada vez. No se puede hacer mucho por una aldea en un solo día, pero el mando desea informar a Washington de nuestros grandes esfuerzos por ayudar a la población.

—Curando sus enfermedades ganaremos sus corazones y sus mentes. Y espero que no me maten mientras lo hago.

[…]

A la mañana siguiente nos pusimos en camino hacia una aldea amiga, según los informes. Aunque me parecía una estupidez llevar un pelotón de soldados como protección, había oído tantas historias sobre miembros del Vietcong que se hacían pasar por amigos, que dejé que los infantes bajaran del camión y entraran delante [...] Entre las desperdigadas casas de techo de bambú había unas cien personas, mujeres y niños, contemplando cada uno de nuestros movimientos. Algunos niños se acercaron corriendo a los soldados pidiendo comida. El sargento al mando de los infantes estaba gritando a sus hombres que mantuviesen su formación. «Manteneos alejados de las cabañas y no hagáis proposiciones a las mujeres. Conservad siempre el arma en la mano con el cargador metido, pero con el seguro puesto».

Pensé para mis adentros que si alguno de los presentes hablaba nuestro idioma, ya no había nada que hacer: habíamos perdido sus mentes y sus corazones[2].

Ramón recuerda un verano en que las temperaturas sobrepasaban los cuarenta y cinco grados centígrados, con una humedad relativa del 85 %. Las enfermedades se multiplicaban y la malaria, en particular, causaba estragos en la población. Sobre todo entre los más débiles.

Hacía semanas que los sanitarios españoles venían efectuando sus particulares incursiones a las aldeas «amigas». En el informe emitido por el capitán Vázquez Labourdette el 17 de noviembre de 1966, el oficial de Intendencia ya dejaba constancia de ello. Dice que debían atravesar zonas de influencia enemiga, y que era en esas

visitas donde los equipos médicos extranjeros sufrían un mayor número de bajas. Pero también señala la necesidad de acometer estos programas «porque la mayor parte de la población vive en el campo» y, por qué no decirlo, por su eficaz efecto propagandístico.

Durante el año 1967, y aún después, los desplazamientos a los cuatro distritos de la provincia de Go Cong —Hoa Binh, Hoa Dong, Bin Thang y Hoa Lao— fueron constantes, si bien solo relativamente fructíferos desde el punto de vista sanitario, por mucho que al jefe de la misión, comandante García Granados, las salidas le parecieran «interesantes y efectivas». Y es que como en su momento le apuntaran al teniente Parrish: «No se puede hacer mucho por una aldea en un solo día».

El capitán Francisco Faúndez y el brigada Ramón Gutiérrez de Terán —después vendrían otros— fueron los pioneros en aquello de jugarse la piel viajando en jeep por caminos infestados de minas, salteadores y vietcong, tratando de inyectar imperceptibles dosis de bienestar a los habitantes de las casas de bambú. En ocasiones, cuando las carreteras eran impracticables o la cordura aconsejaba no transitar por ellas, lo hacían navegando por los selváticos y no menos aventurados afluentes del Mekong; algo que recordaba, salvando las distancias, a aquella otra temeraria travesía en lancha hacia el interior de la jungla, río arriba, del capitán Willard a la caza y captura del enajenado coronel Kurtz en el genuino y abrasivo filme Apocalypse Now.

Solo las noticias de actividad guerrillera en la zona podían dar al traste con las voluntariosas y efímeras visitas.

En caso contrario se culminaba el plan establecido. A veces había suerte y los norteamericanos limpiaban las carreteras de minas antes de cada desplazamiento. No era algo sistemático: si se hacía, bien, y si no, se viajaba igualmente. A partir de cierto momento la seguridad de los MEDCAP se convirtió en un auténtico acto de fe: les decían que las pistas estaban despejadas y, acto seguido, el equipo salía sin mayores contratiempos. Era más que suficiente. ¿Acaso iban a negarse? A diferencia de lo que hoy ocurre, en las guerras de nuestros abuelos todavía era asumible un número moderado de bajas. Antes, en la de nuestros bisabuelos, la moderación brillaba por su ausencia.

Por fortuna no hubo que lamentar una sola baja entre los sanitarios españoles. Y eso que aquellas salidas nunca fueron, ni por asomo, un picnic de fin de semana.

Al amanecer —único momento del día en que la temperatura concedía un eventual respiro— el equipo estaba listo para la partida. Había que aprovechar las horas de luz y las dudas no ayudaban a ser más eficaces ni a disipar los temores. Una hora antes se revisaba el material y se cercioraban de que todo estaba en su sitio. Vendas, tijeras, yodo, goteros, morfina, tabletas de sal, albúmina, antisépticos, antibióticos, analgésicos, antivirales. Miles de pastillas de colores suministradas por el MACV estadounidense, depositarias de un raudal de principios activos. Objeto de deseo de los comandos guerrilleros.

Las armas —que los españoles solo portaron en los primeros desplazamientos o cuando las cosas se torcieron tras la ofensiva del Tet de 1968— ocultas y únicamente dispuestas para situaciones excepcionales. Si acaso. Su seguridad, no obstante, dependía de los soldados survietnamitas o de las milicias locales, siempre que unos u otros no anduvieran enredados en imprecisos menesteres.

Ese día, un vehículo de escolta abría la breve comitiva. Detrás, y a cierta distancia, el jeep en el que viajaban Faúndez y Terán —acompañados por el conductor vietnamita— trataba de esquivar las dentelladas de las explosiones.

A veces les hacía sentir culpables el hecho de pensar que si el primer vehículo era atacado o pisaba una mina, ellos tendrían alguna posibilidad de salvarse. La retaguardia era otra cuestión para tener en cuenta. Por eso si un tercer vehículo cerraba la comitiva la percepción de seguridad subía tantos enteros como una jornada propicia en la Bolsa de Nueva York. Aun así, Faúndez admitiría años más tarde que con temperaturas superiores a los cuarenta grados centígrados y una atmósfera tan irreal como húmeda y asfixiante, la sensación de peligro se desvanecía antes de lo que tardaba en evaporarse una gota de agua en el capó. De hecho, idénticas situaciones podían provocar desiguales interpretaciones. Un campesino con su azada, hundido hasta las rodillas en el arrozal,

podía estar sembrando o acechando. Alzar su mano para saludar o para arrojar una granada.

Una vez en la aldea, Ramón se percató de la testimonial presencia de apenas una docena de varones tocados con sombreros cónicos. Se trataba en su mayoría de viejos escuálidos y desdentados, rostro barbado y mirada perdida. El resto, no más de tres o cuatro jóvenes uniformados, pertenecían a la milicia local destinada a la defensa de la aldea. O sea, la forma más absurda de jugarse el pescuezo.

¿Dónde estaban los hombres? La mayoría, muertos; o huidos; o reclutados a la fuerza por cualquiera de las partes en conflicto. Sobrevivir significaba no llamar la atención, manejarse con prudencia, no contrariar a los norteamericanos, colaborar discretamente con el Vietcong, mostrarse amable con quien se dejara caer por allí o, mejor aún, hacerse invisible.

El panorama no podía pintar peor para los humildes y desprotegidos aldeanos, siempre al albur de las exigencias de los combatientes. En este sentido abundan los estremecedores testimonios de las atrocidades cometidas por unos y otros.

«El terror del Vietcong era incesante», escribe Max Hasting, que refiere dos situaciones: «El asesor Mike Sutton bajó de un Huey en un poblado del delta donde encontraron una figura inerte colgada de cuerdas amarradas a un árbol; era el jefe del pueblo, al que habían destripado durante la noche. A la esposa la habían asesinado sin tanto arte, al hijo lo habían castrado». Y otra similar: «La señorita Anh, mecanógrafa del cuartel general del distrito vecino, fue asaltada durante la noche en la casa de sus padres. Le dieron un culatazo en la cabeza, con un fusil, y mataron a su hermano a puñaladas porque la joven se negó a colaborar con un ataque contra el complejo de los asesores estadounidenses»[3].

Pero si los norteamericanos detectaban el mínimo atisbo de colaboración con el Vietcong, su intempestiva respuesta tampoco se hacía esperar —la espantosa masacre de My Lai, a la que se aludirá más tarde, será un punto de inflexión—. Volviendo a Max Hasting: «Los soldados aprendieron a odiar a los habitantes de los poblados próximos a la localización de emboscadas que causaban muertes o

mutilaciones, porque aquellos hombres y mujeres de rostro inexpresivo por fuerza tenían que conocer a los perpetradores, saber dónde se habían ocultado hasta las primeras horas de la mañana, uno de los horarios favoritos para asesinar a los estadounidenses»[4]. El cine —Platoon, por ejemplo— se ha encargado de mostrarnos con habilidosa crudeza el resto de la escena. Allí, en los aislados poblados.

¿Podía sorprender a Ramón la ausencia de jóvenes varones, la reticencia de los ancianos, el miedo reflejado en el rostro de las mujeres, la inocente desconfianza de los niños?

No, no podía.

Desplegar el trabajo que los había llevado hasta allí sin hacer preguntas improcedentes —y por tanto innecesarias— era el mejor modo de salvar la frontera invisible que separaba a españoles y vietnamitas. Médicos y pacientes.

Con el tiempo aquellas gentes esperarían ansiosamente la presencia de los españoles, como el náufrago que anhela el avistamiento de un barco, pero no siempre fue así. En las primeras visitas los nativos se mostraban cautos, inseguros, incluso displicentes con los sanitarios españoles, espectros ajenos a su cotidianidad. El reparto de chocolatinas y pastillas de jabón no fue, después de todo, la peor manera de romper el hielo.

Primero fueron los niños. Y no porque estos mostraran mayor curiosidad, que también. Las angustiadas madres consentían el examen a sus pequeños, sobre todo a quienes exhibían síntomas más ostensibles: hígado o bazo hipertrofiado, fiebre elevada, diarrea, debilidad extrema. Enfermedades como la malaria o la tuberculosis provocaban una gran mortandad y los recursos eran siempre insuficientes. Lo era en las ciudades y se hacía mucho más evidente en el campo. Los programas de vacunación infantil contra estas y otras enfermedades se antojaban imprescindibles, pero no siempre llegaban a tiempo. Ni a todos sus potenciales destinatarios.

Más allá de las carencias inherentes a la misión, a los españoles no les resultaba sencillo pasar consulta, practicar curas, aleccionar sobre medidas higiénicas o realizar intervenciones de cirugía menor

—además de hacerse entender— en tan poco tiempo y con tan escasos medios. Cuando se querían dar cuenta, las colas eran interminables.

Los ancianos, prematuramente envejecidos, se quejaban de dolores en el pecho o en la espalda. La mayoría padecía artrosis, artritis reumatoide u otras dolencias producto de una vida de trabajo y sacrificio. A ellos lo más expeditivo y eficaz era proveerles de un buen surtido de pastillas, invariablemente bien recibidas y con un indudable valor terapéutico, más allá del a veces infravalorado efecto placebo.

Es sorprendente la respuesta que generaba aquel munífico reparto de medicamentos. Para Ramón Gutiérrez de Terán se convertía en algo que transitaba entre lo especulativo, lo humanitario y lo acaparador. Intuía el destino de muchas de aquellas milagrosas sustancias, pero sería absurdo pensar que el menesteroso y omnipresente Vietcong iba a repudiar semejante caja de bombones.

El teniente Parrish lo explicaba de una manera muy gráfica: «La mayoría de los síntomas parecían inventados sobre la marcha y con frecuencia eran los mismos que los del inmediato predecesor en la cola. Si parecía que su dolencia no me gustaba, inventaban otra […] a cada uno de ellos le dábamos unas pocas aspirinas y pronto dejé de examinar uno a uno según entraban. Muchos de ellos volvían a la cola para entrar una segunda vez». Y resuelve: «La mayor parte de las pastillas las venderán, incluso al Vietcong, o las envolverán en un paño y las conservarán eternamente. O se las tomarán de golpe y se pondrán enfermos […] Lo único que hacemos es entretenerles un rato […] Podemos ayudarlos, en primer lugar y sobre todo, no estando aquí»[5].

Sin duda habría matices entre el punto de vista estadounidense y español —en cuanto a la noción de entretenimiento, por ejemplo —, pero entre los vietnamitas los matices se diluirían tan pronto como quedaran —una vez más— abandonados a su suerte. Expuestos a su drama cotidiano.

Al cabo de unas horas, de regreso en el hospital, los españoles experimentarían sensaciones contrapuestas. Por un lado, serían

conscientes de haber hecho lo humanamente posible por salvar alguna vida. Y sin duda lo habrían conseguido. Alguna. Por otro lado, sería inevitable hacerse ciertas preguntas. Porque más allá de cubrir un expediente, o de cumplir unas órdenes, ¿disponían realmente de los medios e infraestructuras necesarias para abordar los problemas reales de aquella gente, allí, en medio de la jungla, jugándose el pellejo? ¿Servía de algo?

En uno de esos desplazamientos, cuando el equipo médico regresaba al hospital de Go Cong sin escolta y con la noche pisándoles los talones, una partida de hombres armados —pijama negro, sombrero cónico, sandalias de caucho y fusiles AK47— les detuvo. Uno de ellos les reconoció e informó al resto de que se trataba de los Bác si Tây Ban Nha, los médicos españoles. Sin duda, le vino entonces a la mente la figura del padre o de la hermana o del compañero atendido por esos sanitarios con respeto y generosidad; del maná de medicamentos que parecía lloverles del cielo gracias a su desprendida labor; de la necesaria presencia de esos extranjeros sin aparentes malas intenciones.

Durante cinco largos años los sanitarios militares españoles siguieron recorriendo aquellos desamparados distritos dispensando su ayuda y colaboración. Sin hacer preguntas estúpidas.

Hoy, al volver la vista atrás y pensar en la locura de adentrarse en jeep en aquel Territorio Comanche[6], percibo en Ramón algo parecido a una explicación: aquello solo formaba parte de la descomunal aventura que vivieron.

«Y sobrevivimos a ella», concluye.

[1] Graham Greene. El americano impasible. P. 112.

[2] John Parrish. Un médico en Vietnam. Págs. 12 y 14.

[3] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975, P. 332.

[4] Ibid. P. 309.

[5] John Parrish. Un médico en Vietnam. Págs. 16.

[6] Arturo Pérez-Reverte, en su etapa como corresponsal de guerra, definió Territorio Comanche como «el lugar donde el instinto dice que pares el coche y des media vuelta».

19.

Estrellas de Hollywood

«Resulta fácil mostrarse cínico con los espectáculos anuales de Bob Hope en las Navidades vietnamitas, o con las visitas de otras estrellas de Hollywood a la zona de guerra; pero los hombres de servicio adoraban cada minuto de su estancia»[1].

A MEDIADOS DE FEBRERO de 1954, una alegre e insinuante Marilyn Monroe en el cenit de su carrera cinematográfica actuaba en vivo, con un ceñido vestido de tirantes color púrpura, ante miles de soldados estadounidenses. Lo hacía en un país, Corea, partido en dos tras el armisticio que en julio del año anterior había puesto fin a aquella singular guerra. Si alguien pensó que la despampanante y celebérrima rubia platino podía levantar la moral de las entusiastas tropas allí desplazadas, no se había equivocado. «Están ustedes aquí para pasar un buen rato, no es de sentido común que se estén haciendo daño», intervino John Kelly, comandante del regimiento al que pertenecían aquellos soldados al contemplar los empellones y codazos que se rifaban en las primeras filas.

En solo cuatro días Marilyn visitó media docena de bases militares, se encaramó a lo alto de un carro de combate, subió a un espectacular caza, viajó en helicóptero, vistió uniforme de campaña —botas y cazadora de aviador incluidas—, comió junto a los soldados el rancho del día, se dejó fotografiar en un improvisado vestuario mientras se cambiaba de ropa tras una loneta, y aún tuvo tiempo de ofrecer diez espectáculos en los que su susurrante voz llegó a brillar tanto como sus sensuales contoneos. Por cierto, la estancia en Corea de la joven artista se debió a un breve paréntesis en su luna de miel japonesa, ya que un mes antes, el 14 de enero, había contraído matrimonio en San Francisco con el jugador de béisbol Joe DiMaggio. Poco más de nueve meses duraría aquel matrimonio.

Marilyn Monroe murió joven, con treinta y seis años, después de una intensa, controvertida y, en el fondo, desdichada vida. Se suicidó —o eso al menos se desprende de la investigación oficial— en el dormitorio de su mansión de Brentwood (California) un 4 de agosto de 1962.

La propensión a enviar estrellas de Hollywood como solaz para los soldados destinados lejos de casa comenzó en la guerra de Corea, y al menos hasta la primera guerra del Golfo siempre formó parte del bélico espectáculo. Incluso en este último conflicto el gobierno español de Felipe González tuvo a bien facturar hacia Abu Dabi, en los Emiratos Árabes, a la rubia nacional del momento, la cantante Marta Sánchez, en un notorio remedo hollywoodiense. La vocalista de Olé Olé deleitó a los jóvenes marineros de reemplazo interpretando ocho temas de su disco 1990 desde la cubierta de la fragata Numancia —apoteósico aquel oportuno Soldados del amor — en la fulgente y cálida tarde del 24 de diciembre de 1990, apenas un mes antes de que Estados Unidos iniciara los bombardeos aéreos sobre Irak. Y aunque era el plato estrella de la velada que se repetiría al día siguiente a bordo de una corbeta fondeada en el puerto egipcio de Safaga, la rutilante Marta Sánchez estuvo acompañaba por el humorista Raúl Sender.

Pues bien, en este rocambolesco y hasta cierto punto trivial aspecto, también la guerra de Vietnam se convirtió en un punto de inflexión.

Hospital de Go Cong. Sábado 18 de febrero de 1967. Una espectacular rubia platino ataviada con un sedoso vestido beis a juego con su pródiga cabellera, posa en actitud desenvuelta ante el fotógrafo. Junto a ella, un apuesto y apurado suboficial con uniforme estadounidense parece esforzarse vanamente por besar a la chica. O por no sucumbir a su fogosa presencia. Al fondo, tras una reja, un grupo de curiosos niños vietnamitas observa la escena.

De no haber abandonado este mundo un lustro antes, bien podía haberse tratado de la impetuosa Marilyn Monroe reeditando antiguas y triunfales expediciones —incluso el parecido era razonable—; sin embargo, en esta ocasión se trataba de la no menos

enfática actriz Jayne Mansfield, símbolo erótico en la América de los años cincuenta —década en la que llegó a rivalizar con la propia Marilyn—, en el declive ahora de su carrera artística.

En cuanto al suboficial que la acompañaba, y pese a vestir el uniforme verde de campaña estadounidense, no era otro que nuestro inquieto protagonista.

Ramón asegura que la visita de la actriz a Go Cong fue totalmente inesperada, un breve alto en su camino. No exento, lógicamente, de la máxima expectación. Entre los españoles allí desplazados nadie era ajeno a su exitosa trayectoria profesional como actriz, cantante y modelo. Era imposible ignorarlo a pesar de la cicatera distribución de sus películas en España. Censura incluida.

Lo que no sabían, ni de lejos, es que en 1963 Jayne Mansfield se convirtió en la primera estrella de Hollywood en aparecer completamente desnuda en una producción de la meca del cine —la comedia erótica Promises! Promises!, dirigida por King Donovan—, aunque curiosamente sí estaban al tanto de su elección en febrero de 1955 como chica del mes por la revista Playboy —omnipresente ahora en Vietnam—. No sería la única vez que apareciera en las páginas de esta publicación mostrando sus encantos con total naturalidad.

A partir de ese año (1955) comenzó una meteórica —aunque breve— carrera cinematográfica en la que iría acumulando éxitos como La chica no puede remediarlo (1956) o Una mujer de cuidado (1957); y alcanzando premios de la categoría de un Globo de Oro, un Theatre World Award o un Golden Laurel. Durante años su popularidad creció como la espuma —la misma espuma con la que deleitaba al público en sus insinuantes y provocativos baños—, con apariciones estelares en el televisivo Show de Ed Sullivan o presentando prestigiosas galas como la de los Globos de Oro de 1960 junto al actor Mickey Rooney («¿Quién necesita ser alto?», se preguntaba el actor con la mirada clavada en el prominente escote de su compañera).

Recientemente la periodista Blanca Lacasa ha escrito un extraordinario reportaje sobre la artista en la que, entre otras cosas,

disecciona su ostensible rivalidad con Marilyn Monroe. Jayne Mansfield, dice, «era como la Coca-Cola, las camisas de cuadros o los vaqueros: la esencia de lo americano. Era la versión directa y sin rodeos de Marilyn. Mientras esta sugería o jugaba al despiste, Mansfield exigía; mientras Marilyn se contoneaba con perfección sinuosa, Jayne lo hacía descoyuntándose a cada golpe de cadera; mientras Marilyn susurraba, Jayne emitía esos gritos suyos tan característicos e inimitables. Todo lo que Marilyn tenía de intensa, Jayne lo tenía de autoparódica, de extravagante y de decadente. Si Marilyn explotó esa imagen de inocente bomba sexual, Jayne se rio del prototipo llevándolo a la caricatura»[2].

Su rotundo sex appeal —que desbordaba las hojas de los calendarios más atrevidos— le valió ser una de las tres personas más deseadas por las tropas estadounidenses destacadas en Vietnam, y hubiera emprendido antes aquel viaje de no ser por el desgraciado accidente que sufrió uno de sus hijos —tuvo cinco, antes de cumplir los treinta años— tras el inesperado ataque de un león domesticado. Afortunadamente el niño se recuperó.

El día que el avión tomó tierra en el aeropuerto de Saigón, cientos de soldados la estaban esperando. Por allí pululaban las cámaras de la CBS, la ABC y la NBC, reporteros gráficos y periodistas de todo pelaje a la caza de una exclusiva. Ella, exhausta tras veintiuna horas de vuelo, sonreía y trataba de articular sus primeras impresiones.

—¿Le gustaría enviar algún mensaje a los soldados que sirven en Vietnam, señorita Mansfield? —inquirió uno de los informadores.

— JM: Me gustaría decir que estoy muy orgullosa de ellos, como todos los estadounidenses; y creo que están haciendo un trabajo fabuloso. Fabuloso y hermoso. Están trabajando duro y piensan positivamente. Esa ha sido mi filosofía de vida. Todo saldrá bien.

Durante los días siguientes visitará diferentes bases y hospitales, saludará, hablará y se fotografiará con jóvenes que están a punto de entrar en combate o con soldados heridos que han perdido alguno de sus miembros. Con los primeros se mostrará sexy

y divertida, con los últimos afectada y maternal. «Quedé destrozada visitando a los soldados heridos porque allí no había nadie para sostener su mano y decir "no te preocupes, todo va a ir bien". Un joven soldado de veinticinco años quería verme, había perdido una pierna y a pesar de todo estaba muy orgulloso de lo que había hecho. No había amargura, en absoluto», manifestaría tras su regreso a Estados Unidos, entre lágrimas.

Pero, sorpresivamente, un día antes de su partida viajó hasta el humilde hospital provincial de la localidad de Go Cong, en la provincia del mismo nombre, en el delta del Mekong. Era un soleado sábado 18 de febrero de 1967.

Aquella visita formaba parte del propagandístico tour diseñado expresamente para la actriz. Una breve sesión fotográfica sería más que suficiente. La Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur era el único soporte europeo con que contaban los norteamericanos. Médicos militares españoles vistiendo el uniforme yanqui, integrados en el MACV. ¿Por qué no acordarse de ellos en ese momento? ¿Por qué no utilizarlo en beneficio propio?

Jayne Mansfield llegó en helicóptero —jamás en su vida había volado tanto en uno de esos aparatos— a la maltrecha pista de aterrizaje de Go Cong a media mañana y, desde allí, se trasladó en jeep hasta el hospital, cuya ornamentada puerta metálica de entrada al complejo se cerró a su paso para contener a los curiosos.

Al tratarse de un hospital civil, con pacientes civiles vietnamitas, nadie consideró oportuno fisgonear en su interior, malgastar la aflicción de la explosiva rubia en nada ni nadie que no fueran sus jóvenes compatriotas heridos —horas más tarde visitaría el hospital militar de Bien Hoa, vestida para la ocasión con un mono caqui del ejército que realzaba sin complejos su aún estilizada figura—. Otra cosa era pasar unos minutos con aquellos simpáticos sanitarios españoles que tan benéfica y altruista labor venían desarrollando en aquel lugar dejado de la mano de Dios. O eso la dijeron.

Esta vez Mansfield había optado por una imagen más femenina: vestido claro de celosía cayendo libremente desde los hombros hasta las rodillas y botas militares ascendiendo un palmo por

encima de sus tobillos. Por lo demás, melena suelta y sonrisa casual.

Jamás se le hubiera pasado por la cabeza a Ramón Gutiérrez de Terán formar parte de aquella escena. Pero estaba allí, con su estadounidense uniforme verde de campaña, y necesitaban un voluntario para inmortalizar el momento. Esa fotografía, la suya con Mansfield —caprichosa, irreverente, divertida—, es hoy poco menos que una de las imágenes más icónicas de la presencia española en la guerra de Vietnam. «Ven, guapo, mira hacia la cámara», parece sugerir la actriz y modelo. De lo más profesional.

El 20 de febrero de 1967, ya en San Francisco, Jayne Mansfield le contó a un periodista que traía inmejorables impresiones de Vietnam: «Es un país muy hermoso, y los vietnamitas, gente maravillosa y cálida. Un día estuve en una iglesia y el clima era tan apacible que pensé que sería el lugar ideal para pasar unas buenas vacaciones; en las circunstancias adecuadas, claro».

Claro.

Por su parte el periodista comentó más tarde que había encontrado muy seria a la actriz durante la entrevista. «Cuando no lo echaba a perder con una pequeña risita y esas entonaciones sexys», dijo. Aun así —señaló— se mostró claramente conmovida al describir su experiencia con los soldados gravemente heridos. En resumen, no tenía ninguna duda de que Mansfield era una persona inteligente, y que esa actitud sensual que a veces mostraba no era más que la clásica actuación de una gran actriz.

Tres años y medio en Vietnam dan para mucho. Es lo que siempre decía Ramón. Dan, por ejemplo, para codearse con rutilantes estrellas de Hollywood, en unos encuentros invariablemente fortuitos. Es verdad que su breve y simpático affair con Jayne Mansfield fue el único que dejó constancia gráfica, pero hubo más.

El día que conoció a Henry Fonda —aquel convincente e imperturbable miembro del jurado en Doce hombres sin piedad— estaba desayunando en el comedor del puesto americano de Go

Cong, como solía hacer casi todas las mañanas antes de comenzar su jornada en el hospital. Fonda, con exquisita educación, le preguntó si podía sentarse y Ramón lo invitó a hacerlo abarcando la mesa con sus brazos. Casualmente, un par de semanas antes, Ramón había tenido ocasión de disfrutar de la magnífica interpretación del actor en Fort Apache —en una de las accidentadas proyecciones que todas las tardes pasaban allí, en el club (ese día solo hubo que cambiar la bobina dos veces)—, por lo que su semblante le resultó mucho más familiar. Fonda, por su parte, había oído hablar del equipo médico español, de su contribución a la causa americana, y quería agradecerles personalmente su presencia allí, la atención que prestaban al pueblo vietnamita. La estancia del actor en Vietnam se interpretaba, al igual que la de otros famosos rostros de Hollywood, como una clara muestra de apoyo al Gobierno de su país en su lucha contra la amenaza comunista. Mientras, a miles de kilómetros de distancia, su hija Jane encabezada una de las más multitudinarias manifestaciones pacifistas que jamás había conocido Estados Unidos.

Ramón describe a Henry Fonda como un hombre elegante, comunicativo y afable, en armonía con su franca sonrisa y su mirada celeste. Hablaron de la guerra, poco; y de los recuerdos que el actor tenía de España. De su primera visita a Madrid en febrero de 1955 y de los viajes que realizaría posteriormente, tanto por placer como por trabajo. Se cuenta que cuando en 1968 —un año después de su estancia en Vietnam— viajó a España para rodar Hasta que llegó su hora a las órdenes de Sergio Leone, mantuvo un romance con una joven almeriense del que nacería un hijo, nunca reconocido por el actor.

La España de mediados de los cincuenta se había convertido de pronto en un improvisado plató de cine. Era como si los acuerdos de amistad firmados entre España y Estados Unidos en 1953 hubieran supuesto algo más que la instalación de un puñado de bases militares repartidas a capricho de los yanquis por la maltrecha piel de toro. Mientras buena parte de la sociedad madrileña soportaba a duras penas los rigores impuestos por la dictadura surgida tras la Guerra Civil, por las principales calles de la capital paseaban elegantes y desenvueltas estrellas del firmamento cinematográfico. Los días —con sus largas noches— de

la capital de aquella España gris que aspiraba a abandonar su aislamiento internacional se impregnaban con los ecos de los años dorados de Hollywood. En 1959 el productor de cine Samuel Bronston, de origen judío, ya se había convertido en una especie de paladín de la causa hispana. Cinematográficamente hablando.

Al tiempo que la belleza salvaje de Ava Gardner conquistaba tugurios, tablaos y plazas de toros, la belleza serena de Audrey Hepburn se reflejaba en los escaparates de Mantequerías Leonesas, en la calle de Alcalá, como si de un sugestivo Tiffany´s gastronómico se tratara.

Y así, entre lo humano y lo divino, lo salvaje y lo sereno, aquella constelación de estrellas brillaba con luz propia entre las sombras, los sueños, las penurias y las esperanzas de un pueblo al que aún le quedaba un largo camino por salvar.

John Wayne, Elizabeth Taylor, Sophia Loren, Gary Cooper, Ingrid Bergman, Cary Grant, Frank Sinatra, Orson Welles, Claudia Cardinale, Mel Ferrer, Robert Mitchum, Bette Davis, Lana Turner, Rita Hayworth, Charlton Heston. Todos ellos —y algunos más— asiduos de las imágenes del NO-DO; pero también de carne y hueso para unos pocos afortunados que los veían entrar y salir del Castellana Hilton; o de compras por Serrano o la Gran Vía; o comiendo en Chicote, alternando en Pasapoga o bailando en el Corral de la Morería; o de cóctel en la base americana de Torrejón; o, en fin, rodando extraordinarias películas que harían las delicias de los espectadores en los cines Avenida, Capitol, Callao o Palacio de la Música.

A Charlton Heston lo conoció Ramón en un vuelo regular de Pan American cuando el español regresaba a Saigón tras unos días de Rest and Recuperation en Bangkok. Ambos coincidieron en asientos contiguos y enseguida empezó la conversación. No fue sencillo puesto que ninguno dominaba el idioma del otro, pero se entendieron. «Fue un viaje muy agradable. Le expliqué que era miembro de la misión sanitaria española que operaba a escasos kilómetros de Saigón, en un pequeño hospital provincial, y me dijo que estaba al tanto de la existencia de un equipo militar español de asistencia sanitaria. Remarcó el término militar porque para los norteamericanos esa palabra era clave. Dijo que agradecía mucho

nuestra presencia. Él ya era por entonces un acérrimo seguidor del Partido Republicano y estaba de acuerdo con la guerra de Vietnam y con la idea de evitar la expansión del comunismo. Ese era el objetivo. Después me contó que llegó a tener una casa en Torrelodones, cerca de la sierra de Madrid, que utilizó durante el rodaje de El Cid y de 55 días en Pekín, y que era un enamorado de nuestro país»[3].

A Ramón le pareció un buen tipo, igual que Henry Fonda; allí, en las distancias cortas, sin cámaras y alejados del glamour de Hollywood.

Go Cong. 30 de junio de 1967, cuatro meses y doce días después de la visita de Jayne Mansfield al equipo médico español.

La noticia cayó como una bomba entre los miembros de la misión, sobre todo entre quienes habían estado cerca de ella. Ramón no daba crédito a la noticia. Había ocurrido durante la madrugada del día anterior en una carretera del estado norteamericano de Luisiana, cuando Mansfield se dirigía a Nueva Orleans después de su actuación en un club de la costera Biloxi, al sur de Mississippi. El Buick en el que viajaba la actriz junto a su chófer, su abogado y amante Sam Brody y tres de sus cinco hijos se empotraba violentamente contra la parte trasera de un camión. La brutalidad del impacto seccionó el techo del automóvil y acabó con la vida de los tres adultos, sentados en la parte delantera. Milagrosamente los niños, dormidos en el asiento trasero, solo sufrieron pequeñas magulladuras.

Vera Jayne Palmer, la modelo y actriz que con su exuberante presencia, su teñida cabellera rubia y su calculada ambición triunfó siendo Jayne Mansfield, dejaba este mundo con tan solo treinta y cuatro años de edad, en el ocaso de su carrera artística; aún deseada por muchos admiradores, como antes le había ocurrido a su alter ego Marilyn Monroe.

Un último dato. Tan crucial como curioso. Inesperadamente, la muerte de la actriz en tan dramáticas circunstancias motivó la inmediata reacción del organismo regulador de la seguridad viaria

en Estados Unidos, que solo a partir de entonces —increíble que no se hubiera hecho antes— obligó a la instalación de una barra parachoques en la parte inferior trasera de los camiones. Un dispositivo que ha salvado —y seguirá salvando— miles de vidas en la carretera.

Este dispositivo es conocido como Barra Mansfield.

[1] Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 320.

[2] Blanca Lacasa. Revista ICON (El País). Domingo 19 de abril de 2020.

[3] Entrevista con Ramón Gutiérrez de Terán el 21 de marzo de 2019.

20.

Corresponsales de guerra

Hay que estar un poco loco para cubrir una guerra como corresponsal, pero a nadie se le escapa que su presencia es tan necesaria como la de un soldado, o la de un médico.

DICEN QUE LOS ESTADOUNIDENSES perdieron antes la guerra de Vietnam en la opinión pública que en el campo de batalla. Ni las dos guerras mundiales ni desde luego la guerra de Corea despertaron semejante interés informativo. Ni por supuesto las historias e imágenes que generaron gozaron de idéntica repercusión mediática. Realmente fue la primera vez que un conflicto de esta naturaleza entraba como un tsunami en millones de hogares, forzando al atónito espectador a clavar la vista en el televisor. O a retirarla desconcertado. También los periodistas se vieron impelidos a escribir, a despertar conciencias, a generar interrogantes. Y es que las plumas, como las armas, también las carga el diablo.

Porque más allá del deber de informar sobre unos hechos puntuales, ¿acaso no es la noble misión de un corresponsal de guerra la de, precisamente, despertar conciencias y generar interrogantes?

No siempre. Michael Herr, periodista y corresponsal norteamericano de la revista Esquire —autor posteriormente de uno de los más alabados ensayos sobre la guerra de Vietnam—, dijo lo siguiente sobre sus colegas que seguían el conflicto:

Había muchos plumíferos mercenarios que transmitían palabra por palabra lo que oficiales y generales les decían que escribieran, y muchos para los que Vietnam no era más que una importante etapa en su carrera. Había algunos que no podían aguantarlo y se iban a

los pocos días, otros que no podían aguantar sin aquello y se quedaban año tras año, intentando articular y conciliar su profundísimo odio a la guerra con el gran amor que sentían por ella, ardua conciliación que muchos de nosotros teníamos que considerar. Algunos pasaron por las más espantosas obsesiones, y lo soltaban todo en cuanto podían. [Los había] que eran bastante buenos periodistas o bien honestos o bien buenas personas y daban al periodismo mejor nombre del que se merecía, sobre todo en Vietnam. Pero, en el fondo, el cuerpo de prensa era tan difuso y sin rostro como cualquier regimiento en la guerra; la principal diferencia era que muchos de nosotros solo seguíamos nuestras propias órdenes[1].

En resumen, había algo de necesidad emocional en todo aquello; algo de adrenalina; de compromiso, también; y bastante de simple y peligroso trabajo.

El escritor Ward Just cubrió la guerra de Vietnam para The Washington Post desde finales de 1965 hasta bien entrada la primavera de 1967, y percibió dos etapas claramente diferenciadas: «En aquella época, en 1966, ninguno de los que estábamos allí se preguntaba en absoluto por la justicia de la guerra. No puedo recordar ni una sola conversación sobre ese asunto, ya fuera entre colegas, diplomáticos, soldados, lo que fuera. Todo se concentraba en la situación y en la valoración de esta. En aquella época no había más preocupación que la realidad sobre el terreno». Sin embargo —continúa Just su reflexión—, «a medida que iba pasando el tiempo, como las cosas no parecían estar saliendo bien, sentía cada vez más la necesidad de una segunda interpretación de casi todo lo que oía»[2].

Ajenos a estas cuestiones, los miembros del equipo médico español vivían su propia realidad cotidiana. Ni sus acciones ni sus pensamientos se hallaban supeditados, en absoluto, a una supuesta «justicia de la guerra». Las cosas estaban abismalmente lejos de ser perfectas —ya fuera en el hospital o en el campo de batalla, en las aldeas o en la capital—, pero en muy contadas ocasiones exteriorizaban su desaliento. Bastante tenían con hacer bien su trabajo.

No obstante, la primera vez que lo hicieron fue coincidiendo con la visita de un periodista. Se trataba del primer corresponsal español que los visitaba. El mensaje, expresado quizá con demasiada franqueza —como quien no termina de medir las consecuencias de sus palabras o deposita una confianza exagerada en el mensajero—, iba dirigido al gobierno que un día les reclutó y les envió a un país en guerra para, acto seguido, desentenderse prácticamente de ellos.

Necesitaban aliento, apoyo, cercanía. Y lo necesitaban ya.

Sabían de la profesionalidad de los corresponsales de guerra, de la influencia del cuarto poder en las sociedades libres y avanzadas, incluso en aquellas que no lo son tanto. La prensa se erige entonces en altavoz de los que no tienen voz, o de quienes languidecen clamando en el desierto. Se convierte en una máquina capaz de analizar con rigor el ambiente que le rodea, de pensar de forma independiente y libre. De mostrar la realidad sin tapujos. O al menos así debería ser.

Es en este contexto donde entra en juego la ardua labor desempeñada por un puñado de jóvenes corresponsales españoles (Vicente Romero, Luis María Ansón, Diego Carcedo, Miguel de la Quadra, Vicente Gállego...). Inteligentes, profesionales, ambiciosos, comprometidos con la verdad. Pertenecientes a ese grupo de periodistas que, como decía Max Hastings, «ejercerían tanta influencia en el relato, por lo menos, como los combatientes y los políticos». Y eso a pesar de la coyuntura política del país donde ejercían su profesión.

Todo empezó con la misiva a un periódico.

El comandante Argimiro García Granados, como jefe de la misión, se ocupó de redactar y firmar la carta («A. García Granados», sin más). La escribió unos días antes de la navidad de 1966 con el aval de sus compañeros, abrumados por el escenario donde se desenvolvía su trabajo y contagiados de la nostalgia de quien se haya lejos de los suyos en unas fechas particularmente señaladas, con la incertidumbre de no saber si existiría el mañana. El texto no contenía ningún reproche. No aludía directamente al carácter militar de la misión. Tampoco se mencionaba a los aliados

estadounidenses ni se descubría ningún secreto de Estado. Por eso fue enviada a la redacción del diario ABC y publicada el último día del año no como noticia de actualidad, sino camuflada en una sección denominada «Opiniones ajenas, polémicas, cartas, puntualizaciones y comentarios», con los lectores probablemente más preocupados por su cena de Nochevieja y por lo que el nuevo año pudiera depararles que por unos compatriotas emigrados a hurtadillas.

Llevaba por título «Españoles en Go Cong», y empezaba así: «Es Go Cong un pequeño pueblo de Vietnam del Sur; a algunos, unos pocos nada más, les sonará este nombre, un nombre más, perdido en la inmensidad del continente asiático; a otros les interesará conocer qué hacen unos españoles en esa parte tan lejana y tan revuelta, metida en una guerra cruel y sangrienta, pues el Vietnam es eso, guerra, y, por lo tanto, sangre y dolor».

Eran las sentidas y sorprendentes palabras de un oficial médico curtido en los campos de batalla rusos durante la Segunda Guerra Mundial y en la silenciada campaña del Sáhara. No parecía posible que a alguien que había visto tanto aún le quedara tanto por ver. Redactaba en tercera persona, como si conscientemente quisiera desmarcarse de esta historia, aunque sin escatimar un ápice de dramatismo a su exposición.

Tan solo se atisba un ligero guiño poético cuando dice que esos españoles «salieron de su patria cuando la mies estaba recogida y el mosto empezaba a fermentar en algunos lugares de su querida España»; pero pronto vuelve a poner los pies en la tierra para incidir en la idea de que ahora se encuentran «rodeados por campos de arroz y también, por qué no, por cosas que la guerra lleva siempre, sangre y lágrimas». A continuación —rehuyendo nuevamente cualquier protagonismo—, explica el quehacer diario de sus compañeros con humildes palabras cargadas de intención: «Todos los días, muy temprano, llegan al hospital esos doce españoles […] vienen a hacer sanidad, vienen a aliviar el dolor, quizá a curar y a sanar, pero, sobre todo, a aliviar. No son sabios ni académicos, pero algo saben y ponen todo su amor y cariño en la misión que realizan». También se muestra resignado ante las adversidades; y nos descubre aspectos cotidianos de la misión; y

actitudes íntimas, casi espirituales, de los miembros del equipo: «La faena es dura, y los enfermos y heridos, muchos; los medios no son muy abundantes. ¡Es Vietnam en guerra, Señor! Algunos recuerdan su trabajo en hospitales de su patria y añoran la blancura de una bata o la cristalina y abundante agua que sale de cualquier grifo, pero se dan cuenta de que el mundo es así, y la vida es la vida. Cuando la jornada toca a su fin y en la tarde serena y tranquila se reúnen todos en el alojamiento, se habla y se comenta de todo. Alguno siempre falta a la reunión; estará en cualquier aldea terminando su trabajo y con ganas de regresar […]. Los domingos van a misa —tiene el pueblo una pequeña y limpia iglesia católica y sus campanas recuerdan otras campanas que están lejos y que también estarán llamando, como estas, a los que quieren paz en la tierra—, allí rezan y oran; sería interesante conocer lo que piden y suplican estos españoles».

Cuenta el oficial que el poco tiempo libre del que disponen lo dedican, entre otras cosas, a escribir a sus familiares, «el caso es escribir, siempre escribiendo y andando; al fin y al cabo, el sino del soldado».

La correspondencia normalmente experimentaba en origen un tedioso y a veces obsesivo proceso de revisión, manipulación y envío por parte de los responsables de la oficina postal. Incluso antes de llegar a España viajaban a Estados Unidos —todo el correo se centralizaba en San Francisco, en la costa oeste—, como si el uniforme que portaban los españoles desorientara a algún encargado del servicio postal norteamericano. A menudo transcurría tanto tiempo antes de que recibieran respuesta de sus familiares —acompañada en ocasiones de periódicos y revistas con un significativo desfase temporal— que cuando la recibían ya no recordaban el contenido de sus propios envíos. Ramón, soltero entonces, escribía a su madre al domicilio familiar de la calle Velázquez número 119, Distrito 6, de Madrid. En las primeras misivas todavía se sentía incapaz de confesar la verdad: que donde realmente se encontraba era en Vietnam. Eran mentiras piadosas, para no causarla un sufrimiento innecesario. Ya casi había olvidado el día en que la aseguró que viajaba destinado con la Bandera Paracaidista a Las Palmas de Gran Canaria. De tal forma, para seguir ocultando su paradero, Ramón enviaba las cartas a un

compañero destacado en las Islas Afortunadas, quien las extraía del interior de los sobres matasellados en Saigón y San Francisco para volver a franquearlas con destino a Madrid. Algo parecido hacía el capitán Linares, unos años mayor que Terán pero también soltero y con una anciana madre a la que igualmente enmascarar la verdad.

Para los familiares, mantener contacto con el equipo no siempre fue tarea fácil. Hoy, en la era de las comunicaciones digitales, resulta inconcebible que puedan transcurrir días, incluso semanas, antes de recibir noticias de cualquier persona en cualquier rincón del mundo, pero entonces era así. Por otro lado, obtener información a partir de los canales oficiales se antojaba bastante complicado. En este sentido la confidencialidad de la misión no facilitaba precisamente las cosas.

García Granados finaliza la carta publicada el día de Nochevieja elogiando una vez más la digna labor de sus subordinados y exaltando la estoica actitud de los pacientes vietnamitas: «… Saben hacer bien las cosas y dan por bien empleadas las horas de trabajo y los afanes que pasan cuando están delante de un paciente, sufrido y resignado paciente vietnamita». Y concluye —con una especie de "ahí lo dejo" final— que para los sanitarios españoles «el mejor pago y reconocimiento es la sonrisa cordial y sincera de la gente, gente que sufre y pena por la maldad de algunos»[3].

Por supuesto ninguna referencia a la identidad de esos malvados «algunos». Como es lógico. ¿Acaso alguien alcanzaría a señalar un solo culpable?

Casualidad o no, poco después de iniciarse el nuevo año, el diario ABC encarga al periodista Luis María Ansón —corresponsal en Hong Kong y enviado especial a la guerra de Vietnam durante su exilio forzoso tras la publicación en España de su polémico artículo «La monarquía de todos»— que visite a los militares españoles en Go Cong y escriba una crónica sobre las circunstancias que rodean su presencia en aquel escenario. La visita se realizaría a finales de enero.

No era la primera vez que Ansón subía a un helicóptero de combate con sus credenciales, su libreta y su miedo junto a

periodistas de otros países. De hecho, esta era la tercera estancia del corresponsal español en tierras vietnamitas. En las dos anteriores ya tuvo ocasión de pulsar el frente, de hablar con los combatientes y de respirar la devastación que se cernía bajo sus pies. No en vano, y en palabras del periodista Jonathan Schell, «un pase de prensa en Vietnam era un billete gratuito para viajar por todo el país. Se podía hacer autostop en helicópteros y en aviones, en lo que uno quisiera. Significaba un cupón de comida y una reserva de hotel en cualquier parte. Daba una libertad fantástica para ver lo que uno quisiera»[4].

Puede que el tono del estadounidense fuera exultante, pero también había periodistas dispuestos a dar un riñón con tal de no abandonar la seguridad de su hotel.

A Ansón no le gustaba la guerra, ni la prepotente actitud norteamericana, aunque a veces le sorprendía su extraña e inagotable generosidad, su eficaz y titánica organización —«americanos llenos de valor que hacen la guerra con aire deportivo, con frialdad y con perfección técnica», escribiría—. Tampoco le gustaba el gobierno de Vietnam del Norte, que con su cerril soberbia condenaba a su pueblo a una vida de pobreza y sumisión. Ni por supuesto el Vietcong y sus salvajes tácticas, aunque reconocía a sus jóvenes guerrilleros esa ciega dosis de audacia y valentía que acababan dilapidando contra el ejército más poderoso del mundo.

El corresponsal llegó a Go Cong temprano, con la luz rosácea del nuevo día haciendo su aparición tímidamente en el horizonte. Lo hizo en helicóptero y acompañado de su esposa —«a pesar de todos mis esfuerzos por disuadirla, Beatriz, mi mujer, viene conmigo», reflejaría en una de sus crónicas—, dos operarios de cámara y los cuatro miembros de la tripulación. Ella, Beatriz, también viajaba con un pase de prensa habilitado ad hoc. Estaba encantada.

La presencia de los periodistas fue acogida con indisimulado regocijo entre los españoles. Por fin podrían mostrar su trabajo. Ponerlo en valor. Intercambiar impresiones.

El primer encuentro se produjo en la residencia —«la casa»,

como ellos la llamaban—, donde los miembros del equipo médico compartieron un café caliente con el matrimonio. El ambiente era afable y acogedor, con ese aroma a hogar y a torrefacto que invita a una conversación sin cortapisas.

—Aquí el peligro es importante —el comandante Argimiro García Granados abrió por edad, rango y experiencia la ronda de intervenciones—. Solo puedo decir que ni en las trincheras rusas percibí el riesgo que existe en Go Cong —tras una breve pausa se centró en las carencias—. Hemos mejorado el hospital, pero es insuficiente. Necesitamos medicinas, equipos. También necesitamos mayor comunicación con España. Periódicos. Libros...

—No nos quejamos de esta casa, ni del calor, ni del peligro, aunque el pueblo esté cercado por el Vietcong —terció el capitán Linares—. Pero es absurdo que solo se nos dé una asignación por residencia como si estuviéramos en un curso en Washington o en París. Aquí hay mucho riesgo y mucho trabajo. Un trabajo agobiante y duro. Todos los días llegan heridos para operar como consecuencia de los ataques del Vietcong o de los americanos. Ayer mismo, de madrugada, recibimos a tres vietnamitas en pésimo estado. Como no había luz, hubo que operarles iluminados por una antorcha que a punto estuvo de incendiar el oxígeno.

(Es curioso pero esta queja inicial del capitán Linares —sobre todo en el aspecto económico— tornó con el tiempo en compromiso y amor hacia el pueblo vietnamita. Con varios reenganches por el camino fue, junto a Ramón Gutiérrez de Terán, el expedicionario que más tiempo permaneció en Vietnam. Incluso después de su ascenso a comandante regresó para ejercer el mando de la misión hasta el final de la misma).

Luis María Ansón atendía y anotaba, al igual que Beatriz. El capitán Faúndez se removió ligeramente en su asiento.

—Nos vendría muy bien, además, un cónsul en Saigón. Ahora estamos aislados y dependemos enteramente de los americanos.

Ramón esperó disciplinadamente su turno, y solo intervino después de que los oficiales expusieran sus argumentos. Dijo algo que llevaba pensando desde que salieron de Madrid, algo que ahora

se hacía mucho más evidente:

—Hemos venido con lo puesto y una maleta de veinte kilos. No entiendo cómo se puede enviar a alguien a una zona en guerra con tan precario y absurdo equipaje.

La reflexión flotó unos segundos en el ambiente, mientras liberaba su carga de profundidad. A continuación, el capitán Luciano Rodríguez González, apartando de un brinco el pesimismo, señaló al exterior, hacia el resplandeciente día que se colaba a través de las ventanas.

—¡Visitemos el hospital!

Antes de dirigirse hacia allí él mismo se ofreció, junto al capitán Faúndez, a acompañar al matrimonio de periodistas al orfanato de Go Cong, atendido con frecuencia por el propio Luciano. Una dulce monja católica vietnamita, sor Amelia, les mostró las instalaciones, así como a las decenas de niños que aguardaban pacientemente a que alguien les concediera una nueva oportunidad.

Una vez en el hospital descubrieron, entre el ir y venir de usuarios y personal del centro, al resto de sanitarios españoles empleándose a fondo en su trabajo, ajenos ahora a las circunspectas miradas de los reporteros.

El recorrido por el interior de las salas —atestadas de trastos, pacientes y de una legión de moscas que actuaba de séquito— les resultó, cuanto menos, penoso. La muerte estaba presente en cada rincón, en cada jergón. En el semblante de aquel pequeño agonizante que pronto les abandonaría. Pero también la vida se abría paso a duras penas. Un día —escucharon los invitados— el capitán Rodríguez donó sangre para un niño al que tuvieron que amputar ambas piernas, y el chiquillo pedía más creyendo que de esta manera volvería a recuperar sus miembros.

—Tendríamos que apartar al sesenta por ciento de los enfermos, que son incurables, y trabajar con el resto, pero no podemos hacer eso —comentó Faúndez en un momento del recorrido—. A pesar de los escasos medios con los que contamos, a

pesar de que no damos abasto, no podemos abandonar a nadie.

Dejaron el hospital «con los ojos llenos de tragedia» —en palabras del propio Ansón— y se adentraron en el multicolor y pestilente mercado de Go Cong. Descomunal y desconcertante contraste. Como todo en Vietnam.

La mañana todavía dio para visitar la institución Brazos Abiertos y entrevistar a un vietcong arrepentido. O para, poco después, admirar una pagoda en cuyo altar alguien había tenido la extravagante idea de colocar a Buda junto a Jesucristo, Víctor Hugo y Winston Churchill.

La intensa jornada finalizó nuevamente en «la casa», todos alrededor de una paella que el incomparable subteniente José Bravo López-Baños había cocinado con marisco vietnamita y mucho esmero.

A la hora prevista, el helicóptero que debía devolver al matrimonio a la voluble civilización aterrizaba en la pista de Go Cong. La despedida no se dilató más allá de lo necesario. Adiós y buena suerte. Y un ruego por parte de quienes permanecerían en aquel lugar: que las cosas se contaran con rigor y claridad, sin atajos ni circunloquios, porque si una sensación recorría sus entrañas era la de estar pasando por todo aquello sin que nadie conociera realmente la verdad.

El corresponsal de ABC regresaba a Saigón para escribir unas crónicas que se publicarían al cabo de unos días en España. Los miembros del equipo, entretanto, retomaban esa misma tarde su trabajo en el hospital. Alguno de ellos quizá se sentaría en un lugar apartado con una cerveza bien fría intentando imaginar la reacción de sus compatriotas después de leer, y asimilar, lo que Ansón tuviera a bien narrar.

Y así fue. Las crónicas llegaron a España y se divulgaron entre el 9 y el 11 de febrero de 1967 en el diario ABC —edición Madrid y Andalucía—. En el reportaje publicado el día 9, titulado sin demasiado alarde tipográfico «Los médicos españoles en Vietnam necesitan ayuda», Ansón descubre a la opinión pública —al tiempo que lo hacía la revista La Actualidad Española— la condición de

militares de aquellos, pues al nombre de cada uno le acompaña su graduación. Comienza describiendo su propia llegada a Go Cong y el primer contacto con sus compatriotas. Pero enseguida entra en materia: «Aquí un grupo de médicos españoles, que no luchan con las armas [segunda referencia implícita a su condición de militares], han venido a hacer un poco de bien a estas gentes, a sanar heridas de la carne y del alma», y acaba metiendo el dedo en la llaga de las autoridades patrias al hacerse eco de alguna de las necesidades expuestas por los integrantes de la misión, a las que aporta su particular mirada: «Los médicos españoles en Vietnam necesitan ayuda» —insiste—, «necesitan una mayor atención del Gobierno (sic), necesitan periódicos, libros, información, medicinas, calor humano»[5].

Al día siguiente el periódico publica el resto de la crónica en su edición andaluza, y un día más tarde, sábado, en la nacional. Aunque el titular parece querer amortiguar la carga dramática del reportaje anterior —«Los médicos españoles se han ganado el afecto de la población de Go Cong», titulan ahora—, el contenido no escatima en fuerza y dramatismo. Ofrece un pormenorizado relato de la estancia del corresponsal en la pequeña población vietnamita, un relato que va más allá de la aséptica crónica periodística y donde Ansón recoge, con pelos y señales, las palabras y las reflexiones de buena parte de los miembros de la misión, a los que, quizás sin darse cuenta, esté colocando a los pies de los caballos.

Más allá de la trascendencia que tuvieran estos artículos en la despolitizada opinión pública española —más bien poca—, lo cierto es que no sentaron demasiado bien en las altas esferas del Gobierno. El Ministerio de Asuntos Exteriores, a través del embajador en Bangkok, envía rápidamente una carta al jefe de la misión para informarle de que «ni en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ni en el Estado Mayor Central, ni en la embajada nos despreocupamos de la misión y hacemos cuanto está a nuestro alcance para ayudarles en su empeño»[6]; además de para exhortarle a no hacer declaraciones de contenido crítico a ningún medio de comunicación.

Sea como fuere, algo cambió a partir de entonces. De pronto las comunicaciones se hicieron más fluidas; llegaron periódicos, libros,

revistas, incluso algún que otro detalle en forma de botellas de coñac procedentes del Palacio del Pardo; las cartas dejaron de sufrir fastidiosos retrasos; y hasta el embajador de España en Bangkok, Santiago Tabanera, se dignó a visitar Go Cong en una soleada jornada en la que Ramón Gutiérrez de Terán ejerció de improvisado guía.

Lejos de los focos mediáticos las crónicas de Ansón irrumpieron en un modesto hogar madrileño cual submarino emergiendo a la superficie. A partir de aquel momento Ramón ya no tendría necesidad de seguir ocultando su paradero. La información publicada tanto en el diario ABC como, simultáneamente, en La Actualidad Española —«Doce hombres con piedad», donde incluso aparecen las fotografías de los sanitarios españoles—, hizo innecesario seguir fingiendo. Su madre recibió la noticia con resignación, y Ramón pudo ponerla al tanto de la realidad de un conflicto que María Ángeles ya nunca vería con los mismos ojos.

En Saigón, solo unos días después de su visita al equipo médico español, el matrimonio Ansón cenaba en el restaurante del hotel Majestic en compañía de un matrimonio amigo, el formado por el escritor José María Gironella y su inseparable Magdalena Castañer —«el único amigo íntimo de mi vida», diría ella de él—.

José María Gironella ya era un acreditado novelista en aquella España de los años sesenta. Su trilogía de la Guerra Civil —Los cipreses creen en Dios, Un millón de muertos y Ha estallado la paz — alcanzó en poco tiempo un éxito de crítica y público sin precedentes hasta el momento. Algo poco común entonces.

Hecho a sí mismo, Gironella logró en 1946 el prestigioso Premio Nadal con la novela Un hombre, aunque de poco le sirvió tal reconocimiento. Tras el fracaso comercial de la obra, decide emigrar a Francia cruzando a pie los Pirineos al no conseguir un pasaporte de las autoridades españolas, a pesar de haber militado durante la guerra en el bando franquista. Una vez instalado en París junto a su esposa y mientras se emplea a fondo en cualquier actividad que le sale al paso —sus anteriores trabajos, escasamente cualificados, o el hecho de haber regentado una librería familiar en

Gerona tampoco le acarrearon un importante currículum—, hilvana con auténtica pasión las ochocientas páginas de la novela Los cipreses creen en Dios, con la que a la postre conseguiría en 1953 su definitiva consagración: obtiene el Premio Nacional de Literatura y el Premio Thomas Moore, de Chicago, y vende más de dos millones de ejemplares (cerca de seis millones si consideramos la trilogía completa).

Lo curioso del caso es que cuando se presentó en España con su novela ningún editor quiso publicarla. Es más, alguno incluso trató de esquivarlo. Fue en Madrid, a través de un amigo, donde consiguió el contacto del editor sevillano José Manuel Lara Hernández, propietario de la editorial Planeta, que en aquel momento atravesaba algunas dificultades económicas. Gironella se personó directamente en el hotel madrileño en el que se alojaba el matrimonio Lara y consiguió entregar el manuscrito a la esposa del editor, María Teresa Bosch —también catalana, como el propio Gironella—, quien abordó la lectura de sus páginas hasta bien entrada la madrugada.

—¡José Manuel, despierta, este libro salvará la editorial!

El arrollador éxito de Los cipreses creen en Dios «casi llegó a crear alarma social» —según recordaría el autor entre risas algún tiempo después—, y la gente, ávida de lectura, se entregó al libro en parques, tranvías, metro o en cualquier otro lugar. Tanto el primer título de la saga como los dos siguientes se convirtieron en auténticos best seller, aunque también estuvieron a punto de sucumbir a las garras de la censura. Gironella tuvo que tirar de documentación y de servicios prestados a la causa para convencer a los censores de las bondades de la obra, consiguiendo finalmente que las tijeras no desgarraran la historia más allá de lo que ya lo había hecho la propia guerra. De alguna manera la simple amenaza de censura ponía de manifiesto el compromiso del autor con la verdad; una verdad a veces incómoda, pero incuestionable.

Pues bien, a principios de febrero de 1967 José María Gironella se encontraba visitando el sudeste asiático junto a su esposa Magdalena mientras se documentaba para un nuevo libro.

Durante la sosegada cena en el restaurante del hotel Majestic

—un lugar infinitamente más seguro a esa hora de la noche que cualquier garito de la jungla saigonesa—, el matrimonio Ansón les puso al corriente de la extraordinaria y desconocida labor que venía desarrollando a pocos kilómetros de allí un equipo de sanitarios militares españoles destinados en una de las zonas más conflictivas de la región.

—¡Tendríais que verlos!

Antes, esa misma mañana de domingo, Gironella y Ansón habían asistido juntos a la conferencia de prensa que diariamente se celebraba en el Centro de Información habilitado por las fuerzas survietnamitas. Alrededor de cincuenta corresponsales de todo el mundo atendían las explicaciones brindadas por un par de oficiales mientras señalaban los puntos calientes delineados en un gran mapa que cubría la pared. «El Vietcong ha tenido más de quinientas bajas y se han bombardeado puntos estratégicos del norte», exponían satisfechos mientras los periodistas garabateaban en sus libretas.

Pierre, un corresponsal francés que había coincidido con Ansón en otras ocasiones, se acercó a saludarlos. Era un tipo irónico y culto, prototipo de intelectual. Su padre trabajó en la prefectura francesa de Saigón cuando Vietnam aún era colonia gala. Por eso aquel conflicto tenía un significado muy especial para él.

—Acabo de llegar de una zona pantanosa donde se están librando duros combates —comentó excitado—. Ahora pienso descansar unos días en Saigón, después regresaré allí. Aquello es terrible, pero tiene su encanto.

Finalizada la conferencia de prensa decidieron salir a pasear por los alrededores. Al ser festivo las calles de Saigón presentaban un aspecto más tranquilo de lo habitual, y la temperatura no podía ser más agradable. Pierre sufría trastornos digestivos y bebía agua continuamente. Cuando la compraba en algún puesto ambulante tenía por costumbre disolver en ella una pastilla de color rosa para potabilizarla. «Sabéis qué es esto. En la línea de fuego sufre tanto el vientre como el cerebro», decía con cierto hastío.

Volviendo a la cena del Majestic, el caso es que un par de semanas más tarde y siguiendo las indicaciones del matrimonio

Ansón, Gironella y su mujer decidieron visitar Go Cong. El único inconveniente que se les planteó en un principio fue no disponer de un carné de prensa. Sin embargo, no tardaron en conseguirlo en la redacción de la revista norteamericana Newsweek, situada en la céntrica calle Duy Tân de Saigón, sin mayores dificultades y gracias a los contactos que tenía el escritor. «Poseer el carné de periodista vietnamita me conturbó un poco. Me sentí conectado de forma imprevista y directa con aquel terrible drama», confesaría más tarde Gironella.

El drama —uno de tantos— colgaba de las paredes de la destartalada redacción del semanario neoyorquino, donde a pesar de todo parecía reinar un cierto optimismo. Una desconcertante y a la vez diligente serenidad. Entre el humo de los cigarrillos, el olor a whisky y a marihuana y el incesante e hipnótico repiqueteo de las máquinas de escribir, decenas de retratos de niños y niñas vietnamitas emergían de las paredes. Como casi todo en aquel convulso rincón del mundo, aquellas fotografías encerraban una historia: se trataba de los huérfanos de la guerra, niños adoptados por familias americanas y enviados a Estados Unidos —ya fuera de uno en uno o de tres en tres— gracias a las gestiones de los propios periodistas.

En este sentido cabe decir que fueron miles los pequeños vietnamitas criados y educados en la sociedad norteamericana, tan diferente a la de sus antepasados. Estigmatizados durante años por sus rasgos y su procedencia. Su vida, a pesar de vivir y crecer en el país de las oportunidades, no resultó sencilla. Como tampoco lo fue, ni muchísimo menos, la de los aproximadamente cincuenta mil hijos de parejas mixtas —madre vietnamita y padre estadounidense — que quedaron en Vietnam, repudiados por todos, al finalizar la contienda en 1975. Es esta otra de las caras de la guerra. Una de tantas.

El matrimonio Gironella pasó al día siguiente por la Oficina de Prensa norteamericana para recoger sus acreditaciones; también por el Cuartel de Intendencia, donde un sargento de color les entregó sendos uniformes militares. Resueltos los trámites y una vez listos para volar, un jeep les trasladó a un pequeño aeródromo localizado

a las afueras de Saigón, donde la actividad era incesante. El helicóptero que los trasladaba fue poco a poco tomando altura hasta que se vieron sobrevolando el impresionante y armonioso delta del Mekong, con sus tupidas selvas y extensos arrozales, para poco después empezar a distinguir los pequeños bosques que envolvían la ciudad de Go Cong. Un viaje sin más contratiempo que el miedo que a veces atenaza a quienes no se sienten parte del paisaje.

Sin apenas preámbulos se dirigieron nuevamente en jeep al hospital provincial mientras se empapaban del paisaje humano y cultural que se abría paso a su alrededor. «Recorrimos Go Cong. Mucho calor y mucho polvo», escribiría Gironella. «Las mujeres transportaban agua con el clásico balancín en el hombro, un cubo colgado a cada lado. Unos rapaces jugaban al fútbol, el deporte más popular en el Vietnam. Ningún edificio, ningún templo, era más alto que los árboles […]. Es el concepto de los arquitectos del Vietnam. Los hombres no han de competir con la naturaleza, creada por Dios. Sería un acto de soberbia»[7].

Como les ocurriera al periodista Luis María Ansón y a su esposa Beatriz, a la alegría del encuentro con sus compatriotas se unió la honda impresión causada por aquel lugar, e infinitamente mayor por la suerte de sus ocupantes: niños desnutridos y ancianos moribundos, jóvenes mutilados, enfermos de tuberculosis. Largas colas de espera para seguir manteniendo viva la esperanza.

El capitán de Intendencia Vázquez Labourdette hizo en esta ocasión las veces de anfitrión y les acompañó por las instalaciones del hospital.

En un momento dado una imagen captó la atención del escritor español y, por un instante, su mente voló hasta la redacción de la revista Newsweek: «Una de las huérfanas tenía tres meses» —escribió posteriormente en su libro sobre su experiencia asiática—. «Dormía en una cama blanca. Dormía con placidez. Su piel era de seda. Era la imagen de la mansedumbre, de la injusticia, de la paz»[8].

—¿Por qué no se la llevan ustedes a casa? —propuso el capitán.

—Porque no somos héroes, somos simples hombres ganados

por la curiosidad.

Tal vez la fotografía de esa niña emergiera un día de las paredes de la redacción de la revista norteamericana Newsweek en Saigón. Y quizás aquellos obstinados redactores consiguieran para ella unos nuevos padres en Estados Unidos.

¿Por qué no?

[1] Michael Herr. Despachos de guerra. Págs. 246-247.

[2] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 182.

[3] Extractos de la carta del comandante médico Argimiro García Granados publicada en el diario ABC el sábado 31 de diciembre de 1966. P. 40.

[4] Recogido en el libro La guerra de Vietnam. Una historia oral, de Christian G. Appy. P. 248. (Schell escribió un buen número de artículos sobre Vietnam entre 1966 y 1967 para la prestigiosa revista The New Yorker).

[5] ABC, jueves 9 de febrero de 1967. Edición de la mañana. P. 34.

[6] Citado en Alejandro Ramírez. ¿Por qué no combatimos en Vietnam? P. 110.

[7] José M. Gironella: En Asia se muere bajo las estrellas. P. 103.

[8] Ibid. P. 99.

21.

Napalm, herbicidas y otros regalos

«Me gusta el olor del napalm por la mañana. Una vez bombardeamos una colina durante doce horas. Cuando todo acabó, me acerqué. No encontramos nada allí arriba, ni un solo apestoso cadáver. ¿Conoces ese olor a gasolina? Olía… a victoria»[1].

CIERTO DÍA EMPEZÓ A LLOVER y no dejó de caer agua hasta un par de semanas más tarde. Llovía de todas las trazas posibles: lluvia blanda, gruesa, fina, torrencial, racheada. Incluso horizontal. No era algo muy habitual en el sur de Vietnam, pero durante la estación húmeda podían pasar varios meses antes de que el sol emergiera de nuevo en el horizonte. Lo que sí parecía inmutable era la temperatura: siempre hacía calor. Y, por supuesto, la humedad.

Evidentemente ese clima favorecía la existencia de una profusa y exuberante vegetación, la presencia de densos bosques e impenetrables junglas; lo que —nada casualmente— trajo consigo que el ejército estadounidense también declarara la guerra a la naturaleza, fiel aliada de sus escurridizos enemigos.

Se calcula que Estados Unidos lanzó sobre Vietnam (tanto en el norte como en los territorios controlados por el Vietcong en el sur) más de seis millones de toneladas de bombas, una cantidad considerablemente mayor a la utilizada durante toda la Segunda Guerra Mundial. Como es fácil de imaginar, una potencia de fuego extraordinariamente destructiva. Pero, además, y como si de un condenado juego de niños se tratara, derramó sobre sus bosques, junglas, selvas y cultivos cerca de ochenta millones de litros de defoliantes químicos, devastando la vegetación que proporcionaba refugio al enemigo y privando a este de sus principales fuentes de alimentación. Si algo obstaculiza nuestro avance, simplemente lo hacemos desaparecer.

Una de aquellas sustancias tóxicas —la más letal— era la dioxina conocida como TCDD, componente esencial de un nuevo herbicida bautizado con el nombre de Agente Naranja (aunque se hizo tristemente popular, tampoco fue necesario convocar un concurso de ideas para nombrarlo. Simplemente se almacenaba en barriles identificados con una franja naranja que les diferenciaba de otros agentes químicos marcados con desiguales colores).

La primera de la larga sucesión de anaranjadas nubes tóxicas desparramadas sobre Vietnam del Sur comenzó a caer del cielo, arrasando selvas y cultivos, a principios de julio de 1965. Incluso hubo un equipo especial de la Fuerza Aérea encargado de estas misiones de defoliación. Sus compañeros les llamaban los Peones del Rancho, y su consigna era: «Solo nosotros podemos evitar que haya bosques»[2].

Las víctimas, obviamente, aguardaban allí abajo, en el maldito suelo. «En aquella época ninguno de los que estábamos en el frente sabíamos qué tipo de agentes químicos estaban esparciendo los estadounidenses», comentó en cierta ocasión el viejo doctor Le Cao Dai, director de un hospital vietnamita de campaña establecido en plena selva, «solo sabíamos que unos días después la vegetación moría. Fumigaban una y otra vez desde aviones C-123 que volaban muy bajo, casi a la altura de las copas de los árboles. Lo único que podíamos hacer era cubrirnos con un plástico»[3].

El programa se mantuvo de manera sistemática hasta finales de 1969, y además de provocar la devastación del medio natural causó dolorosos efectos colaterales. Hubo, por ejemplo, muchos más casos de malaria entre la población tras la aspersión masiva de defoliantes químicos; pero también aumentaron los trastornos hepáticos, los procesos cancerígenos, las afecciones cutáneas, los abortos o los casos de niños con graves malformaciones. Es cierto que, en este sentido, quizá nadie pudo establecer en un primer momento una relación causa-efecto, pero las imágenes de selvas devastadas, de cultivos arrasados o de familias hambrientas y desoladas eran patentes y hablaban por sí solas —componían una verdadera naturaleza muerta, nada que ver con aquellas armoniosas composiciones pictóricas que los artistas flamencos comenzaron a plasmar en sus lienzos unos siglos atrás—. Teniendo en cuenta que

estas acciones, junto a los bombardeos con napalm, se produjeron fundamentalmente en territorio survietnamita, constituía un auténtico reto el hecho de tratar de convencer a la población civil de que aquello se estaba haciendo en su propio beneficio.

Como acertara a señalar el profesor Appy, «el miedo y el sufrimiento que produjeron aquellos bombardeos, lejos de aplastar la voluntad de combate de los vietnamitas, contribuyeron más que ningún otro factor a generar hostilidad contra los estadounidenses. Cuando una familia moría en un ataque, los vietnamitas no necesitaban la propaganda comunista para convencerse de que Estados Unidos era una fuerza extranjera agresora; y los habitantes del sur tenían que hacer frente a la contradicción de que quienes bombardeaban sus tierras eran los mismos que proclamaban estar protegiéndolos frente a la supuesta agresión comunista externa»[4].

Si los defoliantes resultaban destructivos a corto y medio plazo, el napalm lo hacía de manera urgente y brutal. Ramón nunca había tratado antes a pacientes con quemaduras por napalm. Y nunca llegaría a quitarse del todo esas imágenes de la cabeza. Sobre todo, cuando las víctimas eran niños.

«Los niños están por todas partes», decía. Es cierto, abstraídos en sus juegos. No son conscientes del peligro que les acecha a cada instante, con la guerra a la vuelta de la esquina. O allí mismo, sobre sus cabezas.

Lo de los bombardeos con napalm superó en dramatismo y espectacularidad cualquier delirio cinematográfico. Y eso que el cine jamás ha escatimado esfuerzos a la hora de recrear este tipo de secuencias con aterradora minuciosidad. Pero en Vietnam el plató era inmenso, a los guionistas les resbalaban los escrúpulos, los actores —unos y otros— se habían convertido en meras víctimas del endiablado guion, la trama se manifestaba perversa y el género fluctuaba entre lo bélico, lo trágico y lo apocalíptico.

Desde que comenzaron los ataques, la misma prensa estadounidense advirtió de los efectos que el napalm provocaba en la población civil, víctimas inocentes de los bombardeos. En un artículo publicado por The New York Times el 6 de junio de 1965, apenas iniciadas las incursiones, podía leerse lo siguiente: «Cuando

los comunistas abandonaron Quang Ngai el lunes pasado, los bombarderos norteamericanos hicieron blanco sobre las colinas hacia donde se dirigían. Muchos vietnamitas —unos 500— murieron en el ataque. Se estima que se trataba de soldados Vietcong. Pero tres de cada cuatro pacientes hospitalizados por quemaduras con napalm eran mujeres campesinas».

Una noche, poco antes del amanecer, las bombas cayeron a escasos kilómetros de Go Cong, más cerca de lo acostumbrado. Eran habituales las ráfagas nocturnas, las balas trazadoras o los disparos de mortero. Impresionaban todos y cada uno de aquellos sonidos, ajenos a la propia naturaleza del lugar. Pero solo el napalm arrastraba el infierno tras de sí.

Horas más tarde Ramón atendía en el hospital a un herido con el 80 % de su cuerpo quemado. Algunas zonas dejaban entrever incluso parte de la osamenta, y su rostro estaba tan desfigurado que probablemente ningún familiar podría reconocerlo, pero seguía con vida. Era horrible. Después de administrarle una considerable dosis de analgésicos y un par de bolsas de plasma sanguíneo, Ramón dedicó casi una hora a ungir sus quemaduras con una brocha empapada en clorofeno, un potente desinfectante usado a granel, para todo un poco; y otro buen rato a tratar de desincrustar la costra de napalm adherida a su cuerpo. No sobrevivió. El napalm produce profundas quemaduras que embeben los tejidos y los hacen arder mucho más allá del impacto inicial. La pérdida de líquidos es inmediata. Además, las alteraciones sistémicas y las complicaciones respiratorias no tardan en aparecer. En los casos más graves las tasas de mortalidad son desproporcionadamente elevadas. Los pacientes que sobreviven se ven afectados por severas deformidades, o por pérdida de miembros.

Por si fuera poco, en las áreas de combate la imposibilidad de llevar a cabo los tratamientos iniciales de urgencia agravaban considerablemente los casos.

En Go Cong los sanitarios españoles no solo hicieron frente a las atroces quemaduras, sino también a una de sus más visibles secuelas. Aprendiendo a marchas forzadas y haciendo de la necesidad virtud, el capitán Linares se empleaba a fondo en un escrupuloso y arduo trabajo de cirugía reparadora a base de realizar

injertos de piel en ocasiones imposibles.

Originariamente la palabra napalm (contracción de los términos naftenato y palmitato, ambos ácidos grasos) hacía referencia al compuesto que al ser mezclado con gasolina producía una gelatina incendiaria. Hoy se emplea este nombre para designar a cualquiera de sus derivados. Fue el doctor Loui Fieser, profesor de Química Orgánica de la Universidad de Harvard, quien lo desarrolló en 1942 en colaboración con el Servicio Químico de Guerra del Ejército de los Estados Unidos. Aunque ya se había usado de forma experimental en la Segunda Guerra Mundial, el napalm comenzó a utilizarse de forma generalizada en Vietnam a partir de 1965. Por cierto, en aquellos años Fieser aún no parecía mostrarse muy contrariado por las repercusiones de su creación: «No tengo derecho a juzgar la moralidad del napalm solo porque yo lo inventé», declaró a la revista Time[5].

El napalm utilizado en Vietnam se producía en la planta que Dow Chemical Company tenía en Midland, en el estado norteamericano de Michigan. Bill Zimmerman era por entonces un joven y entusiasta activista contra la guerra, y como tal acudió a ese lugar para participar en la primera de las muchas manifestaciones que se convocarían a lo largo de los años. Sabía lo que allí se cocía y, sobre todo, era consciente de que aquella perversa manufactura estaba siendo utilizada para arrasar selvas, campos de cultivo y aldeas vietnamitas, ocasionando terribles estragos entre la población civil; aunque un buen número de soldados estadounidenses también experimentaron en carne propia los devastadores efectos del napalm.

Para Zimmerman la cita resultó decepcionante. Apenas cuarenta personas se concentraron frente a unas instalaciones que ocupaban miles de metros cúbicos de hierro y hormigón. Alambradas, edificios, chimeneas, humo, vagonetas, depósitos. Se sintieron impotentes, incapaces, desubicados. Ocurrió al comienzo de la guerra, pero entonces nadie podía imaginar la magnitud que adquirirían las protestas en los próximos años.

En 1967, sin ir más lejos, grupos antibelicistas recorrían las

principales universidades del Medio Oeste congregando a miles de manifestantes. Sus actos coincidían —no precisamente de manera casual— con la llegada de los responsables de captación de personal de Dow Chemical, por lo que estos se encontraban con grandes dificultades a la hora de desarrollar su trabajo. En algunos lugares las manifestaciones fueron prohibidas, y en otros los colectivos favorables a la intervención norteamericana en Vietnam boicoteaban a su vez a los antibelicistas. En ese momento el debate sobre la guerra era intenso e implacable, y nadie parecía dispuesto a conceder una mínima tregua.

Resulta inconcebible, pero solo un año antes el general William DePuy, comandante de la 1.ª División de Infantería, había aportado amablemente su receta para la guerra: «La solución en Vietnam son más bombas, más artillería y más napalm... hasta que el otro bando se desmoralice y se rinda»[6].

Bravo, general.

Lo cierto es que antes de Vietnam pocos habían oído hablar de ese combustible gelatinoso y abrasador llamado napalm. Era necesario que apareciese una imagen que impactara al mundo y despertara las conciencias. Y vaya si apareció. Con toda su carga dramática.

Se trata de una de las fotografías más conmovedoras e icónicas de la guerra de Vietnam. En ella se ve a una niña desnuda, desconcertada, aterrada, corriendo con los brazos abiertos por una carretera comarcal cerca de la localidad de Trang Bang, rodeada de otros niños que lloran y huyen, que piden ayuda, que reclaman compasión. Unos minutos antes su ropa había sido engullida y su pequeño cuerpo parcialmente abrasado por los efectos del napalm. La niña se llamaba Kim Phuc, tenía nueve años y esta es la historia de un daño colateral.

8 de junio de 1972. Para entonces el grueso de las tropas estadounidenses ya había comenzado a abandonar el país asiático —los españoles lo habían hecho el año anterior, como más adelante veremos— y el ejército de Vietnam del Sur se afanaba por controlar una situación que se les iba de las manos. A marchas forzadas. Esa mañana un joven fotógrafo survietnamita de veintiún años llamado

Nick Ut, reportero de la agencia Associated Press, acompañaba a las tropas que se disponían a expulsar de Trang Bang a las fuerzas norvietnamitas que la habían ocupado unas semanas atrás, durante la llamada ofensiva de Pascua. Con su inseparable par de cámaras al cuello, ataviado con el uniforme verde de campaña que los norteamericanos proporcionaban a los periodistas que cubrían el frente —«Chicos, queréis acción, subir a ese helicóptero»— y con el instinto de quien se encuentra en el lugar que la historia le tiene reservado, apenas le separaban doscientos metros de la entrada del pueblo. Expectante, en medio de la carretera junto a un grupo de soldados y otros compañeros periodistas, entre ellos un cámara de televisión, será testigo de los acontecimientos.

Una humareda negra y espesa cubre la mayor parte de la población, extendiéndose por la pequeña jungla que la circunda (escondite, refugio, oasis, infierno). Los combates han tocado a su fin y la situación parece estar bajo control. Para el joven Nick su trabajo allí ha finalizado, por lo que se dispone a recoger su equipo y regresar a Saigón con una batalla más en la mochila. Otra escaramuza de la que poder alardear en la redacción.

Una más si en el último instante no hubiese aparecido aquel inesperado grupo de personas —seguidas por un perro— abandonando precipitadamente el lugar, huyendo de la devastación. Paralelamente, un atronador caza survietnamita entra en escena surcando el cielo. Nadie lo ha visto aparecer. Nada hacía presagiar lo que estaba a punto de ocurrir. El piloto, en la distancia, observa al grupo y lo confunde con el enemigo que huye, lanzando sus proyectiles contra ellos. Las cuatro detonaciones convierten la carretera en un auténtico averno en llamas, en una manifestación de poder incontestable. Grandioso espectáculo de demostración pirotécnica si solo se tratara de un inocente pasatiempo. Pero no lo es. Es napalm. La «gelatina infernal».

Cuando las bombas de napalm impactan contra el suelo las tinieblas se apoderan del lugar. Puede sentirse entonces la febril corriente y el escalofriante rugido que provoca el aire al consumirse. Una gran bola de fuego y humo restalla en la distancia. Su simple contemplación abrasa los ojos y hiela el alma. Después del estruendo un vacío metafísico se apropia de la vida que unos

segundos antes fluía despreocupadamente en todas direcciones.

El estremecedor mutismo deja paso al caos, y más tarde a la desolación, a la más absoluta desolación. Solo entonces es audible algún lamento apagado, algún grito de dolor. El hedor a carne quemada lo impregna todo y penetra insolente hasta el fondo de las entrañas. En tales circunstancias tienes suerte si es eso lo único que experimentas.

Click, click, click…, el disparador de la cámara repiquetea sin descanso. «Las bombas de napalm caen muy despacio» —comentaba Nick Ut unos años más tarde—, «eso me permitió hacer muchas fotografías del bombardeo. Vi humo y gente corriendo y dije: "Dios mío, aún hay gente allí". Entre el humo negro vi aparecer a una niña con los brazos abiertos. No sabía qué había pasado. Le hice muchas fotos mientras ella corría desnuda y decía "quema, quema" o "ayudadme por favor"»[7].

A la pequeña Kim Phuc le acompañan cuatro niños más: sus hermanos y primos, todos descalzos. Uno de ellos, de apenas cinco años, avanza y mira a su alrededor, desconcertado, desde el interior de su pulcro pijama azul. El perro ya no volvería a aparecer en ninguna otra instantánea.

La niña se detiene. En torno a ella los semblantes de quienes tratan de socorrerla son de asombro. Y de angustia. Los reporteros gráficos observan la secuencia a través de sus cámaras, o apartan sus ojos de ellas para contemplar la realidad sin distorsiones —hoy también tendemos a mirar ciertos acontecimientos que nos rodean a través de la pantalla de un teléfono móvil (ventajas de llevar un inmortalizador de sucesos en el bolsillo), y solo enfocamos directamente la realidad cuando la fascinación supera nuestras expectativas, o cuando el cerebro nos obliga a constatar la veracidad de lo que ocurre delante de nuestras narices; aunque a continuación sigamos grabando, superada ya toda perplejidad. O acomodada a ella—.

La pequeña presenta horribles quemaduras en la espalda y en su brazo izquierdo, la piel desprendida, desgarrada. Ninguno de los presentes confía en que pueda llegar a sobrevivir. Nick Ut y un periodista de la BBC le ofrecen agua de su cantimplora. Ella bebe,

despacio. No llora, no grita, no exterioriza su dolor. Su expresión, sorprendentemente, es de un estoicismo enternecedor. Como nadie sabe muy bien qué hacer, el fotógrafo derrama sobre sus heridas un poco de agua reparadora en un intento desesperado por calmar su aflicción. La de ambos, cabría decir. A continuación, coge el impermeable de un soldado survietnamita y cubre a la niña con esa otra piel protectora, mientras ella le dirige una fugaz mirada agradecida.

Finalmente, Nick Ut consiguió llevar a la pequeña Phuc a un hospital de Saigón. Minutos más tarde, nervioso y agitado, se dirigió con sus negativos a la sede de la agencia Associated Press y se encerró en el angosto cuarto oscuro de revelado.

«¡La tengo!».

Al día siguiente sus fotografías aparecieron en las portadas de los diarios de medio mundo, superando censuras y susceptibilidades[8] (en España, sin embargo, los periódicos apenas se hicieron eco de la noticia. Tan solo La Vanguardia Española reproducía ese viernes 9 de junio la icónica fotografía de Nick Ut en el tercio superior de la página 48, junto a un escueto texto y un explícito titular: «Terror y miedo tras la explosión de una bomba de napalm». La noticia compartía protagonismo con la visita de varias personalidades a la Feria de Muestras de Barcelona y con la imagen de un espectacular accidente de coche en un entrenamiento de las 24 horas de Le Mans).

Catorce meses y diecisiete operaciones más tarde, Kim Phuc abandonaba el hospital y conseguía rehacer su vida. Después de todo se sentía afortunada. En Vietnam, como en cualquier otra guerra pasada, presente o venidera, no todas las víctimas pueden narrar su experiencia.

Hospital de Go Cong. Finales de agosto de 1967. En la calle sopla una brisa templada y húmeda. Desoyendo las recomendaciones del mando estadounidense, el capitán Faúndez y el brigada Gutiérrez de Terán deciden ir paseando hasta la residencia. La lluvia parece conceder una tregua y el día tampoco

ha sido para enmarcar. Extenuados por el trabajo, derrotados por algunas de las imágenes que dejan atrás, perdida la noción del tiempo y del espacio, la noche hace rato que se ha instalado en la ciudad.

[1] Coronel Kilgore (Robert Duvall) en una escena de la película Apocalypse Now.

[2] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 171.

[3] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 187.

[4] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. Págs. 244-245.

[5] Revista Time, lunes 8 de enero de 1968.

[6] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 243.

[7] Declaraciones de Nick Ut recogidas en la serie documental La guerra de Vietnam, de Ken Burns y Lynn Novick. EE. UU. 2017.

[8] Nick Ut obtendría el Premio Pulitzer en 1973 y la Foto del Año de la revista World Press por «The Terror of War», que retrata la desesperada huida de unos niños tras el bombardeo con napalm en la localidad de Trang Bang el 8 de junio de 1972.

22.

Fin de semana en Saigón

«Una sociedad en la que prospera el vicio mientras la virtud no recibe recompensa queda herida de gravedad antes incluso de que el enemigo abra fuego».

Max Hastings

CONOCIDA COMO LA «Perla del Lejano Oriente», en tan solo unos años Saigón había pasado de ser una burocrática y encantadora ciudad colonial —un lugar hermoso y apacible donde dejarse atrapar por melancólicos sueños imperiales— a convertirse en una especie de frenético y enloquecido parque de atracciones. O en un casino en el que la suerte no siempre estaba echada. Al menos para algunos.

Al implacable ritmo que marcaba el dólar se fueron talando árboles y levantando guetos. Se fue masificando el tráfico y exacerbando las ambiciones.

Desde 1955 su población no había dejado de crecer. A mediados de los sesenta ya sobrepasaba con creces los dos millones de habitantes, y aún tendría que albergar a decenas de miles de estadounidenses. Todo comenzó tras los Acuerdos de Ginebra y la partición de Vietnam en dos estados, cuando la nueva capital de la República de Vietnam del Sur comenzó a acoger oleadas de refugiados norvietnamitas que huían del régimen comunista. Después, a medida que avanzaba la guerra y aumentaba la presión sobre las zonas rurales, los habitantes de las aldeas emigraron en masa a la capital abandonando las tierras que habían cultivado sus antepasados durante siglos. La indefensión en la que vivían y los escasos recursos económicos que originaban les obligó a tomar esta

decisión, sin olvidar que la abrumadora presencia de estadounidenses estaba generando un nuevo y hasta ahora desconocido universo de oportunidades. Así que, como decía el profesor Christian G. Appy, «había que ser bastante estúpido para quedarse en el campo y no ir a la ciudad».

El problema, como suele ocurrir en las nuevas y rutilantes tierras de oportunidades, era que la inmoralidad también campaba a sus anchas. Incluso un alto oficial estadounidense llegó a plasmar estas palabras en una misiva: «Saigón ha cambiado mucho... Hay mucha más población y es más vulgar, estridente, comercial, mezquina, codiciosa, sucia, metálica»[1].

La corrupción era endémica en Vietnam. De norte a sur. Y en aquel momento, más que nunca, impregnaba su paisaje. Afloraba por todas partes, y raro era quien no intentaba servirse de ella en la medida de sus espurias posibilidades. Existía en Hanói, por supuesto; pero el régimen comunista sabía mantenerla a raya, servirse de ella, acapararla y, por encima de todo, velarla a miradas curiosas. En Saigón, por el contrario, el velo se antojaba imposible. Era como tratar de esconder la arena del desierto. En la Administración survietnamita los cargos no se concedían por antigüedad ni mérito ni capacidad ni competencia —demasiado simple y nada productivo—, sino por lealtades políticas o por dinero. La arbitrariedad se había instalado en los resortes del gobierno. Fuera, en la calle, las cosas no eran muy diferentes. Emergía el contrabando, la corrupción, el soborno, el fraude, el mercado negro, el crimen organizado, la delincuencia en cualquiera de sus manifestaciones. La llegada de cientos de miles de estadounidenses y millones de dólares dispararon todas las formas de indecencia conocidas.

¿Quién podía resistirse a ello?

Entretanto, la gente de a pie —indiferente a las querellas políticas— solo pensaba en sobrevivir. Y para sobrevivir a veces hay que hacer cosas con las que uno no cuenta. Un ilustrativo ejemplo: mientras un simple funcionario ganaba en torno a veinte dólares al mes —sobornos aparte—, una joven prostituta recién llegada a la ciudad podía conseguir entre quinientos y mil dólares. Así fue como la calle se convirtió en un burdel.

Quien fuera capaz de dejar colgada su moral en casa por las mañanas se hallaba en disposición de obtener más riqueza y más poder; o simplemente unos dólares, o unas piastras extras, con los que ayudar a los suyos.

Pero… ¿Cuántos Saigón se daban cita en aquella superficie de poco más de quinientos kilómetros cuadrados rodeados de guerra y destrucción? La respuesta es muy simple: tantos como barrios, ambientes y horarios manejaran las turbulentas almas que lo frecuentaban.

Porque cualquiera que llevara al menos un par de días en Saigón ya debía estar al tanto, como mínimo, de dos realidades: una, que no era muy aconsejable internarse en el laberinto de callejuelas que serpenteaban como sombríos riachuelos las principales avenidas de la capital; y dos, que durante la noche no era nada prudente transitar por el inquietante barrio chino de Cholón, a las afueras de la ciudad. Aunque, por supuesto, también estaría al corriente de que la diversión alardeaba de sus mil y una caras en la céntrica avenida Tu Do.

El cine de las últimas décadas, con su capacidad mágica de alumbrar escenarios inverosímiles o de recrear la cotidianidad de lugares que un día dejaron de ser lo que fueron, nos ha permitido descubrir algunos de esos Saigón. Aunque la lista es extensa cabría detenerse brevemente en dos extraordinarias producciones, tan diferentes en su manufactura como en las historias que plantean. En Good morning, Vietnam, protagonizada por un Robin Williams en estado de gracia, se nos muestra una ciudad caótica, pero luminosa y dinámica; con cierto aire de normalidad si no fuera por la incesante presencia de uniformes, sacos terreros, puestos de control y alambradas protegiendo los imponentes edificios de esencia colonial convertidos ahora en cuarteles o dependencias gubernamentales; o por esa latente sensación de peligro avivada por los atentados terroristas.

En El cazador, en cambio, unos soberbios Robert de Niro y Christopher Walken se meten en la piel de dos antiguos soldados capturados y torturados por el Vietcong cuyas secuelas psicológicas arrastran más tarde por los tugurios de un Saigón sórdido, oscuro, violento y corrupto en el que se juegan la vida en una constante,

azarosa y trágica ruleta rusa. Literal y metafóricamente hablando.

Pues bien, en lo que a esta historia se refiere decir que en medio de aquel estrambótico conglomerado de pasiones y fanatismos los miembros del equipo médico español también acudieron a Saigón como náufragos atraídos por la resplandeciente luz de un faro salvador. O lo que es lo mismo, se dispusieron a desconectar de la rutina y a codearse con los detalles —a veces coloridos a veces peligrosos y sombríos— de ese lienzo en el que uno podía adoptar el papel de mero espectador siempre y cuando fuera ese, y no otro, su verdadero propósito.

Uno de nuestros oficiales médicos lo describió en cierta ocasión con estas palabras: «Era increíble la intensidad con la que se vivía en Saigón. Aunque la guerra y la muerte estaban presentes las veinticuatro horas del día, Saigón era una ciudad llena de vida. El bullicio era tremendo, circulaba mucho dinero y por las calles podías encontrarte de todo. Las drogas y la prostitución marcaban el ritmo diario»[2].

Ciertamente las posibilidades de extraer el máximo partido a un permiso de fin de semana en Saigón eran infinitas: tiendas, restaurantes, cines, bares, mercados, terrazas, cabarets, salas de juego, burdeles… O fumaderos de opio que garantizaban transitorios pasaportes a un mundo feliz.

Aquel cálido y prometedor sábado de finales de junio Ramón se despertó temprano. El reloj marcaba las ocho en punto, pero habría jurado que era más tarde. Sin duda, el cansancio acumulado durante la semana obró en él esa extraña sensación. Doce horas antes, cuando llegó a Saigón junto a dos de sus compañeros, sopesó la posibilidad de internarse directamente en la fragosidad urbana que se abría paso a su alrededor, pero finalmente decidió —decidieron los tres— retirarse a descansar. El Vinh Loi era uno de los hoteles escogidos por los españoles para hospedarse durante los permisos de fin de semana; un alojamiento que sin hallarse, ni mucho menos, entre los más atractivos de la ciudad, sí podía considerarse bastante decente —limpio, discreto y relativamente bien situado eran sus principales virtudes—. Los oficiales americanos, en cambio, parecían decantarse por el Rex, no muy lejos del anterior y a solo dos manzanas del elegante y céntrico

Hotel Continental, testigo de las vicisitudes vietnamitas de los últimos años.

Después de un templado desayuno a base de café, baguettes recién horneadas, mantequilla, croissants y pastelitos de manzana, en torno a la diez salieron a explorar aquella «ciudad llena de vida» que había conseguido contrarrestar el pulso de la guerra.

El punto de partida no podía ser otro que la basílica católica de Notre-Dame, erigida por los franceses —con ladrillos exclusivamente franceses, concretamente de Toulouse— en la década de 1880. Frente a su fachada de esbeltas torres, una imagen en piedra de la Virgen Inmaculada sobre un alto pedestal circular proclamaba al mundo: «REGINA PACIS. ORA PRO NOBIS».

¿Pacis? ¿Paz?

A esa hora de la mañana los españoles parecían hallar su paz interior entre los blancos y deslucidos muros de la basílica. Una furtiva delectación en aquel Saigón de abrumadores contrastes donde la carne y el espíritu pugnaban por descollar. Y en esa íntima búsqueda de la paz, o de la remisión de los pecados, alguno de ellos volvía al día siguiente a su cita dominical con la misa del mediodía.

Ramón nunca se consideró un hombre escrupulosamente religioso, pero algo captó aquel día su atención: «La ceremonia, oficiada por un padre americano y rezada en inglés, contaba con una gran afluencia de fieles. Se notaba que estaban en misa de verdad, con devoción, no fijándose en si estaba fulano o mengano. La mayoría eran hombres jóvenes, o maduros. Al presenciar esta escena me avergoncé de mí y de ese catolicismo falseado que hemos forjado».

Del subconsciente de Ramón probablemente emergían las imágenes de otros templos y otras misas. De otros padres y otros fieles. De una España de incienso y sacristía, de miradas escrutadoras, de pecado y penitencia, de hipocresía…, con la que el joven sanitario era incapaz de sentirse identificado. Como tantos otros.

Frente a la decimonónica basílica de Notre-Dame, allí hacia

donde la Virgen Inmaculada dirigía su mirada, la avenida Tu Do se abría al visitante. Novecientos setenta y ocho metros de un saturado eslalon de entretenimiento y procacidad que desembocaba en la orilla del río Saigón, con la terraza del hotel Majestic como particular Ítaca del fatigado navegante.

Toda la esencia de Saigón se concentraba en esa avenida. Y en sus alrededores. Y aunque poco quedaba ya entonces de su esplendoroso pasado colonial, más allá de algún que otro detalle para observadores sensibles, se hacía obligada la visita a aquellas emblemáticas construcciones que aún permanecían en pie. Como el edificio de Correos, diseñado a finales del siglo XIX por el arquitecto Gustave Eiffel y situado a escasos metros de Notre-Dame. O el antiguo Ayuntamiento, erigido en estilo neorrenacentista entre 1901 y 1909 y rodeado de bellos jardines. O el elegante edificio de la Ópera, inaugurado en 1900, aunque en aquel momento se encontraba rodeado de alambradas y sacos terreros por tratarse de la sede de la Asamblea Nacional.

Y sí, por todo ello empezaron.

Pasada la una del mediodía el peculiar trío de turistas españoles ya ocupaba una mesa en la terraza del Hotel Continental. Ni todos los grandes almacenes del mundo hubieran podido componer un escaparate a la realidad survietnamita como el que brindaba aquella terraza. Hacia la calle y hacia el interior. Gastadas baladas afloraban de los altavoces anclados a las columnas pregonando en susurros que aquella acotada área de mobiliario de mimbre seguía siendo un lugar seguro. Siempre que nadie lo estropeara. Elvis Presley, Frank Sinatra, Mark Johnson, Nat King Cole, James Brown… Suaves acordes rivalizando con el ruido del tráfico, la sonoridad de las conversaciones y el ulular de las sirenas. Por la noche, en cambio, entre copas y luces de neón, los altavoces arrojaban sobre el cálido y cargado ambiente nocturno las rítmicas resonancias de Rolling Stone, Jimmy Hendrix o The Doors.

En las mesas del Continental —en una de cuyas habitaciones, la 214, vivió Graham Greene y donde posteriormente situaría parte de la trama de su novela El americano impasible— confluían, a cualquier hora del día, militares de uniforme o de paisano, diplomáticos, escritores, periodistas y fotógrafos; pero también

contratistas e ingenieros. De estos últimos decía el periodista Michael Herr: «Hombres que ganaban treinta mil dólares al año por sus trabajos con contratos del gobierno y que los duplicaban sin problema en el mercado negro». Y lejos de plantarse en tan severas afirmaciones añadía derrochando vivencias: «Los veía allí en las mesas: las sonrisas duras y vacías, aquellos rostros anchos, brutales, aterradores. No es raro que todos aquellos hombres les pareciesen iguales a los vietnamitas. Al cabo de un rato, también a mí me lo parecían»[3].

Quizá a Ramón todos estos detalles le pasaran inadvertidos. Para él, como para sus compañeros, lo verdaderamente interesante comenzaba un poco más allá, al otro lado de la calle. Aunque no convenía perder de vista tu entorno más cercano.

La delincuencia estaba a la orden del día, y lo mismo desaparecía la propina de una mesa que se esfumaba el reloj de tu muñeca en el instante mismo en que te mirabas la hora. Ser testigo de ello —o vivirlo en primera persona— no constituía un acontecimiento extraordinario. Sucedía y punto. Por eso procuraban no hacer ostentación de sus valiosos billetes verdes, ni apartar la mirada de aquellos avispados chicos de la calle durante demasiado tiempo.

Algunos llamaban a esos chicos los vaqueros porque se pasaban el día sobre sus motocicletas actuando con una destreza y una impunidad brutales. También se dejaban ver durante la noche a la entrada de los garitos que brotaban como hongos a ambos lados de la avenida Tu Do, quizás entonces con una actitud más furibunda. Y es que, en ocasiones, «en Saigón había vibraciones tan hostiles que cada vez que alguien te miraba tenías la sensación de que te rebanaba el cuello»[4].

Los vietnamitas de a pie, acostumbrados a la violencia que parecía dotar de carga genética a ese país, apenas se sorprendían de nada. Cuando explotaba una bomba la gente se paraba, miraba y después seguía su camino. La vida no se detenía ni en el corazón de la ciudad ni, aún menos, en la periferia. Los edificios y las dinámicas del centro no hacían más que provocar la envidia de los barrios más alejados, que también eran más deslucidos, más pobres y más peligrosos. En este sentido Cholón era la quintaesencia. Allí

«la miseria presidía la vida de sus habitantes» —en palabras de José María Gironella—, el mercado negro encontraba su nudo logístico y el Vietcong lanzaba sus tentáculos.

Por aquellas fechas, la portentosa presencia occidental parecía haberse instalado en Saigón como si de una nueva subcultura se tratara. Con sus inconfundibles ritmos y costumbres, pero con idénticas paranoias. Por otro lado, más del noventa por ciento de los súbditos de esa nueva subcultura eran hombres, destinados a un lugar donde tenían lo esencial para consumir la vida a borbotones y después, si podían, tratar de olvidarla.

Decidirse por un local donde calmar el apetito era tan sencillo como encontrar un vendedor callejero ofreciendo artículos procedentes del mercado negro. Los había por todas partes. El plano de la capital que portaba Ramón incluía indicaciones, en inglés y en vietnamita, sobre una cuidada selección de lugares de interés para el visitante: aerolíneas, consulados, hoteles, hospitales, bancos, cines, farmacias, librerías, peluquerías y hasta night clubs. Y por supuesto, restaurantes. Se trataba de una escueta selección de los mejores establecimientos, entre los que aparecía un restaurante español, el Paprika, situado al norte de la ciudad, algo alejado de donde ahora se encontraban. Alguien les dijo que también operaba un restaurante de cocina vasca, el Aterbea, pero solo les llegó de oídas.

Por lo demás, los figones familiares, las pizzerías y las hamburgueserías abundaban a lo largo y ancho de la avenida, mezclándose con restaurantes de cocina francesa como el L´Amiral, que proporcionaba un toque de distinción.

Ramón conocía un coqueto restaurante familiar próximo a la confluencia con la calle Le Loi, frente al Continental. Se encontraba a escasos metros del Givral, un local famoso por sus croissants recién horneados y porque allí también se desarrollaba una escena de El americano impasible.

Los tres sanitarios entraron en la casa de comidas y ocuparon una mesa junto a la puerta. Los occidentales siempre eran bien

recibidos. Y mejor atendidos. El dólar ejercía un llamativo poder de seducción y los españoles preferían pagar en dólares que en piastras, bastante devaluadas entonces. La clientela era variada, y no había más que echar un vistazo al interior del local para entender los nuevos equilibrios impuestos por la guerra. Los vietnamitas, jóvenes en su mayoría, comían y reían, vestían a la moda y no parecían excesivamente preocupados por su futuro. Los mayores, en cambio, preferían comer en silencio, absortos en sus pensamientos. Para los americanos solo era una pausa que debían exprimir, por si las moscas. Las camareras, amables y serviciales, contribuían con su sonrisa al mantenimiento del negocio familiar. En la cocina, la madre de las chicas derramaba su alma en los fogones, y desde la caja el padre de familia lo fiscalizaba todo con la mirada.

Esta clase de negocios, como tantos otros, habían tomado el centro de Saigón como quien toma la Bastilla. Y florecían a pesar de —o gracias a— la incertidumbre que acongojaba al país. «La guerra estaba muy lejos y, sin embargo, era molesto que hubiera una guerra» —decía John Parrish—. «Los norteamericanos también se quejan de la guerra, pero no dejan de venir con los bolsillos repletos de dinero. Por la noche las bengalas iluminan los límites exteriores de la ciudad y las bombas y cañones eclipsan a veces los ruidos nocturnos de la capital, pero la guerra mantiene los negocios en alza y mantiene estable el gobierno de Saigón»[5].

Hay un momento en toda ciudad en que la energía que desprenden sus piedras, sus calles y la gente que las habita declina en busca de un respiro. Su duración depende de múltiples factores, pero las necesidades humanas siempre merman los tiempos. En Saigón ese lapso se producía entre las tres y las cinco de la tarde. Poco después los bares de copas abrían sus puertas, las marquesinas de los hoteles recobraban su actividad, cines y teatros levantaban sus telones y el trasiego en las calles ya no concedía tregua hasta poco antes de las once de la noche. Un parón impuesto por el toque de queda y la necesidad de seguir con vida.

Aquel día, en torno a las siete, Ramón se separó de sus compañeros. Mientras caminaba por la avenida Tu Do pasó junto a

restaurantes baratos abarrotados de soldados estadounidenses felices de haber abandonado la jungla por unos días —ahora los chicos comían hamburguesas, bebían cerveza y fumaban marihuana —. A las puertas del Sporting Bar, uno de los locales más destartalados en varios kilómetros a la redonda, media docena de Boinas Verdes con uniforme de camuflaje y armas de asalto esperaban su turno para acceder al interior. A pesar de que no les estaba permitido vestir ese uniforme ni portar armas en Saigón, algunos miembros de unidades especiales desdeñaban impunemente estas instrucciones. Unos pocos metros más allá, otro local, el Bluebird, aún tenía peor reputación. Dentro de cualquiera de ellos, complacientes hordas de chicas vietnamitas aguardaban sin pudor la llegada de los americanos. Ramón miró de reojo y siguió su camino, procurando alejarse de aquellos tugurios.

A la altura de la prefectura de policía —en cuyo interior lo más sensato y suculento consistía en hacer la vista gorda ante lo que ocurría alrededor— se encontró de manera fortuita con uno de los asistentes vietnamitas del hospital de Go Cong, el mismo que durante una interminable noche de guardia le disertó prolijamente sobre las lindezas de los fumaderos de opio y que ahora, animoso y satisfecho, se empeñaba en demostrarle su sórdida existencia. Ramón se sorprendió y agradeció su interés, pero trató de hacerle entender que alguien que no ha fumado un cigarrillo en su vida no tiene por qué sentirse especialmente atraído por determinados vicios ni ambientes.

No le sirvió de nada.

La casa era un auténtico laberinto de pasillos, puertas y estancias. Una perturbadora mezcla de fantasía onírica y letargo espiritual. Un lugar indefinible e indescifrable. Tras superar el umbral, penetrabas en un mundo donde el tiempo parecía haberse detenido, sumergiéndote en una atmósfera oscura, vaporosa y decadente. Abrir cualquiera de aquellas puertas podía conducirte al cielo o al infierno. O a ninguna parte. Todo dependía de tu fuerza de voluntad. Ramón abrió dos, por curiosidad. La primera le devolvió voces ininteligibles e irritadas y se cerró bruscamente. La segunda inundó su cerebro de cuerpos femeninos desnudos, susurrantes, escuálidos y entrelazados en un ambiente denso y

brumoso, casi irreal.

—¡Vámonos de aquí! —ordenó—. O tal vez lo suplicó.

En torno a las nueve, Ramón volvió a encontrarse con sus compañeros. La luz natural comenzaba a perder la batalla frente al neón —brillante luminiscencia de tonos verdes, rojos, anaranjados — y a los refulgentes anuncios que actuaban sobre los viandantes como el néctar sobre las abejas. El otro gran reclamo eran las chicas de alterne —la inmensa mayoría jóvenes, muy jóvenes— tupiendo las aceras, arremolinadas a la entrada de los garitos, reclinadas en las esquinas, agazapadas en las sombrías bocacalles. Sugerentes junto a las farolas, unas; de aspecto triste y fatigado, otras.

Miles de aquellas chicas procedían de zonas rurales donde las posibilidades de subsistencia hacía tiempo que habían perdido ya su condición de posibilidad. En Saigón, si no encontraban un trabajo medio decente optaban por la vía rápida. En el colmo de la abyección, algunos padres vendían a sus hijas a redes organizadas o, con un poco de suerte, a un soldado estadounidense. Algunas chicas se echaban un novio americano y conseguían mantener a toda la familia. Los soldados solían ser amables con ellas y muchas de esas historias terminaron en matrimonio.

Pero aquello nunca fue un cuento de hadas.

En una ocasión Ramón intentó que lo fuera, tal vez con una candidez impropia de un lugar como aquel. Romántico empedernido, quiso alejar a una de esas hermosas y sugerentes chicas de la inhóspita senda que transitaba, y por eso un día la ofreció amistad. Quería invitarla al cine, o al teatro. O a cenar. Ella, desde el corredor del séptimo piso del hotel en que se encontraban, señaló hacia el vestíbulo. Ese tipo de camisa blanca, dijo, me está vigilando. Si me voy contigo mi vida corre peligro.

No hubo más que hablar.

La prostitución era, con diferencia, la modalidad de corrupción más visible en Saigón, y se extendía como un reguero de pólvora por la avenida Tu Do, desde la basílica hasta el río. Si algo encajaba en semejante vorágine de destellos y luces de neón eran los

cabarets, siempre diligentes a la hora de ofrecer placer y diversión con un mínimo de estilo: el Eden Roc, el Maxim´s, La flor de Lis.

Cuando los tres incautos españoles accedieron a este último local, varias chicas les abordaron y condujeron a la barra. Quizá pensaran que eran norteamericanos, o franceses, aunque en realidad tampoco importaba demasiado. Tras la barra, alineados sobre kilométricos estantes de cristal, una desmesurada concentración de botellas se exhibía ante sus ojos. El reflejo de los focos irrumpiendo en los coloridos brebajes resultaba embriagador. Al fondo de la sala, sobre un pequeño escenario de suelo ajedrezado, una joven en refulgente ropa interior se contoneaba al ritmo de los metálicos sonidos emanados por las guitarras eléctricas de un par de chicos vietnamitas.

Terán y sus compañeros tomaron un par de copas y se marcharon sin más, calle abajo, hacia el río. Antes, cada uno de ellos creyó haber escuchado al oído algo parecido a un prometedor y susurrante If you want, I can make you happy.

Un día hablé con Ramón de este tema y debo decir que no me soltó ningún discurso moralista. Quizá tampoco estaba en disposición de hacerlo, pero en cualquier caso fue de agradecer.

A lo largo de mi vida —me dijo— he leído y escuchado muchos comentarios acerca de la corrupción que atenazaba al Vietnam, referida sobre todo a la cuestión sexual. Yo estuve allí y tengo que decir que es verdad que la había. Por todas partes. No se puede obviar que del medio millón largo de hombres que llegaron a estar destacados en Vietnam del Sur la mayoría eran jóvenes, con dinero, desenvolviéndose muy lejos de sus hogares y en un país en guerra. La estancia de un soldado era, como mínimo, de un año, aunque muchos llegaron a estar más tiempo. Querían divertirse, cubrir ciertas necesidades, dejar de pensar por un momento en el horror que les rodeaba.

Ramón lo sabía muy bien. Tres años y medio en Vietnam. En aquel Vietnam. Acosado a menudo por pesadillas o conviviendo con el horror que cada día traspasaba el umbral del hospital.

Alguien se refirió a esa necesidad de olvidar de un modo

infinitamente menos condescendiente, aunque sin una pizca de cinismo en sus palabras: llegan del frente ahítos de napalm y bichos. Y de miedo. Quieren resarcirse. Es natural.

Por supuesto cualquier forma de prostitución es intrínsecamente perversa, y por lo tanto condenable; pero Ramón prefería no juzgar, a diferencia —como me dijo en aquella ocasión — de quienes solo buscan el sensacionalismo sin analizar las circunstancias.

Entrada la noche nuestros protagonistas completaron la avenida Tu Doc, coronada por el hotel Majestic. Solo unos metros más allá, al otro lado de la calle, la luna se reflejaba sobre las turbias aguas del imponente río Saigón, donde navíos de la Armada ensombrecían la presencia de pequeñas embarcaciones que hacían recorridos de ida y vuelta hasta la orilla opuesta. Allí, la ciudad se ofrecía inquietante e inequívocamente turbadora; bella, pero misteriosa; con el peligro acechando sobre los incautos paseantes como negros nubarrones. No parecía, sin embargo, un peligro inminente, ni siquiera real, pero sí latente. Pronto empezaron a escucharse las explosiones que cada día alteraban la vida nocturna de Saigón. Ataques aéreos sobre objetivos que se antojaban cada vez más cercanos. Otra noche más. Un impresionante despilfarro de dinero y energías. Los fogonazos y las balas trazadoras iluminaban el cielo y se reflejaban en las lóbregas aguas del río, mientras los rotores de los helicópteros —invisibles en la oscuridad— se fusionaban con las detonaciones de los proyectiles y las sirenas de las ambulancias creando reverberaciones en los tímpanos, como graznidos emitidos por pájaros de mal agüero.

—Vámonos de aquí —coincidieron—.

[1] Citado en Max Hastings. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 225.

[2] Citado en Alejandro Ramírez. ¿Por qué no combatimos en Vietnam? P. 27.

[3] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 191.

[4] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 21.

[5] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 23

23.

«Los Doce de la Fama»

«No estéis pesarosos de que nadie os conozca; trabajad para haceros dignos de ser conocidos».

Confucio

UN AÑO PUEDE DAR PARA MUCHO o convertirse en una larga, tortuosa e insustancial travesía. Todo depende de los lances del trayecto; del paisaje que lo circunde; de sus rectas, curvas y reveses; de la atmósfera que se respire; de sus rémoras o de la ausencia de ellas; de las experiencias vitales que golpeen tu conciencia; de la manera en que te dejen fuera de juego o te permitan seguir avanzando, aunque sepas que ya nunca volverás a ser el mismo. Y depende, sobre todo, de la actitud con la que seas capaz de afrontar los endiablados escenarios que se te presenten, de tu capacidad de adaptación, de tu instinto de supervivencia (ese cuyo error de cálculo ha llevado a la desaparición de especies e individuos), y de cómo todas esas variables consigan vaciar o saturar o agitar tu cerebro, y desde ahí, todo tu ser.

El 8 de septiembre de 1967 se cumplía un año de la presencia en Vietnam de los doce miembros de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur. Es decir, concluía el plazo, se consumaba la travesía. Era hora de recapitular, de hacer balance, de tomar decisiones trascendentales. Y entre ellas, quizás, la más importante de todas: regresar a casa o ampliar la estancia en aquel lugar.

En España una decisión de tal naturaleza solo preocupaba a un reducido grupo de personas: sus familias. En la calle nunca hubo una conciencia colectiva acerca de esta operación —a diferencia de

la trascendencia que hoy adquieren las misiones de nuestros soldados en el exterior—, y entre el estamento militar apenas unos pocos estaban al tanto de la suerte de sus compañeros.

Fueron precisamente aquellos últimos quienes a partir de un determinado momento comenzaron a utilizar una irónica expresión para referirse a los primeros expedicionarios: «Los Doce de la Fama».

Pero… ¿Qué fama?

¿Fama como condición de famosos? ¿De notoriedad, de popularidad? Obviamente no. El Régimen se encargó de no airear este asunto.

¿Fama como opinión generalizada que se podría tener sobre ellos? (fama de osados, de temerarios, de compasivos, de generosos, de honestos, de profesionales). Me temo que tampoco. Y no porque no se hubieran ganado el derecho a portar dignamente cualquiera de estos adjetivos.

Tal vez la expresión solo naciera como una incisiva broma de cuartel —aunque existe un precedente histórico, como ahora veremos—, pero lo cierto es que con el tiempo ha devenido en una hermosa y hasta poética seña de identidad. Pues si bien es verdad que por el hospital de Go Cong desfilaron al menos medio centenar de sanitarios españoles durante los cinco largos años que duró la misión, fueron ellos, «Los Doce de la Fama», quienes rompieron el hielo de la incertidumbre enfrentándose a lo desconocido a miles de kilómetros de su hogar, en una de las guerras más cruentas del siglo XX; quienes acometieron la titánica tarea de convertir un decrépito consultorio local en un más que decente hospital provincial; quienes dejaron un poso de generosidad y profesionalidad en los habitantes de Go Cong, también entre los socios americanos, e incluso entre los guerrilleros del Vietcong. Y quienes, en definitiva, abrieron el camino —la travesía vital, con sus rectas, curvas y reveses— al resto de sus compañeros.

Pero como decía anteriormente también es posible que quien empleara por primera vez esta expresión —quizás desde el mismo instante de la selección— estuviera al tanto de un episodio de la

Historia de España que se remonta a la conquista de América. Casi cinco siglos atrás.

Nos situamos en la costa del Pacífico, al sur de la actual Colombia. Es mayo de 1527. Después de dos largos años de duros enfrentamientos contra los nativos y de sufrir un sin fin de calamidades, la diezmada y exhausta expedición de Francisco Pizarro llega a la Isla del Gallo, en la Bahía de Tumaco. El descontento entre los hombres es patente y a pesar de los esfuerzos de su capitán por convencerles de seguir adelante, la mayoría se muestran reacios y dispuestos a desertar. Es en ese momento cuando Pizarro desenvaina su espada para trazar con ella una línea en el suelo. El historiador peruano José Antonio del Busto describe así la escena: «Se detuvo frente a ellos, los miró a todos y evitándose una arenga larga se limitó a decir: "Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere"».

Tan solo trece hombres cruzaron la línea, y sus nombres quedaron para la Historia. Fueron conocidos como «Los Trece caballeros de la Isla del Gallo», o como «Los Trece de la Fama».

Pocos días después de la llegada del equipo médico a Go Cong comenzaron a aparecer en las calles de la localidad cientos de carteles informativos dirigidos a la población civil. Era una especie de presentación en sociedad, cortesía de las autoridades locales. Los textos, escritos en vietnamita, pretendían facilitar a los ciudadanos el conocimiento de la Misión con expresiones simples y directas. Bajo el título «El equipo español trabaja para la ciudad de Go Cong y su provincia», aparecían cuatro explícitas fotografías que mostraban la labor diaria de los sanitarios. Un breve preámbulo confinado en el interior de un recuadro de fondo carmesí precisaba las intenciones: «Al igual que muchos equipos médicos de las naciones libres que trabajan en Vietnam, el equipo español se esfuerza sin descanso al servicio de la ciudad de Go-Cong y su provincia. Trabajan en el Hospital Troung-Cong-Denh y está compuesto por cuatro médicos y ocho ayudantes que curan a los enfermos y reparten medicinas».

Las imágenes iban acompañadas de sus propios textos, que incidían en la profesionalidad del equipo y en las horas que dedicaban al estudio, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades, con mensajes que buscaban la complicidad de sus destinatarios. Por ejemplo: «El pueblo de Vietnam corresponde a estos doctores demostrándoles su cariño», o «Los heridos sin asistencia mueren o quedan inútiles, pero los que llegan a manos de estos españoles salvan su vida o se curan».

Pronto «estos españoles» comenzaron a granjearse cierta fama en la ciudad. En parte por los carteles (no hay que menospreciar el poder del marketing), pero sobre todo por perseverar en uno de los preceptos que el sabio Confucio abrigó en aquellas mismas latitudes varios siglos atrás: «Trabajad para haceros dignos de ser conocidos».

Y a fe que lo lograron.

Aquel equipo formado por cuatro médicos, siete enfermeros y un oficial de Intendencia se deshizo el 8 de septiembre de 1967, un par de días antes de cumplirse el primer aniversario de su llegada a Go Cong. Sus miembros jamás volverían a reunirse al completo.

Fue una jornada muy emotiva en la vida de Ramón, como en la del resto de sus compañeros. Uno de esos días que se llevan grabados a fuego en el corazón: por lo que representa y por ser el último que comparten quienes hasta entonces han formado una singular familia. Un día de sentimientos encontrados. De anticipada melancolía. De recuerdos, orgullo, tristeza, dicha, satisfacción por el deber cumplido. De alivio por seguir sano, entero y con vida.

En las últimas semanas los reconocimientos oficiales llegaron en cascada. La gratitud de la gente, en cambio, siempre estuvo ahí, en forma de miradas, de sonrisas, de respetuoso silencio, de pequeños presentes, de reveladores detalles. Ahora recibían las condecoraciones, esas que van prendidas en el pecho del uniforme y exhiben con orgullo. Una de ellas fue la Medalla de la Campaña de Vietnam[1]. Otra, la Medalla del Ministerio de Sanidad vietnamita por distinguirse, textualmente, «como especialistas en medicina que, con una competencia indiscutible y un espíritu del deber muy

elevado, han colaborado con el personal médico vietnamita en las operaciones de cirugía y en la cura de heridos y de enfermos, obteniendo resultados muy satisfactorios en el hospital de Go Cong».

Tres meses antes el Gobierno español les había concedido la Cruz Roja del Mérito Militar por su participación en esta misión.

El 1 de septiembre de 1967 los miembros del equipo se encontraban de pie, alineados unos junto a otros, firmes como robles. La línea blanca trazada en el suelo no estaba para ser franqueada en pos de la gloria —ellos ya eran «Los Doce de la Fama», no necesitaban cruzarla—, solo indicaba la posición que debían ocupar para recibir sus medallas. A pesar de la hora temprana el sol hacía rato que descollaba en el horizonte. Acababan de recibir la Medalla de Honor de Primera Clase de la República de Vietnam del Sur, concedida por la Oficina de Asistencia Militar del Mundo Libre. En aquel momento, todo un privilegio.

Tras finalizar el acto Ramón leyó para sí la emotiva certificación que acompañaba al distintivo, firmada por el teniente general Tran Ngoc Tam: «El brigada Terán, como ayudante de cirugía, asistió a numerosas intervenciones quirúrgicas mayores durante su estancia en el hospital provincial de Go Cong […] El elevado grado de eficacia y competencia profesional con el cual ha ejecutado su deber le han granjeado el mayor respeto de los responsables vietnamitas y norteamericanos con los que ha trabajado, y representa un gran prestigio para la Oficina de Asistencia Militar del Mundo Libre y para el Ejército Español».

En las certificaciones de sus compañeros el contenido apenas variaba.

Siendo todo esto significativo, lo sustancial es que la misión seguía adelante, y que Ramón —guiado más por el corazón que por la razón— decidió prorrogar su estancia en Vietnam durante seis meses más, al igual que los capitanes José Linares Fernández y Luciano Rodríguez González, y el brigada Joaquín Baz Sánchez. Era una posibilidad que siempre estuvo sobre la mesa; impensable, posiblemente, unos meses atrás, pero que ahora asumían con entusiasmo. El resto del equipo regresó a España, a aquella afligida

España que intentaba salir de su propio abismo, y donde la vida parecía discurrir insufriblemente lenta en comparación con lo que dejaban atrás. En cualquier caso, volvían a la tierra amada, con sus luces y sus sombras; al seno de unas aliviadas familias que les esperaban con los brazos abiertos (indicar que el subteniente Bravo y el brigada Outón regresarían a Vietnam al año siguiente).

Mientras, a lo largo de aquel mes de septiembre, ocho nuevos voluntarios se incorporaron al hospital de Go Cong. Cuatro oficiales médicos y cuatro suboficiales ayudantes técnicos sanitarios. Se trataba, en esta ocasión, del comandante Manuel Fernández Sánchez, especialista en radiología y nuevo jefe de la misión; los capitanes Vicente Peláez Montalvo y José Merlo Saldaña; el teniente Antonio Díaz Martínez y los subtenientes Antonio Pérez del Prado, Carlos Varea Martínez, José Bello Rivadulla y Francisco Sousa Barragán. La captación de candidatos entre la plétora de unidades militares españolas siguió siendo tan confidencial como la primera vez, pero ahora los interesados contaban con más información, y eso siempre ayuda ¡y cómo! en la toma de decisiones. No se trataba solo de conocer el lugar exacto donde desarrollarían su trabajo; o las condiciones económicas y materiales en las que se desenvolvería; o la cobertura que les prestaría el mando estadounidense, ya claramente definida y testada; o los medios de los que disponía el hospital; o las patologías a tratar; o los peligros reales a los que se verían abocados. Es que también conocían el perfil sociológico de la población con la que iban a interactuar, y hasta sus sentimientos hacia ellos. «Sus gentes son pacíficas, amables y cariñosas, y sienten un respeto profundo por nuestra Misión. Además, son agradecidas y así lo manifiestan en cuantas ocasiones se les presenta; están dotadas de un carácter sencillo, tanto en la clase elevada como en la humilde»[2].

Detalles, casi todos ellos, sorprendentemente ignorados por «Los Doce de la Fama» cuando fueron reclutados como punta de lanza. O como conejillos de Indias. Algo que decía muy poco de la organización.

A partir de ahora la novedad más destacada será la de los tiempos de permanencia en Vietnam; es decir, los relevos se harán cada seis meses, aunque a nivel individual cualquiera de ellos podía

prorrogar voluntariamente su estancia por periodos semestrales. Llegará un momento en que el número de efectivos se reducirá a la mitad (solo seis miembros), manteniendo la Misión una presencia testimonial, aunque igual de necesaria, hasta la retirada definitiva.

Completada con éxito esa especie de noviciado en Vietnam y antes de acometer el más que incierto periodo de prórroga voluntaria —un semestre convulso, como más adelante veremos—, Ramón dispuso de un par de semanas para disfrutar de las ventajas que le brindaba el programa Rest and Recuperation del MACV. Una de ellas consistía en viajar a un destino seguro del Lejano Oriente —aunque no tan lejano para él en aquel momento—. Con treinta y tres años y ese espíritu inquieto y aventurero que lo caracterizaba, en una época en la que en España viajar constituía un lujo inalcanzable, a Ramón se le antojaba impensable no aprovechar esa oportunidad.

En esta ocasión optó por la capital tailandesa, Bangkok; como antes había optado por Japón, o más tarde por Filipinas. Se trataba de explorar nuevos horizontes, de admirar la belleza de lo exótico, de sentir la espiritualidad de los templos milenarios, de tomar el pulso a la animada vida callejera. De quemar película con su flamante tomavistas Super-8, adquirido ese año a los americanos.

—Mi capitán, ¿le parece que nos vayamos una semana de Rest and Recuperation?

El capitán Linares y él habían formado un magnífico equipo dentro del equipo (como responsable y ayudante de cirugía respectivamente), y su relación personal —escalafón aparte— corría en paralelo a la profesional. Ambos eran de ese tipo de personas dispuestas a ver siempre lo mejor de los demás, como si de una predisposición genética se tratara. Pero…

—No, Terán, yo el mundo por postales.

Linares se mostraba reacio a viajar, a alterar la cómoda rutina en la que parecía haberse instalado en los últimos meses; una reacción sorprendente en alguien que había recorrido miles de

kilómetros para lanzarse, prácticamente a ciegas, a la piscina casi vacía de un país en guerra.

En cualquier caso, Linares era una curiosa excepción. Otro capitán de generoso carácter, Luciano Rodríguez, el mismo con quien Ramón había coincidido siendo niños en los Escolapios de Madrid, se ofreció a acompañarlo.

Subieron al avión y enseguida se mezclaron con un grupo de soldados estadounidenses de permiso. Todos se dirigían al mismo lugar y todos manejaban los mismos parámetros en su cabeza. «Un simple cambio de ambiente habría sido suficiente —reflexionó sobre un permiso similar el teniente Parrish—, pero Bangkok, además, era limpio, acogedor y precioso. Desde el aeropuerto, un autobús urbano nos llevó al centro de R & R. Allí nos dijeron unas palabras triviales de bienvenida ("estáis aquí como invitados, portaos bien"), nos dieron una conferencia sobre enfermedades venéreas ("para evitarlas no os acostéis, pero si lo hacéis quedaros en los locales aprobados y con chicas que hayan pasado la revisión gubernamental") y toda clase de consejos ("cuidado con la cartera, no conduzcáis, alejaos de las drogas")»[3].

Nada que ya no supieran de Saigón.

Quizás sea este un buen momento para familiarizarse con la aventura paracaidista de Ramón en Vietnam y, a renglón seguido, descubrir un rocambolesco episodio intrínsecamente relacionado con esta otra de sus pasiones.

Una noche, tendido en la cama del hotel, observando el hipnótico y dócil balanceo de las aspas del ventilador que colgaba del techo, Ramón evocó —más allá del desasosiego que a veces le producía la experiencia vietnamita— la sensación de libertad y sobrecarga sensorial que le provocaban los saltos en paracaídas. Llegó a pensar si su decisión de permanecer en Vietnam era comparable a aquellos saltos al vacío que ejecutaba desde los viejos Junkers alemanes de la Segunda Guerra Mundial que a comienzos de la década de los sesenta aún prestaban servicio en el Ejército español, pero rápidamente descartó esa idea.

Una sonrisa iluminó su rostro al recordar el día en que un instructor lo felicitó por ser siempre el primero en saltar desde aquellos ruidosos e inestables aparatos. ¡Por Dios, el verdadero peligro no estaba en saltar sino en permanecer demasiado tiempo dentro de ellos!

En Vietnam, en cambio, el peligro acechaba en cualquier rincón y aun así Ramón nunca olvidó su condición de paracaidista. No lo hizo, por ejemplo, cuando solicitó y le fue concedida autorización para revalidar su título en la Escuela de Paracaidismo del Ejército de Vietnam del Sur, o cuando saltó con los americanos en ejercicios de adiestramiento y obtuvo las Alas de Salto de los Estados Unidos.

Entre el 29 de junio y el 21 de julio de 1967 el madrileño completó con éxito el 113 curso de paracaidismo organizado por las fuerzas armadas de Vietnam del Sur. Los aviones despegaban de la base de Tan Son Nhut, cerca de Saigón, y los saltos se realizaban sobre un área sin acotar de varios kilómetros cuadrados. Igual caías en una zona controlada por el Vietcong —con lo que eso suponía— que sobre un encharcado arrozal donde los bueyes de agua pastaban libremente («Había que ahuyentarlos a gritos», recordaba Ramón).

Pero sin duda lo que más llamó su atención fue la presencia de dos alumnas en el curso. Primero porque no era habitual ver mujeres soldado en el ejército —al menos en el del Sur—, y segundo porque aquella no era la unidad donde uno esperaría encontrarlas. Sin embargo, su absoluta entrega y profesionalidad, y sobre todo su ejemplo —no dudaban en ser las primeras en saltar—, elevaban la moral de sus compañeros y actuaban como un eficaz antídoto contra el miedo. O al menos contra las vacilaciones («Viéndolas saltar a ellas, allí no se rajaba ni Dios»).

Desde mi primer encuentro con Ramón Gutiérrez de Terán a comienzos de 2019, siempre mostro su interés en que visitáramos juntos el cuartel que la Brigada Paracaidista tiene actualmente en el término de Paracuellos del Jarama, adonde la unidad se trasladó en 1997 desde su anterior ubicación en Alcalá de Henares, a unos veinticinco kilómetros por carretera. Ramón estuvo destinado seis años —desde 1965 hasta poco después de su regreso de Vietnam en septiembre de 1971— en la Agrupación de Banderas Paracaidistas

que el Ejército de Tierra tenía en Alcalá, y aunque su vida militar nunca estuvo ligada a la Base de Paracuellos, la conocía perfectamente por frecuentarla en numerosas ocasiones (de hecho, un día decidió donar al museo de la Base buena parte de sus recuerdos militares: uniformes, condecoraciones, fotografías, diplomas, documentos… Y allí siguen).

Poco después acometimos la visita. Era una luminosa y fría mañana de principios de febrero de 2019. Aquel museo es, en sí mismo, un homenaje a la Brigada Paracaidista, a los hombres y mujeres que han servido en ella y a la historia del paracaidismo militar español. Pero quizás uno de los momentos más gratificante para mí fue descubrir la vitrina dedicada a Ramón Gutiérrez de Terán y a la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur, y evidenciar el respeto y la estima que le profesaban quienes estaban allí destinados.

En cuanto al rocambolesco —y lamentable— episodio intrínsecamente relacionado con su condición de paracaidista (circunstancia que en esa ocasión pesó mucho más que la de sanitario), esta es la historia.

Una mañana de finales de julio coincidió almorzando en la base americana de Go Cong con un piloto de la fuerza aérea estadounidense. Es más que probable que aquel tipo estuviera al tanto de los saltos que Ramón realizaba con sus compatriotas y, por tanto, de su afición a las alturas. Por eso lo invitó a sobrevolar al día siguiente, temprano, el delta del Mekong en un rutinario vuelo de reconocimiento que debía abordar. Y el sanitario, sin dudarlo, accedió gustoso.

Se trataba de una pequeña avioneta que, aunque artillada, no daba la impresión de servir para mucho más que para aquel tipo de misiones —observar e informar, o quizá tan solo admirar el paisaje —, por lo que Ramón ocupó despreocupadamente el puesto de copiloto, listo para disfrutar del vuelo.

El día amaneció despejado —solo una tenue neblina prendida en la atmósfera podría contradecir esta afirmación— y desde su privilegiada atalaya divisaban con nitidez los cráteres provocados por las bombas lanzadas por los B-52 o los campos arrasados por

efecto del Agente Naranja. Parecía un paisaje lunar. El piloto volaba cerca del suelo —donde el aire es más denso, húmedo y pesado— dibujando con la maestría de un cartógrafo los accidentes del terreno. Densos bosques y extensos arrozales se sucedían ahora sin solución de continuidad, cuestionando la veracidad de su reciente tránsito por la luna. En un momento determinado, en la distancia, el piloto observó movimientos en tierra. Aquello provocó que su mirada tornara escrutadora e implacable, violenta, en consonancia con la sacudida del motor cuando el aparato comenzó a descender en picado.

Sus informes decían que sobrevolaban zona enemiga y creyó distinguir pijamas negros serpenteando entre la vegetación.

En Vietnam existía lo que las fuerzas estadounidenses calificaban como «zonas de fuego libre» o «zonas de fuego a discreción»; un eufemismo, como otro cualquiera, para designar las áreas sobre las que podían abrir fuego de manera indiscriminada o, dicho de otra manera, disparar contra todo lo que se moviera. Estas zonas solían ser blanco de las bombas o de los proyectiles de ametralladora de forma habitual, a veces con el único propósito de gastar munición.

Los vietnamitas no siempre estaban al tanto de tales circunstancias, o tal vez no les quedaba otra que seguir trabajando sus campos, y ya fueran guerrilleros o campesinos —o ambas cosas a la vez— lo normal era que cuando una avioneta les encaraba desde el cielo empezaran a correr despavoridos en todas las direcciones. No suele ser la mejor estrategia, cierto, pero el miedo tiene por costumbre jugar estas malas pasadas. Por otro lado, desde el punto de vista de los pilotos, «se mantenía la creencia estúpida» —en palabras de Christian G. Appy— «de que si alguien huía de los ataques era porque pertenecía al Vietcong».

En cualquier caso, aquel día la avioneta se lanzó contra aquella gente vomitando ráfagas de ametralladora como si no tuviera otro cometido en la vida. Una, dos, tres pasadas. Ramón se acurrucó en su asiento al tiempo que se cubría la cabeza con los brazos. La sorpresa casi le pudo más que el miedo. «¡Qué demonios está pasando!», gritó sin oírse. No sabía de dónde procedían los disparos, si atacaban o eran atacados. Tampoco le tranquilizó el hecho de que

su mente se viera asaltada por la tendenciosa imagen impresa en los billetes utilizados por el Vietcong en la que un guerrillero agazapado en la selva dispara contra un helicóptero enemigo.

«No fue agradable», me dijo Ramón el día que visitamos la Brigada Paracaidista, «pero me lo tomé como otra locura de aquella guerra, una más».

Por otra parte, ¿quién podía esperar otra cosa?

Decía el escritor alemán Gotthold E. Lessing que en el mundo hay hombres célebres y otros que merecerían serlo. Durante su estancia en Vietnam «Los Doce de la Fama» solo gozaron de su «minuto de gloria» en el ya comentado número 788 del magazín La Actualidad Española publicado en nuestro país el 9 febrero de 1967. Y también en una publicación norteamericana editada en Saigón casi cuatro meses después de su llegada. Poco más.

William Polk trabajaba por entonces como redactor en el semanario The Observer (The first in Vietnam, según rezaba su cabecera) editado por la Oficina de Información del MACV para consumo interno del personal estadounidense destinado en el sudeste asiático.

Durante semanas recopiló noticias sobre la labor desplegada en Go Cong por aquellos primeros miembros del equipo médico español; sobre su integración en la población; sobre el trato humanitario dispensado a los pacientes, sin preguntar por la causa de sus heridas; sobre su implicación en los tratamientos, más allá de lo establecido en los códigos deontológicos. Incluso en cierta ocasión les preguntó directamente por la guerra.

«Go Cong - En medio de la monotonía y la miseria en la que se encuentra este polvoriento pueblo del Delta, un equipo médico del ejército español libra su particular guerra por la humanidad», narra Polk en su reportaje. Allí —prosigue— «casi todos han oído hablar del excelente hospital que está a su cargo. Lo saben porque muchos de ellos han sido tratados en él».

Y concatena algunos ejemplos: «Una anciana obstinadamente aferrada a la vida mientras sus pulmones obstruidos por la tuberculosis tratan de responder a las drogas milagrosas. Las balas se extraen del brazo y el estómago de un hombre en la sala de emergencias del hospital. Niños con infinidad de infecciones internas y externas […]. Casos de disentería por malnutrición aguda, fiebre por malaria y muchas otras enfermedades graves. Y uno comienza a comprender la magnitud de la labor humanitaria que está realizando el equipo médico español».

Sobre el delicado asunto de la atención prestada a los guerrilleros del Vietcong, escribe Polk que los médicos españoles están allí —en palabras de los propios sanitarios— para combatir la enfermedad y curar a los heridos, y que el Vietcong es un asunto que compete a la policía local y a los soldados, no a ellos. De hecho, subraya el periodista, «un enemigo formidable llamado sufrimiento humano parece que impide iniciar un segundo frente contra el Vietcong o contra cualquier otra cosa».

Y concluye con esta curiosa afirmación: «Todos los miembros del equipo son voluntarios que aborrecen la guerra por una cuestión de principios».

The Observer publicó esta dilatada y merecida crónica sobre «Los Doce de la Fama» el miércoles 17 de enero de 1968, momento en el que solo cuatro miembros del primer equipo permanecían ya en Go Cong.

Y exactamente a dos semanas de que la caja de los truenos se abriera sobre Vietnam del Sur.

[1] La Medalla de la Campaña de Vietnam fue instituida en 1960 por el Gobierno de la República de Vietnam del Sur y otorgada a los soldados de Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda que prestaban su apoyo sobre el terreno al menos durante seis meses en la guerra contra Vietnam del Norte. En este caso los españoles la recibieron como integrantes del ejército de Estados Unidos.

[2] Extracto de un informe oficial sobre las «condiciones en las que se desenvuelve la Misión Española de Ayuda a Vietnam del Sur»

redactado en 1967.

[3] John Parrish. Un médico en Vietnam. P. 28.

24.

La ofensiva del Tet

…y se abrió la caja de los truenos.

POCOS PODÍAN IMAGINAR que aquella última semana de enero de 1968 pudiera deparar algo distinto a una ineludible tregua en las hostilidades. Y con ella un atisbo de sosiego y felicidad para los vietnamitas y, por extensión, para todos los que circunstancialmente compartían su suerte en aquella castigada porción de tierra. Para los primeros supondría además un respiro de las tareas cotidianas, pero también una ocasión para el reencuentro y las celebraciones familiares, para el intercambio de presentes y, como no, para los festejos patrióticos y la renovación espiritual.

Porque todo Vietnam, de norte a sur, se paralizaba durante la festividad del Tet, el Año Nuevo Lunar, el acontecimiento más relevante —y anhelado— del calendario vietnamita.

El lunes 29, ya desde primera hora de la mañana, todo el personal del hospital de Go Cong se empleaba a fondo para concluir a tiempo sus tareas, mientras algunos enfermos —los menos graves — parecían sanar milagrosamente. Apenas había pacientes en la consulta. Ni en las salas de espera. Ni operaciones programadas. Era como si la tregua militar se hubiese extendido a las dolencias.

En la casa de los españoles —como era conocida en Go Cong la residencia que estos habitaban— las chicas vietnamitas del servicio doméstico se habían ausentado durante unos días, dejando tras de sí cierta quietud en el ambiente.

Frente a la residencia, un número indeterminado de soldados survietnamitas destinados en el Estado Mayor conjunto disfrutaban también de unos días de permiso, mientras buena parte del contingente americano de Go Cong se distraía en ese momento en

las calles de Saigón, donde en las últimas horas se percibía más actividad de la habitual. De hecho, un observador avezado se habría percatado de que muchos de los rostros que deambulaban por la parte administrativa de la capital no mostraban precisamente una expresión festiva. Algo parecido ocurría en Go Cong, y en otras tantas capitales de provincia diseminadas por todo Vietnam del Sur. Al menos una treintena.

La clave, sin embargo, se encontraba mucho más al norte, en Hanói, donde el gobierno comunista de Ho Chi Minh había decidido no demorar por más tiempo la gran ofensiva; un plan pergeñado meses atrás que contemplaba «concentrar todo el esfuerzo posible en obtener una victoria decisiva por medio de un levantamiento general, cueste lo que cueste».

Al contrario de lo que se publicaba en la prensa occidental, y particularmente en la norteamericana, Radio Hanói solo hablaba de victorias, de éxitos —como en cualquier dictadura que se precie—, pero la gente se hacía preguntas, aunque solo fueran retóricas. Si todo eran victorias… ¿por qué el norte no estaba ganando la guerra? ¿Por qué llevaban meses, incluso años, sin saber nada de sus hijos? ¿Por qué el gobierno seguía enviando tropas al sur, cada vez más jóvenes y en mayor número? ¿Por qué insistir en el sacrificio de un pueblo con unas tasas de empobrecimiento y manipulación intolerables? ¿Y por qué los americanos les seguían bombardeando día tras día cuando la guerra estaba en el sur?

Sí, era urgente poder vender una auténtica victoria, aunque a priori nadie garantizara el éxito de la operación. No obstante, «cualesquiera que fueran los resultados, [en Hanói] creían que era fundamental rebatir tres años de avance estadounidense a gran escala con un desafío directo y con un efecto dramático»[1].

Creían, por así decirlo, que tan importante era una victoria militar como propagandística. Y no iban muy descaminados.

En aquellos días las temperaturas en Vietnam del Sur oscilaban entre los 22 y los 28º C y las precipitaciones eran muy escasas. En Hanói, por el contrario, hacía frío y las nubes entoldaban el cielo, aunque al igual que en el sur las lluvias apenas hicieron acto de presencia. Hacer coincidir la Gran Ofensiva con la festividad del Tet

tenía que ver con las condiciones climatológicas y con el hecho de enfrentarse a un enemigo confiado y desprevenido, en plena tregua; pero sobre todo tenía mucho de golpe de efecto, y de exaltación de los valores patrióticos.

Todo estaba dispuesto para aquel cálido y agradable 31 de enero de 1968 y el venerado Ho Chi Minh acudió fiel a su cita. Desde Radio Hanói recitó, como cada año, con su voz melancólica y firme, su tradicional poema festivo, que ese año adquiriría una significación especial: «Incluso más que la belleza de la primavera, / las noticias del triunfo iluminarán la tierra. / Norteños, sureños que se enfrentan a Estados Unidos, ¡avanzad! / ¡La victoria es nuestra!».

Y se abrió la caja de los truenos.

De forma coordinada más de ochenta mil soldados norvietnamitas y guerrilleros del Vietcong lanzaron cientos de ataques sorpresa contra objetivos previamente señalados a lo largo y ancho de Vietnam del Sur: bases militares, aeropuertos, instalaciones gubernamentales… incluso al inaccesible palacio presidencial o a la embajada de Estados Unidos en Saigón. La maquinaria bélica se había puesto en marcha y no sería fácil detenerla.

A cincuenta kilómetros de la capital, en Go Cong, las noticias llegaban con cuentagotas. Y no resultaban especialmente halagüeñas. Intensos combates en Danang; en Je Sanj; en la imperial Hué, en cuya histórica ciudadela se peleaba cuerpo a cuerpo, en encarnizada lucha; en la propia Saigón, donde al parecer el aeropuerto de Tan Son Nhut había sido bombardeado y algunos hangares sucumbían devorados por las llamas, donde todo hacía presagiar que el barrio de Cholón se hallaba en manos del Vietcong, y donde un comando guerrillero había conseguido colarse en las mismísimas entrañas de la embajada norteamericana, haciéndose fuerte en una de sus plantas. En solo veinticuatro horas más de un millar de combatientes —la gran mayoría vietcong y soldados norvietnamitas— habían perdido la vida en los ataques («cueste lo que cueste», vaticinaba el plan urdido por Hanói).

La noticia de la ofensiva abrió los informativos de medio mundo. El estupor era patente. Pero a pesar de las bajas el gobierno

de Vietnam del Norte acababa de anotarse el primer tanto. La batalla propagandística ya tenía vencedor.

Dos días más tarde, en la madrugada del 3 de febrero, la guerra llamó con toda su crudeza a las puertas de la residencia española. No solo llamó, también entró y durante unas interminables horas se instaló en aquel modesto complejo convertido por sus habitantes en lo más parecido a un hogar.

La jornada había transcurrido en relativa calma y la actividad del hospital registró los parámetros habituales de un día festivo, a pesar de la incertidumbre que atenazaba el ambiente. Hacia el final de la tarde, sin embargo, Ramón se vio invadido por una extraña sensación, reforzada tal vez por el silencio que pocas veces paralizaba aquel lugar. Los enfermos no habían mejorado, pero tampoco se quejaban. Nadie gemía, nadie hablaba. Nadie, casi, respiraba. La serena calma parecía haberse disfrazado de tensa espera, como si todo el mundo diera por hecho que algo iba a ocurrir.

Y ocurrió. Esa noche, en la residencia española, mientras los más rezagados trataban de conciliar el sueño, los cada vez más cercanos ecos de los morteros y las ametralladoras —apremiantes tambores de guerra vaticinando la catástrofe— no dejaban de emitir sus repetidas amenazas. Casi como cualquier otro día. Aunque esta vez iba a ser diferente.

En un abrir y cerrar de ojos un espantoso y ensordecedor estruendo hizo temblar el edificio. Uno de los proyectiles lanzados contra el cercano Estado Mayor conjunto acababa de impactar en la techumbre de la residencia, mancillando el sueño de sus moradores.

En apenas unos minutos al primer impacto le siguió, soez y brutal, el segundo, y poco después el tercero, y el cuarto…, agudos silbidos que acababan estallando en los oídos y creando palpitaciones en el cerebro. Los españoles, eclipsada la visión por el polvo y por el humo, se lanzaron al suelo y reptaron hacia lo que intuían lugares seguros —un rincón, una taquilla, un colchón, un muro—, como náufragos que se aferran a un chaleco salvavidas. Inmóviles en sus improvisados refugios oían el vuelo de las granadas de mortero dirigiéndose furiosas a la vecina instalación

militar, pasando de largo cuando la acústica era más aguda y prolongada o cayendo directamente sobre sus cabezas si el disparo venía errado —cabía pensar que ellos no eran el objetivo—. Tras la sacudida, con el corazón desbocado dentro del pecho y una sequedad en el paladar que amenazaba con la deshidratación más absoluta, sentían cómo el polvo, la piedra y el metal salían proyectados en todas direcciones.

Ramón estaba paralizado, encogido contra el suelo, tratando de articular una oración; sintiendo el sudor de su frente resbalar por la nariz, ganar la comisura de los labios y caer mansamente, casi a cámara lenta, sobre la baldosa que le brindaba sostén. «Nadie está acostumbrado a que le caigan las granadas encima», decía.

En un receso pudo incorporarse ligeramente y, aún aturdido, pasear la mirada en rededor y reparar en su jergón acribillado por la metralla («¡Oh, Dios mío!»).

Todo el mundo sabe que alguna vez tiene que morir, y que cuando uno se ve inmerso en los avatares de la guerra, implicado de cualquier manera en ella, esa vez puede estar a la vuelta de la esquina (la parca coqueteando con tu destino). Esquivarla milagrosamente no te convertía en un ser especial —en Vietnam pasaba todos los días—, ni te garantizaba la inmunidad.

Allí, de hecho, convenía no hacerse demasiadas ilusiones. Por lo que pudieras encontrarte al girar aquella esquina.

Ejemplos hubo para elaborar un manual de supervivencia. Y otro de fatalidades. Aquella noche, junto a la puerta del edificio, el brigada Joaquín Baz fue testigo de un macabro episodio. Durante la ofensiva una granada seccionó el cuello de uno de los soldados survietnamitas que custodiaban la casa, proyectando su cabeza, apresada aún dentro del casco, a varios metros del cuerpo. Baz observaba la escena entre espantado e incrédulo, como si aquello contraviniera las normas de la naturaleza. «De acuerdo, algo así puede pasar; pero no aquí, no ahora, no ante mis ojos», parecía articular en un grito ahogado.

Cuando los chicos por fin reaccionaron, el estridente tableteo de las ametralladoras se manifestó en toda su crudeza, como si

hasta ese momento los sonidos y las voces solo formaran parte de una tenebrosa y muda pesadilla. Procedían del colindante Estado Mayor conjunto, donde soldados estadounidenses y survietnamitas se empleaban a fondo para repeler el ataque.

Bajo el crepitar de las balas y el silbido de los proyectiles de mortero que aguijoneaba sus cabezas, los sanitarios españoles se enfundaron sus uniformes y se lanzaron sobre sus inéditas armas —gajes del oficio— a la espera del inminente asalto. En ese delirante ir y venir y aguardar, un proyectil de 60 mm estalló junto a una de las ventanas y varias esquirlas de metralla alcanzaron al capitán Luciano Rodríguez y al brigada Ramón Gutiérrez de Terán.

De inmediato el capitán médico Vicente Peláez Montalvo —un ciudadrealeño íntegro que se descubrió en aquel segundo contingente como un ser honesto y celoso de su trabajo— saltó sobre ellos para examinar sus heridas. Afortunadamente estas eran superficiales y solo precisaron de una cura de emergencia. Sorprende pensar que en las circunstancias en que se desarrolló aquella misión estas fueran las únicas heridas de guerra sufridas por los sanitarios españoles. En cinco años.

Y no porque no se expusieran a algo mucho peor. Esa misma noche, bien entrada la madrugada, en el clímax de la refriega, un sargento estadounidense resultó herido de bala frente a la residencia. Se trataba de una de esas heridas llamadas en sedal, con orificio de entrada y salida y sin provocar grandes destrozos, pero que requería asistencia urgente. Fue entonces cuando el capitán granadino José Merlo Saldaña —otro de los oficiales médicos recién incorporados— se ajustó el casco y el chaleco antibalas, aferró su maletín de primeros auxilios y antes de estudiar sus próximos movimientos y probabilidades cruzó como alma que lleva el diablo aquel virulento trecho de polvo y fuego convertido en minúsculo campo de batalla.

Sus compañeros no daban crédito a las sobrecogedoras imágenes que sus colapsados cerebros trataban de procesar.

Arrodillado junto al herido, el capitán Merlo procedió a cortar la hemorragia; a limpiar, desinfectar y fijar un par de apósitos en los orificios de bala; a aplicar un vendaje compresivo y, finalmente,

a inyectar al paciente una buena dosis de antibiótico. Todo mientras las ráfagas de ametralladora sobrevolaban la escena.

El herido estaba listo para ser evacuado de aquel infierno.

Su gesto —o gesta o locura— tuvo como recompensa una medalla al valor por parte del ejército estadounidense y también, y quizás más importante, el reconocimiento de sus propios compañeros, que nunca olvidarían aquella proeza.

Durante los siguientes diez días los heridos no dejaron de llegar al hospital. Dolientes hileras de civiles aturdidos, aterrados, procedentes de toda la comarca. Entre ellos se contaban sospechosos de pertenecer al Vietcong, y soldados survietnamitas heridos en pequeñas escaramuzas a quienes se les prestaba un primer cuidado antes de ser evacuados a hospitales de Saigón. Privilegio solo reservado a las tropas aliadas.

El nuevo jefe de la Misión, comandante Manuel Fernández Sánchez, trató de armonizar durante esos días los turnos de trabajo y descanso. Ardua tarea. El ritmo resultaba frenético. Finalmente impuso un periodo mínimo de reposo de seis horas, aunque a pesar del agotamiento físico y mental no siempre el sueño acudía al rescate de los sanitarios. Ni siquiera en aquellos periodos de descanso obligatorio.

Apagados los ecos de la ofensiva algo captó la atención de Ramón en plena calle, cerca del mercado, mientras paseaba con su cámara tomavistas tomando el pulso a aquella atípica festividad del Tet. Decenas de personas, la mayoría niños en pantalón corto, se arremolinaban alrededor de una batería de cuerpos inertes tendidos en el suelo, rígidos y descalzos, unos junto a otros en una macabra escena convertida en morboso y recreativo espectáculo. Se trataba de algunos de los guerrilleros muertos durante los ataques de las últimas jornadas.

Invadido por la curiosidad Ramón se acercó al grupo al tiempo

que dos sonrientes soldados survietnamitas le franqueaban el paso. Era el trofeo de guerra de los vencedores. Una formación de sucios y desaliñados trofeos. Los curiosos miraban, reían, señalaban; incluso alguien había colocado un cigarrillo encendido en los amoratados y gélidos labios de uno de los cadáveres. Una humillación muy alejada de la ancestral costumbre vietnamita de depositar en los labios del difunto —una vez lavado y aseado su cuerpo— dos palillos, un puñado de arroz y tres monedas con las que pagar el peaje de su alma al más allá.

No. No había piedad con los vencidos. En ninguno de los bandos. Ese mismo día, en un cruce de caminos a las afueras de Go Cong, un grupo de soldados survietnamitas se solazaba atropellando sin compasión a un guerrillero que agonizaba en la cuneta. Testigo de los hechos, el capitán Linares se mostró indignado ante tal gratuita crueldad, pero de nada sirvieron sus protestas y recriminaciones. Era la particular venganza —el escarmiento y la advertencia— de los vencedores por los ocho compañeros muertos durante los ataques del Tet.

Al otro lado del mundo, en un pluvioso y destemplado Madrid, María Ángeles Suárez-Guanes rezaba ante una imagen del Sagrado Corazón de Jesús por su hijo Ramón. Las noticias sobre la ofensiva del Tet también llegaban a España con cuentagotas, y nadie conocía con exactitud la suerte de los militares españoles.

Por fin, el jueves 8 de febrero —con medio país soportando temperaturas bajo cero y sin movimientos políticos en el horizonte — el Ministerio de Asuntos Exteriores español pudo establecer contacto telefónico con las autoridades americanas en Saigón y, a renglón seguido, tranquilizar a unas familias sumidas desde el pasado día 1 en la incertidumbre más absoluta.

La noticia fue filtrada a los medios al día siguiente, viernes 9 de febrero. Entre la vorágine de informaciones que daban cuenta de los sucesos de Saigón, Hué, Khe Sanh, Lang Vei y otras ciudades y bases estadounidenses, el diario ABC publicaba una escueta nota titulada «La misión sanitaria española en Vietnam del Sur, sin novedad», en la que un portavoz de la Oficina diplomática informaba lacónicamente de que «todos los miembros de la Misión se encuentran en perfecto estado, y no han sido afectados por los

recientes acontecimientos ocurridos en aquel país»[2].

Durante aproximadamente un mes Vietnam del Sur vivió, en palabras del profesor Christian G. Appy, «el combate más sangriento y extenso de la guerra, que intensificó enormemente el debate público acerca del valor y la eficacia de las acciones estadounidenses en Vietnam y empujó a las autoridades de Estados Unidos a reconsiderar seriamente su política en el país asiático»[3].

Aunque la ofensiva del Tet acabó convirtiéndose en una derrota militar para Vietnam del Norte, en realidad supuso un éxito político sin paliativos. Y el verdadero punto de inflexión en el conflicto.

En el fondo, quizás solo se tratara de eso.

Hay que tener en cuenta que en aquellos meses previos Estados Unidos creyó estar más cerca que nunca de la victoria final, creyó que el oponente se encontraba contra las cuerdas y que su política de bombardeos masivos inclinaba la balanza a su favor. La ofensiva del Tet echó por tierra todo aquel optimismo e insufló a los nacionalistas una moral que ya no se quebraría hasta el final de la guerra.

Y es que, en ocasiones, la confianza en la victoria, unida al desaliento, la impotencia, incluso la degradación del adversario, es capaz de despejar cualquier incógnita sobre el desenlace de un conflicto.

Los estadounidenses perdieron casi cuatro mil hombres durante el Tet. Cinco mil entre sus socios survietnamitas y otros aliados. Las bajas enemigas fueron considerablemente mayores, y en gran medida en eso basó el general Westmoreland su retórica triunfalista. En eso y en su capacidad para detener la ofensiva y retomar el control de la situación; pero lo cierto es que no le sirvió de mucho. Poco después Westmoreland sería reemplazado como comandante en jefe de las tropas estadounidenses en Vietnam por el general Creighton W. Abrams, natural de Springfield, Massachusetts, otro condecorado veterano de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea.

El periodista Hugh D. S. Greenway, que cubrió la guerra de

Vietnam para la revista Time y The Washington Post, decía que la ofensiva del Tet, pese a su fracaso militar, mostró que los norvietnamitas eran capaces de retroceder para lamerse sus heridas y volver a combatir al día siguiente; que para ellos aquella guerra siempre fue primordialmente política y que por tanto no combatían para conquistar territorio sino para ganar una guerra política; en consecuencia —dijo— su verdadero objetivo «no era ganar todas las batallas sino desgastarnos y aguantar más que nosotros, por lo que no bastaba sacar el balance de bajas»[4].

La ofensiva del Tet de febrero de 1968 inauguró un año convulso a escala mundial. Dramático en suelo norteamericano.

Política y anímicamente acorralado tras cuatro años de mandato y escalada bélica, un desgastado presidente Johnson anunciaba el 31 de marzo que no volvería a presentar su candidatura a las elecciones presidenciales de noviembre. Solo unos días más tarde, un encapotado 4 de abril en Memphis, Martin Luther King era asesinado en la terraza de un motel, lo que provocaba una de las mayores olas de disturbios hasta entonces conocidas en Estados Unidos, que venía a confluir además con el clamor contra la guerra en Vietnam. Y cuando parecía que las cosas no podían ir a peor, pasados quince minutos de la medianoche del 5 de junio, un joven inmigrante palestino acababa a tiros con la vida del senador Robert F. Kennedy (hermano del asesinado presidente JFK) en un hotel de Los Ángeles, California, tras una exitosa campaña local para obtener la nominación demócrata a la presidencia del país más poderoso del mundo.

Go Cong. Primeros días de marzo de 1968. Ramón Gutiérrez de Terán, completamente alejado de los focos mediáticos y los titulares de prensa, en medio de una atmósfera humeante tras los sangrientos acontecimientos del Tet, ajeno a lo que aún tendría que ocurrir, agotado y hasta cierto punto hastiado, sabe que su tiempo en Vietnam ha tocado a su fin.

[1] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P.

333.

[2] Diario ABC. Viernes 9 de febrero de 1968. P. 27.

[3] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 332.

[4] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 306.

25.

Un viaje de ida y vuelta

«Otra vez en el mundo […] Tras un año o dos o cinco, nos dábamos cuenta de que simplemente estábamos cansados. Llegamos a temer algo más complicado que la muerte, una aniquilación menos definitiva pero más completa, y lo dejamos»[1].

A DIFERENCIA DEL FINAL de una época, que adquiere un sentido histórico y colectivo, el final de una etapa representa algo íntimo y personal. Las etapas nos acompañan a lo largo de nuestra vida, estableciendo pequeños —o enormes— puntos de inflexión. Después de la ofensiva del Tet Ramón sentía que debía tomar distancia de todo aquello, y constatar que la muerte —propia o ajena— no aguardaba necesariamente en cada rincón, a cada momento. Dieciocho meses consecutivos en medio de semejante devastación habían sido más que suficientes. Necesitaba iniciar una nueva etapa.

Para un soldado estadounidense en Vietnam la jungla representaba su peor pesadilla, y si bien es cierto que muchos de ellos apenas la abandonaron (con vida) durante sus doce meses de compromiso con la patria, no es menos cierto el hecho de que otros miles justificaran su permanencia en aquel condenado escenario completando tareas burocráticas o labores de intendencia en el entorno seguro de una base militar o una dependencia administrativa de Saigón, o de Danang. Para Ramón —como para el resto de sus compañeros— el entorno seguro siempre fue una quimera: habían convivido con el enemigo en el corazón del delta del Mekong, refugio de insurgentes amparados por la selva y tocado por uno de los tentáculos de la ruta Ho Chi Minh; sometidos a las miradas escrutadoras de una población que respetaba su trabajo, pero que juzgaba cada uno de sus movimientos. Se habían adentrado en las entrañas de una selva atestada de trampas en un

país donde las convenciones internacionales nadaban en la impudicia. Habían combatido a la enfermedad y a la muerte desde un viejo hospital de aire colonial, abrigo y esperanza de guerrilleros, huérfanos y desamparados; habían visto cuerpos destrozados y sentido en los suyos propios y en sus propias almas el terror y el vacío provocado por las bombas de mortero cayendo literalmente sobre sus cabezas.

—Se acabó, vuelvo a casa —resolvió Ramón Gutiérrez de Terán.

Y aun así, incomprensiblemente, tomar una decisión de este calado le resultó mucho más difícil de lo que esperaba. Si abandonas un lugar como este es para no volver jamás, se decía a sí mismo. O al menos eso creía en aquel momento.

A primera hora de la mañana de un brumoso 9 de marzo de 1968, con el equipaje preparado y los papeles en regla, Ramón echa un último vistazo al interior de la casa, se recrea en algunos recuerdos y sortea otros pocos. A continuación, se desplaza en jeep al hospital y cumple con esas ceremonias de despedida que a veces resultan tan complicadas —supongo que por su carga de formalidad o compromiso, o por el poso de tristeza que se esconde detrás de cada sonrisa—: abrazos, bromas, intercambio de direcciones y parabienes («Ya nos veremos en España», «Escribe si puedes», «Cuídate», «Dile a los míos que estoy bien», «Ha sido un placer compartir estos meses con vosotros»). Más cabizbajo parece quedar el personal vietnamita. Por los vínculos creados y porque ellos siguen amarrados a su tierra, una tierra que se desangra sin que nadie haga nada por evitarlo.

Minutos eternos, aquellos, que también protagonizan los capitanes José Linares y Luciano Rodríguez, y el brigada Joaquín Baz, orgullosos supervivientes de la primera expedición, a punto ahora de abandonar Vietnam.

Ya en el aeropuerto, coinciden con un buen número de soldados estadounidenses que también regresan a casa. El silencio entre ellos es la nota predominante. El silencio y las miradas introspectivas, miradas procedentes ahora de unos ojos tamizados por la guerra; y gargantas que parecen no querer quebrar aquel

cauteloso mutismo. Tampoco había ánimos para hacerlo.

El contraste entre dos mundos: a eso se enfrentarían aquellos hombres en tan solo unas horas. Aunque su propio mundo, el interior, ya nunca volvería a ser el mismo. No se trataba solo de lo que habían visto; se trataba, sobre todo, de lo que habían hecho, de lo que jamás imaginaron que serían capaces de hacer. La adaptación no resultaría sencilla y los traumas enquistados en lo más recóndito de su corazón aflorarían más pronto que tarde y de manera dramática en la vida de muchos de ellos. Filmes como Taxi driver, El regreso, Nacido el 4 de julio o El cazador recrean y ejemplifican a la perfección las secuelas de aquellas cicatrices.

En el interior del avión de Pan Am que los devuelve a casa, Ramón cierra los ojos y repasa fugazmente, en súbitos y etéreos fotogramas, los episodios de ese último e intenso año y medio de su vida. Piensa, con cierta aprensión, en todo lo que deja atrás, y vuelve a leer la carta que celosamente guarda en uno de sus bolsillos.

Lo cierto es que Linares, Rodríguez y Baz también la recibieron. Un acto de justicia y un orgullo para sus destinatarios. La misiva estaba firmada por el teniente general survietnamita Tran Ngoc Tam y fechada el día 20 de febrero. Decía: «Al suboficial Ramón Gutiérrez de Terán. En consideración a la inapreciable ayuda prestada al pueblo vietnamita desde septiembre de 1966, así como por su destacado cumplimiento del deber durante los pasados 18 meses, mucho me complace felicitarle. Además, la prolongación voluntaria de su estancia indica un gran sentido de responsabilidad ante los demás y una profunda devoción a la profesión médica.

»Durante el tiempo que trabajó en el hospital provincial de Go Cong dio ejemplo de su elevada conciencia profesional y de humanitarismo. Su competencia y preocupación por los demás crearon un cariñoso vínculo entre Vd. y el pueblo vietnamita, que se recordará durante mucho tiempo».

Sí, hay cosas que nunca se olvidan.

Una para bien y otras para mal.

Como el último y aciago Tet, por ejemplo; tan vivo aún en su recuerdo que muchas imágenes siguen asaltando su mente.

Para recuperar terreno y hacer retroceder al Vietcong, que se empleaba con inusitada ferocidad —«¡Avanzad! ¡La victoria es nuestra!», había proclamado Ho Chi Minh—, los estadounidenses lanzaron furibundos ataques por tierra y aire sobre zonas densamente pobladas. En algunos lugares los combates —si es que podían recibir tal consideración— fueron terribles, de una brutalidad antigua y deshumanizada; y aunque Estados Unidos consiguió mantener a raya a los atacantes, su anhelado plan de victoria parecía darse de bruces con la realidad.

Se estima que perdieron la vida alrededor de catorce mil civiles. La cifra de heridos fue mucho mayor.

Ramón reconstruye mentalmente las horas posteriores a la ofensiva. Allí, en el hospital.

Los heridos no dejaban de llegar. La mayoría eran jóvenes, pero también había ancianos, mujeres y niños. Es evidente que la guerra raras veces discrimina entre sexos o edades, y ahora tampoco lo hacía. A los heridos más leves se les practicaba una cura de emergencia y se les daba de alta, o se les dejaba dentro del recinto del hospital, por seguridad. De los casos más graves se ocupaban Linares y Terán, y cualquiera que pudiera echar una mano en el quirófano o en la sala de reanimación. Trabajaban sin descanso, de sol a sol, incluso al amparo de las estrellas.

Fueron días muy intensos para todos ellos. Ramón distribuía su tiempo entre el quirófano y la sala posquirúrgica, donde debía vigilar los líquidos, inspeccionar los drenajes o curar las heridas.

Recuerda a aquella muchacha de ojos grises y mirada profunda que llegó con una pierna cercenada de la que asomaban huesos, arterias, músculos y tendones. O a aquel chico de no más de veinte años al que una granada había destrozado sus órganos internos y seguía consciente, aunque sabía que pronto iba a morir. Se instauraba entonces entre los sanitarios españoles un sentimiento de

impotencia que amenazaba con arrastrarles a un abismo de tristeza. No podían quedarse atrapados, pero tampoco era fácil liberarse.

Afortunadamente, luego estaba el cariño de los habitantes de Go Cong. Y el reconocimiento de las autoridades locales. El homenaje a los españoles materializado en la construcción de un puente de madera que llevaría el nombre de España, y a cuya inauguración asistieron los integrantes del equipo médico.

En Madrid las temperaturas todavía eran gélidas a mediados de marzo de 1968, sobre todo al anochecer, aunque durante el día la temprana primavera inundaba de luz las calles y parques de la capital. Era agradable volver a sentir el áspero frío de la meseta. Y la calidez de los balsámicos rayos de sol.

Los periódicos traían a sus páginas noticias sobre la bajada del precio del oro o sobre la cotización del dólar, que seguiría pagándose a setenta pesetas. Informaban de la petición de Johnson al Congreso estadounidense de incrementar los recursos económicos destinados a la guerra de Vietnam; o de las manifestaciones estudiantiles en Londres y en Roma. Por lo demás, deportes, crónica literaria, vida social…

En las calles no había manifestaciones contra la guerra, ni contra nada; fábricas y universidades apenas albergaban minúsculos grupos clandestinos de trabajadores o de estudiantes más preocupados por la ausencia de libertad en España que por la suerte de un remoto país asiático; y el movimiento hippy no dejaba de representar una extravagante novedad para la mayoría de los españoles.

Las noticias que llegaban de Estados Unidos, en cambio, inquietaban y disgustaban a Ramón a partes iguales. No terminaba de simpatizar con los movimientos antibelicistas que proliferaban en la mayoría de los estados norteamericanos, o en las principales capitales europeas. Y no porque aquellos se posicionaran en contra de la guerra —de la que ni Ramón ni nadie en su sano juicio se vanagloriaría—, sino porque en ocasiones el blanco de las iras eran los veteranos de Vietnam. En el fondo meras víctimas de la clase

política de su país.

Es cierto, no obstante, que hubo ejemplos de soldados estadounidenses que actuaron como enloquecidos verdugos, y que cuando estos casos salían a luz causaban una auténtica conmoción.

Apenas una semana después de que Ramón abandonara Vietnam tuvo lugar el terrible episodio de My Lai, del que la opinión pública no tuvo conocimiento hasta que la revista Life publicara casi dos años más tarde, el 5 de diciembre de 1969, unas durísimas fotografías protagonizadas por civiles vietnamitas: una veintena de cadáveres abandonados en un estrecho camino de tierra; un crío de corta edad bañado en su propia sangre; un grupo de mujeres y niños apiñados y aterrados (en el pie de foto se advertía de que todos ellos iban a ser fusilados. «Somos testigos de los últimos segundos de sus vidas», decía).

El día que hablé con Ramón sobre este escabroso asunto fue rotundo al señalar que era imposible estar al tanto de todo lo que allí ocurría. «Vietnam es muy grande y nosotros, desde nuestro humilde hospital, solo nos dedicábamos al bienestar de nuestros pacientes. Pero locos hay en todas partes», acabó sentenciando.

Aquellas fotografías, y otras que aparecieron más tarde, fueron tomadas por el fotógrafo del ejército Ron Haeberle el 16 de marzo de 1968, el lúgubre día en que un grupo de soldados de la compañía Charlie de la 11.ª Brigada de Infantería Ligera del Ejército de Estados Unidos asesinó a cerca de quinientas personas en una pequeña aldea de la provincia de Quang Ngai, al noreste de Vietnam del Sur, a quinientos treinta kilómetros en línea recta de Saigón.

La masacre duró varias horas, «tantas que muchos de los soldados estadounidenses se tomaban descansos para comer sus raciones de alimento y fumar unos cigarrillos»[2].

Pero como en cualquier historia que se precie, también hubo allí estadounidenses buenos, guerreros soliviantados ante la injusticia y la sinrazón, sobre todo cuando estas provienen de los tuyos. En un momento determinado, en el éxtasis de la locura, con la sangre tiñendo de rojo los campos, la tripulación de un

helicóptero de reconocimiento se interpuso entre los soldados y un heterogéneo e indefenso grupo de aldeanos. Mientras el piloto, Hugh Thompson, aterrizaba el aparato en medio de la masacre, los artilleros Larry Colburn y Glenn Andreotta apuntaban con las ametralladoras a sus propios compañeros conminándoles a no seguir adelante con semejante delirio. Se jugaron el tipo, pero al menos consiguieron salvar la vida de aquellos inocentes.

La noche anterior a la masacre hubo una charla incendiaria en la compañía Charlie, y muchos de sus integrantes se juramentaron para vengar a sus compañeros muertos y acabar con los núcleos de resistencia que daban apoyo al Vietcong. Aquella aldea se encontraba en su camino. Y toda esa gente estaba allí, en el lugar y el momento equivocados. Pero era su aldea.

El artillero Larry Colburn compartió sus impresiones años más tarde con el profesor Christian G. Appy: «Lo único que recuerdo que sentí fue que aquellos soldados estaban allí para desquitarse. Habían perdido compañeros a causa de las bombas trampa y los francotiradores y estaban listos para vengarse. La noche anterior recibieron instrucciones, y oí que decían que arrasarían con todo. No capturaron ningún arma. No mataron a ningún hombre en edad de reclutamiento. He visto la lista de muertos y había más de ciento veinte menores de cinco años. Cómo puede alguien hacer semejante cosa, es algo con lo que he debatido toda mi vida. Conozco el sentimiento de buscar venganza, pero uno se busca un oponente digno. Estas personas eran ancianos, madres, niños y bebés. El hecho de que el Vietcong acampase allí por las noches no justifica que mataran a toda la aldea»[3].

Aunque en un primer momento se trató de ocultar la realidad, finalmente acabó saliendo a la luz, gracias, entre otras cosas, a la perseverancia de algunos veteranos de guerra. Y a partir de ahí el mundo entero se hizo eco de la noticia.

El 16 de julio de 1970 el diario ABC dedicaba su página 24 a la misión española en Vietnam del Sur («Cuatro médicos y siete practicantes de la sanidad militar cumplen una humanitaria labor en el pueblo de Go Cong», anticipaba la síntesis del artículo, desplegado a tres columnas); pero además en la parte superior de la tercera de las columnas un recuadro recogía una breve noticia de

agencia. El titular: «El Congreso norteamericano reconoce la matanza de My Lai». El escueto cuerpo: «El Congreso norteamericano admitió ayer que "algunos civiles fueron asesinados deliberadamente" por soldados de los Estados Unidos en Vietnam, el 16 de marzo de 1968. Esta ha sido la primera confirmación legislativa oficial sobre la matanza de My Lai, donde más de veinte militares norteamericanos tuvieron relación con el asesinato de ciento dos civiles survietnamitas».

Por supuesto la cifra de víctimas facilitada por la Agencia Efe distaba mucho de la despiadada realidad, pero la noticia estaba ahí. Y por primera vez la opinión pública mundial comenzó a considerar la posibilidad de que aquella guerra, además de políticamente equivocada, fuera injusta e inmoral.

Tres décadas después, en 1998, el Ejército de Estados Unidos concedía al piloto de helicópteros Hugh Thompson y a los artilleros Larry Colburn y Glenn Andreotta (este último muerto en combate una semana después de su actuación en My Lai) la Medalla del Soldado por su coraje y valentía.

En España, tras su regreso de Vietnam, Ramón permaneció en la II Bandera Paracaidista en Las Palmas de Gran Canaria entre los meses de abril y septiembre. En ese tiempo el sanitario recibió la Medalla de Sufrimientos por la Patria —«Bah, por unas heridas de nada», decía— y la Cruz al Mérito Militar de primera clase con distintivo blanco. Durante su estancia en las Islas, Ramón comenzó a mecanografiar en una vieja Hispano Olivetti un esbozo de sus memorias vietnamitas. Nunca pasaron de las tres páginas, pero en una de ellas vertió las siguientes reflexiones: «Aquella guerra es criminal, como todas supongo; pero de ese año y medio vivido por mí no se me borran, ni creo se me borraran, las huellas de aquellas mujeres, niños y viejos, seres inocentes, que llegaban destrozados por la metralla de los morteros o por las bombas. Aquel pueblo está desamparado, vive en medio del campo, en pequeñas casas hechas de caña y palmerales donde la metralla atraviesa sus muros. Bien es verdad que cuando llegaba un soldado herido sentías compasión por él, pues es una vida humana, pero forzoso o voluntario, es su misión; combatir y caer herido o muerto son gajes del oficio; pero una pobre mujer o un niño herido, la mayoría de las veces de

gravedad, se le nublan a uno los ojos y se rebela contra la humanidad; y se pregunta: ¿esto por qué? ¿Para qué? ¿Qué culpa tienen ellos de todo esto?».

El 24 de septiembre de 1968 Ramón viajaba desde Las Palmas a Madrid para incorporarse al cuartel general de la Brigada Paracaidista en Alcalá de Henares y poder así estar más cerca de los suyos; sobre todo de su madre, que ahora por fin respiraba tranquila. Fue encuadrado en la I Bandera Roger de Flor y destinado al botiquín de la base.

Allí se explayaba con sus incrédulos compañeros hablándoles de la misión española en Vietnam, narrándoles anécdotas e historias increíbles, explicándoles los pormenores de una guerra que pocos entendían, o compartiendo con ellos sus íntimas impresiones. También se entretenía proyectándoles las mudas imágenes filmadas con su flamante Super-8, donde aparecían, en una suerte de totum revolutum, desde tranquilas escenas de la vida cotidiana en Go Cong a largas colas de civiles vietnamitas atendidos en el hospital, pasando por explicitas y absorbentes intervenciones quirúrgicas, viajes de placer por países del Lejano Oriente, o las cruentas consecuencias de la ofensiva del Tet —hilera de humillados cadáveres incluida—. Y colándose entre esas imágenes el indiscreto y fugaz fotograma de un furtivo escarceo amoroso. Por momentos el desconocimiento o la indiferencia de muchos de sus colegas demostraba cuán alejados se hallaban estos de todo aquello, no solo geográficamente sino también emocionalmente. En el caso de Ramón, sin embargo, parecía constatarse que su mente no conseguía desvincularse enteramente de Vietnam.

Un tórrido día de principios de julio del 69, mientras realizaba un nuevo ejercicio de salto en paracaídas —constan dieciséis lanzamientos desde avión ese año en su hoja de servicios—, Ramón coincidió con el teniente coronel Torres Rojas, jefe en aquel momento de la I Bandera a la que pertenecía el sanitario[4].

Torres Rojas, que se vanagloriaba de conocer muy bien a los hombres a su mando, se acercó a Ramón con interés.

—Oiga, Terán. ¿Tiene usted alguna dedicación particular como sanitario? En alguna clínica o consulta, quiero decir.

—No, mi teniente coronel. ¿Por qué lo dice?

—Hombre, porque me gustaría que lo tuviera. Así estaría al corriente de la profesión y enriquecería a la institución militar de sanidad con su experiencia. Más allá de prestar servicio en el botiquín y pasar unos cuantos reconocimientos diarios.

A Ramón le sorprendió, al tiempo que le enorgulleció, ese interés, que por otra parte él mismo compartía. Era consciente de que con la experiencia acumulada en el Sáhara, y sobre todo en Vietnam, no tendría ninguna dificultad en encontrar una clínica privada donde poder compartir y poner en práctica sus conocimientos, además de adquirir alguno nuevo y embolsarse, por qué no, unos nunca estériles emolumentos. No, no tendría ningún problema. Todo lo contrario. Pero sorprendentemente —o quizás no tanto— la decisión que tomó aquel verano del 69 fue la de volver a internarse en la boca del lobo. Es decir, regresar a Vietnam, un país que parecía haberse alojado en su corazón y donde en aquel momento, según Herr, «la locura subía por los cerros e invadía la selva, donde tenías a mano todo lo esencial para conocer Asia, la guerra, las drogas, la aventura total»[5].

En la filmografía estadounidense sobre la guerra de Vietnam hay una escena en la que uno de los protagonistas exclama: «Cuando estás en Vietnam solo piensas en volver a casa, cuando estás en casa solo piensas en volver a la jungla». No era fácil distanciarse de aquellas historias, de aquellas vivencias, de aquella experiencia inconmensurable. No debió de serlo tampoco para los sanitarios españoles cuando varios de ellos decidieron regresar voluntariamente a Vietnam en algún momento durante la vigencia de la Misión. Al menos seis de entre los «Doce de la Fama» lo hicieron: regresar y permanecer allí mucho más tiempo del que nadie les hubiera demandado.

Ramón salió de España el 9 de septiembre de 1969 y ya no retornaría a casa —afortunadamente sin un solo rasguño, más allá del dolor emocional— hasta dos años después, un 19 de septiembre de 1971, apenas un mes antes del cese definitivo de la misión y del

regreso de los últimos voluntarios españoles que aún permanecían en tierras vietnamitas. Dos años completos reenganchándose una y otra vez por periodos sucesivos de seis meses. En su cómputo particular: tres años y seis meses. Sobre un total de cinco años de misión. Por voluntad propia.

Siempre sentí curiosidad por conocer los motivos que llevaron a Ramón Gutiérrez de Terán —como al resto de sus compañeros— a embarcarse por primera vez en esta compleja aventura. Aclarado en su momento este aspecto, ahora no alcanzaba a entender su necesidad de volver allí.

Ramón se sentía conectado a Vietnam, a la belleza de sus paisajes, a la incertidumbre y la fatalidad de sus gentes, a su caminar en la cuerda floja; a las imágenes cotidianas de un país en descomposición filtradas en blanco y negro a través de la pantalla de su flamante Telefunken, en la voz de Jesús Hermida; a esas otras voces desesperadas que parecían surgir de las sombras, o de un simple duermevela, en las noches oscuras de un Madrid tal vez menos apacible de lo que aparentaba, un año después de su regreso a España.

Y aunque todas las comparaciones son odiosas, también por el abismo profesional que existía entre esto y aquello: la gratitud de los pacientes vietnamitas, el trato con los compañeros, el reconocimiento de los superiores, la interacción con los norteamericanos. La exigencia de sentirse útil y plenamente realizado. «Sabía hasta dónde podía llegar, pero llegaba. Incluso me animaban a acometer tareas más complejas. Aquí, en cambio, ya era un mundo si te dejaban ganar el borde del quirófano», solía comentar Ramón, contrariado por aquel recuerdo.

A pesar de su íntimo convencimiento de no estar provocando a la suerte, poco después de su llegada a Go Cong Ramón fue ingresado como paciente en el Tercer Hospital Militar de Campaña del Ejército de Estados Unidos en Saigón —US Army 3rd. Field Hospital— por un inoportuno acceso de paludismo. Un helicóptero de reacondicionamiento lo trasladó hasta allí.

Días atrás había empezado a sentirse extraño, fatigado.

La fiebre no era intensa ni muy alta —y solo aparecía de manera esporádica—, pero los síntomas le resultaban familiares. Ya los había advertido antes en cientos de pacientes. Por eso, cuando empezó a sentir dolores musculares, escalofríos, dolor de cabeza y cansancio, todas las alarmas retumbaron en su interior. Entonces, y solo entonces, se percató de no haber ingerido su dosis semanal de cloroquina, un derivado de la quinina utilizado para la prevención y tratamiento de la malaria. Por supuesto que todos los miembros del equipo estaban vacunados contra esta y otras enfermedades tropicales, pero había tratamientos profilácticos que no debían obviarse. Cada lunes, antes de comenzar la jornada, los americanos les proporcionaban un comprimido de Nevaquine en el comedor de la residencia, que normalmente los españoles ingerían después del desayuno para evitar las náuseas que el fármaco puede llegar a producir. Ese lunes, casi como de costumbre, Ramón salió precipitadamente hacia el hospital. Y es que el problema aparece cuando las rutinas, o las inercias, nos apartan de los patrones acostumbrados. Un descuido que puede acarrear nefastas consecuencias.

La malaria tiene la capacidad de causar graves complicaciones al organismo, incluso la muerte.

Resulta paradójico: estás en un infierno en la tierra y no mueres abrasado por napalm, ni por el impacto de una bala, ni por la explosión de una mina. Mueres por la picadura de un mosquito. Así de estúpido. Parásitos que se multiplican en el hígado infectando los glóbulos rojos y alterando el aporte de sangre a los órganos vitales, lo que produce un estado de toxicidad generalizado.

Aquel día y dada su gravedad el traslado en helicóptero desde Go Cong se hizo inexcusable. Ramón ingresó en el US Army 3rd. Field Hospital delirando y con una fiebre que amenazaba con consumirlo. La sala de triaje emergía limpia y bien equipada. Enfermeras militares de blanco impoluto, duchas en su cometido, coordinaban el trabajo como era inimaginable ver por entonces en España. Mientras, los médicos, adornados con su elegante uniforme caqui y experta mirada, leían informes y repartían instrucciones, cerrándose así el círculo de la eficacia.

Enseguida condujeron al joven madrileño hasta un amplio pabellón longitudinal conformado de una hilera de camas a cada lado; un lugar donde imperaba el orden, la limpieza, la luz. Sobre todo, la luz. Las camas estaban ocupadas por pacientes estadounidenses aquejados en su mayoría de enfermedades o dolencias que poco o nada tenían que ver con los campos de batalla. Los heridos de guerra convalecían en otras estancias similares.

Llamaba la atención la heterogeneidad de los pacientes ingresados. Allí convivían blancos, afroamericanos y latinos; oficiales, suboficiales y soldados; graduados en Harvard o West Point, o chicos de Harlem o del Bronx. Del Norte o del Sur. De la costa o del Medio Oeste. Urbanitas o forjados en el interior profundo.

Aquella sala era América en estado puro.

La segunda noche Ramón despertó al fin del letargo provocado por la fiebre y los medicamentos. Los susurros provenientes de las camas situadas a su derecha atrajeron su atención. Dos soldados de origen puertorriqueño se quejaban amargamente de que esa mañana al capitán médico no le pareció oportuno palpar sus vientres durante la exploración por lo que ellos achacaban a prejuicios raciales.

A Ramón, aquello le pareció simplemente absurdo. También, frente a él, un jovencísimo soldado —pálido, delgado, rubio, pelo muy corto— sollozaba desconsolado. Un sargento veterano intentaba calmarlo. Se trataba de una de esas historias de las que el madrileño había oído hablar tantas veces en Vietnam. El chico formaba parte de una patrulla que había caído en una emboscada del Vietcong. Fue el único superviviente del grupo. Caminó perdido por la jungla durante días, sin apenas agua ni comida, hasta que otra patrulla lo encontró aturdido, aterrado, desorientado. Al borde de la deshidratación.

Ramón pensó que, después de todo, el chico había tenido una suerte increíble, y que muy pronto estaría otra vez en casa, junto a sus padres. Lo que no imaginaba es que, en realidad, en unas horas obtendría el alta y en solo unos días estaría de nuevo en la selva, patrullando con su compañía. Aún le quedaban varios meses de

servicio y en el fondo de su alma ya se consideraba, como escribiera Michael Herr, «demasiado viejo para ese tipo de mierda».

Durante su convalecencia en el hospital Ramón descubrió que algunos pacientes sufrían neurosis de guerra. El calor, la lluvia, el barro, la humedad, la exigencia física y mental llevada al límite, las horrendas trampas del Vietcong, los bombardeos, la toma de decisiones, la incertidumbre de la muerte. Finalmente, los síntomas —uno, varios o todos a la vez— aparecían subrepticiamente, o de manera palpable: apatía, falta de concentración, embotamiento, parálisis, ataques de pánico, convulsiones, llantos incontrolados, trastornos del sueño, bloqueo emocional. Incluso sordera o ceguera.

La ofensiva del Tet quizás fuera el punto de inflexión. Ahora, a finales de 1969, la desmotivación cundía entre las tropas estadounidenses como una enorme telaraña imposible de desgarrar.

El consumo de drogas aumentó de manera exponencial dentro y fuera de las bases militares. En las unidades, en la jungla, en los tugurios. Heroína, marihuana, opio, anfetaminas. La había por todas partes: económica, atractiva, demoledora, letal. Un auténtico hipermercado de la destrucción física y moral.

En un informe remitido a la Casa Blanca por uno de los asesores del presidente se decía: «Aquí no tenemos un problema de drogas sino una situación de drogas. Se consiguen en cualquier parte, son baratas y hay hombres enfermos, cansados, aburridos, infelices y asustados. Van a seguir consumiéndolas»[6].

La fatiga, el hartazgo, la tensión, el escepticismo, el miedo, la enfermedad, las drogas, la muerte. En una palabra, la guerra. Ramón miraba a la cara de aquellos hombres y descubría horrorizado «ojos a los que habían chupado la juventud, piel descolorida, labios blancos y fríos, y sabía que no podían albergar esperanzas de recuperar nada de aquello. La vida les había envejecido. Ya siempre serían viejos»[7].

A esas alturas del conflicto pensaban que era inconcebible que ya nadie pudiera estar allí de forma voluntaria. Así lo constató en cierta ocasión el teniente médico Antonio Velázquez Rivera, un joven oficial ceutí que se incorporó a la misión española en Vietnam

con tan solo veinticinco años, recién salido de la Academia. Al igual que Ramón, durante su estancia en el país asiático tuvo que ser ingresado en un hospital americano por una prostatitis no venérea que le produjo hematuria y fiebre elevada. A su lado convalecía un curtido sargento de origen hispano, veterano también de la guerra de Corea. Un día le preguntó a Velázquez qué hacía «en aquella guerra de mierda», a lo que el español adujo que era voluntario y formaba parte de una misión de ayuda humanitaria.

—¿Voluntario? ¡Oh, no, no, no! ¡No es posible venir voluntario a esta mierda! —gritaba el sargento mientras aporreaba su almohada—. No habría dinero suficiente para pagarme si no me hubieran obligado a venir aquí.

Al cabo de diez días de intenso tratamiento Ramón Gutiérrez de Terán regresó a Go Cong restablecido al fin de su brote de paludismo. No fue la única buena noticia para él: acababa de ser ascendido a subteniente del Ejército de Tierra español.

El lunes, en su habitual desayuno en el comedor americano, Ramón daba buena cuenta de un zumo de naranja y unos huevos revueltos con bistec. Lo hacía solo, en silencio.

Al acabar su almuerzo se incorporó, se acercó a la mesa situada a la salida, cogió un comprimido de cloroquina y se lo tragó sin miramientos. En los veinte meses de servicio que aún le restaban —meses de arduo trabajo en el hospital, de estancias en Saigón, de viajes al interior de la jungla, de experiencias inolvidables y de otras claramente prescindibles— nunca descuidó tomarse la dichosa pastilla.

[1] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 263.

[2] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 373.

[3] Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 381.

[4] Como curiosidad, decir que años más tarde, en 1981, el ya por entonces general de división Luis Torres Rojas, jefe de la División Acorazada Brunete –y antes de la BRIPAC– se vería implicado en el fallido intento de golpe de Estado del 23-F.

[5] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 262.

[6] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 466.

[7] Michael Herr. Despachos de guerra. P. 23.

26.

Retirada y ¿olvido?

«Recordar es fácil para quien tiene memoria, olvidar es difícil para quien tiene corazón».

Gabriel García Márquez

GO CONG PODÍA ENCONTRARSE a miles de kilómetros de distancia de los grandes centros de decisión política, pero las noticias no conocían escollos. Llegaban y punto. En 1971 era evidente que las cosas no iban bien para los aliados. Incluso el comandante en jefe de las tropas estadounidenses en Vietnam, general de cuatro estrellas Creighton Abrams, llegó a pronunciar estas palabras en un arrebato de impotencia: «Tengo batas blancas por todas partes: psicólogos, consejeros sobre el consumo de drogas, especialistas en desintoxicación y en rehabilitación. ¿Es esto un maldito ejército o un hospital psiquiátrico? Los oficiales tienen miedo de mandar a sus hombres al campo de batalla, y los soldados no les obedecen. ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?»[1].

Y es que, pasar, pasaba de todo. Tanto en el terreno militar como en el político.

En lo estrictamente militar la sensación de control por parte del ejército estadounidense solo era eso, una sensación. El Vietcong y los soldados del norte cada vez se hacían más omnipresentes y aunque seguían muriendo a miles todos los días no parecía que disminuyera su presencia ni desfalleciera su ánimo. Actuando como dos magnitudes inversamente proporcionales, el ímpetu y la fe de unos contrastaba con el pesimismo y la desmoralización de los otros. «Nuestros peores pánicos al peligro amarillo se hicieron realidad», decía Michael Herr.

En el terreno político las cosas no iban mucho mejor. A finales de junio llegaban a Vietnam —como un vendaval que ya azotaba a la sociedad norteamericana— los ecos de la publicación en The New York Times de los primeros fragmentos de los Papeles del Pentágono, una serie de documentos clasificados sobre la guerra de Vietnam que el ex analista del Departamento de Defensa Daniel Ellsberg había empezado a fotocopiar secretamente en 1969 y que ahora se filtraban a la prensa. En ellos, y en palabras del propio Ellsberg, se «desenmascaraban todas las razones supuestamente legítimas que esgrimíamos para justificar lo que estábamos haciendo [en Vietnam]». Años de mentiras que abarcaban las últimas cuatro décadas, salpicaban a cuatro presidentes y finalmente veían la luz.

La decisión del periódico neoyorquino de publicar estas informaciones provocó de inmediato las iras del furibundo presidente Nixon, que llevó el asunto a los tribunales[2].

Lo cardinal en aquellos documentos era lo que parecían evidenciar: que la administración estadounidense siempre fue bastante pesimista respecto a sus posibilidades de éxito en Vietnam y que aun así siguió alentando la escalada bélica, enviando tropas y ocultando información —cuando no manipulando— a la opinión pública. En cuanto a la controversia por la publicación de los Papeles del Pentágono, el presidente Nixon acabó perdiendo su particular pulso judicial contra los medios: «La prensa está para servir a los ciudadanos, no a sus gobernantes», sentenció el Tribunal Supremo de Estados Unidos.

Un par de años antes, el 20 de enero de 1969, mientras Ramón Gutiérrez de Terán consumía sus horas de servicio en el botiquín del cuartel general de la Brigada Paracaidista en Alcalá de Henares, el republicano Richard Nixon se convertía en el trigésimo séptimo presidente de los Estados Unidos de América. Un sueño que venía persiguiendo desde su derrota electoral de 1960 contra John F. Kennedy y que acabaría convirtiéndose en una pesadilla[3].

De entre las miles de cifras que revoloteaban apremiantes e inquietas por los límites gravitatorios de la Casa Blanca, dos asaltaban la mente del presidente: solo en el último año (1968) más de 14 000 soldados estadounidenses habían muerto en Vietnam; por

otro lado, y en el momento de asumir la presidencia, alrededor de 536 000 efectivos continuaban allí desplegados, el punto álgido de la presencia americana en el país asiático. El esfuerzo humano y económico, y sobre todo el sacrificio que aquello representaba, eran políticamente insostenibles.

Esa misma primavera, Nixon, asesorado por su consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, lanzaba un ambicioso e incierto programa consistente en lo que se dio en llamar la vietnamización del conflicto; una especie de que cada palo aguante su vela pero que los comunistas no se hagan con el poder.

Estados Unidos comenzaba a retirar de manera lenta pero progresiva sus tropas de Vietnam, al tiempo que el ejército survietnamita asumía la carga de la guerra. Algo, esto último, que se vería claramente insuficiente. Porque por mucha soberbia, dinero y material que heredaran de los yanquis, aquel ejército ni era tan poderoso ni sus hombres andaban tan sobrados de estímulos como solían aparentar. De hecho, al propio Pavlov le hubiera costado identificar alguno.

Por otra parte, la paulatina retirada de efectivos estadounidenses hacía mella entre aquellos que se quedaban, enfrentándoles a sus propios miedos. Como señaló el periodista de The New York Times A. Langguth: «Hacia 1970 la desesperanza lo impregnaba todo. Nadie quería ser el último muerto de Vietnam. Los soldados estadounidenses llevaban símbolos de la paz en los cascos y fumaban marihuana abiertamente».

El caso es que a finales de 1970 la presencia norteamericana en Vietnam ya se había reducido a 335 000 soldados. Menos de un año después, en otoño de 1971, era de 185 000. Y la tendencia continuaba. Aquello, más que un repliegue, se parecía cada vez más a una desbandada.

En agosto de 1971 las lluvias eran abundantes, aunque intermitentes, en el delta del Mekong, apaciguando en cierto modo los rigores del verano. El clima tornaba entonces agradable y la melancolía se posaba en los corazones de los ya de por sí afligidos

miembros del equipo médico español. Cinco años después de su inicio, la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur tocaba a su fin; y a Ramón, que completaría su última prórroga en septiembre, apenas le restaba un mes para salir de Vietnam. El resto lo haría avanzado el mes de octubre.

El madrileño sentía cómo la frustración se apoderaba de todo su ser, al tiempo que experimentaba la terrible sensación de estar abandonando a los vietnamitas cuando estos más les necesitaban.

Naturalmente la Misión siempre estuvo ligada a la suerte de la guerra; más concretamente a la suerte de los norteamericanos. Ahora que estos ya no podían garantizar la seguridad de los equipos médicos internacionales y que ellos mismos abandonaban el país asiático —sin haber logrado ni uno solo de sus objetivos—, no tenía sentido continuar allí. Por su parte hacía tiempo que el gobierno de Franco, a la vista de los acontecimientos (pintando bastos y con la baraja a punto de saltar en pedazos), abogaba por la repatriación de sus militares; unos hombres a los que en los últimos cinco años había prestado tanta atención como a una inoportuna tormenta de verano.

Poco antes de su partida Ramón recibió un curioso presente de alguien muy especial para él. Miss Lang era la templada y competente intérprete del hospital, una mujer encantadora casada con un oficial del ejército survietnamita. Creo, sin temor a equivocarme, que para Ramón encarnaba el ideal de mujer que hubiera deseado encontrar en Vietnam para convertir en su esposa. En el caso de Miss Lang un amor tan platónico como la inmensidad del sistema solar. Pero ya fuera por aprecio, agradecimiento o amistad, lo cierto es que ella se permitió regalarle una cadena y una cruz de oro. Un gesto. Nada más.

Ramón lucía en el cuello aquel presente la última vez que visitó Saigón. No vestía su uniforme, nunca lo hacía cuando viajaba a la capital por asuntos personales. Si acaso cuando se desplazaba en jeep desde Go Cong en busca de plasma, sangre o medicamentos a cualquiera de los hospitales americanos.

La rocambolesca situación que vivió aquel día, sin embargo, pudo haberle costado la vida; haberse convertido en un extraño

caso de desaparición, uno de tantos. Algo tan paradójico como absurdo.

Su estancia en Saigón fue aprovechada para completar un par de trámites administrativos y para despedirse de aquella bella chica de cabaret con la que mantuvo un perecedero idilio; aquella a la que intentó redimir de su tumultuosa vida, pero de la que nunca le estuvo permitido enamorarse. Salvando las distancias, una relación tan imposible como la de aquel otro irreprochable amor platónico.

El lugar, junto al río, era tranquilo, alejado de todo bullicio. «Quizás hubiera alguien más en aquella habitación», sugería Ramón mientras recordaba la truculenta historia. «Tal vez un niño escondido debajo de la cama, o un joven menudo, como un niño. Los últimos dólares americanos, mis últimos dólares, habían desaparecido de la cartera, como desaparecía aquel Vietnam condenado a la extinción». La marcha de miles de americanos estaba afectando a la economía del país, sobre todo a la economía sumergida. «No esperaba aquello de ella. Salí sin mirar atrás. Solo era dinero y la suerte de aquella pobre chica parecía echada. La mía debía correr otros derroteros. Pero entonces advertí que la cadena y la cruz de Miss Lang también habían desaparecido. Podía irme sin el dinero, sin aquellos malditos dólares, pero no sin el único objeto que me unía a una mujer excepcional».

Decidió volver. La puerta se abrió despacio, indolente, contagiada por la quietud del momento. Un vietnamita ataviado con ropa de camuflaje, sin divisas —la variedad de atuendos militares que podían verse en Vietnam era indescriptible—, lo miraba fijamente a los ojos. Mirada de odio y desprecio, algo visceral; un odio diferente, en cualquier caso, al que exhalaba aquel joven guerrillero herido al que un día tuvo que infringir un dolor inexcusable sobre una camilla del hospital de Go Cong. El cañón del revolver que aferraba con fuerza se hundía sin piedad en los pliegues de la camisa de Ramón, a la altura de su pecho. La escena parecía extraída de una película de gánster. Jamás lo habían apuntado con un arma. Sin embargo, dejándose arrastrar por la indignación que lo atormentaba, ignoró aquel frío objeto letal y penetró en la estancia, dirigiéndose directamente a la cama. El pequeño hombre de ojos rasgados —amigo, familiar o proxeneta de

la chica; no era la intención de Ramón averiguarlo— no dejaba de apuntarlo con el arma.

El sanitario levantó la almohada. Revolvió las sábanas. Mostró su cartera mancillada. Dibujó con ambas manos una cadena en torno a su cuello. Exigió explicaciones.

—Out! Out! —Escuchó apremiante.

Todo fue inútil. Al fin comprendió que la vida está por encima de cualquier objeto y se alejó de allí contrariado. Si hubiera acabado con un disparo en el fondo del río solo hubiera sido un infortunado más de entre los miles de desaparecidos en el caos que resquebrajaba al país.

Un cálido y luminoso 10 de septiembre de 1971, a primera hora de la mañana, Ramón Gutiérrez de Terán se despedía de los cinco compañeros que aún permanecerían unas semanas en Vietnam. Aquello le traía el recuerdo de otra despedida, tres años y seis meses atrás, cuando regresó por primera vez a España. Pero esta vez no hubo risas, ni bromas, ni estúpidos adioses. Fue, por así decirlo, algo más natural. Más irremediable.

—Os estaré esperando en Barajas —les prometió.

El abrazo con el ahora comandante José Linares Fernández, uno de los pioneros junto al propio Ramón de esta hermosa y dura aventura —Linares ascendió a comandante mientras estaba en Vietnam y acabó asumiendo la jefatura de la Misión—, cerraba un ciclo vital para ambos.

Evocaron fugazmente algunos episodios compartidos. Como aquella ocasión en la que viajaron a bordo de un DC-3 a la provincia de My Tho —donde varios médicos filipinos habían sido asesinados por el Vietcong— y se vieron obligados a permanecer retenidos dos días en la zona por la fuerte actividad guerrillera. Otra de la que salieron indemnes.

Parecía que había transcurrido una vida.

Para Ramón aquellos últimos meses de misión fueron de todo excepto una aburrida y larga espera hasta la definitiva orden de regreso. Los pacientes seguían acudiendo por millares, las hospitalizaciones no cesaban, las intervenciones quirúrgicas mantenían su disparatado ritmo de incisiones y suturas, y las muertes, fieles a su cita, acaparaban la triste realidad. Veintisiete solo en el último mes.

Pero volvía a cerrarse una etapa. Y a punto estaba de cerrarse un ciclo. Aquel 10 de septiembre, el aeropuerto de Tan Son Nhut aún bullía de imperiosa actividad: un enjambre de vehículos militares con estrellas blancas en puertas y capós recorría las pistas mientras helicópteros de transporte y combate batían sus hélices en un frenético deambular; pelotones de nuevos reclutas con el petate al hombro, quizá ya los últimos de aquella azarosa aventura, mantenían la pulcra formación mientras se preguntaban qué diablos hacían en aquel lugar; largas filas de avejentados chicos embarcaban en gigantescos aviones de la United listos para volver a casa, dichosos por dejar atrás todo aquello. Algunos, con menos suerte, eran conducidos en camilla por soldados survietnamitas hasta la medicalizada bodega del aparato. Felices, después de todo, de seguir con vida.

Ramón subió la escalerilla del avión, se volvió y paseó su profunda mirada por el impresionante lienzo que emergía ante sus ojos, escudriñando, hasta donde su vista podía alcanzar, las íntimas pinceladas que habitarían en su corazón. Entonces, y solo entonces, un triste «Goodbye, Vietnam» brotó de sus labios.

Tras varias escalas en países asiáticos y europeos en los que comenzó a ejercitar la necesaria desconexión emocional, el 19 de septiembre de 1971 llegaba por fin a Madrid. El aeropuerto de Barajas lucía radiante aquella mañana de domingo de finales de verano, y tanto la festividad dominical como la agradable temperatura invitaban a un jubiloso recibimiento. El contexto no podía ser más oportuno: el primero de los postreros integrantes de la recién clausurada Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur regresaba a su patria. Durante los cinco años de presencia española en Vietnam no se había producido ni una sola baja entre sus miembros. Su medio centenar de expedicionarios había

completado con éxito una delicada y comprometida misión humanitaria, salvando miles de vidas por el camino. Su trabajo había sido reconocido con medallas y honores por el ejército estadounidense y por el gobierno de Vietnam del Sur; y recompensado con el respeto y la admiración del pueblo vietnamita. Lo lógico habría sido pensar en un recibimiento acorde a las penalidades y logros de la Misión, o, cuanto menos, en un sencillo y decoroso acto de bienvenida. Pues bien, aquel día, en Barajas, no hubo banderas ni piquetes ni música ni honores. Ni una sola autoridad acudió a recibirlo.

Al pasar por la aduana un guardia civil lo conminó a declarar varios objetos de escaso valor —entre ellos su tomavistas— que traía de Vietnam y a pagar por ellos las pertinentes tasas. Solo un teniente de la Benemérita, después de conocer su historia, se disculpó y lo invitó a seguir adelante.

Cuando a finales de octubre regresó el resto de la expedición, solo unos pocos familiares esperaban en Barajas. Y también Ramón, tal como les había prometido. Unos se fueron enseguida, otros se quedaron a tomar una última cerveza.

Hay una secuencia en el film estadounidense Cuando éramos soldados en la que puede escucharse una reveladora frase: «El país que nos envió a la guerra no estaba allí para darnos la bienvenida cuando volvimos», poniendo una vez más de manifiesto que cuando las cosas se tuercen el desapego de los gobiernos para con los suyos no conoce fronteras. Ni tampoco límites.

Por supuesto la noticia del regreso de los españoles no abrió ningún informativo, ni fue portada en ningún periódico. Cinco años después todo aquello seguía siendo «Confidencial».

Estados Unidos concedió a los últimos miembros de la misión española la Army Commendation Medal (Medalla al Mérito Militar) por «su devoción inextinguible al deber» y por mostrarse altamente eficientes en el entrenamiento a sus compañeros vietnamitas haciendo posible que el hospital de Go Cong siguiera funcionando después de su marcha.

Por su parte el comandante médico José Linares Fernández

recibió, como responsable del equipo, la Bronze Star Medal por contribuir «de una manera excepcional al mejoramiento del bienestar de la población de Vietnam en la provincia de Go Cong y al éxito de los programas humanitarios de la República del Vietnam», entre otros muchos logros.

Aquella primera noche tras su regreso de Vietnam, Ramón apenas pudo conciliar el sueño. Miraba sus medallas y valoraba lo que estas representaban —el orgullo de un militar profesional—, pero en el fondo de su alma sabía que esos metales prendidos a una breve cinta de vivos colores no era lo más importante que le había aportado el país asiático.

Durante sus últimos días en Go Cong, cercado por la cotidiana y equidistante dinámica de dolor y esperanza que insistentemente recorría las salas del hospital, e invadido por esa extraña sensación de punto final que aflora en los momentos más señalados de nuestra vida, Ramón empezó a hacer balance de aquellos años intensos e irrepetibles. Y llegó a la conclusión, con una claridad pasmosa, de que difícilmente podía haber hecho más de lo que hizo.

Que no fue poco: formar parte de un osado equipo de profesionales que viajó a miles de kilómetros de su hogar para enfrentarse a la enfermedad y a la muerte, sin una preparación específica y en medio de una guerra sin cuartel; confiar en sus compañeros a pesar de las diferencias, que siempre las hay, y sentirse como una pieza más de un complejo y enorme engranaje; superar las adversidades, las dudas y el abatimiento; actuar sin tibieza, con absoluta fe en uno mismo y en los demás; acomodarse a las circunstancias por difíciles que pudieran llegar a ser; velar por la vida y la salud de los pacientes; volcar sus conocimientos y destrezas —y en ocasiones también sus paranoias— en la búsqueda del bien común.

Un día, sin que nadie les pidiera su opinión, todo aquello acabó. Continuar ya no era una opción. Las guerras dependen de la política, y la política estadounidense ya no soportaba por más tiempo aquella guerra.

Ramón cumplió, permaneció en Vietnam más tiempo del que nunca hubiera imaginado, regresó sin más heridas que las que a veces habitan en el alma, se incorporó a su nuevo destino y eso fue todo.

O casi todo.

[1] Citado en Christian G. Appy. La guerra de Vietnam. Una historia oral. P. 418.

[2] Las medidas cautelares adoptadas inicialmente contra The New York Times provocaron que The Washington Post también comenzara a publicar los Papeles del Pentágono. La película The Post (2017), producida y dirigida por Steven Spielberg y protagonizada por Meryl Streep y Tom Hanks, aborda magistralmente los pormenores de aquel proceso y se convierte en un brillante alegato en favor de la libertad de expresión y de información en Estados Unidos.

[3] La presidencia de Nixon estuvo marcada por los escándalos (guerra de Vietnam, Papeles del Pentágono, caso Watergate…), viéndose obligado a dimitir de su cargo en agosto de 1974.

EPÍLOGO

EL 20 DE OCTUBRE DE 1971, apenas un mes después de regresar de Vietnam, el subteniente Ramón Gutiérrez de Terán se presentaba en las instalaciones del Hospital Militar Central "Gómez Ulla", al que había sido destinado con carácter voluntario. Este histórico complejo, inaugurado en 1896 en el antiguo término madrileño de Carabanchel, debía su nombre desde 1946 al prestigioso cirujano Mariano Gómez Ulla, quien como médico militar llegó a estar presente en las campañas de África, en la Guerra Civil e incluso, y por distintas circunstancias, en las dos guerras mundiales.

Aquella mañana Ramón llegó temprano, franqueó el edificio de dirección, dejó atrás los pabellones destinados a jefes y oficiales y desembocó en un amplio sector cuyo eje ocupaba la capilla y donde confluían los pabellones destinados a medicina general y cirugía. Diferentes inmuebles menores completaban aquel antiguo y obsoleto complejo asistencial que pedía a gritos una extensa remodelación. De hecho, a finales de ese año comenzarían las obras de construcción del nuevo e imponente edificio de veintidós plantas que transformaría para siempre el lugar.

En base a su experiencia Ramón fue adscrito a uno de los pabellones de cirugía, y allí recibió, el 27 de enero de 1972, la condecoración que reconocía su amplia trayectoria en el Ejército con intachable proceder: la Cruz a la Constancia en el Servicio.

Sin embargo, Vietnam aún pesaba en su conciencia. Es cierto que en ocasiones no resulta fácil abstraerse del pasado, pero Ramón era consciente de que tampoco podía quedarse anclado en el tiempo, ni permitir que aquella experiencia feroz tomara el control de su vida. Y aunque fue adaptándose a su nueva situación al llegar la noche miles de imágenes difusas seguían asaltando sus sueños.

No obstante, aquel verano su vida dará un giro de ciento ochenta grados. En el hospital conoce a Marisa, una atractiva chica del Cuerpo de Damas de Sanidad Militar. Él tiene treinta y siete

años y sigue soltero, ella veintiuno y es la mayor de seis hermanos en un hogar agrietado por la ausencia de la madre. Morena, ojos grandes y oscuros y pómulos marcados, a nadie se le escapa su parecido con Natalie Wood. A ella tampoco. Desde primavera ambos salen en grupo y Ramón casi siempre se ofrece para acompañarla a casa —nunca más tarde de las diez— en su flamante Seat 124 Sport. En esa época pocos lucen un coche así. Ni una vida como la que Ramón lleva a sus espaldas. Y nunca como hasta ahora había sentido ella la necesidad de vivir su propia vida, de abandonar el ambiente opresivo que consume su juventud. De formar, quizás, su propia familia.

En agosto viajan juntos a San Sebastián, donde María Ángeles, la madre de Ramón, pasa unos días en la residencia de las Religiosas de la Asunción.

Finalmente, y tras un efímero noviazgo, el 26 de octubre de 1972 contraen matrimonio en la ermita de San Blas, en la localidad madrileña de Miraflores de la Sierra; un idílico paisaje rodeado de robles teñidos de ocre y amarillo y enormes rocas de granito con vistas a La Pedriza y al embalse de Santillana.

Para entonces, Ramón ya había conseguido que lo destinaran nuevamente a la II Bandera Paracaidista en Las Palmas de Gran Canaria; y allí, lejos de Madrid y de los ecos del pasado, el matrimonio iniciará una —todo hacía indicar— tranquila vida en común (también allí nacerán sus tres hijos: Alejandro, David y Cristina).

En aquel momento todos los veteranos de la misión sanitaria española en Vietnam —«Los Doce de la Fama» y quienes les sucedieron posteriormente— prestaban servicio en sus respectivas unidades, diseminados a lo largo y ancho de la amplia geografía española: península, islas y Sáhara Occidental. Apenas les unía ya un puñado de recuerdos más o menos lejanos y la admiración, o la incredulidad, de sus actuales compañeros («Estuve un tiempo destinado en la guerra de Vietnam». «Sí, claro. Tú has visto muchas películas»).

Decía Max Hastings, refiriéndose a los soldados estadounidenses en Vietnam, que aproximadamente «dos tercios de

los hombres que regresaban a su patria llamándose veteranos —con derecho a lucir la medalla y hablar sobre sus problemas de estrés postraumático— no quedaron expuestos a más riesgo que a los de la propia imprudencia»[1]. No fue el caso de los sanitarios españoles. Ellos nunca combatieron con armas de fuego, pero siempre estuvieron expuestos a los rigores de la guerra.

Un año después del regreso de los españoles a casa, en Vietnam parecía perpetuarse la misma despiadada e implacable sucesión de acontecimientos de los últimos años.

El último contacto que mantuvo Ramón con algún miembro del personal vietnamita del hospital de Go Cong fue precisamente con Miss Lang, de quien recibió una carta el 10 de julio de 1972. Fue como respuesta a una misiva del propio Ramón en la que este se interesaba por la suerte de la intérprete. La antigua colaboradora y amiga le revelaba que había sido despedida después de la retirada de la misión médica española, y que aunque el señor Willard C. Johnson, un especialista sanitario recientemente incorporado a la gestión del hospital, quería contratarla, ella prefería estar en aquel momento más cerca de su marido y de sus hijos, también de su madre y de su hermana, por lo que estaba buscando trabajo en Saigón.

Después de aquello nunca más volvió a tener noticias suyas.

En lo estrictamente militar, Estados Unidos seguía reduciendo considerablemente sus contingentes en tierra al tiempo que aumentaba los bombardeos sobre las ciudades y otros puntos estratégicos, con la misma o mayor intensidad que de costumbre. Además, la Administración Nixon decidió extender los ataques aéreos a las vecinas Laos y Camboya en un intento por neutralizar la ruta Ho Chi Minh, acreditado coladero de hombres y armas hacia la República de Vietnam del Sur. Por su parte, el Vietcong extendía su influencia y terror por un cada vez mayor número de provincias, como una mancha de aceite que anega impúdicamente el terreno.

Mientras esto ocurría, en París se sucedían las reuniones encaminadas a alcanzar un acuerdo de paz. Las interminables

negociaciones resultaban a veces tan ridículas, sobre todo en las formas, que si no estuviéramos hablando de un asunto tan serio causarían hilaridad: desde quién tenía que estar representado o encabezar las delegaciones (finalmente serían Estados Unidos, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur y el Frente Nacional de Liberación) hasta la traza que debía ofrecer la mesa de negociación (cuadrada para remarcar a las partes o redonda para diluir las diferencias), o incluso el orden en que los negociadores debían entrar a la sala. Algo indicaba que no iba a resultar sencillo llegar a un acuerdo en el fondo del asunto. Finalmente, y volviendo a las formas, se optó por una mesa ovalada y por una sala con cuatro puertas para que accedieran por ellas cada una de las representaciones. Ninguna antes ni después que la otra.

Y así, mientras en París se discutían los detalles del acuerdo, en Vietnam los bombardeos y los combates por ocupar o afianzar mínimas porciones de terreno proseguían con inusitada fiereza, a fin de reforzar las posiciones que cada cual mantenía sobre la mesa —ovalada— de negociaciones.

Por fin, el 27 de enero de 1973 se alcanzaba un acuerdo de paz. Estados Unidos se retiraba definitivamente de Vietnam —apenas tenía entonces 20 000 soldados desplazados en la zona— y conseguía la repatriación de sus prisioneros de guerra; unos prisioneros que iban a ser recibidos como auténticos héroes en su país, con cena incluida en la Casa Blanca. Sería uno de los últimos actos festivos de Nixon como presidente antes de que el caso Watergate le estallara en las manos.

No obstante, un sentimiento de frustración y derrota invadió a la sociedad estadounidense. «El estado de ánimo nacional estaba muy lejos de ser festivo», sintetizaba Christian G. Appy. La gente solo quería olvidar aquella horrible experiencia, y los medios de comunicación, esta vez, facilitaron el olvido. Cientos de corresponsales regresaron también a casa, y de pronto la guerra de Vietnam desapareció de las portadas.

Sin embargo, el país asiático aún estaba lejos de resolver su espinosa encrucijada. Por eso a nadie le sorprendió que los acuerdos de París pronto quedaran en papel mojado, y que los dos Vietnam renovaran con ímpetu las hostilidades. Durante los dos años

siguientes las armas se impusieron a los pactos, y la férrea voluntad del gobierno de Vietnam del Norte acabó doblegando al del Sur.

A finales de abril de 1975 sonaba en la emisora de radio de las fuerzas armadas estadounidenses en Saigón la canción de Bing Crosby I'm dreaming of a white Christmas, un tema desde luego poco acorde a esa época del año. Era, sin embargo, el pistoletazo de salida para la evacuación en helicóptero de los 1300 estadounidenses que aún quedaban en la capital —principalmente funcionarios y personal de seguridad— junto a los miles de vietnamitas que habían trabajado para ellos. Alrededor de 5000, incluyendo a sus familias.

Enseguida, las imágenes en directo de la toma de Saigón por parte de fuerzas norvietnamitas y del Vietcong aquel miércoles 30 de abril devolvieron la guerra a las pantallas de los televisores y conmocionaron al mundo. Para el imaginario colectivo estadounidense fue lo más parecido a una segunda, humillante y definitiva derrota. Los tanques comunistas retumbaban en las calles de la capital survietnamita mientras miles de saigoneses se encaramaban aterrados a los muros exteriores de la embajada americana. En ese momento despegaban desde el tejado del edificio los últimos helicópteros colmados de refugiados rumbo a la cubierta de los portaaviones de la Séptima Flota anclados en las aguas del mar de China Meridional, en un dramático y caótico sálvese quien pueda.

Aquel día se puso de manifiesto lo que varias administraciones norteamericanas trataron de ocultar durante años. La derrota del Sur, la suya propia, era cuestión de tiempo. Y ese tiempo había vencido.

El primer soldado estadounidense que murió en Vietnam era un chico de Tennessee de veinticinco años, blanco, de nombre James Thomas Davis. Cayó cerca de Saigón el 22 de diciembre de 1961. Fue el primero de los 58 159 estadounidenses que dejaron allí su vida, mientras que 303 704 resultaron heridos. El Ejército de Vietnam del Sur perdió 250 000 hombres y tuvo más de un millón de heridos. En el bando opuesto las bajas casi se quintuplicaron: 1 100 000 muertos contabilizados entre soldados del Ejército de Vietnam del Norte y guerrilleros del Vietcong. Los heridos

superaron los 600 000.

Estados Unidos cerró página a la espera de que las heridas de aquel descalabro fueran cicatrizando.

En España el 20 de noviembre de ese mismo año moría Franco, y la sociedad española también se disponía a cerrar sus propias y viejas heridas.

En Go Cong un cartel con la inscripción «Puente de España» había sido alcanzado por metralla de mortero y casi arrancado de su emplazamiento. Años más tarde aquel viejo puente de madera fue derruido para cubrir de asfalto el canal que lo atravesaba, pero los ciudadanos de Go Cong siguieron llamando a ese lugar «el puente de los españoles».

Ramón Gutiérrez de Terán vivía feliz en Las Palmas de Gran Canaria. En 1973 obtenía el distintivo de haber efectuado cien saltos en paracaídas desde avión, y año tras año fue revalidando su título a base de nuevos saltos: un año veinticinco, otro diecisiete, siempre los reglamentarios. En abril de 1975 fue destinado al Regimiento de Infantería Canarias n.º 50, quedando adscrito a la Plana Mayor del II Batallón. A finales de esa década Marisa y él cuidaban de sus tres hijos y el porvenir se presentaba despejado. Ramón recordaba su infancia y la de sus hermanos, una infancia marcada por la cruenta guerra civil que les había privado del amor y de los cuidados del padre; como a tantas otras miles de familias, víctimas de la insensatez y la ignorancia de los seres humanos.

Ahora, afortunadamente, las cosas eran diferentes. Incluso España había recuperado la democracia.

La década de los ochenta, sin embargo, introdujo importantes cambios en su vida, tanto a nivel personal como familiar; cambios marcados sobre todo por la inesperada ruptura de su matrimonio en 1983, un duro golpe que le llevaría tiempo superar.

Antes, en octubre de 1980, Ramón permutaba el Regimiento de Infantería Canarias n.º 50 por el Grupo Regional de Sanidad Militar,

compañía Mixta; y en 1982 cumplía su sueño de convertirse en oficial tras su ascenso a teniente.

En agosto de 1984 decide trasladarse con sus hijos a Madrid y distanciarse de los recuerdos que moraban en cada rincón de la isla que le brindó los momentos más felices de su vida; pero inmune al desaliento a finales de noviembre regresan a Las Palmas («Quizás no sea el momento de tirar la toalla», piensa). Aunque lo cierto es que su matrimonio nunca se retomará. Marisa morirá casi dos décadas más tarde, después de una larga enfermedad y cuando Ramón ya había iniciado una nueva relación sentimental.

En 1985 nuestro protagonista efectuaba sus últimos saltos en paracaídas; una disciplina que había convertido, desde aquel indescriptible primer lanzamiento en la Escuela de Alcantarilla en septiembre de 1962, en una auténtica pasión, pero que dejó en su cuerpo secuelas que arrastraría con estoicismo el resto de su vida. «Estos malditos dolores de espalda», exclamaba. Para entonces ya lucía con orgullo el distintivo de haber realizado más de ciento cincuenta saltos desde avión.

Su paso a la Reserva Activa se produjo el 15 de diciembre de 1988. Esos últimos años había compatibilizado su quehacer castrense con un trabajo como practicante en la Casa de Socorro de Maspalomas, con un bagaje profesional tan extraordinario que pocos usuarios podían caer entonces en mejores manos.

En marzo del año siguiente asciende a capitán —el mismo empleo que ostentaba su padre cuando murió en 1936, apenas dos años después del nacimiento de Ramón, el último de sus vástagos—, y en agosto fija su residencia definitiva en Madrid.

Diez años más tarde, el 9 de diciembre de 1999, el día de su sesenta y cinco cumpleaños, el capitán Ramón Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes —Ayudante Técnico Sanitario del Cuerpo de Sanidad Militar, Caballero Paracaidista, veterano del Sáhara y de la guerra de Vietnam; un hombre idealista, natural y solidario— «pasa a la situación de Retiro por edad», según consta en su dilatada hoja de servicios.

Antes se había producido un trascendental nuevo giro en su

vida. Fue en 1994, en el Club Militar La Dehesa, cerca de Cuatro Vientos, en Madrid. Allí conoce a Victoria, una mujer que acababa de pasar por una experiencia familiar y afectiva muy similar a la suya. «Fue una especie de flechazo», recordaría la pareja.

Victoria y Ramón se casaron poco después y establecieron su residencia en una pequeña localidad de la provincia de Toledo, alejados de todo bullicio, donde desde entonces viven dedicados a cuidarse mutuamente.

Fue allí, en su modesta vivienda unifamiliar, donde nos reunimos en distintas ocasiones después de aquella fría y luminosa Navidad de 2018. Siempre vital y dispuesto a compartir conmigo sus recuerdos. Escudriñamos documentos; visionamos fotografías; disfrutamos, gracias a la magia de la digitalización, de aquellas obsoletas filmaciones en Super-8 condenadas a desaparecer por el paso del tiempo. Y sobre todo hablamos. Horas y horas de conversación.

Ramón anhelaba que el mundo conociera la historia de aquel puñado de sanitarios militares españoles sorprendentemente inmersos en la guerra de Vietnam. La historia de la Misión. Escamoteada por unos, silenciada por otros, desconocida para la inmensa mayoría de nuestros compatriotas.

Para entonces muchos de «Los Doce de la Fama» y de quienes posteriormente tomaron su relevo ya habían fallecido —o lo harían en los meses siguientes—, y los testimonios de primera mano desaparecidos para siempre. José Linares Fernández, por ejemplo, murió en 2007; y el gaditano Juan Outón Barahona en 2010. El 25 de enero de 2019 tuve la ocasión de entrevistar telefónicamente al antiguo capitán médico Francisco Faúndez Rodríguez; después supe que nos había dejado para siempre el día 12 de octubre de ese mismo año. Y el 7 de abril de 2020 moría a la edad de ochenta y cuatro años José Merlo Saldaña, aquel joven capitán que se internó con su maletín de primeros auxilios entre una maraña de proyectiles para atender a un sargento estadounidense herido durante la ofensiva del Tet.

Aquellos veteranos españoles de Vietnam nunca volvieron a reunirse en vida, pero ya tenían reservado un lugar en la Historia.

Hace tiempo que las Fuerzas Armadas españolas desarrollan con absoluta normalidad misiones internacionales de carácter humanitario. El advenimiento de la democracia a nuestro país trajo consigo, sin duda, esa normalidad. Aun así, sería tremendamente injusto no reconocer, por una simple razón de coyuntura política, la labor realizada por aquellos pioneros; por aquellos héroes anónimos que, más allá de su código ético de conducta y su compromiso profesional, protagonizaron una bella historia de amor hacia sus semejantes, algo que, sin saberlo, serviría de inspiración a futuras generaciones.

Hoy, a finales de este fatídico 2020, una súbita pandemia asola el mundo. Más de cien millones de contagiados y cerca de tres millones de muertos a lo largo y ancho de los cinco continentes se empeñan en recordarnos la fragilidad del ser humano. Hay quienes lo comparan con los catastróficos efectos de una guerra a escala mundial. Hace unos días hablé nuevamente con Ramón. A sus ochenta y seis años se confiesa aturdido y preocupado, pero lo que más siente, dice, es no poder estar echando una mano a sus colegas sanitarios.

[1] Max Hasting. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. P. 324

AGRADECIMIENTOS

Habría sido imposible escribir este libro sin las aportaciones, los recuerdos y la complicidad del capitán Ramón Gutiérrez de Terán, el protagonista de esta historia. A lo largo de muchas horas de conversación me abrió no solamente su particular baúl de los recuerdos sino también su corazón para hablarme de sus padres, de su difícil infancia, de su propia familia, de sus pensamientos, sus luces y sus sombras, de su estancia en el Sáhara, de su reclutamiento como voluntario para formar parte de la Misión Sanitaria Española de Ayuda a Vietnam del Sur y de su presencia en una de las guerras más devastadoras del siglo XX. También para hablarme de sus compañeros y descubrirme algunos entresijos de la misión.

Además puso a mi disposición su amplia colección de documentos y fotografías, algunas de las cuales ilustran este libro.

Quiero hacer extensible el agradecimiento a su esposa Victoria por el tiempo que pude robarles y por aquellos exquisitos bizcochos de elaboración propia con los que me obsequiaba cuando iba a visitarles.

Mi gratitud al coronel Francisco Faúndez Rodríguez, quien, pese a su delicado estado de salud, me atendió telefónicamente y me habló durante horas de sus recuerdos y vivencias en Vietnam.

Durante la fase de documentación visité lugares como la Base de la Brigada Paracaidista en Paracuellos del Jarama —en cuyo museo se muestran algunos objetos relacionados con la misión española en Vietnam, la mayoría donados por Ramón— y el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares. También recibí información del Archivo General Militar de Segovia. A sus responsables y a quienes me atendieron en aquellos días mi más sincero agradecimiento. En este sentido quiero mencionar especialmente a Pepe Echevarría, responsable de la Biblioteca de la Academia de Infantería de Toledo, por facilitarme, con su habitual cordialidad y prontitud, algunos datos interesantes que esta historia

requería. Y a mi amigo Marcos García Turiel por sus puntuales ayudas con las traducciones y por sus acertadas sugerencias.

Al mejor abogado del mundo, Fernando Garrido Polonio, mi infinita gratitud por leer con su habitual interés y espíritu crítico el manuscrito de esta obra y brindarme sus sabios y sinceros consejos. También por estar siempre ahí, y por su impagable amistad. Al teniente general del Ejército de Tierra César Muro Benayas por el interés con el que igualmente abordó la lectura del manuscrito y por las elogiosas críticas que me hizo llegar del mismo. Y a tantos y tantos amigos a los que quiero agradecer su sola existencia.

Por supuesto a mis editores de Rialp por la confianza que desde un primer momento depositaron en esta obra, y especialmente a Esther, con quien la comunicación siempre fue amable y fluida.

También me siento agradecido hacia aquellos autores que me han servido de inspiración a la hora de componer estas páginas, aunque en algunos casos sus obras nada tengan que ver con la guerra de Vietnam: Christian G. Appy, Antony Beevor, Daniel James Brown, Javier Cercas, Juan Eslava Galán, Michael Herr, J. R. Moehringer, Arturo Pérez-Reverte, Amor Towles y tantos otros.

Finalmente quiero dar las gracias a Alicia. Sus aportaciones en el campo de la enfermería —su profesión al fin y al cabo— y su constante aliento —sobre todo después de la lectura de cada uno de los capítulos recién compuestos— me insuflaron el ánimo necesario para seguir adelante. A ella y a nuestro hijo Carlos siempre les estaré eternamente agradecidos.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS Y ARTÍCULOS

Alejandre Sintes, Luis. La guerra de la Cochinchina: cuando los españoles conquistaron Vietnam. Edhasa. Madrid, 2006.

Anson, Luis María. “Los médicos españoles en Vietnam necesitan ayuda”, en ABC, jueves 9 de febrero de 1967. Madrid, 1967.

Anson, Luis María.“Los médicos españoles se han ganado el afecto de la población de Go Cong”, en ABC, viernes 10 de febrero de 1967. Madrid, 1967.

Appy, Christian G. La guerra de Vietnam. Una historia oral. Editorial Crítica. Barcelona, 2008.

Arce, Francisco de. Noticias de la vida de don Mariano de Oscariz. Establecimiento tipográfico de Vicente y Lavajos. Madrid, 1864.

Asselin, Pierre. “1965, la política de Hanói”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

Bergot, Erwan. La batalla de Dien Bien Phu. RBA. Barcelona, 2006.

Canales Torres, Carlos; Rey Vicente, Miguel del. Arrozales sangrientos. Edaf. Madrid, 2012.

Daddis, Gregory. “Ia Drang ¿Una victoria sin precedentes?”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

Daugherty, Leo. La guerra de Vietnam día a día. Editorial Libsa. Madrid, 2004.

Devillers, Philippe. De Indochina a Vietnam. Cuadernos Historia 16. Grupo 16. Madrid, 1985.

Faus, Joan. “Los Archivos del Pentágono. De Nixon a Trump, la noticia se repite”, en El País, 19 de enero de 2018. Madrid, 2018.

Figueredo, Enrique. “Vietnam. Los veteranos de guerra españoles”, en La Vanguardia, domingo 29 de julio de 2018. Barcelona, 2018.

Gállego, Vicente. “El Vietnam, un angustiosa pesadilla”, en Blanco y negro, sábado 11 de diciembre de 1965. Madrid, 1965.

García Arruga, Ignacio. “Capitán Vázquez Labourdette. Un intendente en la guerra de Vietnam”, en Memorial del Cuerpo de Intendencia n.º 10. Madrid, julio de 2014.

Gironella, José María. En Asia se muere bajo las estrellas. Plaza&Janés. Barcelona, 1968.

Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, Ramón. “Experiencias vividas en Vietnam (no películas)”, en La Jabar del Nómada (Revista ilustrada de la Hermandad de Veteranos de Tropas Nómadas del Sáhara) n.º 8. Madrid. Junio, 2002.

Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, Ramón. Manuscrito sobre su experiencia en Vietnam.

Hastings, Max. La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975. Editorial Crítica. Barcelona, 2019.

Herr, Michael. Despachos de guerra. Anagrama. Madrid, 2017.

Historial de los regimientos de Infantería españoles. Del Inmemorial n.º 1 al Cartagena n.º 70. San Sebastián, 10 de junio de 2013.

Isabel Sánchez, José Luis. La Academia de Infantería de Toledo. Toledo, 1991

Lehrack, Otto. “Estrategia militar y pacificación en Vietnam”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

López, Juan. “Un M.A.S.H. de Castilla y León”, en El Norte de Castilla, 9 de noviembre de 2014. Valladolid, 2014.

López de la Torre, Salvador. “Presencia española en Vietnam del Sur”, en ABC, jueves 16 de julio de 1970. Madrid, 1970.

López de la Torre, Salvador. “Hace ciento doce años, un grupo de españoles pisó por primera vez tierra vietnamita”, en ABC, miércoles 22 de julio de 1970. Madrid, 1970.

Lord Moran. Anatomía del valor. El estudio clásico de la Primera Guerra Mundial acerca de los efectos psicológicos de la guerra. Arzalia Ediciones. Madrid, 2018.

Mañes Postigo, Joaquín. Españoles en la Legión Extranjera francesa. Inédita Ediciones. Barcelona, 2009.

Martín Sierra, Francisco. “La sanidad militar española en Vietnam (Dos historias olvidadas)”, en Boletín Informativo de Sanidad Militar n.º. 16. Ministerio de Defensa. Madrid, 2013.

Moise, Edwin E. “Johnson y el problema de Vietnam”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

Monge, Yolanda. “EEUU publica los papeles del Pentágono sobre la guerra de Vietnam”, en El País, 14 de junio de 2011. Madrid, 2011.

Moore, Harold G.; Galloway, Joseph L. Cuando éramos soldados y jóvenes. RBA. Barcelona, 1992.

Naranjo García, J. F. “Los suboficiales practicantes y ayudantes técnicos de Sanidad Militar en el Ejército (1945-1989)”, en Sanidad Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España. Volumen 70, n.º 3. Págs. 315-317. Madrid, 2014.

Parrish, John. Un médico en Vietnam. Planeta-De Agostini. Barcelona, 1988.

Pérez-Reverte, Arturo. Una historia de España. Alfaguara. Barcelona, 2019.

Pizarro Pizarro, José A. La guerra de Indochina: punto de inflexión de la historia militar contemporánea. Tesis doctoral. Ministerio de Defensa. Madrid, 2008.

Polk, William. Spanish Army Medical Unit Fights “War For Humanity”, en The Observer, 17 de enero de 1968. Saigón, 1968.

Ramírez, Alejandro. ¿Por qué no combatimos en Vietnam? Publicaciones del Sur Editores. Cádiz, 2005.

Ródenas, Virginia. “Misiones de paz. Españoles pioneros en Vietnam”, en Los Domingos de ABC, domingo 15 de febrero de 2009. Madrid, 2009.

Rodríguez, Salvador. “Desde Tenerife a Vietnam”, en La Opinión de Tenerife. Domingo, 29 de abril de 2012. Santa Cruz de Tenerife, 2012.

Rodríguez Jiménez, José Luis. “La disolución de la Agrupación de Tropas Nómadas, unidad del ejército español para la provincia del Sáhara”, en Revista Universitaria de Historia Militar n.º 4, Vol. 2. Págs. 203-230. Madrid, 2013.

Rodríguez Jiménez, José Luis. Salvando vidas en el delta del Mekong: la primera misión en el exterior de la sanidad militar española (Vietnam del Sur, 1966-1971). Ministerio de Defensa. Madrid, 2013.

Ruiz, David. Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934. Editorial Labor. Barcelona, 1988.

Salas Larrazábal, Jesús; Warleta Carrillo, José. “75 años de la aviación militar española”, en Revista de Aeronáutica y Astronáutica n.º 547, julio de 1986.

Santamarta del Pozo, Javier. Siempre tuvimos héroes. La impagable aportación de España al humanitarismo. Edaf. Madrid, 2017.

Veith, George J. “Dudas emergentes. Los inicios del movimiento contra la Guerra”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

Villarejo, Esteban. “Los militares españoles que Franco envió Vietnam”, en ABC, lunes 4 de noviembre de 2013. Madrid, 2013.

VV.AA. “Doce hombres con piedad”, en La Actualidad Española n.º. 788, 9 de febrero de 1967. Sarpe. Madrid, 1967.

VV.AA. “Evacuación de heridos”, en NAM, crónica de la guerra de Vietnam 1965-1975 n.º 3. Planeta-Agostini.

VV.AA. “Un sanitario español en la guerra de Vietnam”, en Militares (Revista de la Asociación de Militares Españoles) n.º 88, octubre de 2009. AME, Madrid, 2009.

Wilkins, Warren. “Viet Cong. Organización y tácticas” y “Combate y potencia de fuego”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

Willbanks, James H. “La doctrina de la aeromovilidad en Vietnam”, en Desperta Ferro n.º 6. Desperta Ferro Ediciones. Madrid, 2014.

HEMEROTECA

ABC

Madrid, 11 de septiembre de 1934.

Madrid, 11 de diciembre de 1965.

Madrid, 7 de septiembre de 1966.

Madrid, 10 de septiembre de 1966.

Madrid, 9 de febrero de 1967.

Madrid, 10 de febrero de 1967.

Madrid, 22 de julio de 1970.

Ahora. Diario gráfico.

Núm. 1.164. Madrid, 9 de septiembre de 1934.

Núm. 1.165. Madrid, 11 de septiembre de 1934.

Blanco y negro. Madrid, 11 de diciembre de 1965.

La Actualidad Española n.º 788, 9 de febrero de 1967.

Memorial de Infantería n.º 78. Año 2018.

AUDIOVISUALES

Burns, Ken; Novick, Lynn. La guerra de Vietnam. EE.UU. 2017.

Gutiérrez de Terán Suárez-Guanes, Ramón. Grabaciones originales realizadas en Vietnam. Vietnam del Sur, 1966-1971.

Navarro, Manuel. La guerra secreta de los españoles. Canal de Historia, 2012.

Sánchez Benítez, Roberto; Olmo López, Agustín. Misión en Vietnam. Confidencial. Canal Sur Televisión. 1998

RECURSOS DIGITALES

http://www.memoriademadrid.es/doc_anexos/Workflow/3/151941/hem_ahora_19340909.pdf

https://carlesvinyas.wordpress.com/2011/10/26/espanoles-en-

la-guerra-de-vietnam-los-medicos-de-franco/

http://hemeroteca.abc.es/

https://www.vvmf.org/Wall-of-Faces/

ARCHIVOS Y MUSEOS

Archivo General de la Administración.

Archivo General Militar de Segovia.

Biblioteca de la Academia de Infantería de Toledo.

Museo de la Brigada Paracaidista.

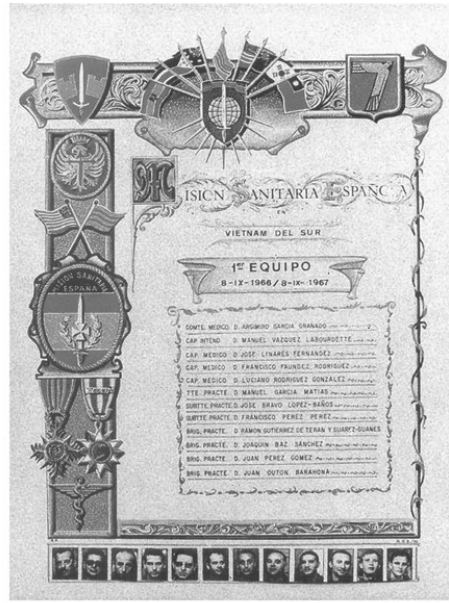
ENTREVISTAS

Coronel Francisco Faúndez Rodríguez (entrevista telefónica el día 25 de enero de 2019).

Capitán Ramón Rodríguez de Terán Suárez-Guanes (entrevistas personales en multitud de ocasiones).

Orla del primer contingente de sanitarios militares españoles enviados a Vietnam. En la imagen inferior, el equipo médico (la mayoría de ellos con el uniforme del Ejército de los Estados Unidos) posando a la entrada del hospital provincial de Go Cong.

(Archivo personal de Ramón Gutiérrez de Terán)



De izquierda a derecha: el secretario de Estado norteamericano Dean Rusk, el presidente Lyndon B. Johnson y el secretario de Defensa Robert McNamara.

(© LBJ Library. Número de Serie: A5570-23A. Fotografía de Yoichi Okamoto)

En la imagen inferior, Lyndon Johnson reunido con sus asesores en el Despacho Oval de la Casa Blanca.

(© LBJ Library. Número de Serie: A7156-18. Fotografía de Yoichi Okamoto)

Manifestantes contra la guerra de Vietnam encabezados por Coretta Scott King (esposa de Martin Luther King) y Benjamin Spock frente a las puertas de la Casa Blanca el 17 de mayo de 1967.

(© LBJ Library. Número de Serie: 5390-8A. Fotografía de Robert Knudsen)

En la parte inferior, un grupo de veteranos contra la guerra de Vietnam marcha hacia el Pentágono el día 21 de octubre de 1967.

(© LBJ Library. Número de Serie: 7049-30. Fotografía de Frank Wolfe)

El general Westmoreland y el presidente Johnson durante la visita del mandatario estadounidense a Vietnam del Sur.

(© LBJ Library. Número de Serie: C8077-12a. Fotografía de Yoichi Okamoto)

En la foto inferior, el general Westmoreland —segundo por la izquierda, apenas visible— conversa con los miembros del equipo sanitario español destacados en Go Cong.

(Archivo personal de Ramón Gutiérrez de Terán)

Visita del presidente Lyndon B. Johnson a Vietnam del Sur. De izquierda a derecha: Johnson, el general estadounidense William Westmoreland y el presidente survietnamita Nguyen Van Thieu.

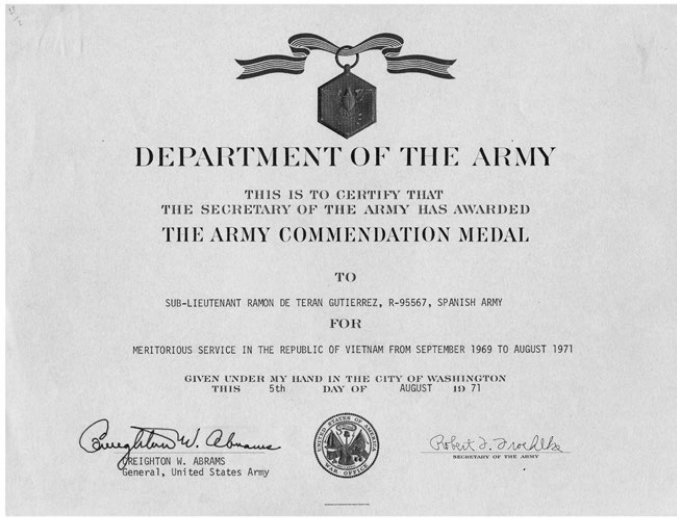
(© LBJ Library. Número de Serie: C3598-16. Fotografía de Yoichi Okamoto)

Pacientes vietnamitas en el pabellón de consultas externas del hospital de Go Cong. En el centro, Ramón Gutiérrez de Terán con un grupo de niños del orfanato; en la fotografía inferior, varios miembros del equipo médico español durante una visita de notables vietnamitas.

(Archivo personal de Ramón Gutiérrez de Terán)

Ramón en la base aérea de Tan Son Nhut, próxima a Saigón, momentos antes de saltar en paracaídas. En el centro, junto a varios compañeros durante una imposición de condecoraciones; y en la parte inferior, adentrándose en lancha hacia las aldeas que los españoles tenían asignadas en la provincia de Go Cong.

(Archivo personal de Ramón Gutiérrez de Terán)



DEPARTMENT OF THE ARMY

THIS IS TO CERTIFY THAT
THE SECRETARY OF THE ARMY HAS AWARDED
THE ARMY COMMENDATION MEDAL

TO

SUB-LIEUTENANT RAMON DE TERAN GUTIERREZ, R-95567, SPANISH ARMY

FOR

MERITORIOUS SERVICE IN THE REPUBLIC OF VIETNAM FROM SEPTEMBER 1969 TO AUGUST 1971

GIVEN UNDER MY HAND IN THE CITY OF WASHINGTON
THIS 5th DAY OF AUGUST 19 71

CREIGHTON W. ABRAMS
General, United States Army

SECRETARY OF THE ARMY

Certificado de la concesión de la Medalla al Mérito Militar estadounidense al subteniente Ramón Gutiérrez de Terán. En la parte inferior, momento de la entrega de la medalla en 1971 y una fotografía del ya capitán retirado Gutiérrez de Terán durante una de las entrevistas que mantuvo con el autor de este libro cinco décadas más tarde.

(Archivo personal de Ramón Gutiérrez de Terán)

ANDRÉS LÓPEZ-COVARRUBIAS (Toledo, 1966) es licenciado en psicología y profesor en la Academia de Infantería de Toledo. Desde 2012 es también académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Es autor de varios libros sobre la historia de Toledo. En este ensayo conjuga su conocida capacidad de divulgación y su estilo narrativo con el rigor, los testimonios de primera mano y una excelente bibliografía.